





# El Jardín de los Lobos



Rubén Risso

# El Jardín de los Lobos



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

Risso, Rubén

El jardín de los lobos. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Autores de Argentina, 2014.

344 p. ; 14x20 cm.

ISBN 978-987-711-223-8

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título  
CDD A863

EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA

[www.autoresdeargentina.com](http://www.autoresdeargentina.com)

Mail: [info@autoresdeargentina.com](mailto:info@autoresdeargentina.com)

Diseño de portada: Rubén Risso

Maquetado y diagramación: Maximiliano Nuttini

Modelo: Carolina Enrico

© 2014 Rubén Risso

✉ Contacto: [ruben.risso@outlook.com](mailto:ruben.risso@outlook.com)

 Facebook: Rubén Risso

Queda hecho el depósito que establece la LEY 11.723.

Impreso en Argentina – *Printed in Argentina*

*A mi abuela, Gladys Santoro, a quien simplemente voy a agradecerle por todo  
lo que ha hecho para verme ser quien soy.*





## NOTA AL LECTOR

¿Cómo empezar a escribir sin saber a quién le escribo? Estimo, es una sensación que corre por el cuerpo de cada escritor que se aventura a abrir su persona a otros, dejando rastros de su intimidad en cada párrafo que redacta. Pero si sé que no debería esperar, y esto es que usted, quien va a usar su valioso tiempo en leer una parte de mí, no deje de participar en el proceso.

¿A qué me refiero con esto? Lo que yo quiero, lo que sueño con lograr, es que usted tenga un lugar en esta historia, que su subjetividad misma participe en la historia, que cada vez que abra este libro lo haga con el deseo de posicionarse críticamente frente a la historia.

¿Cómo haremos esto? Bueno, he ahí la cuestión. Hacia el presente día, mis estudios en la Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires me han otorgado una visión de la realidad que jamás pensé que tendría. Es un lienzo que debemos llenar. Cada uno es pintor en su vida, cada quien da las pinceladas a su mundo, y es por ello que a veces nos cuesta tanto entendernos los unos a los otros, usamos colores distintos.

Yo contaré la historia que tengo para contar, pero sepa usted que es esperable encontrarse con puntos oscuros, además de episodios que requieren explicación. ¿Qué quiero decir por esto? Podría yo extenderme infinitamente y darle a conocer la fórmula de todos los simbolismos que podremos encontrar aquí, ¿pero qué sentido tendría? La historia funciona como el viento que sopla en nuestra vela, y nuestro curso se ajusta a ella, pero usted es quien trazará el mapa en nuestro recorrido.

Elementos como la cronología, las motivaciones de los personajes, y la realidad en contraste con los sueños, están amalgamados. Lean con atención, pues no siempre seguiremos una línea recta en la narración, ni existen los buenos y los malos, o lo real y lo imaginario.

Verá que la tarea es sumamente placentera, y la historia está repleta de simbolismos, sugerencias y misterios. Dele rienda suelta a su imaginación y creatividad, además de a su paciencia. A veces me encontrara expresándome como a un loco, y tal vez sea porque nuestro personaje

así se siente. Otras, seré metódico y organizado, en tanto lo requiera la situación.

Estamos inmersos en un mundo tan realista, que nuestro día a día tiene una increíble tendencia a la normalidad y la rutina. Si por lo menos no podemos salir de ello desde un plano real y efectivo, hagámoslo desde lo simbólico, pues es el aporte que hace la lectura para llenarnos de la locura que tanto necesitamos.

Tal vez encuentre conceptos psicoanalíticos, o nociones fantaseadas sobre ellos. Tal vez se encuentre con otros un tanto científicos. Que estos no le sean obstáculo, pues están dispuestos de tal manera en la que cada persona lea algo diferente a las demás. Es ahí donde usted tiene su lugar, sus ideas sobre qué es lo que ha ocurrido importan. De veras lo hacen, y las espero ansioso.

Le deseo una lectura amena.

*Ruben Riso*

# PRIMERA PARTE



# PRÓLOGO

— ELIZABETH —

Todo día comenzaba con la dulce melodía de una bailarina que daba felices volteretas en su cajita musical. No bastaba, para Elizabeth, escucharla solo un poco. No. Era *su* melodía, la melodía del humo y los espejos. Tanto amaba ella esta melodía que la tararearía toda la mañana, para repetirla por la tarde y hasta quizás también a la noche, antes de la hora de dormir.

Había intrusos en la habitación. Como todos los días, durante las mismas horas, cerca de doce rayos de luz entraban a través del ventanal que daba a la calle. Claro, hubiese sido *un* gran entrometido si tan solo su padre no hubiese dispuesto tan cariñosamente de los once barrotes que fragmentaban la claridad del amanecer al entrar sin invitación en su morada. Pero lo cierto era que ya se había acostumbrado. Elizabeth cantaba felizmente mientras procuraba no caminar sobre el suelo iluminado por el peligroso sol.

A veces, su padre le traía regalos. Entre sus nuevas adquisiciones, se le había provisto de un cepillo con el que amaba peinar su abundante y dorado cabello. Podía pasar horas y horas contemplándose en el espejo mientras acariciaba con las finas hebras cada una de las capas de pelo que adornaban su bonita cara. A veces, el espejo dejaría de existir, la habitación se derrumbaría en el olvido, y tan solo quedaría su imagen devolviéndole la mirada. Una mirada tan suya como le era posible, pues a veces también le costaría reconocerla.

En fin, la angustia de no reconocerse en el guiño del otro, que yacía solo a centímetros de distancia, le confería a veces cierto temor que culminaba en el horror de verse atrapada por aquella mirada. No tan solo

por sentirla invadiendo cada centímetro de cuerpo, sino también ser ella la única receptora de aquel interés que ella misma profería.

En el centro de la habitación, una cajita musical exhalaba bellas notas mientras la danzarina rotaba suave e incansablemente al ritmo del vals más hermoso. ¿O acaso no era un vals? *Humo y espejos* solía llamarla ella, en un risueño juego de palabras que parecía hacerla muy feliz.

Y la miraba. Eli no era ninguna idiota, bien sabía que, cada vez que la bailarina daba una vuelta, posaba sus temibles ojos sobre su persona. La vigilaba incansablemente.

¿Cómo había llegado hasta allí? Tal vez ya no importaba, pues su padre le había enseñado a no temerle a la discontinuidad que regía en su vida... o en su cabeza.

—¿Hay algo malo con mi cabeza, papi? —le había preguntado alguna vez (¿o quizás eso todavía estaba por pasar?).

—Claro que no, Eli —le respondió él con una sonrisa, tan solo ves el mundo de manera diferente.

—No entiendo por qué a veces me siento muy triste.

—Papi te arreglará.

Ahí estaba él, siempre podía contar con él. Amaba abrazar a su padre. Siempre se encargaba de hacerlo varias veces durante sus visitas, por temor a equivocarse y pensar que ya lo había hecho. O a veces simplemente pensaba que lo había hecho muchas veces, pero resultaba que tampoco era así. Otras se anticiaba de que su padre la había visitado, pero ella no recordaba haberlo visto.

La danzarina seguía dando volteretas, pero ya no había luz, no podía mirarla. Si tan solo pudiese detenerse a pensar de vez en cuando...

—Eli, ¿necesitas algo? —dijo alguien a la luz de la vela.

Ella se volteó para ver quién la llamaba. No había nadie allí. Odiaba imaginar cosas cuando de verdad necesitaba que fuesen reales. ¡Cómo le hubiese gustado que su padre la visitara aquel día! Había en el aire cierto aroma a primavera tardía, aquel momento del año en el que las rosas comienzan a florecer.

—Eli, ¿puedes escucharme?

De nuevo, volteó. Una mujer con el rostro arrugado la miraba con preocupación.

—Mi papi, ¿dónde está?

—Acaba de retirarse, pequeña, ¿no recuerdas haberlo visto aquí, sentado junto a ti?

*¿Cómo podía ser posible?*

—¡Eso es mentira! Extraño mucho a papá.

—Pues estuvo aquí contigo hasta hace unos segundos, jovencita — explico la vieja bruja con una sonrisa—. Puedes esperar hasta mañana, volverá.

Hasta mañana. ¡La mañana era el momento más preocupante del día! Le gustaba la madrugada, aquella franja de tiempo en la que el sol se limita a sonreír detrás de los arboles sin la necesidad —maldita necesidad— de meterse en su habitación.

—El sol no se meterá mañana, mi papi no lo permitirá.

—Claro que no, pequeña, que tengas dulces sueños.

“¿Sueños? Los sueños no son dulces. ¡No pueden comerse!” pensó risueña mientras volvía a su cajita musical.

—Tu nunca vas a callarte, ¿no? —le habló como si fuese a esperar una respuesta, aunque no lo hizo—. Tú eres buena compañía. ¡Me cantas todos los días! Si tan solo dejaras de mirarme con tanta curiosidad...

Si algo le gustaba de sus otros juguetes era que ninguno tenía ojos. De aquella manera no podían verla. Sí. Papi se había encargado de prepararlos para ella. Así, podía acariciar a su oso de felpa sin sentir que este la observaba con desconfianza.

—Sé que no puedes verme, pero tienes que saber que yo sí puedo verte a ti —le hablaba al tierno animal mientras compartía su cepillo con el pelaje de este. Y así, sin siquiera distinguir entre un estado y el otro, se durmió plácidamente hasta el otro día.

El despertar se hizo efectivo gracias a la luz del sol sobre el modular, que tenía la mala costumbre de reflejar los rayos en su cara. Pero papi estaba ahí, la observaba con una sonrisa en su rostro.

—Belleza —él siempre le diría mientras se agachaba y abría sus brazos, buscando los de ella alrededor de su cuello.

—¡Al fin viniste, papi! — sollozó ella, sintiendo que no quería soltarlo jamás.

—Nunca te dejaría, bombón.

—¿Vas a quedarte a jugar conmigo?

Su padre la contempló con ojos tristes y acarició su cabello. Las finas y suaves hebras se movían entre sus regordetes y arrugados dedos como peces en el agua.

—Papi tiene mucho trabajo, pequeña... Pero te prometo que pronto te llevaré al jardín.

—Estoy cansada de estar aquí, padre, el sol no me dejará en paz.

—Es importante que el sol entre, hija, así sabrás cuándo es de día y cuándo de noche. Además, ¿cómo quieres salir de aquí si te molesta la luz del día? Afuera hay mucha.

—Últimamente siempre es de día...

—Ya lograrás sobreponerte a eso, hija —le dijo él, intentando calmarla.

—¿Qué es lo que falla en mí? —preguntó ella dedicándole una mirada profunda de sus ojos almendra. A veces, veía a su padre llorar cuando iba a visitarla, no sabía por qué, pero claramente ella tenía la culpa. No comprendía cómo un hombre tan entero, grande y serio podía llorar. En ocasiones, llegaría a sentirse tan culpable que lloraría ella también, aunque estuviese sola, dormida o perdida en el espejo.

—Sea lo que sea, ya falta poco para que se acabe, belleza, te curarás —la consoló—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

—El espejo... —dijo señalándolo.

—¿Qué con él?

—Me da miedo, llévatelo.

El grueso hombre hizo una mueca de confusión, pero finalmente se puso de pie e hizo lo que la niña había pedido.

Una vez en el marco de la puerta, volteó y, con voz entrecortada, dijo:

—Te veré luego, pequeña... —parecía no encontrar las palabras—, ...papi te ama.

—Yo también te amo, papi —repitió la niñita como por inercia mientras tomaba su cepillo y volvía a ocuparse de su pelo.

Él cerró la puerta con suavidad y giró la llave del otro lado. Ella siguió peinando su cabello.



# DANIELLE

## SOLO JABÓN

Danielle contaba con el ojo crítico más exquisito de su pueblo. No es que se supiera o reconociera, pero doy fe de que así era. Ya una mujer a los diecisiete años, atesoraba el recuerdo de su primera visita a un anfiteatro, aquella que había sido la piedra angular sobre la que había edificado su niñez. A fines del siglo XIX, una niña aún, fue testigo de una de las maravillas artística más imponente de la época. Un compositor y director de orquesta germano, el vanguardista Víctor Hansen, paseaba por el país interpretando su última obra maestra: *Der letzte Leuchtturm*. Cargada de un misticismo embriagador, el músico clamaba haber sido receptáculo de unos sueños que lo habían llevado a componer semejante quimera. Si bien el público aclamaba con alegría dichas historias extrañas, el artista parecía sentir poco o ningún placer al relatarlas. Parado frente a la audiencia, con la luz del reflector sobre sí, articularía cada palabra con dificultad, haciendo pausas dolorosas, jamás posando su mirada sobre la tribuna, únicamente en algún punto vacío de la sala.

Por aquellos momentos, la familia de Danielle había sido víctima y victimaria de una tragedia, y su padre había caído en depresión y se había volcado a la bebida. Marcell Bellerose, un orgulloso médico venido a menos, había sido protagonista de uno de los procesos quirúrgicos más bochornosos del país cuando se había aparecido apestando a alcohol en el domicilio del enfermo, causando la muerte del paciente —un tierno niño— durante la intervención. Su madre, desesperada, había decidido quitarse la vida también pero, fallando en su intento, había sido recluida en un asilo mental. Danielle no recordaba cómo a la edad de cinco años había visto entrar a su casa al esposo de la desdichada mujer, buscando

a su padre para matarlo. Desde luego, no lo había encontrado, pues Marcell Bellerose había huido. ¿A la taberna, tal vez?

La familia había tenido que abandonar París a causa de la tragedia y los reiterados ataques del padre de familia angustiado. Habían ido a parar a un pequeño poblado danés, cerca de donde residía el tío paterno de la niña. Patrick Bellerose, un exitoso psiquiatra, había invitado a toda la familia al teatro. De esta manera, planeaba enseñarle a su hermano las ventajas de la vida saludable y trabajadora. Tal vez, los eventos sociales y el arte lo alejarían de aquel pozo depresivo en el que se encontraba. La obra de Hansen parecía ser el medio perfecto por el que lograr su cometido. Pero por supuesto, luego del incidente, Marcell había abandonado su trabajo y, con su reputación hecha añicos, había hecho de su vicio un pasatiempo, anexándole juegos de azar y apuestas. Poco podía importarle la música y entre sus deseos no se encontraba el de encajar en la sociedad.

Tal vez, el tío de Danielle había estado mirando al lugar equivocado durante bastante tiempo. Su hermano se mostraba antipático y aburrido frente a la maravilla del arte. En sí, podía ver cómo contaba los minutos para pasar por algún bar. No así la niña, que amaba cada segundo de aquellas virtuosas melodías. Aquellas notas convertidas en lamento que, una a una, se hundían en su pecho, se grababan a fuego y hierro, perpetuadas en lo más profundo de su ser.

Había muchos instrumentos para amar. En especial, ese grande, vestido de caoba y hueco por dentro, aquel que tatuaba cada melodía cual cicatriz en el corazón de la pequeña cada vez que alguna de las cuatro cuerdas temblaba de dolor bajo el arco.

“Violoncello”, —le había dicho su tío con una amplia sonrisa cuando ella había inquirido sobre el instrumento. Y nunca más lo olvidó. Visto el interés de la niña en el arte y la cultura, el hombre se hizo la costumbre de pasar una vez por mes por la casa de su hermano para llevársela consigo al anfiteatro, para ser testigo de las más bellas melodías vueltas historias. Luego, por la noche, la arroparía y, con dedicación y ternura, le leería obras maravillosas; y ella escucharía ansiosa y en silencio hasta dormirse. Luego, el fin de semana terminaría y sería hora de volver a los gritos, los golpes y los llantos. A medida que la niña iba creciendo, se habían sumado galerías de arte, obras de teatro y ballet a la lista de actividades que realizaba con su tío Patrick.

Años después, su padre había envejecido orgulloso, cruel y sombrío. Sus actividades diarias eran dormir, beber y jugar. Aunque Danielle no lo aceptara, parecía ser lo suficientemente bueno en ello, pues era el único dinero que ella y su madre veían todos los días.

Convertida en mujer, Danielle se encargaba de su casa y de defender a su progenitora de los abusos paternos. Era joven y hermosa, con cabellos cobrizos, ojos profundos y una barbilla fina. La edad se había instalado, pero no había sido generosa, ya que los escotes le quedaban sueltos y los vestidos largos. No sabía disfrutar de la lectura, ni había querido aprender a hacerlo. Solo necesitaba que su madre le leyera en el jardín, bajo el nogal, sentadas en un banco de granito.

Su mente estaba poblada de historias inconclusas, seres hermosos, brillantes armaduras y paisajes misteriosos, pero nunca un final. “Así se perpetuarán”, diría ella negándose a escuchar el último capítulo.

Ya a los dieciséis años, sus manos se adornaban con la palidez del jabón y las grietas del trabajo. Siempre el orgullo de mamá, la niña se había propuesto una existencia vana y vacía, donde cada día fuese simplemente la continuación del anterior. Claramente conocía otra cosa: el arte, la música, la danza, las palabras, las odiseas, la vida social e intelectual. Todas tan irreales como improductivas, habría dicho su padre en un instante de sobriedad.

En la adultez, ya había intercambiado dragones y caballeros por novelas románticas y banales que se limitaban a depicitar a la sociedad de ese entonces, aquella que la rodeaba, pero de la que nada podía saber. Ahogada en su rutina fantasmal, Danielle se fue sumiendo en un sueño anestésico que absorbió los colores de su vida, dejando algunas pocas tonalidades grisáceas. El doctor Bellerose le había revisado la retina en un ataque de bondad, pero encontrándose con que ambas estaban conservadas en su perfección, abandonó toda amabilidad y rió despectivamente llamándole histérica. Patología propia del ser femenino, por ser femenino. Desde aquella risotada y mirada despectiva, la joven decidió no necesitar colores para poder vivir. El jabón haría todo el trabajo.

Diversión de los vecinos, centro de los chismes y comentario en cada rincón. Danielle se convirtió gradualmente en la burla de todo el barrio. No estaba casada, ni comprometida a un hombre exitoso, como todas sus vecinas. Solo salía a la calle para recibir al cartero. No tenía criadas ni servidumbre a las cuales gritar. No tenía vestidos bonitos. No tenía colores. No tenía amores. Solo jabón y ropa para lavar.



# ALEXANDER

## UNA LUZ EN LA NOCHE

La niebla de la mañana disfrazaba la incipiente tarde con sombras y siluetas vacías. Últimamente, todos los días eran así. La orilla, abandonada a la creciente marea, se envolvía entre aquella nubosidad que disfrutaba reposar sobre la tierra y la arena. Esa bruma húmeda y salada, sofocante e invasiva, se agolpaba alrededor de cada superficie, asediando los contornos, confundiéndolos desde la distancia. Algunos se escondían tras las alturas, otros acechaban amorfos tras cada esquina, y el pueblo pesquero reposaba entre fantasmas y campanadas distantes e inexistentes. Los restos del tifón eran la prueba de que este se había llevado todo rastro de la belleza que alguna vez había adornado el lugar. Se agrupaban focos de madera podrida y plantas desperdigadas, testigos silenciosos del horror que se había vivido hacía unos días.

El pueblo seguía vivo, nadie habría podido negarlo. Los llantos, gritos y gemidos de confusión de quien hubiera visto llegar la tormenta vagaban dispersos por las angostas y húmedas callejuelas. Desde la mirada vacía que vigilaba la calle a través de una ventanita en lo alto de una casa hasta las notas perdidas y fantasmales que exhalaba la taberna cuando nadie escuchaba.

No había personas a la vista. Pero sí recuerdos, muchos recuerdos.

Habría sido mentira decir que absolutamente nadie quedaba por aquellos alrededores, pues una sombra descansaba sobre un grueso tronco, húmedo y astillado. Allí, al borde del acantilado, envuelto en un abrigo azul como la marea, un rostro juvenil se asomaba por detrás de una barba precoz. La mirada, fría y anhelante, se perdía en la distancia del horizonte, apenas visible a través de la espesa neblina. Un enorme

faro descolorido se erguía herido a su lado. La tormenta no lo había arrancado de su noble guardia, pero sobre su superficie desfilaban las secuelas del viento y el granizo.

El joven hombre se puso de pie, caminó hacia el faro y bajó a la playa. A veces, sacaba su pipa y la prendía, otras revolvía su saco hasta encontrar una pequeña petaca de whisky. Caminaba, fumaba, tomaba un trago y volvía. Repetía sus movimientos, preso del azar que regía el orden en el que los realizaba, pero nunca sin dejar de mirar el horizonte. Jamás despejaba la vista de aquella oscura lejanía. Su juventud batallaba furiosamente contra el cansancio a cada segundo. ¡Ya casi ni recordaba cuándo había dormido por última vez! Pero parecía no importarle. No. Él custodiaba el horizonte como si siempre lo hubiese hecho, y como si jamás fuese a dejar de hacerlo.

No fue hasta que bajó por quinta —¿o sexta?— vez a la playa en el día que se sobresaltó al ver una silueta sobre la arena. Parecía tratarse de un montón de piedras o de los restos de un bote destrozado, pero él bien sabía que allí no había habido nada de eso unos minutos atrás. Prendió su pipa y se acercó con cuidado. La niebla le dificultaba la visión, pero luego de avanzar unos metros, se encontró con que la silueta era la de un niño sentado sobre la arena, jugueteando con ella.

—Hola —dijo Alexander.

El pequeño lo miró y volteó su cabeza para el otro lado.

—¿Qué haces aquí, solo? —insistió Alex

—Mi mamá dice que no debo hablar con extraños —respondió finalmente, luego de unos instantes de silencio. Alex sonrió.

—Y tiene mucha razón, aunque tampoco es seguro que estés aquí por tu cuenta.

—Me gusta aquí, es calmo y fresco.

—¿Dónde está tu mamá?

—¿Dónde está la tuya?

Alex titubeó. Era como hablarle a un espejo.

—Mi mamá murió cuando yo era muy pequeño, casi tan pequeño como tú.

El niño no respondió. La situación en su totalidad parecía extraña. Alex se preocupó por él, quizás estuviera perdido. ¿Debía llevarlo al pueblo? Tal vez lo estuvieran buscando allí. Pasara lo que pasara no debía abandonar su puesto, pero sentía cierta sensación de desasosiego. Se

dispuso a averiguar de dónde provenía el mocoso, y así llevarlo con su madre. Luego podría resumir su guardia.

—Me llamo Alexander.

—Creo que ya no eres un extraño, está bien que hablemos ahora, ¿no?

—Creo que sí —asintió él—, aunque todavía no me respondiste. ¿Dónde está tu mamá?

—No quiero pensar ni hablar de ella —respondió el niño mientras agarraba una rama y dibujaba en la arena—. ¿Me contarías una historia?

Claramente no podía abandonarlo allí, pero no sabía cómo ayudarlo tampoco. Significaba el desatender el horizonte, abandonar su guardia en el momento que más necesitaba defenderla con celo. Pero de nuevo allí estaba el niño, mirándolo con anhelo.

—Está bien, te quedarás conmigo, pero solo hasta que vengan a buscarte. ¿Sabes que estás aquí?

—Quiero mi historia —respondió el pequeño refunfuñando.

—No sé ninguna.

—Qué aburrido.

—Qué insolente —reconoció Alex. Por un momento, se había olvidado de lo poco que le gustaban los niños. Debía encontrar paciencia para lidiar con el mocoso—. ¿Cómo te llamas?

—¡Juguemos a las escondidas! —gritó eufórico el niño, lanzando la rama por los aires y corriendo hacia la ladera. Alex, quien no salía de su asombro, no pudo más que verlo corretear por la playa y subir cuesta arriba hacia el faro.

—¡Espera! —Fue lo único que pudo decir antes de perderlo de vista. Se enfadó consigo mismo. ¿Por qué seguía un instinto que bien sabía que no tenía? Debía abandonar todo eso y seguir mirando el horizonte.

Firme en su lugar, decidió no seguir los juegos del chiquillo. Sí, estaba en lo correcto. El mocoso debía aprender que la vida no era un juego, y lo aprendería tarde o temprano. La pipa descansaba fría en su mano cuando se dio cuenta de que el tabaco era ya ceniza. Con suma tranquilidad y sutileza, dio un par de golpecitos en una roca para deshacerse de los restos, y con la otra mano, descubrió una bolsita de cuero con tabaco fresco. El frío húmedo ya comenzaba a sentirse en la carne cuando la pequeña llama de un fósforo se encendió entre sus manos y fue a parar al hornillo de la pipa. Alexander aspiró suavemente y una oleada de roble viejo y campos sembrados invadió cada rincón de sus pulmones. Con un suspiro de satisfacción, sintió cómo se le enderezaban los pelos

de la nuca, en medio de un escalofrío que estremeció su cuerpo por completo.

—Se está poniendo frío.

Tal vez, hubiese sido mejor esperar dentro del faro, pero no lograba acostumbrarse a ello. Cada noche subía, escalón por escalón, rodeado por los crujidos de la madera podrida que amenazaba con ceder. Era una odisea llegar a la cima sin caer a través del suelo derruido. Los años habían castigado la vieja edificación con la furia de las arenas y los vientos del tiempo, y aunque seguía erguido en su guardia, no se habría sabido cuánto más aguantaría. “Los tiempos están cambiando”, pensó Alex mirando hacia la torre con tristeza.

Un nuevo escalofrío le hizo pensar que quizá aquella noche sería mejor encender el fuego más temprano de lo normal. El aire congelándose al salir de su boca terminó de decidirlo.

De tan solo pensar en subir nuevamente esos peldaños sentía temblores en todo el cuerpo. Pero debía hacerlo, cada noche, por ella.

Al llegar cuesta arriba vio la puerta del faro entreabierta y no pudo no recordar las palabras del pequeño: “Juguemos a las escondidas”.

—Por Dios... —alcanzó a musitar antes de comenzar a correr como nunca lo había hecho.

A zancadas, llegó a la puerta y la abrió con violencia. Registró la habitación en segundos, pero no había rastros del niño, aunque eso le preocupaba aún más, pues sí había huellas de arena húmeda, y marcaban un sendero hacia la escalera.

—¡Niño! —gritó al pie de los escalones—. ¿Estás allí?

No recibió más que silencio y se sintió más calmo por segundos. Pero un gemido de dolor le hizo dar un vuelco al corazón. Una palabra tenue y apagada le llegó desde lo más alto.

*Ayuda...*

Alex subió a toda prisa por la escalinata arremolinada. Los escalones crujían quejumbrosos bajo el peso apurado de sus pies, pero él no pensaba, solo necesitaba avanzar. Una vez en el cuarto de servicio, vio con horror al niñito colgando sobre su cabeza, aferrado a la vida mediante una tabla podrida. El joven se apresuró y subió la escalinata hasta el segundo piso de la edificación. A medida que se acercaba a la cúpula, el suelo sobre el que se movía se volvía cada vez más traicionero. Al poner un pie sobre el primer escalón, este crujió amenazante. Cada paso parecía dirigir una sinfonía de lamentos chirriantes en la vieja madera.



—Aférrate con fuerza, pequeño —le dijo con voz calma, señalando la vieja tabla entre las manos del niño—, no la sueltes por nada del mundo.

Una vez en el piso de arriba, el camino le pareció eterno, pues cada centímetro que recorría venía aparejado de un nuevo crujido y la sensación de que el suelo se estremecía. Cuando tomó conciencia de que había recorrido más de la mitad del camino, oyó con horror una tabla partirse y, acto seguido, el niño desapareció frente a sus ojos.

El tiempo dejó de existir. Eternos fueron los segundos en los que Alex miraba, pero no veía, y todo lo que oía eran los latidos agitados de su corazón. Un parpadeo pesado, lento y espasmódico desató una cascata de sensaciones, estados e ideas que se agolparon violentamente en su cabeza. Pero él ya no pensaba, solo era. Corría cruzando un campo minado de madera podrida que amenazaba con hundirse bajo el peso de sus apurados pasos. Luego, se encontró en el suelo, asomado por la grieta, y recuperó el aliento cuando vio al pequeñín todavía vivo, aferrado a una gruesa viga.

—Aquí estoy —alcanzó a suspirar mientras tomaba su brazo y lo subía a salvo.

Ya caída la noche, la luz del faro brillaba cálidamente en lo alto y entre la bruma. La niebla aún no se había ido, y el pueblo pesquero descansaba en la oscuridad. Alexander revolvía el guiso de una olla iluminado por el fuego de la chimenea mientras el niño, envuelto en una frazada, lo observaba desde una silla.

—Bueno..., no es una delicia, pero nos ayudará a mantener el calor —le dijo al pequeño poniendo frente a él un cuenco con guiso.

—¿Tú vives aquí? —preguntó el niño—. ¿En el faro?

Alex rió.

—No, solo es temporario, estoy esperando la llegada de una embarcación.

—Mi tía dice que no habrá más barcos aquí, el muelle está muy dañado.

—Es verdad, pero tal vez vuelva, ya que cuando zarparon todo estaba bien.

El fuego se movía a merced del viento que se colaba por los bordes de las viejas ventanas.

—Te contaré una historia, pero tú debes decirme tu nombre y dónde está tu familia.

—¿Qué tipo de historia?

—Es la historia de un chico y una chica. Ella lo conoció en el barco que estoy esperando.

—¿Se enamoraron?

—Se podría decir que sí. Ella provenía de una familia acaudalada que solía viajar cada verano para alejarse del bullicio de la ciudad.

—¿Y era linda?

—Vaya que sí. Sus ojos eran del color de las castañas, y su tonalidad se aparejaba con su pelo clarooscuro, suave y lacio. Desde sus mejillas y hasta el mentón, corría el camino más tenuemente inclinado, y enmarcaba una sonrisa triste, tímida y sincera.

—¿Cuál era su nombre?

—Se llama Justine. Y el joven se perdió rápidamente en sus ojos cuando la vio, aunque ella no le prestara atención.

—¿Por qué no?

—Quién sabe, el pequeño también provenía de una familia rica, aunque sus padres habían muerto, y vivía con su tía paterna.

—No me has dicho su nombre.

—Tú no me has dicho el tuyo.

Ambos callaron. El fuego chisporroteaba mientras Alex revolvió un poco más la comida. Dentro, danzaban trozos de zanahoria, tubérculos y hasta pequeños rábanos.

—Entonces, ¿cómo se enamoraron? —preguntó el pequeño rompiendo el silencio.

—Algunas noches cálidas, cuando la luna estaba en lo alto, la melodía de un violín invadía cada rincón de la nave. Era un deleite para muchos, un misterio para otros. Las bellas noches de altamar, adornadas por el triste aullido de una melodía que nacía y moría en algún lugar recóndito del enorme navío. Un verano, Justine se encontraba viajando con sus padres. Tenía la bella edad de dieciséis años y una curiosidad insaciable. Su madre era tierna y gentil, su padre justo y protector. Ellos no lo sabían, pero era una niña muy especial. No le interesaban los muchachos, las ropas extravagantes ni las formalidades y etiquetas. El amor de la joven eran el mar y las estrellas. Tenía la suerte de tener su propio camarote, por lo que todas las noches se escabullía por la cubierta y se subía a algún techo para poder mirar el cielo estrellado sin las molestas luces del barco.

—¿Y eso qué tiene que ver con el chico?

—Ten paciencia —le indicó Alex al pequeño, intentando aplacar su ansiedad—. Una noche de luna llena, como habrás podido predecir, la joven Justine oyó por primera vez las hermosas notas del violín y las amó casi instantáneamente, por lo que recorrió la cubierta intentando enterarse de dónde provenían. Pero, fallando en su empresa, volvió a su camarote. A la mañana siguiente, se sintió decidida a encontrar la fuente de tan bella música, pero aquella noche las notas la abandonaron. Así consecutivamente, noche tras noche, Justine volvía a su lugar secreto y esperaba ansiosa a oír el lamento del violín. Ese verano ya no lo haría, pues el viaje llegaba a su fin.

El niño observaba a Alex con ojos muy abiertos. El joven pudo sentir en él su ansiedad y entusiasmo.

—Pasaron muchos días hasta el siguiente verano, y la joven Justine ya había olvidado las bellas notas que aullaban en la madrugada. Por ello, fue una sorpresa para ella cuando sintió nuevamente las cuerdas rasgadas, ¡sollozando en la noche! Esta vez no perdería la oportunidad de saber de dónde provenía la bella melodía, por lo que abandonó su camarote y se dirigió a su lugar secreto. Ya conocía el buque tan bien que recorría los techos con la agilidad de un felino, escondiéndose de las miradas curiosas que la buscaban desde la cubierta al sentir sus pequeños pasos en la chapa. Cerraba los ojos de vez en cuando para guiarse por su oído, pero las voces festivas, el tintineo de las copas y las risotadas de los marineros la desconcentraban de su cometido. Luego de una hora de buscar y buscar, se sentó sobre una escotilla sintiéndose desdichada e inútil. La música había callado hacía unos minutos, y Justine no tenía esperanzas de volver a escucharla aquella noche. “Disculpe, señorita... —dijo una voz a su lado, y la joven se sobresaltó. Fue en aquel entonces que lo vio. Él tenía un estuche forrado de cuero en su mano, cuyo tamaño era perfecto para almacenar un violín—, debo usar esa escotilla”. “¡Eres tú!” exclamó ella, presa de la alegría de haber encontrado a su músico misterioso.

—Era el chico, ¿no? —preguntó el pequeño saltando en su asiento, ya entregado a su ansiedad.

—Claro que sí —dijo Alex con una sonrisa—, pero déjame terminar el cuento a mí. Y come, hace frío.

El pequeño se sentó y tomó su cuenco, listo para seguir escuchando más de la historia.

—El muchacho la vio y la reconoció en el acto. Todos los veranos solo podía observarla desde lejos, y esta vez la tenía frente a sí. Al saber con quién trataba, el joven comenzó a titubear. ¿Cómo hablarle a una chica que le gustaba? Le parecía una tarea titánica. ¡Colosal! Ella no salía de su asombro, y pronto se le acercó. Lo observó de arriba abajo. El pelo de él era algo ondulado, color café, y sus pequeños ojos marrones transmitían tranquilidad y confianza. Esto puede parecerle extraño, pero ella se enamoró de él en el acto. No era por sus ojos o su pelo. No era su cara o su voz. Ni siquiera su mirada o su sonrisa. No. Ella amaba el misterio que él le causaba. Tal vez no era amor, tal vez fuera más pertinente llamarlo un capricho.

Alex nunca lo notó, pero se había perdido en la luna, asomada a través de la ventanita del faro. La bruma se arremolinaba bajo el imperio de algún viento caprichoso, y las tonalidades plateadas del astro bañaban el rocío que caía muerto sobre la playa.

—¿Cómo sigue la historia? —preguntó una vocecita, devolviéndolo a la realidad. Frente a él, el pequeño lo observaba con detenimiento.

—Allí termina.

—¡No puede terminar allí! —exclamó el niño enfurruñado—. Ellos tenían que enamorarse y casarse.

—Bueno, en realidad, sí se enamoraron y planearon casarse una noche de tormenta. Si le hubiera pedido al padre de Justine la mano de su hija, y el tierno hombre lo habría recibido como a un hijo propio. Claro está, su mayor encanto era su acaudalada familia, pero ello no hacía que su amor fuese menos real. Ella siguió viajando todos los veranos. Él también. Y mucho antes de que decidieran casarse, ya pasaban mucho tiempo juntos. Se escabullían cada noche y... —Alex volvió en sí, y recordó que le hablaba a un niño— ...contemplaban las estrellas juntos. Él tocaría para ella, y a cambio, ella lo envolvería con sus delgados brazos y lo besaría.

Y continuó:

—Luego de que se convirtieran en prometidos, ese mismo verano él decidió que no viajaría. Estaba buscándose a sí mismo, su propia identidad, su verdadera pasión, algo en lo que volcar su espíritu. La música no era suficiente, la pintura aún menos, por lo que decidió encerrarse a escribir. Ella esperaba, como era natural, viajar al lado de su —ahora— prometido, pero él tenía otros planes, y no dudó en llevarlos a cabo. Casi

sin interés, y con un gesto de desidia, le advirtió que no se inmiscuyera en sus asuntos, y que ya habían viajado mucho tiempo juntos, ahora era tiempo para dedicarse a sus proyectos. Ella aceptó, finalmente, con resignación y le deseó mucha suerte. Le dijo que no podía esperar a volver y leer lo que su futuro esposo había creado, estaba segura de que sería una obra maravillosa. Él sonrió, le agradeció su comprensión y la besó tiernamente. Dos días después, el barco zarpó a la hora estimada, pero él llegó tarde. Había estado toda la noche frente a una hoja en blanco, flotando entre los vapores del vino que había bebido ávidamente. Cuando el muchacho llegó al muelle, el barco ya estaba lo suficientemente lejos como para no distinguir a la gente que había sobre él. Pero una sombra se destacaba entre las otras. Entre todas las figuras que recorrían la cubierta, una se sostenía de la barandilla, inmóvil, impávida. Rápidamente, él subió al faro, y desde la cima agitó los brazos. Desde el lejano navío, la inamovible silueta cambió de forma, y a millas de distancia, supo que Justine lo saludaba felizmente.

—Ella no se enojó con él, ¿entonces? —pregunto el niño, largando un bostezo.

—Él nunca lo supo —explicó lentamente Alex—. Al final del verano, en uno de los días más fríos que jamás había vivido, se acercó al muelle, esperando la vuelta del buque. En una de sus manos, latía viva una amapola suave y aterciopelada; en la otra, un manuscrito de cerca de trescientas páginas. Las horas pasaron, el sol se ocultó, y el comunicado oficial fue que el buque se había retrasado, y que llegaría al otro día. El joven pasó la noche en el pueblo, y a primera hora de la mañana, se encontró nuevamente en la costa. Pero otra jornada se fue, sin rastros en el horizonte. Ante las crecientes preguntas de las personas que esperaban la llegada del navío, la guardia costera pidió calma y serenidad, pues todavía ellos no habían recibido noticias del barco. No fue hasta el cuarto día en que una señal telegráfica llegó a la estación postal. No era del barco, sino de otro pueblo costero a unas millas de distancia. Anunciaba la proximidad de una enorme tormenta, un tifón que ponía en peligro a toda la zona. La guardia costera, entonces, emitió otro comunicado: “Debido a las actuales condiciones climáticas, no se descarta que el buque S. S. Claire haya sido abatido por dicha tormenta en altamar”.

—El barco... ¿se hundió? —preguntó el niño con un dejo de inquietud.

—Nunca nadie lo supo —respondió Alex mirando el suelo—. Ni bien la gente se retiró del puerto, entre sollozos y confusión, él se dirigió al

faro. Subió hacia la cima y se apoyó sobre la barandilla. La flor en su manos se había tornado negra, y el viento pronto comenzó a soplar con furia. Cientos y cientos de hojas cruzaron el aire aquella tarde. Eran hojas blancas y pétalos negros como el carbón, danzando entre las corrientes, mientras el joven se asía a la vida con su mano derecha. Bajo sus pies, las personas abandonaban el pueblo rápidamente, mientras el cielo rugía y destellaba.

—No me gusta mucho esta parte de la historia... —dijo el pequeño envolviéndose en su frazada—. Él... ¿lo hizo?

—No... Claro que no. —Alex se puso de pie y se dirigió hacia la olla. Comenzó a llenar su cuenco, cucharada a cucharada, mientras se debatía entre proseguir o no con el cuento—. Es extraño que te haya encontrado aquí, una vez estuve en esta misma playa, de pequeño. Mis padres habían muerto hacía tan solo unos días, y mi tía era tan... poco comprensiva... Tenía un amigo imaginario, sin él no podría haberlo logrado.

El joven recordó y sonrió.

—Tan solo hubiese deseado que él no fuera mudo, ¿sabes? Jamás me dijo una palabra, solo estaba allí, mirándome...

De pronto, guardó silencio. Había modulado cada palabra como si hubiese estado relatando una historia que no conocía, como si comenzara a recordar episodios que creía perdidos. Con la niebla, la humedad también se había marchado, pero la temperatura parecía seguir bajando. Lentamente, volteó hacia la habitación. Estaba solo. No había ni rastro del niño que lo había acompañado hasta hacía unos segundos. “Solía dibujar sus ojos en cualquier lado...”, se dijo Alex perplejo, y casi sin pensarlo, tomó su abrigo y se dirigió hacia afuera.

La noche era fría y calma, el joven podía ver el vapor de su aliento al exhalar, congelado por la temperatura e iluminado por el farol en su mano. Alex bajó a la costa tiritando y miró las huellas en la arena. Había solo un par. Unos pasos más adelante, se topó con el lugar donde había encontrado al niño y, al dirigir la luz sobre la arena, pudo ver dos ojos en forma de estrella dibujados sobre ella.

# DANIELLE

## PSIQUIATRÍA

Mientras el médico escribía, parecía estar sumido en un autismo saludable. No porque este pudiese ser sano, sino porque él era médico. Al mismo tiempo, las sombras que nacían del atardecer decoraban el lúgubre consultorio con siluetas estáticas, fragmentadas por los barrotes de las ventanas.

No importaba cuántos ruiditos o gestos pudiera hacer la joven, el buen doctor no daba cuenta de la impaciencia que su consultante quería hacerle notar. No había más interacción que las (casi) involuntarias y ocasionales toses de Danielle, y el tic—tac del reloj, que era la primera línea de batalla contra la incomodidad del silencio. El médico tenía una adusta expresión mientras deslizaba su pluma sobre el papel, devorando tinta con avidez.

El gran reloj de péndulo era, sin duda, el detalle que daba su sentimiento hogareño a la habitación. Biselados los bordes, pintado claramente a laca y tallado en roble, hacía juego con la chimenea de ladrillo oscuro, que estaba rodeada por una extensa biblioteca cargada de pesados volúmenes: Fisiología I. Fisiología II. Fisiología III. Histología I. Histología II. Tratado de Cirugía. Tratado de Cirugía II. Neurología. Psychopathia Sexualis. Tratado de Psiquiatría. Las vías nerviosas del cerebro y la espina dorsal. Y otros tomos bautizados con extensos nombres que obviamente tampoco entendía; algunas palabras solo eran garabatos para ella. Danielle se preguntó en qué lugar de aquellos poblados estantes se encontraría el volumen que el doctor consultaría para curar a su bienamado Alexander.

Un carraspeo grave la expulsó de sus pensamientos y volvió la cabeza para encontrarse con la mirada severa del doctor Hermenoff.

—Le decía, Madame, que deberíamos proceder con el tratamiento lo antes posible. —Danielle, que nada sabía sobre eso, cayó en la cuenta de que ya hacía unos minutos que el médico le hablaba.

—Me temo que no lo he escuchado, doctor —reconoció no sin vergüenza.

—Pues solo debe saber —explicó Gustav Hermenoff, intentando mantener la cordialidad— que el único camino para tomar es el que se ha propuesto. El enfermo debe ser tratado con urgencia, ya que es una amenaza para otros, tanto como para sí mismo.

—No comprendo, Alexander es un buen hombre.

—Entiendo eso, pero sus facultades mentales están alteradas hasta nuevo aviso. Usted bien debe saberlo, pues arremetió contra su persona.

—Eso no es así, ya he explicado a las autoridades que ello no fue sino un malentendido.

—Tanto sus alucinaciones como sus estados progresivos de catatonia —continuó el doctor haciendo caso omiso de la objeción de la joven— terminarán por empeorar el estado de su marido, aboliendo su pensamiento hasta estados de los que no habrá regreso.

—Pero he escuchado que hay un buen doctor en Viena cuyos métodos han probado ser útiles en estos casos.

La expresión del médico, hasta entonces seria e inquisidora, se convirtió en indignada y soberbia.

—Señora, esto no es un cuento fantástico, aquí estamos lidiando con la realidad de una mente enferma, ningún doctor puede curar un cuadro semejante con hipnosis o la presión de su mano. Debe saber que...

—Danielle ya no lo oía. Estaba inmiscuida en sus propios pensamientos. Nada sabía sobre qué hacer en esa situación. Si bien parecía una fina y entendida dama, su infancia había sido ordinaria, así como su educación. Fruto de un núcleo familiar venido a menos, la flor de loto había crecido fuerte, pero triste. Esa clase de personalidad forjada a partir del llanto materno y los golpes de un padre enamorado del alcohol. Amante innata del buen arte, o de aquel que estaba a su alcance, creció para hacerse respetar por las buenas o las malas, así como la belleza de una rosa trae consigo el dolor de los agujones. En su lenguaje no tenía lugar el tecnicismo médico.

De pronto, cayó en la cuenta de que las sombras los habían abandonado. En su lugar, el tenor azulado y grisáceo de la tarde nublada blandía destellos repentinos de una tormenta que se avecinaba. No era que pu-



diera notarlo, solamente se percató del cambio en los grises de la habitación. Como consecuencia, el buen médico se puso de pie y procedió a encender la chimenea, hasta entonces lúgubre y fría. En segundos, la calidez invadió el aire húmedo y gélido que de repente los había rodeado.

—Madame, es importante que me escuche con atención. Comenzar con el tratamiento es indispensable para garantizar que su marido recupere sus funciones mentales. Los últimos diagnósticos por intoxicación y lesión ya fueron descartados. Solo nos queda aplicar un tratamiento que le permita al enfermo recuperar las dimensiones racionales del pensamiento. Esto se logrará mediante una pequeña cirugía, y el cuidado y la reeducación del paciente en las artes del bien pensar, además de su próxima inserción en los parámetros sociales correctos. De esta manera curaremos el desvío mental de su esposo.

—¿Qué involucra dicho tratamiento? —preguntó avergonzada—. Debe saber que provengo de una cuna humilde y que sus explicaciones podrían darme una mejor imagen de lo que está pasando aquí.

—Es simple, el tratamiento involucra, como le he dicho anteriormente, una cirugía que domará, de alguna manera, su pensamiento mediante la eliminación de una porción enferma del cerebro. —Miró a la joven y supo que la respuesta que buscaba era un poco más simple—. Le aseguro que cuidaremos del señor Alexander y se lo devolveremos como nuevo. —Eso era tranquilizador—. Solo debe firmar aquí —dijo el doctor, y le extendió un documento de pocas páginas abrochadas.

Las letras parecían danzar allí entre tan pobladas líneas. Se mezclaban y formaban un portal hacia una sola frase: “soy responsable”. No le parecía que tal frase necesitase tantas letras, pero así se lo había explicado Alex una vez. No podía negarle a su amado el tratamiento que necesitaba para volver a ser él mismo, aun así su naturaleza le impedía firmar un documento sin saber qué decía.

Intentando no alertar al doctor sobre su problema, se tocó la frente y cerró un poco los ojos.

—Preferiría llevarme el documento y leerlo tranquila.

—Comprendo. Entonces, nos veremos más tarde esta semana —comentó Gustav Hermenoff en un esfuerzo sobrehumano por mantenerse comprensivo y amable—, pero recuerde que no contamos con mucho tiempo.

—Por supuesto... —respondió ella y se levantó de la silla.

Estaba ya recorriendo los pasillos del asilo cuando notó que el atardecer llegaba a su fin. Lo hacía con destellos de luz anaranjada, dando sus últimos respiros allí donde la tormenta no la había alcanzado aún. Salió al jardín y recorrió el estrecho camino de piedras hacia la salida. Era un hermoso lugar, un parque pensado exclusivamente para los amantes de la belleza y la naturaleza. Al pasar a un lado de la fuente, se detuvo a contemplarla. Dos grandes lobos de piedra se entrelazaban y sostenían sobre sus espaldas una menuda pileta que lloraba agua. Con expresiones dispares, uno mostraba sus dientes a la institución con sus orejas bajas y en posición de ataque, mientras su hermano, mirando hacia la reja, mantenía un gesto de calma y docilidad. El simbolismo era evidente, pero inquietante. La joven siguió caminando.

Ya en la reja, el guardia de seguridad le abrió el paso, y ella dio un último vistazo al psiquiátrico. En la ventana del doctor Hermenoff, se dibujaba una oscura silueta que la vigilaba.

# GUSTAV

## UN SUEÑO

Gustav Hermenoff había cursado sus estudios en el colegio de médicos de Edimburgo. Desde pequeño había sido un prometedor estudiante, y su madre bien lo sabía. La familia había hecho lo imposible por enviarlo a Escocia una vez que hubo terminado la escuela y, logrando su cometido, habían convertido al niño en un joven médico a los diecinueve años. Era un logro impresionante para una familia humilde, que dependía de su trabajo con tanta entrega. Habían criado a dos niñitos brillantes, y a una niña hermosa.

No contentándose solo con su reciente título, el joven ignoró la añoranza de volver a verlo que su madre plasmaba en cada carta que le enviaba y, trabajando por un techo, continuó sus estudios centrándose en las maravillas aún por descubrir de la mente humana. Se convirtió en su sueño, en la constelación que lo guiaba en cada pensamiento y aquella que perseguía con añoranza. Así, estudió con psiquiatras de renombre, obtuvo calificaciones perfectas y escaló rápidamente hasta transformarse en el profesor más joven del colegio que lo había visto convertirse en médico. Allí dio clases a jóvenes que luego se convertirían en eminencias de la psiquiatría clásica y la experimentación científica.

Gustav Hermenoff parecía buscar algo que no podía encontrar. A medida que su imagen iba creciendo, su nombre se eternizaba en el ámbito y se volvía un experto en su campo. Comenzó a viajar a otros países y a descubrir conocimientos, sustancias y concepciones que le habían estado veladas hasta el momento. Se encontró lo suficientemente permeable como para interesarse en ellas sin perder las enseñanzas que había recibido. Recorrió gran parte de Asia, Europa en su totalidad, y

hasta se aventuró a viajar a Norteamérica, donde el interés por el cerebro y las conductas psicológicas crecían en popularidad día a día entre los científicos del nuevo mundo.

Estaba él allí, recorriendo el mundo occidental, cuando una carta lo tomó por sorpresa. Su madre había fallecido, y su padre lo compelió a volver rápidamente a Alemania para compartir el momento de duelo con la familia. Caso omiso hizo Gustav de este obstáculo, pues no tenía tiempo que perder.

Hacía años una idea rondaba por su cabeza: ¿y si pudiera él programar a las personas para transformarlas en máquinas de producción? Más aún, ¿podría curar a los locos para convertirlos en fieles sirvientes de las personas?. Estos animales podían volver a ser insertados en la sociedad, pero también podían devolver algo de lo que ella les daba. Si Gustav Hermenoff podía eliminar la locura, extirparla del cerebro y hacer a estos individuos asequibles de una serenidad y sumisión tales que pudiesen disfrutar de servir a quienes serían sus amos, el mundo contaría con una mano de obra barata, voluntariosa y con una totalidad de seres funcionales.

Eso había impreso en él el sueño americano.

El único problema que se le presentaba era la poca disponibilidad de mentes enfermas para proseguir su investigación. Pero ello podía solucionarse. Tan solo escribió y envió un par de cartas y volvió a Alemania. Para su regreso, una visita a un viejo amigo le significó la ascensión a médico jefe del psiquiátrico Santa Clara (St. Claire) al norte de Dinamarca. El edificio estaba lo suficientemente derruido, y solo la posibilidad de que el célebre médico se hiciera cargo de él lo alejaba del cierre total. Nadie había querido hacerse cargo del gigante dormido, por lo que el puesto estaba al alcance de la mano de Gustav. Pero como todo regalo de semejante magnitud, no estuvo lo suficientemente seguro de qué había recibido hasta que lo vio. Las paredes llenas de moho contaban leyendas de la última vez que habían sido pintadas, mientras la iluminación —nula— dependía del sol para estar presente o no. El techo se caía a pedazos, el suelo se desprendía también. No había en el edificio nada que invitara a Hermenoff a hacerse cargo de él.

Pero no todo era lo que parecía, pues el médico optó por pasar una noche en aquel gigante, para pensar sobre qué haría con él. Su amigo naturalmente le pidió que lo reconsiderara, pero el hombre estaba tan seguro de ello que le pidió que cerrara la puerta con llave y lo fuese a

buscar a primera hora del día siguiente. Lo único que supo este amigo de él fue que el albor del nuevo día encontró a Gustav Hermenoff decidido a hacerse cargo del Hospital Psiquiátrico St. Claire.

El médico pasó mucho tiempo devolviéndole la vida al hospital. Ya luego de cinco años desde su nombramiento, el gigante contaba con luz eléctrica; celdas —o habitaciones— de máxima seguridad; una capa de pintura nueva; un renovado personal; y una capacidad de cuatrocientos cincuenta internos. Eso sin contar el bello parque que había hecho diseñar durante el primer año. Además, un muro impenetrable rodeaba todo el predio, y dentro de él respiraba, día a día, el jardín más bello que cualquiera hubiese observado. Había en él pequeños estanques llenos de mariposas y aguaciles, ligustrinas que marcaban el camino por el que se podía pasear, asientos de suave madera sobre los cuales descansar y disfrutar el día. Las flores invadían cada rincón, y las enredaderas velaban las grises paredes del muro de la prisión preventiva. Gustav habría desafiado a cualquier enfermo a sentirse encerrado en aquel *edén*.

Por fin, luego de una década de trabajo intenso, se le fue otorgado un sentido reconocimiento por haber llevado adelante la institución. Pronto se dio cuenta de que estaba donde quería, y nada le faltaba, aunque tenía sus razones para seguir trabajando arduamente. La vida se había encargado de otorgárselas. Mandó a construir, entonces, una bella fuente para celebrar la mención. Deseaba algo hermoso, algo que tuviera un significado. Algo que representara el poder que el psiquiátrico tendría sobre sus pacientes.



# DANIELLE

## BAJO EL ÁLAMO

Fue alrededor de la primavera de 1896 que el pozo se había contaminado de Dios sabe qué. Su padre pasaba cada día más tiempo desmayado entre los vapores del vino, mientras que la casa se pudría desde sus cimientos y amenazaba con desplomarse sobre sus cabezas si no recibía las inversiones y los cuidados pertinentes. Para colmo, a su madre le acudieron unas horrorosas toses y esputos sangrientos que la obligaban a pasar días enteros en cama, a veces al lado del señor Bellerose durante sus sueños de licor.

Su tío le había expresado sus preocupaciones de tenor económico y temía no poder seguir ayudando a su hermano y manteniendo su tormento. Era, en otras palabras, una promesa triste de desalojo y desamparo. Las lágrimas de Danielle hacía tiempo ya que se habían secado pero, junto a su amado tío, acordaron otorgarle a su padre una última temporada de descanso. Aunque por dentro lo destrozaba no poder ayudar a su sobrina, el psiquiatra no tenía otra opción más que ser sincero y frontal al plantear el asunto. Pero, antes de irse, se había acercado a la joven y, al oído, le había susurrado estas palabras.

—Vete de aquí, construye tu vida, una vida mejor.

No mucho tiempo después fue que el pozo se volvió inútil, y Danielle debió llevar su jabón y sus manos agrietadas al río. Era una tarde cálida de primavera cuando, frente a todas las vecinas, se encontró llevando su canasto de ropa sucia hacia la orilla para poder asear las manchadas camisas de su padre. No es que le molestaran las risitas, los susurros o las burlas; es que formaban lágrimas arenosas que se deslizaban pesadamente en su interior. Unas lágrimas que, al evaporarse, dejaban un

residuo sólido que se acumulaba y las endurecía, desde adentro hacia afuera. Aun así, ella iba. Con la frente en alto. Los pies firmes. La mirada fija.

La orilla del río estaba desolada y llena de maleza. El barro subía por sus tobillos a medida que sus pies se enterraban en él mientras caminaba. Una vez cerca del agua, jabón en mano, comenzó a frotar una blanca camisa decorada con lamparones de color carmesí que apestaban a vino. Le costaba remover aquellas manchas. Eran largos minutos en los que dejaba que sus manos hicieran su trabajo mientras su cabeza se perdía entre los arbustos.

Un día, ya entrada la tarde, se encontró tarareando una melodía que jamás había tenido el placer de escuchar. Ante la duda, abandonó su labor y calló por un momento. La tonada seguía resonando en el aire. Alguien más estaba haciendo lo mismo. Intentó seguir la voz con sus oídos, pero la maleza dificultaba su empresa. Perdiendo la noción del tiempo y el espacio, abandonó su actividad y se perdió en la orilla. A la vuelta de un pequeño islote encontró la causa de su búsqueda.

Un bote moteado por los años navegaba lentamente por el río, y una persona yacía plácidamente sobre él. Un hombre atractivo y de aspecto despreocupado se mecía a merced del viento mientras escribía suavemente en un cuaderno. Tan absorto estaba en su tarea que no se había percatado de los dulces ojos anhelantes que lo vigilaban desde la orilla.

Tal libertad, tal tranquilidad, tal paz. Todo lo que le generaba ese individuo se revolvía en su garganta, generaba miles de lágrimas más y una tristeza infinita. Tal vez porque no sabía cómo se sentía aquello. O porque nunca lo sabría. Pues, aferrada a un viejo álamo, no podía dejar de desear subirse a ese bote, oír sus historias —seguro que tendría muchas— y ser acariciada por esas manos que danzaban libres y bellas sobre el papel. Todos los días a partir de esa jornada se resumieron en ir a lavar ropa al río. Sabía que siempre aparecería, de una manera u otra. A veces lo vería, otras no. En ocasiones, se dibujaba en la distancia, otras tan cerca que la joven debía huir a su álamo para resguardarse y disfrutar de su actividad sin ser vista. Hubo días en los que no lo veía y sufría. Se pasaba horas fantaseando en el río, imaginándose cómo el extraño misterioso llegaría ante ella y la invitaría a subir a su bote. Luego, navegarían río arriba y desaparecerían del mapa. Tanta felicidad ficticia no hacía más que hundirla en su miseria y desesperación. Los días se



convirtieron en semanas. Las semanas en meses, y ya había perdido la esperanza. Se había olvidado.

Una tarde, mientras estaba absorta en sus labores, un bote se acercó lentamente y fue a atrancar a escasos metros de ella. Cuando levantó la mirada lo vio, pero no había nada ni nadie en él.

—Hola —dijo una voz a sus espaldas. A pesar del respingo que acababa de dar, se volteó—, me llamo Alexander, perdona si te asusté.

El sol daba sus últimos saludos cuando, debajo del álamo, Alexander y Danielle hablaban sobre los últimos días. Resultaba que el joven se había percatado de que lo vigilaban hacía ya un tiempo, por lo que había decidido conocerla. La bella muchacha, sin embargo, no estaba del todo cómoda. La alegría en su corazón era inmensa, pero no podía disfrutar de ella. Mirando a su alrededor a cada instante, articulaba sus palabras rápidamente, como si pudiese ser descubierta haciendo algo malo.

—¿Qué es lo que tanto escribes? —preguntó de repente, mientras la luz de la tarde bañaba su cobrizo cabello.

—No puedo decirte —respondió él, mientras miraba el río.

—¡Eso es tan poco educado! —reaccionó ante la evasiva. Ofendida, se levantó y, tomando su canasto, comenzó a caminar cuesta arriba.

—No puedo decirte, pero estaría encantado de que lo leyeras... ¿Qué tal si nos encontramos aquí mañana por la mañana? —dijo Alexander unos metros atrás. Ella frenó, asintió sin voltearse y siguió su camino.

Esa noche pasó horas mirándose al espejo. Su cobrizo cabello y dulces ojos aguamarina no se reconocían dignos del misterioso hombre del río. No sabía ni cuál era su edad. Su mirada era la de un hombre curtido, pero su piel tersa como la de un joven en la plenitud de la edad. Pero ella... se sentía una niña boba y fea, odiaba todo de sí misma. Odiaba su pelo, su cara, su expresión de idiota. Y sus manos, cómo detestaba sus agrietadas y pálidas manos... Las de él eran varoniles y suaves.

Lo siguiente en la lista era su figura. Las curvas no se habían instalado con la edad, era pequeña, tenía piernas flacas y pechos de niña. El espejo le devolvía el insulto más gravoso, ese que resonaba en su mente cada vez que veía su reflejo. La pregunta a la que no encontraba respuesta alguna: “¿Qué es lo que crees que mereces?”

La mañana asomaba por el horizonte cuando por fin había terminado de arreglarse. Lucía un vestido de hilo morado, con un escote demasiado amplio para su gusto. ¡Cómo extrañaba verlo a colores! Tal vez, algún día sus ojos volverían a funcionar bien. Se sentía, aún, tonta e infantil,

pero no le importaba. Era demasiado terca hasta para aceptar eso. Con el canasto en su mano, salió de su casa.

Parada en el pórtico, su madre miraba el amanecer con ojos profundos.

—¿No estás muy vestida para ir a lavar ropa?

Danielle se sobresaltó, pues no esperaba encontrarla allí.

—¡Madre! No deberías estar parada. ¿Qué haces fuera de la cama?

Elise era una bella dama, aunque su piel se había curtido con los años. Sus ojos relucían la tonalidad de las avellanas y su cabello azabache todavía conservaba su color. Cada arruga en su rostro no era sinónimo de vejez, sino de sabiduría y madurez. Su mirada podía ser severa y orgullosa, tanto como dulce y comprensiva.

—Tengo la edad suficiente para decidir cuándo pararme a estirar las piernas —dijo con el ceño fruncido y una sonrisa cómplice—. Pero a ti es raro verte a esta hora. ¿Sales de paseo?

—Hay... Mucha ropa para lavar —titubeó Danielle ante la mirada de su madre—. El pozo no sirve más, tengo que ir al río.

Su madre sonrió y la besó en la mejilla, luego tomó su cara entre sus manos y la miró con dulzura.

—¿Cómo es su nombre? —preguntó a su hija mientras esta bajaba la mirada—. El del hombre con el que vas a encontrarte.

—Alexander —dijo por fin la muchacha, sonrojada—. ¿Cómo supiste?

—No dormiste anoche, te la pasaste mirándote al espejo y probándote ropa. Te peinaste cien veces, además de vestirme con uno de tus mejores vestidos —explicó mientras le sacaba el canasto de las manos—. Además, no llevas ropa para lavar.

La llevó de la mano hasta el jardín, partió la hoja de una planta en dos y de ella brotó una sabia viscosa. La untó en las manos de su hija y luego las enjuagó. La piel se suavizó y se llenó de color.

—Si alguna vez tienes la oportunidad de irte de aquí, hazlo —le dijo su madre mientras le secaba las manos con una toalla—. Hazlo sin pensar ni mirar atrás.

—Pero...

—Lo harás, o yo misma me encargaré de que pierdas tu llave de entrada.

Su madre le sonrió y en los ojos de su hija pudo ver un destello. Una súplica. Un deseo de correr libre. Algo que ella jamás había sentido.

—Vete de aquí.

# ALEXANDER

## BAJO LA SUPERFICIE

Era un hermoso día, casi tanto como Danielle. Ella sonreía a cada segundo, lo abrazaba, lo besaba. A veces, dejaría escapar risitas que tenían el efecto de enloquecerlo. Los amantes estaban perdidos en el bosque, allí donde no había necesidad de esconderse de las miradas pudorosas de la sociedad. El camino hacia la cascada se encontraba poblado de piedras y pequeños arroyos. Aunque no había problema en hacerlo a pie, la chica había dudado sobre si era correcto que una señorita se ensuciara entre la naturaleza, ¿acaso era tan malo que lo hiciera? Nada podría haber sabido sobre ello. Cuando el carruaje hubo frenado, ella había mirado a su prometido desde su asiento. Sus ojos tenían una mezcla de anhelo y preocupación. ¿Cuánto había pasado ya? Tal vez, cerca de diez meses desde que se habían encontrado aquella mañana en el río. Alex solía sorprenderla día a día con sus atenciones y planes. Era el hombre perfecto. Pero esta idea parecía plantearle un conflicto moral.

No menos pensaba Alexander de su prometida. Amaba cada centímetro de ella, y día a día hacía lo imposible por verla sonreír. Aquella niña triste se había convertido en una joven hermosa y feliz, soltando carcajadas ante sus estúpidos y graciosos comentarios. Unos comentarios que solo hacía para ver dibujarse la sonrisa que tanto esperaba.

Se habían escapado juntos, ella de su familia, él de quién sabe qué pasado. Pues él era muy reservado, y la única manera de inquirir en su vida era mediante su obra. Sí. Era escritor, una de las eminencias de la época. Tan joven y con solo su primer título, ya era tema de conversación de más de una reunión social, o evento artístico. Si tan solo pudiese disfrutar de ello... Alexander Fleming no daba presentaciones,

ni charlas, ni acudía a eventos sociales o celebraciones. Las invitaciones a estos círculos se apilonaban en su correo, y él no hacía más que verlas arder en la chimenea.

—De aquí en más caminaremos, Danielle.

—¿Es un camino por el claro?

—No, tendremos que escalar algunas rocas, cruzar por el monte y caminar sobre algunos arroyos.

¡La idea era un disparate!

—¿Todo eso? Pero arruinaré mi vestido...

—El vestido lo vale —le había dicho él con una sonrisa—. Ven, jamás has visto algo tan hermoso, te lo juro.

Le había tendido la mano con dulzura, y ella había dudado durante lo que parecieron eternos minutos. Finalmente, apoyó sus delicados dedos sobre los de él.

—No me veré como una señorita luego de semejante aventura, Alex. Ahora soy una señorita, no un expedicionario —explicó ella frunciendo los labios. Él la tomó con fuerza y de un salto la hizo bajar. Danielle quedó suspendida en el aire, asida al cuerpo de su amado, quien la sostenía con una sonrisa—. ¡No me gusta que hagas eso! —lo regañó, pero él ya tenía sus labios sobre los de ella. Y ella no podía no vencerse ante el abrazo firme de su amante—. Eres un tonto.

Ahí estaba nuevamente. Él amaba aquella palabra.

—Eres mí señorita Danielle, por más sucia que puedas llegar a estar.

El camino era exactamente como Alexander había dicho que sería, pero lo transitaron felices y divertidos. El pequeño bosque era verdaderamente una vista para contemplar. El verde invadía cada centímetro, y los pájaros cantaban incansablemente a la luz de la mañana. Cruzaron claros, senderos empinados, pasajes rocosos y traicioneros, pero Alexander siempre estaba allí para ayudar a su prometida. El mundo tenía un nuevo color para él.

El muchacho se sentía inspirado, capaz de cualquier cosa, así como si de sus manos pudiese brotar el arte más bello. Quería escribir, quería perderse entre la tinta, morir eternizado en alguna hoja de papel. El amor y la naturaleza lo llenaban de la energía creadora que tanto necesitaba y había creído perdida.

Por un lado, el bosque se mecía con el suspiro de una ventisca crepuscular. Danielle y Alexander caminaban rodeados por una sinfonía de hojas que danzaban bañadas de los tenues rayos de sol que lograban

entrar a través de las copas. Cada individuo, cada objeto, cada partícula de la arboleda eran parte imprescindible del ensamble musical con el que la naturaleza amparaba a los jóvenes enamorados.

Por otro lado, ella. Ella se movía con gracia y serenidad. No era como las demás, no. Ella apoyaba suavemente sus pálidos dedos sobre los troncos, casi como acariciándolos. Recorría los sinuosos caminos lenta, pero firmemente. Jamás perdía la paciencia, jamás dejaba de admirar la belleza. Danielle contemplaba el bosque con una mirada que brillaba ante uno de los paisajes más pintorescos que jamás había tenido el privilegio de disfrutar. Luego comprendió, aunque Alexander no lo supiera, que la felicidad estaba en aquellas pequeñas cosas, en aquellos detalles majestuosos que estamos acostumbrados a ignorar. No significaba que la ciudad y el lujo perdiesen importancia para ella. No. Pero el contemplar a su amado inmerso en ese mundo verde la llenó de alegría, pues él era como un pez en el agua.

Por fin, el pasadizo angosto se abrió, los árboles se movieron y la sombra se convirtió en luz. Habían llegado.

A varios metros de distancia, una inmensa pared de roca lloraba un río de lágrimas que formaban una cascada sonora y cristalina. El agua recorría la roca casi en su totalidad y alimentaba una hermosa laguna que se perdía en un pequeño riachuelo. A metros del sendero, encallado, un pequeño bote los esperaba bañado por el sol y el agua dulce.

Alexander hizo un ademán, y Danielle se subió. Juntos se encomendaron a la deriva, descansando bajo el sol matinal. Ella tomó una pequeña sombrilla que había acarreado durante el viaje y la abrió sobre sus cabezas.

—El sol se pondrá fuerte, es mejor que estemos preparados o, si no, nos enfermaremos —dijo precavida.

El día transcurría lentamente, mientras los enamorados se contemplaban y sonreían. La charla era fútil porque su interés estaba en el paisaje. Ninguno de los dos se movía mucho, pero inconcientemente fueron acercándose, abandonándose a lo que sentían por el otro. Alex estaba ahora sobre ella y la besaba apasionadamente. Quería despojarse de sus ropas, quería abandonarse a su instinto. Y ella lo invitaba a hacerlo con su mirada, lo provocaba a poseerla con sus labios. Y un viento arrancó la sombrilla, que voló libremente y cayó en el agua a tan solo unos metros de distancia.

Ambos rieron y se alejaron el uno del otro. Ella pretendió peinarse, y él se despojó de su camisa.

—¿Qué haces? —le preguntó Danielle confundida

—Recuperaré la sombrilla —le respondió él sonriente.

—Pero vas a empaparte.

—Eso lo hace más divertido, ¿no?

Con una risita conjunta, él la besó nuevamente y se lanzó a la laguna. El agua estaba fresca y limpia, era un deleite nadar en aquel lugar. No tuvo que alejarse mucho para estar tan solo a unos metros de la sombrilla. Pero a medida que nadaba en dirección a la cascada, el agua se hacía algo más turbia y fría. Pensó que el viento debía de ser fuerte para mover el objeto a contracorriente.

Casi a centímetros de alcanzarla, la sombrilla se hundió y Alex tuvo que sumergirse para que no se perdiera entre las profundidades. Bajo la superficie, los rayos de luz bañaban un pequeño banco de arenilla sobre el que se había depositado el parasol. Alex estiró el brazo y lo tomó, pero por más fuerza que hizo, no pudo arrancarlo de su posición.

Haciendo acopio de su capacidad pulmonar, se impulsó hacia las profundidades para cavar y liberar la sombrilla de su prisión, pero ni bien removió un poco de arenilla, algo lo tomó de la mano.

No pudo relatar lo que sucedió después, pues jamás pudo recordarlo tan bien como le hubiese gustado hacerlo. Del banco de arena, brotó un cuerpo cuya ropa estaba en muy mal estado, casi como si hubiese yacido allí por décadas. Vestía una camiseta a rayas, un pantalón negro y una boina del mismo color. La cara, envuelta en vendas mugrosas, parecía moverse pidiendo ayuda. El ser quería articular palabra, pero no encontraba espacio para hacerlo, y Alex solo estaba concentrado en escapar. Con una fuerza sobrehumana, lo atrajo hacia sí, y el escritor se vio cara a cara con un espanto. El tiempo se detuvo y, mientras ambos flotaban iluminados solo por algunos rayos de sol, Alexander pudo ver con horror cómo las vendas comenzaban a desprenderse y caer por su cuenta.

La cara que le devolvió la mirada era la de una hermosa muchacha. Hermosa y extrañamente familiar. Miró al joven con desidia y lo tomó con más fuerza.

—Me olvidaste —le dijo con una bella voz, casi como si cantase—. Me olvidaste.

Y, en una eterna letanía, le repitió la misma frase una y otra vez. El hombre no dejaba de patear, intentando violentamente soltarse. El aire se le acababa, y ya sentía el mareo de la falta de oxígeno.

—¡Me olvidaste! —bramaba ahora con desesperación y furia el espectro, y su voz ya no era hermosa, se había vuelto oscura, ronca y estridente. Alex se retorció, pero aquello no lo dejaría irse. Sentía sus filosos dedos clavados en la carne, inmovilizándolo en su lugar.

Su bella cara perdió el brillo, y sus ojos se tornaron negros como las profundidades mismas. De repente, sus pronunciadas mejillas eran putrefactos retazos de piel, y su mirada almendra un agujero negro. Y una frase resonó libre en la cabeza del escritor.

“A veces, cuando miras al abismo, el abismo te devuelve la mirada”.

Silencio.

Danielle, aún arriba del bote, contemplaba angustiada la superficie de la laguna. Sobre ella no había rastros de Alexander. Decidida a no perder más tiempo, olvidando toda regla de etiqueta y decoro, se zambulló. Nadó, se sumergió, miró, buscó. Nada. Alex había desaparecido. Le hubiese encantado que el sol la apañara en su búsqueda, pero desde que Alex se había esfumado, gruesas nubes habían invadido el horizonte, y ahora se interponían entre el paisaje y el sol.

Lo encontró en el camino de vuelta. Empapado, tiritando y con su ropa hecha jirones. Tenía manchas oscuras de barro, otras rojizas de sangre, y algunas negras que la joven no supo identificar. No la reconocía, no hablaba. Tan solo temblaba y miraba a sus alrededores frenéticamente. De pronto, pareció avisparse y la tomó por los hombros.

—Dile que me deje en paz —sus ojos desorbitados bramaban desesperados un terror del que la joven nunca había sido testigo—. Dile que me deje, que me deje en paz... que me deje en paz... quiero estar en paz, Danielle.

Y así prosiguió. Susurraba lo mismo una y otra vez.





# DANIELLE

## RÍMEL

Los mosaicos del pasillo daban la impresión de formar el tablero de ajedrez más largo del mundo. Sobre ellos, decenas de almas divagantes deambulaban como grises peones perdidos entre escaques negros y blancos. Los amplios ventanales fragmentaban la luz entrante con sus firmes barrotes de hierro. Un hierro duro, frío y resistente. El corredor desembocaba en un amplio comedor, armado con unas cuatro mesas, unas cuantas sillas y un gran piano. A la izquierda, había una ventanilla con un cartel que leía “farmacia”, donde los enfermos hacían una fila dos veces al día para recibir su medicación. Además de Danielle, no había muchos más familiares durante aquel día en las horas de visita.

En una mesa, un puñado de personas sentadas allí. Pero no interactuaban entre ellas, pues cada uno se dedicaba con recelo a hacer lo que mejor le parecía. Unos hablaban solos, mantenían largos soliloquios frente a oídos invisibles, mientras otras sonreían mirando al techo o tapaban sus ojos, meciéndose de lado a lado.

Alexander tan solo miraba por la ventana, perdido en Dios sabe qué detalle del jardín. A veces sonreía, otras tarareaba melodías inaudibles y, de vez en cuando, parecía volver en sí, resignando su mirada y cerrando los ojos para intentar dormir. Ni idea tenía de la presencia de Danielle quien, junto a él, hablaba tristemente con el doctor Hermenoff.

—Anoche sufrió otra recaída. Atacó a un médico con un cajón que logró desarmar. Tomamos las medidas necesarias; lo atamos y lo rociamos con agua helada para poder enfriar sus ánimos. Además, retiramos los muebles de su habitación.

La bella joven nada decía pues, ¿cómo podría saber de eso? Sabía que Alex no la estaba pasando bien allí, pero ¿qué otra cosa podía hacer ella? Su esposo no era el mismo ya.

—Si se decide a firmar la autorización, podríamos comenzar con el tratamiento el martes —dijo el doctor tendiéndole una elegante pluma decorada con doradas florituras que bailaban sobre un fondo *bordeaux*. Ella la tomó, obviamente, pero se limitó a mirar a su amado.

¿Dónde estaban sus ojos? ¿Qué perseguían? ¿Dónde podía ella reencontrar aquella mirada que él había jurado regalarle esa tarde de verano? Él había prometido, sobre aquella barcaza, ser el color en sus ojos. La voz que narrara sus epopeyas. La pluma que dibujara sus emociones. Y así, con una mano rozando el agua, Danielle supo que estaba completa. Supo que el color podía volver a su vida. Que las letras podían impregnarse en sus fantasías. Y que había encontrado al complemento máspreciado que podría tener: él, Alexander.

Ahora ese ser que tanto le había dado yacía loco en una silla. Susurraba. Tenía súbitos espasmos. Lloraba. Reía al segundo. No la miraba. Ni siquiera la reconocía. Le había demostrado desconfianza y temor. Esclava de la carga que pendía sobre su espalda, se rindió ante su figura y, presa de un impulso, lo abrazó. Él, inmóvil, comenzó a susurrar nuevamente.

—La... la... donde... botella...

¿Botella? Danielle miró al doctor.

—Hay algo más... de alguna manera, desconocida para todo el personal, se escapó de la institución hace dos días. Lo encontramos divagando en el bosque, a los costados del lago. —Hermenoff hablaba entrecortado, pero firme, como presa de una vergüenza que se disfrazaba de orgullo, una bajada de información acéfala que no invitaba para nada a la discusión—. Estaba parado con sus pies en el agua. Miraba al cielo y sostenía una botella de vino en su mano.

—Debe estar alejado de cualquier consumo de alcohol, ¿cómo es que dejó que esto pasara?

—Le aseguro que no se repetirá. Aunque no se cómo pudo ser posible, no dejo de investigarlo. Es solo cuestión de tiempo para...

—¿Dijo algo durante el episodio? —preguntó bruscamente Danielle, interrumpiendo el discurso del médico mientras revisaba la muñeca de su amado.

—No hay nada de importante en lo que un paciente así diga... Recuerde, sus facultades mentales...

—Me importa a mí —la muchacha afirmó con severidad—. Quiero saber qué dijo.

El doctor Gustav titubeó unos segundos y se alejó. Volvió al instante con una enfermera menuda y de pelo rojizo castaño y enrulado. La joven, un tanto nerviosa, bajó la mirada en cuanto se encontró con la de Danielle.

—Ella es Margaret, una de las enfermeras del sector en el que hemos ubicado a su esposo.

—¿Es ella la responsable? —preguntó Danielle sin recato alguno.

—La señorita quiere que le relates el episodio del jueves —dijo el médico con solemnidad. Luego de instantes incómodos, en los que la pequeña enfermera respiraba pesadamente y removía sus dedos sobre su falda, Hermenoff palmeó suavemente su brazo, y esta comenzó a hablar.

—Fue... fue temprano el jueves..., comenzábamos la ronda de control matinal, cuando notamos que el señor no estaba en su habitación. Como lo dice el protocolo, iniciamos la búsqueda dentro del... asilo inmediatamente. Al mismo tiempo, notificamos a la policía de su desaparición y, unas horas más tarde, los perros lo encontraron en el bosque

—Sigue.

—Nos dirigimos al lugar, donde lo pudimos calmar. Pero, de repente, rompió una botella que llevaba en sus manos y se cortó la muñeca con un trozo de vidrio. —Era notable ver que la joven estaba incómoda. Miraba a su alrededor antes de articular cada palabra, y sus dedos bailaban sobre el delantal de su uniforme, a la altura de su vientre.

—¿Qué pasó luego, Margaret? —inquirió el doctor con formalidad.

—El señor comenzó a gritar... Nada más que eso.

—Dime qué gritó, Margaret —pidió Danielle con severidad.

—Llamaba a alguien... Llamaba a Justine. No paraba de gritar ese nombre.

Danielle ni se inmutó. Era la respuesta que esperaba, la única que sabía que existía a esas alturas. Una fuerza hídrica presionó la parte posterior de sus ojos, pero ella podía aguantar.

—Margaret era la responsable de controlar las habitaciones la noche anterior. Si alguien tuvo la culpa de que el señor Fleming saliera de su cuarto, es ella —explicó el doctor con cierto dejo de soberbia.

El silencio ensordecía a la señorita —ya señora— Bellerose. En un lugar tan lleno de personas, sus ojos acariciaban la figura de Alexander.

Tan irreal, tan poco viva estaba esta que la joven se sintió sola en aquel mundo de infinitud. Todos habían desaparecido. Solo quedaba él, pero era una carcasa, tan solo un caparazón.

Todo tenía sentido. Su querido esposo, aquel por el que velaba día y noche desde el comienzo de esta pesadilla. Aquel que era su complemento. Aquel que gritaba el nombre de la otra. Se acercó a él, posó su mano sobre su pierna y recibió un espasmo como respuesta. Lo miró. Le sonrió. Lo oyó repetir el nombre.

—Justine... Justine... —decía el escritor sonriendo.

Eran tan jóvenes, y ya la vida parecía llegar a su fin. ¿Qué quedaba? ¿Volvería a ver a su esposo?. Una lágrima teñida por el rímel de sus tristes y cansados ojos corrió por su suave mejilla. La joven se volvió y, con un súbito movimiento, le arrebató los papeles al médico. Garabateó una firma sobre la línea de puntos.

—Espero que se ponga mejor.

—Lo hará, señora, lo hará —prometió el doctor acariciando la documentación—. Margaret la acompañará hacia la salida.

—Conozco el camino —lo rechazó cortante Danielle, y con pasos rápidos abandonó la habitación. Luego, cruzó los pasillos amargamente y jamás volvió a ver a su esposo.

# ALEXANDER

## NIEBLA

Algo tocaba su pierna. No es que sintiera aquella extraña extremidad como propia, pero le era inimaginable el no reconocer un estímulo que sabía que le estaba destinado. Es que los recientes eventos le habían hecho notar que los médicos no sabían nada. Él era el centro de estos fenómenos y no podía pasar más tiempo encerrado, debía encontrar la verdad, saber qué estaba sucediendo. Entregarse a aquella institución solo le había puesto cadenas. Unas cadenas que no solo habían inmobilizado su cuerpo, sino también doblegado su espíritu.

Preso de un espasmo involuntario, desvió su mirada hacia lo que perturbaba su estado de ensoñación; no obstante, el fulgor de la imagen del jardín que le regalaba la ventana se había imprimido en sus retinas, y no era una figura que estuviese dispuesto a liberar.

Era ella. Su mano apoyada en la rodilla había desencadenado toda una serie de sensaciones que estallaban simultáneamente y proyectaban una sombra de incertidumbre que invadía cada centímetro de su cuerpo. No es que fuese suyo, pero debía mantenerlo unido. Como una gota de tinta en un vaso de agua, ella lo invadió con su aura carmesí. Milímetro a milímetro se fundían en una existencia insoportable. Dolía. Le quemaba. Lo desgarraba a tal punto de dar un alarido tan quebrado que moría en su garganta, para nunca emanarse.

Simplemente la miró. Oyó que le hablaba, pero no decía, era una más de sus elaboraciones fonéticas sin sentido, una amalgama de pétalos negros que atinaban a matizarse con el calor y el color del verano, pero que morían congelados con la escarcha invernal. Fue entonces cuando la catástrofe hizo su aparición. Una muestra opaca de solución salina,

teñida por el azabache delineador, cruzó fugazmente el espacio entre los dos, impactando en la blanca loza del piso y abriendo un agujero negro que lo engulló por completo.

La madera se encastraba con singular prolijidad y mantenía su belleza a pesar del evidente paso del tiempo. Era lo único que veía en el mundo. ¿O sentía? Claramente estaba confundiendo sus sentidos nuevamente. Ese aroma embriagador que percibía cada vez que tocaba las tablas, el perfume del roble antiguo, se sentía muy parecido a la textura rasposa y espinada que recogían sus ojos. No era nada. Solo la madera.

Al despertarse, la niebla era tan espesa que no le dejaba verse las manos. Se preguntó si existía, adónde iba. Estaba a bordo de un bote de madera viejo y mohoso, y a su alrededor una neblina blancuzca lo invadía mientras reposaba sobre el agua calma e inmutable.

Y por favor, que alguien callara esa melodía. Cada nota era el golpe de un martillo que lo hacía resonar a frecuencias que desgarraban su interior. Los intervalos fragmentaban el cerebro y le sangraba la nariz. No es que la tuviera, pero debía creer que la tenía, para sentir ese aroma a licor invernal moteado con rosas silvestres de estación, y el roble. El roble. El roble que lo rodeaba en forma de casco y quilla. El roble sobre el que sus espasmos le devolvían ligeros raspones en la piel.

La niebla mezclaba el sudor de su frente con las ocasionales gotas de agua que osaban condensarse a su alrededor. No es que las sintiera sobre sí, porque el sí le impregnaba identidad a ese cuerpo infinito, pero inexistente, imposible de ser nombrado, aunque solo a causa de la infinitud de nombres que se había regalado. Era una niebla espesa, un caldo poblado, un desierto de incertidumbre que se impregnaba acogedora a la pupila. Tal como si estuviese ahogándose en un océano de arena. ¡Y el agua! El agua tan serena que, cual espejo líquido, le devolvía aquello único que reconocía suyo, aquello único verdaderamente verdadero, su reflejo.

¿Cuánto había dormido ya? Seguro que no lo sabía, pues el dormir era el soñar, y soñar era embarcarse a una realidad nueva, en la que temía convertirse en presa. Aun así, jamás se había sentido depredador.

Pero nada vive sin cierta agitación, pues el estímulo de los sentidos es lo que difiere entre el vivo y el muerto. Aquella excitación que es la pesadilla de los suicidas, el anhelo del deprimido y el milagro velado del que vive día a día sin agradecer la posibilidad de estar vivo. Pues allí, en el medio de la nada, navegaba un bote, sin vela ni remos, escl-

vo del humor de la marea y el capricho de conducirlo donde fuere que quisiera conducirlo. Y en esas condiciones, el navegante abandonaba su estado somnoliento, comatoso, para excitar sus sentidos y sentirse vivo nuevamente.

Era un cuadro aterrador, característico por su estilo surrealista, recordaba. Allí colgado entre tanta belleza, era la pieza menos codiciada de la muestra. Pero ¡cómo lo había cautivado en aquel entonces! La niebla gris azulada y el marino petróleo del agua que rodeaba la vieja embarcación adornada con una sombra misteriosa.

Ahora el bote era muy real y la sombra era él.

Pero a veces son las nimiedades las que dejan entrever en sus detalles, intrínsecos, la maravilla de una verdad más grande. Estaba recordando.

Loco. Catatónico. Esquizofrénico. Psicótico. Paranoico. Ahora era él, el diagnosticado, el que recordaba. Al principio, pensó en una mujer y sintió necesitarla más que nunca. No podía rememorar su nombre, pero sí sabía que la amaba y la había perdido. Su deseo se lo otorgó al instante. Danielle. Sintió que quería estrecharla contra sí. Pero quería también sentir la caricia de la pluma otra vez entre sus dedos, oír el lamento resonante de un fa que, entre las cuerdas de su violonchelo, muriera en la dulce agonía de un vibrato atenuado.

Pero todo parecía un sueño lejano. No sabía cómo había llegado allí, dónde estaba, ni de dónde provenía la dulce y extraña melodía coral que amalgamaba el aire a su alrededor. Tal vez, había saltado de un navío, o quizás, se había golpeado la cabeza, o ambas. Comenzó a llamar a Danielle, pero sin éxito, sus palabras se perdían y desvanecían entre la espesa niebla.

Intentó agitar el agua y dirigir el bote remando con sus manos, pero descubrió con horror que, cada vez que sumergía una, el suave líquido retomaba su forma original sin siquiera emanar onda alguna. Era tan bello y curioso como desesperante. No sin decenas de preguntas originándose en su cabeza, resolvió recostarse y rezar por paciencia y suerte. No es que fuese religioso, sino que ese era el último recurso disponible. Dirigiendo su mirada hacia donde suponía que debía estar el cielo, se encomendó a un sueño que deseó que fuese reparador.

Y el bote solo siguió su curso. Caprichoso de guiarse por una marea inexistente, se movía entre una existencia infinita y repetitiva. El mismo bote en el mismo cuerpo de agua, con la misma niebla a su alrededor. ¿Acaso se movía realmente? La idea de estar estatizado por siempre en la surrealidad que lo rodeaba era incomoda, aun así acogedora.





# MARGARET

## KEROSENE

Instantes después de que la señorita Bellerose se marchara, el enfermo tuvo un fuerte brote. El doctor Hermenoff ordenó a Margaret que lo sedara e iniciara los preparativos para la semana entrante. Firmada la autorización, debían comenzar lo antes posible a aplicar la medicación correspondiente y aguardar a que el enfermo se volviera dócil.

Alexander Fleming, de pie, golpeaba la ventana con furia, hablando sobre nieblas y melodías. Fue necesario llamar a dos médicos más para poder sostenerlo e inyectarle un sedante en el cuello. En cuestión de segundos, el enfermo yacía nuevamente en el sillón, con ojos desorbitados, pero calmos, y rebosantes de lágrimas. No dejaba de mirar por la ventana.

El señor Fleming le causaba a Margaret una sensación extraña. Desde que entró a la institución, todos sus delirios impactaban en ella no sin cierto dejo de sufrimiento y de certeza. Así como si el paciente escondiera cierta verdad en todo lo que decía. Durante el ataque, se preguntó si el escritor sería conciente de lo que acababa de ocurrir, pero al expresar sus preocupaciones con el doctor, este rió despectivamente y la llamó “ingenua”. Luego, le ordenó severamente seguir con su trabajo.

—Es la diferencia entre la servidumbre y un profesional en el arte de curar —le dijo desde el marco de la puerta con un gesto de lascivia, y no se marchó hasta que ella bajó la mirada y asintió.

Una vez en la habitación del paciente, Margaret ayudó a Alexander a recostarse. Tenía la mirada perdida, y estaba rígido y frío. Controló su presión, reflejos y temperatura; luego le colocó la camisa de fuerza sobre la bata. Al atarla, tuvo cuidado de que no estuviese muy ajustada, y antes de irse, acarició sus largos y enmarañados cabellos.

—Pobre criatura —suspiró, y abandonó la habitación.

El resto de la tarde la pasó realizando las innumerables tareas que se le habían asignado. Estaba exhausta, pues su tiempo de descanso era ínfimo en relación con la enorme cantidad de quehaceres de los que la habían provisto. Desde que había comenzado a trabajar allí, ansiaba volver a su cama durante todo el día. Esta era dura, fría e incómoda, pero era más de lo que hubiese podido esperar dada su juventud e inexperiencia. Debía estar agradecida con el doctor Hermenoff, quien la había acogido en su equipo de trabajo sin poner obstáculos en su camino. Tan solo debía trabajar duro, duro por su familia.

Lavó sábanas, limpió y ordenó diez habitaciones, vio provista de su medicina a todo el ala oeste y, por fin, llegó la noche. El café hacía todo el trabajo por ella, y aún necesitaría más para sobrevivir al turno noche. Aquella fue una velada serena. El cielo estaba despejado en su totalidad, y la luz de la luna se filtraba por las ventanas tiñendo las baldosas de tonos azulados. La claridad bañaba todo el bosque con velos espectrales, y era hermoso pararse en el pasillo a mirar hacia afuera. El silencio era absoluto, pues todos los enfermos se encontraban callados, a excepción de algún que otro susurro inaudible en el aire.

Estaba recorriendo los desolados corredores del ala cuando sintió un ruido proveniente de la escalera que daba a la planta alta. Se acercó sin apuros, pero no encontró nada, ni a nadie. Las puertas de todas las celdas —o habitaciones— estaban cerradas. Como en pocas horas terminaría su turno, retomó su recorrido hacia el ala norte.

Inicialmente, llamado “el sector C”, el ala norte era de especial interés para los doctores. Ninguna enfermera sabía por qué, pero los médicos pasaban a veces horas encerrados tras la reja que daba a las habitaciones de la planta baja, más aún el propio Hermenoff. Algunos pensaban que allí había pacientes próximos a la cura, pero no por ello dejaban de escucharse voces, gritos en el medio de la noche o monólogos interminables. Y lo cierto era que el sector era tan lúgubre como el resto del asilo.

La noche permanecía silenciosa y fría. El silbido del viento entraba por las altas ventanas, danzando con las cortinas y las pelusas que adornaban los suelos. Frente a la reja del ala norte, Margaret buscó la llave entre tantas que poblaban la argolla del llavero. Mientras escrudinaba minuciosamente cada una de las piezas, le pareció ver una sombra que se deslizaba sobre ella pero, al levantar la mirada, no vio nada.

—¿Hay alguien? —preguntó en voz alta mientras estudiaba la oscuridad con recelo. Pero no obtuvo respuesta. Tardó unos segundos en retomar su actividad, no sin estar alerta a cualquier cosa que ocurriese a su alrededor. Por fin, dio con la llave que buscaba y la introdujo cuidadosamente en el cerrojo. Con un *clack*, las bisagras cedieron chillando agudamente mientras la enorme reja se abría. Una vez que entró, la puerta se cerró pesadamente detrás de ella.

El pasillo estaba sumido en un completo silencio, tan pacífico que Margaret se tomó el atrevimiento de asomarse por la mirilla de una de las habitaciones. Dentro, uno de los pacientes dormía plácidamente bajo sus sábanas, iluminado por el plateado fulgor de la luna. La joven siguió paseando por el ala y controlando uno a uno a los enfermos. A veces, se encontraba con el mismo cuadro de tranquilidad que el primero; otras los veía de pie, hablando enérgicamente, o mirando el techo. Algunos se encontraban de espaldas a ella. Al llegar a la habitación 118, posó sus dedos sobre la mirilla, pero esta no cedería. Tiró de ella con todas sus fuerzas, y por fin, esta se abrió de golpe. Casi al instante, Margaret pegó un grito, pues se encontró frente a frente con un par de ojos que la observaban desde el otro lado de la puerta. Antes de cerrar la abertura, podría haber jurado que aquella mirada brillaba.

No tenía idea de qué hora era, pero el kerosene del farol ya estaba casi agotado. Atenuando la luz, intentó apurarse para completar su turno e irse a dormir. Caminaba rápidamente por los corredores rezando para que la pequeña llama aguantase hasta llegar a la reja, pero debió de haberse equivocado en alguna curva porque se encontró cara a cara con la esquina por la que hacía unos minutos acababa de doblar.

Y el farol se apagó.

La lánguida iluminación de los corredores estaba conformada por lámparas de techo, tan espaciadas entre sí que formaban círculos de luz aislados, dejando metros y metros de tinieblas a lo largo del pasillo. Sin su farola, el corredor mutaba de lúgubre a tenebroso. Para peor, ella solo había iniciado sus tareas hacía unos días, por lo que todavía no conocía tan bien el establecimiento como para encontrar el camino de noche.

Apuró el paso, intentando recordar dónde estaba, pero no podía guiarse de ningún modo. Las puertas de las habitaciones, todas iguales, formaban una serie infinita que se prolongaba a lo largo de todo el corredor y renacía a la vuelta de la esquina. Margaret siempre había sido

acompañada por alguien más en sus recorridos nocturnos, pero esta vez no podía encontrar el camino de vuelta al vestíbulo. Su desesperación crecía a medida que recorría el asilo apoyándose en las oscuras paredes. No fue hasta que llegó a la escalera que se sintió más segura. La torcida escalinata conducía directamente hacia el segundo piso, totalmente deshabitado. Era extraño, pues parecía recorrer la distancia que separaba ambas plantas en su totalidad, sin tener acceso al primer nivel. Si continuaba por ese corredor y doblaba a la izquierda al final del pasillo, debía de encontrarse con la reja hacia el vestíbulo.

Estaba tanteando la pared y dirigiéndose hacia la intersección de los corredores cuando lo vio. Alguien cruzó de un lado al otro, una silueta un tanto esbelta cuya vestimenta le recordaba a la de un mimo. Solo había podido distinguir su camiseta a rayas y su andar desganado, pero su cara permaneció oculta en la oscuridad.

—¿Señor? —preguntó en voz alta—. No puede andar por aquí a estas horas.

Esperó, entonces, a que aquella persona se acercara, pero jamás lo hizo. Como no tuvo respuesta, siguió su camino hasta que llegó al final del pasillo; al doblar no vio a nadie. Pero allí estaba la reja, gracias a Dios. Un paso más tarde, sintió cómo una mano se posaba pesadamente en su hombro y, naturalmente, pegó un alarido.

—Lo siento, señorita, no quise asustarla —dijo lentamente una voz tras ella. Era un hombre inmenso, vestido con una bata blanca, y la miraba con ojos inexpresivos.

Margaret suspiró aliviada, pero su corazón era una estampida de pulsaciones, de todos modos. La luz bañaba al paciente de un resplandor espectral, y, junto con su gran tamaño, lo convertía en un cuadro digno de temer. Al acercarse al hombre, la joven enfermera notó que de su lagrimal izquierdo caía una gota perlada carmesí que recorría su mejilla hasta llegar a la quijada, desde donde se precipitaba al suelo y moría contra el adoquín. Rápidamente, tomó su mano y estudió la muñequera de su antebrazo: Víctor Hansen. Fecha de ingreso: octubre de 1889.

—Señor Hansen, ¿se encuentra usted bien? —le preguntó mirándolo a los ojos, pero solo recibió el mismo atisbo estático de antes—. ¿Qué hace fuera de su habitación?, ¿por qué está sangrando?

—¿Sangrando? No lo había notado... Solo me siento muy cansado... Creo que alguien ha dejado mi puerta abierta y he caminado dormido —explicó lentamente y con calma, y una extraña cordialidad.

—Déjeme llevarlo a su dormitorio, Víctor —le respondió la enfermera y sacó un pañuelo de su bolsillo—, tendré que limpiarle esa sangre.

—Claro, claro.

Llevó el pañuelo hacia la mejilla del paciente y con cuidado limpió la gota sangrienta, mientras la mirada del gran hombre se clavaba en la suya. Luego, revisó su pulsera nuevamente y lo llevó a su habitación. Durante el recorrido, el enfermo se mostró dócil, receptivo y hasta amable. Para ser alguien que estuviese hacía casi dos décadas allí internado, parecía tener sus ideas bien ordenadas. Su habitación estaba en el ala norte, naturalmente, y esta vez la enfermera no tuvo problemas en encontrar su camino a través de ella.

La celda 115 era muy bonita. El piso era de madera y había un bello escritorio de palo de rosa contra el ventanal. Sobre él, una pila de elegantes tomos descansaban unos encima de otros, a la luz de una fina y menuda lámpara eléctrica. Una pluma y un trozo de papel yacían en el suelo, rodeados de manchas de tinta oscura. Margaret pensó que debía de ser alguna persona importante para contar con aquellas comodidades. Una vez que lo vio acostado, le deseó buenas noches.

Al salir, echó el pestillo a la puerta y caminó nuevamente hacia la reja. Ya se sentía más tranquila y segura. Llegó en cuestión de minutos y no perdió tiempo en introducir la llave dentro del cerrojo. Una vez del otro lado, mientras cerraba la puerta, lo vio nuevamente. Al otro lado de los barrotes, en el cruce de dos pasillos, una persona vestida con una camiseta a rayas blancas y negras y una boina, la miraba a través de dos ojos estrellados pintados sobre la tela de la sucia bolsa que cubría su cabeza por completo. Margaret no se movió. No podía dejar de contemplar la extraña figura que la observaba desde lejos. ¿Estaba alucinando? No podía articular palabra, ni sabía qué hacer. Algún paciente podría haberse escapado y estar jugándole una broma, pero ¿de dónde habría sacado esas ropas? El individuo le hizo un gesto con la mano, quería que la enfermera se acercara.

Tal vez, si hubiese estado en sus cabales, no se habría movido, pero lentamente abrió la reja y comenzó a dirigirse hacia donde estaba el mimo. Este dio media vuelta y comenzó a caminar con desgano. Ella lo siguió.

Cruzaba la oscuridad, guiada solo por las escuetas luces que colgaban del techo. No podía ver dónde pisaba, pero se sentía como en un trance

del que no podía salir. Paso a paso seguía al extraño personaje, que desaparecía en las sombras para luego reaparecer bajo otra de las frías luces del pasillo. Doblaron a la derecha, luego a la izquierda, nuevamente a la derecha y dos veces más a la izquierda. El hombre caminaba a desgano, pero con paso constante, y varios metros detrás de él, Margaret lo seguía alerta. Era como perderse en un laberinto.

Por fin, llegaron al final de un corredor y allí se detuvieron. Estaban iluminados solo por la luz de la luna que se filtraba a través del ventanal —pues muchas luces no funcionaban correctamente, mientras otras tantas parpadeaban segundo a segundo—, pero la joven enfermera podía ver claramente la silueta del mimo. El extraño personaje se acercó a la ventana y comenzó a revisar el marco inferior. Con un sonoro ruido metálico, sacó una barreta de hierro y se dio la vuelta. Margaret se encontró de pronto con aquel ser armado, y se sobresaltó y cayó de espaldas con un vuelco al corazón, temiendo por su vida. No podía correr, sabía que estaba perdida en aquella inmensidad de pasadizos, y que el mimo parecía conocerlos lo suficientemente bien como para encontrarla. Se odió por haberse metido en ese aprieto y deseó estar en su cama, tal como debería de haberlo estado. Paralizada por el miedo, las lágrimas ya recorrían sus mejillas. Pero el extraño se limitó a clavar la barreta entre dos baldosas y, con un movimiento de palanca, levantó una de ellas descubriendo un oscuro hueco por el que descendía una escalera.

# GUSTAV

## DIAPOSITIVAS

—Bienvenidos, señores. Han sido convocados esta tarde a mi institución porque les revelaré mi teoría sobre una posible cura a la locura masculina, en la que he estado trabajando desde hace ya quince años. He descubierto los núcleos cerebrales responsables de las abominaciones del pensamiento y he desarrollado un método quirúrgico para corregir las desviaciones de dicha área encefálica.

Gustav encendió el proyector. La pared se bañó de luz. Luego, introdujo la primera diapositiva dentro del marco.

—Aquí podemos apreciar un corte sagital clásico de un cerebro. Como sabrán por conferencias anteriores, las divisiones occipital y temporal llamaron mi atención un tiempo atrás. Los locos, manifestando oír y ver cosas que otros no ven, llevaron a mi estudio a enfocarse sobre la retina y el tímpano. Sin éxito, llevé a cabo un estudio exhaustivo sobre estos tejidos y abandoné, frustrado, dicha empresa. Mi trabajo se sumiría en la oscuridad hasta que Ramón y Cajal diese a conocer su obra, la representación gráfica de la excelencia de nuestro aparato nervioso: una célula específica de este, una neurona. Llegué a retomar mi investigación con suma rapidez y convicción, y me di cuenta de que el problema no estaba en el órgano mismo. Pues no es la lámpara la que falla cuando el generador eléctrico no funciona. Ello llevó mi atención a las áreas cerebrales mencionadas con anterioridad y, disección tras disección, me encontré frente a un callejón sin salida, pues no había diferencias visibles entre un cerebro sano y un cerebro enfermo.

—Doctor Hermenoff —interrumpió una voz grave en tono protocolar —debo imaginarme que contaba con las autorizaciones adecuadas para experimentar con cadáveres.

¿Cadáveres? ¿Quién habló de cadáveres?

—Naturalmente, doctor Schubert, los documentos están en mi estudio, a salvo y bajo llave.

—Pues sería una decisión sabia mantenerlos a salvo, ya que el concejo no aprobará ningún procedimiento quirúrgico que no se vea respaldado legal y científicamente. Ya es suficientemente malo que no nos haya avisado con anterioridad sobre sus... experimentos —dijo otro hombre, más menudo y de voz aguda. El doctor Korsakov.

—No tienen ustedes nada que temer, caballeros, pues están ante uno de los avances científicos más importantes del nuevo siglo. Ahora, si me lo permiten, continuaré con la presentación.

No bien se aseguró de que las dudas se habían disipado, prosiguió a cambiar de diapositiva. Ante los ojos de los presentes, apareció un daguerrotipo en el que posaban dos hombres. Uno de ellos era Gustav, el otro, un inmenso paciente vestido con una bata de hospital tan grande que parecía una cortina de baño.

—Algunos ya conocen a Víctor Hansen. El paciente ingresó a la institución en la época en la que yo retomaba mi trabajo. Su motivo de internación al principio fue algo oscuro, pero luego de un mes, se manifestó abiertamente. El señor Hansen es un reconocido músico internacional, compositor y director de orquesta. Su representante quiso quedarse seguro de que tendría todas las comodidades y, con una generosa contribución mensual, nosotros también. El paciente se adueñó de mi atención casi al instante.

Y continuó:

—Señores, he descubierto que el contacto con sus sinfonías era el ancla de las alucinaciones del señor Hansen. Pero no es todo tan simple, verán. Con la aparición de los discos, Víctor hizo grabar sus obras para escucharlas una y otra vez, gastando fortunas en su empresa. Estos discos y la reproducción de sus sinfonías son lo que desencadenaban al paciente. Pensé que podría eliminar el síntoma si eliminaba el fonógrafo, pero la música seguiría sonando, por siempre. Lo consumía por completo.

—¿Acaso está usted insinuando que el paciente de verdad la escucha en su cabeza?

—Claro que sí, pues se encuentra no en su oído, sino en su cerebro. Imagínese usted un disco que se reproduce solo.



El doctor Schubert se puso de pié.

—¡Es absurdo! ¡La sola idea invita a la locura! ¿Acaso ha estado usted pasando demasiado tiempo con estos alienados? Estos... animales. ¡Estas bestias!

—Siéntese, por favor, pues lo que acabo de relatarle no es más que una introducción a mi método... y usted lo encontrará de suma efectividad, verá. —El doctor se sentó—. Gracias. Entonces, ¿cómo eliminar el fantasma de una idea que atormenta al loco? Pues, señores, ni el órgano, ni los lóbulos, ni los objetos reales parecen coordinarlo todo.

Gustav miraba a su audiencia. Los rostros de los nueve doctores le devolvían severidad e incertidumbre, y allí estaba él, sonriendo... como un loco.

—No pretenderé ser Dios, mucho menos un sabio —retomó aclarando su voz y recuperando la compostura—. Mi idea es simple, corregir lo que está mal, y lo que aquí funciona incorrectamente no ha sido aún nombrado.

La audiencia intercambió miradas de confusión.

—¿A qué va todo esto? Lo que tiñe nuestras esperanzas de negro, lo que impulsa a los enfermos a las tierras de la anormalidad, no es sino aquel área del cerebro que vuelve congruentes dichos estímulos. Los incluye en nuestro comportamiento sesgando los que son impertinentes, y realzando aquellos ideales para nuestra sociedad. Es una pequeña porción del lóbulo frontal, a la que comúnmente conocemos como corteza prefrontal.

—Interesante —observó un hombre menudo y lampiño desde el otro lado de la sala. Phineas Remington, vanguardista en osteología y tratamiento de enfermedades óseas—. Pero lo que nos relata no puede concebirse como novedad.

—No es el área, mi estimado, sino el trabajo por realizar sobre ella.

—¿Podría ser tan amable de revelarnos dicho... tratamiento de la zona?

—Es simple, así como al frente siempre está el liderazgo, asumo que aquí podríamos situar aquella porción de nuestro encéfalo encargada de procesar los aspectos sobre los que discutimos con anterioridad.

Cada vez que Hermenoff hacía una pausa, solo se escuchaba el silencio.

—La norma moral. En los enfermos, esta zona es la que se encuentra comprometida.

—Y... ¿Entonces? —pregunto Schubert impacientándose.

—La eliminamos, claro.

El *click* que el cambio de diapositiva dejase a su paso fue el único sonido que cruzó, destellante, el salón.

—Se usan dos materiales principales. Al primero, de mi diseño y autoría, lo he llamado *alabarda*. Aquí pueden verla ustedes, no es más que una aguja de gran tamaño. Debe ser construida en titanio para evitar la infección y el desgaste. Además, su suavidad característica permite al cirujano retraerla con sutileza y facilidad en una emergencia. En uno de los extremos introduje una manecilla para poder maniobrar a gusto

*Click.*

—Este otro es aún más simple. Un martillo. La punta de caucho se encuentra allí para dar un golpe certero, pero amortiguado.

*Click.*

—Por último. Esta sustancia de color vivo fue bautizada con el nombre *sudanium*. También de mi descubrimiento y creación, di con ella durante una expedición en Sudán. Los minerales de una piedra caliza llamaron mi atención por su destello característico, relativo al del producto terminado. No tardé más que dos días y tres noches en lograr sintetizar la sustancia en mi laboratorio y observé que contiene un gran potencial coagulante.

—¿Cómo llegó a estos resultados, doctor? —dijo el hombrecillo menudo alzando nuevamente su brazo—. Siento curiosidad por los detalles del descubrimiento.

—Sudán es un país traicionero, doctor Remington. La gente suele... lastimarse. Luego de fijarme en la bella piedra, el guía me comentó que su polvo sanaría casi cualquier herida si esta era tratada con él. Es muy usada entre los lugareños —explicó Hermenoff con un leve y sutil dejo de fastidio—. ¿Alguna otra duda?

Ante el silencio, prosiguió con otro *click* del proyector.

—La *alabarda* penetra por un lado del lagrimal, en la cavidad ocular. Como vemos, este es un diagrama, pero (*click*) en esta fotografía podemos apreciar que no se produce ningún daño visible en el globo ocular. No hacen falta más que tres o cuatro martilleos. Con movimientos suaves nos adentraremos en el cráneo y barreremos la corteza cuando arribemos a ella (*click*). Al retirar la alabarda, pedimos a nuestro asistente que limpie la sangre que inevitablemente brota de la herida.

—¿Y ya? —inquirió Schubert anonadado.

—Si el proceso ha sido lo suficientemente certero, habremos despojado, de esta manera, de toda ira, ilusión o alucinación sensible de manifestarse y turbar el buen juicio del enfermo. Tanto óptica como auditiva.

—Hay dos dudas que no me permiten pensar con tranquilidad, doctor Hermenoff —intervino nuevamente Remington.

—Tal vez, podríamos despejarlas con este método, doctor —respondió Hermenoff risueño.

Una ola de risitas nerviosas recorrió la habitación. El pesado chiste no había hecho más que darle una vuelta más a la torsión que asfixiaba el ambiente.

Sonriendo, Phineas prosiguió:

—Usted habló de una sustancia, ¿qué papel juega ella en este procedimiento?

—Bueno... —había sido un idiota al olvidar incluir su hallazgo en las diapositivas—, qué bueno que me lo recuerda, doctor, pues la *alabarda* funcionaría a modo de jeringa, y es en su interior que se almacenaría el *sudanium*, para ser expulsado luego del barrido cortical. Dado que estaremos atravesando zonas pobladas de capilares y venas, debemos asegurarnos que el paciente no se desangre luego del proceso. Pero este detalle aún se encuentra en tinieblas, pues como les dije antes, la alabarda no es más que una gran aguja por el momento.

—Pero, por otro lado, nos muestra estas fotografías (y por cierto permítame observar y festejar la dedicación con la que ha sabido dedicarse a este proyecto, pues ni puedo imaginarme del costo que encaró al hacerlas), y hay algo que no deja de incomodarme... Es el hecho de que el paciente sobre el cual el proceso fue llevado a cabo parece estar lo suficientemente vivo como para traerle a usted una serie de problemas legales. Nos muestra la imagen de un hombre sobre el cual se llevó a cabo una experimentación peligrosa.

—Le aseguro que no.

—Entonces, ¿tiene en su poder la ficha médica del paciente? ¿O alguna documentación que nos permita saber que sigue con vida, y que además está curado?

—Algo mejor que eso, Remington —dijo Gustav con serenidad, luego se dirigió a la puerta—, ya puedes pasar, Víctor.

El grueso hombre se hizo a un lado para dejar pasar al otro, aún de mayor tamaño, una vez que hubiese abierto la puerta. Su cabeza, lisa y

lampiña, resplandecía con la luz del proyector cuando este se sentó frente a la audiencia. El señor Hansen estaba vestido con una camisa prolija, blanca como la nieve, pantalones de gabardina y zapatos lustrados. Le dedicó al público una mirada profunda y vacía, y no se movió más.

—Oh, doctor, creo que aquí está la ficha que tanto buscaba...

Nombre: Víctor Hansen.

Fecha de ingreso: 19 de octubre de 1889.

Primeras notas: Manifiesta oír voces que le cantan, ver a su sobrina fallecida columpiarse en el parque, no tener órganos en su cuerpo y ser perseguido por "sinfonías fantasmales".

Diagnóstico tentativo: El señor Hansen muestra síntomas de paranoia, aunque también podemos ver estados confusionales agudos marcados por su incontenible violencia. Cuadros depresivos o hipertróficos. Por las noches suelen hacer su aparición otros estados, amnésicos algunos, anestésicos otros.

Gustav dejó la ficha sobre el escritorio. Luego, observó a su audiencia por unos minutos. Nuevamente, había expresiones de asombro y curiosidad. El primero en hablar fue Schubert.

—¿Se encuentra bajo los efectos de alguna medicación? —preguntó señalando al paciente.

—El señor Hansen será dado de alta el viernes, ya hace tres semanas que dejó de presentar los síntomas que lo atormentaban. Y este es su decimocuarto día sin medicación.

—¿El renombrado Hansen es el paciente de las fotografías? —inquirió asombrado un hombre barbudo que Gustav no recordaba conocer.

—Me temo que sí, Víctor fue el primero en ser sometido a la cirugía —explicó Gustav con orgullo en su voz—. Claro está, con el consentimiento de su representante.

El doctor Schubert, sin correr la mirada del curioso ser que yacía dócilmente sentado frente a él, se puso de pie y se acercó. El paciente pareció no molestarse por la inquisidora mirada del barbudo médico. Él lo recorría con los ojos, y por fin se encontraron con los suyos.

—Señor Hansen, ¿le molestaría que lo revise? —preguntó Schubert con cautela. Tenía los ojos desorbitados, casi como si estuviese frente a una bestia que en condiciones normales estaría enjaulada.

Víctor compartió una mirada con Hermenoff

—En absoluto, doctor.

—Claramente, este hombre no se encuentra bajo la influencia de ningún narcótico o droga medicinal —dijo al plantel de médicos que observaban curiosos desde sus asientos—. Doctor Hermenoff, ¿sería tan amable de abandonar la habitación?

Gustav lo miró sorprendido. No esperaba que lo dejaran afuera de su propia presentación.

—¿Qué cuestiones guardan semejante secreto que no puedan tolerar mi presencia?

Schubert se acercó mientras los demás abandonaban sus sillas y volcaban su interés en Víctor.

—Confíe en mí, Hermenoff, es importante que nos deje a solas con su paciente. —Los ojos del viejo médico revelaban cierta complicidad—. Ha sido una presentación maravillosa, es el momento de coronarla.

—Por supuesto —respondió el director del asilo y, reprimiendo su enojo y desconcierto, abandonó la habitación.



# MARGARET

## SAGITAL

El túnel parecía extenderse a lo largo de todo el asilo. Serpenteaba bajo el suelo y descendía por lo que la enfermera hubiera jurado que eran millas. Las paredes, erosionadas y esculpidas rústicamente sobre la roca, se erigían húmedas alrededor del angosto pasaje de la cueva. En el aire se podía respirar una mezcla de moho y tierra mojada, que invadía los pulmones de la joven mientras se asía a las paredes para no tropezar. Cierta sensación de asfixia se apoderó de Margaret una vez que había acabado de descender por la escalera escondida bajo la loza del ala norte. El extraño personaje que la guiaba había desaparecido en las sombras con suma agilidad, dejando a la enfermera por su cuenta y rodeada tan solo por la oscuridad de la cueva. Aferrada de las salientes en la roca, Margaret extrañaba la luz del farol. No solo le habría mostrado el camino, sino que también le habría dado un poco de calidez en ese ambiente tan lúgubre y gélido. Por suerte, antes de descender había tomado la barreta de metal que el mimo había dejado atrás, y la usaba para tantear la oscuridad.

Recorrió lo que le parecieron kilómetros, pero la caverna seguía adentrándose más y más en las profundidades. Luego de un par de horas, se encontró con una pared que parecía ser el fin del camino. Tanteaba con la barra en todas direcciones intentando encontrar una grieta o un pasadizo para continuar su descenso, pero no tuvo suerte. Llamó a su guía, y, por supuesto, no obtuvo respuesta. El eco de su voz retumbaba a través del angosto pasillo, pero una vez que desaparecía, el silencio volvía a invadir cada rincón de la caverna. Agitada y gimiendo, decidió volver sobre sus pasos, pero olvidó que la oscuridad la envolvía y cayó

de bruces contra el húmedo suelo. Todo sucedió muy rápido. Al mismo tiempo, algo se abalanzó sobre ella y le tapó la boca cuando quiso gritar. Inmóvil, se revolvió intentando encontrar la barreta que había caído junto con ella segundos antes, pero no podía distinguir ninguna silueta. Su primer reflejo había sido el de cerrar los ojos pero, a través de la membrana de sus párpados, le pareció sentir el fulgor de algo que brillaba en el medio de la nada, y entonces los abrió. De repente, la cueva se iluminó y pudo ver que el mimo estaba sobre ella, tapando su boca con una mano y sosteniendo en lo alto una farola con la otra. Liberándola, se paró y le pidió que se mantuviera en silencio con un ademán, luego la invitó a seguirlo.

La pequeña llama del farol dibujaba sus distorsionadas sobras en la pared de piedra.

—Podrías haberme tocado el hombro o algo, pensé que iba a morir —le susurró la joven a su compañero, pero este hizo caso omiso de su enojo y desapareció tras una grieta en la pared. Margaret lo siguió—. ¿Qué es este lugar?

La grieta se continuaba en un pasaje más angosto que el anterior y, luego de una vuelta pronunciada, terminaba en un corredor de piedra parcialmente iluminado con la luz de las antorchas que colgaban de los muros. Parecía ser una construcción muy antigua. Las piedras de la pared, sin duda, habían sido cortadas por mano humana, pero no podía imaginarse cómo. Entre ellas no había hendidura alguna, se encastraban perfectamente una con otra. Del otro lado, no había muro alguno, pues una enorme grieta se abría en el terreno, y allí donde la orilla terminaba, el mundo dejaba de existir. La joven tuvo cuidado de mantenerse alejada, aun así, aquella garganta la incomodaba profundamente. Al final del corredor, el camino desembocaba en una gran puerta oscura.

Margaret estaba aterrada. Se sentía en un sueño surrealista y terrorífico, pero que no quería abandonar. Todo era peligroso, bañado en misterio. En aquellos momentos, ya no era una simple enfermera. Miró a su lado, el mimo se había esfumado, pero no le importaba, algo la impulsaba a seguir.

Cuando llegó ante el pesado portón, tocó la madera con sus pequeños dedos. Era fría y rugosa, y prometía astillarla si seguía pasando la mano sobre ella. No sabía si era buena idea entrar, pero se sentía como una marioneta, presa de los hilos de su propia curiosidad. Tirando de



la pesada argolla, la puerta cedió con un gruñido ronco, mostrando el interior de una habitación iluminada a la luz de las velas.

Escritorios, bibliotecas y armarios se erigían alrededor de una mesa alargada sobre la que descansaban una serie de correas manchadas por la humedad. Sobre los escritorios había papeles desordenados, libros mohosos y tinteros sin pluma. La enfermera se acercó a uno de ellos y tomó un volumen abierto en una página decorada por una ilustración. Acercando el farol, pudo ver que era un cráneo humano de donde se disparaban líneas con nombres extraños. El libro estaba redactado en un idioma que no conocía, por lo que no podía leerlo. Tomando otro, más pesado y oloroso, encontró el dibujo de un corte sagital del cerebro humano. El autor lo había seccionado en cuatro partes: frontal, temporal, parietal y occipital. Luego, detallaba las funciones que creía que llevaban a cabo cada una de las partes, para después dar por concluido el capítulo.

¿Qué estarían haciendo los doctores allí? ¿Sería esa su sala de estudios? Le parecía extraño, pero en ese caso, ¿por qué esconderla en un lugar tan lúgubre y peligroso? Algo estaba pasando, sabía que no podía ser todo tan simple, tan extraño solo porque sí. Cansada, abandonó los libros para seguir recorriendo la habitación. Encontró más ilustraciones clavadas a las paredes: una que exponía los músculos del cuerpo humano; un mapa más extenso del cerebro; y otra de los nervios y los huesos. Luego, había una biblioteca, continuada por un armario cerrado con llave y, por último, una mesa sobre la que descansaban tubos de ensayo y recipientes repletos de líquidos de colores. Sobre la pared, colgaba una diminuta llave que brillaba cuando el farol la iluminaba. Margaret la tomó y se dirigió al armario.

Una vez que hubo abierto las puertas, retrocedió horrorizada. Una sensación nauseabunda se apoderó de ella, y pensó que vomitaría en cualquier momento. Dentro del mueble colgaban exhibidas decenas de herramientas de tortura y cirugía cuyos filos aún desprendían un hedor horrible. Manchas de sangre seca los decoraban y parecían haber sido usados incontables veces. Sobre la mesa, que antes había ignorado, se apoyaban un martillo y lo que parecía ser una fina estaca de hierro.

¿Qué era todo aquello? Testaruda, retomó su empresa de revisar los libros, pero la mayoría estaban escritos en idiomas extraños. En uno de los estantes más altos, un elegante tomo resaltaba entre todos los demás.

Leía “Lobotomía” en el dorso, y estaba afuera de su alcance. Margaret se estiró todo lo que su cuerpo le permitía pero, sin suerte, no pudo lograr alcanzarlo. Tercamente, volvió a intentarlo, y esta vez se inclinó más. Una mano la ayudó, al mismo tiempo que algo la tomaba por detrás. La blanca manga lo delataba, el doctor Hermenoff la había descubierto.

—Esta literatura es un tanto peligrosa —le dijo al oído mientras abrió el libro frente a ella.

Estaba atrapada entre la mesa y el cuerpo del médico, no podía moverse.

—Doctor, lo siento, no sabía...

—Cállate —la interrumpió severamente y con voz ronca—. Es que quiero explicarte, para que sí puedas saber.

Y, pasando algunas páginas, dio con un gráfico del corte sagital de un cráneo, como el que había visto antes la joven enfermera. Una pequeña estaca, como la que había sobre la mesa, se abría camino por la cavidad orbitaria y llegaba hasta la región prefrontal del cerebro. Gustav comenzó la lectura al mismo tiempo que levantaba el vestido de Margaret. La joven le rogó que no lo hiciera, pero ya era tarde para aquello. Mientras leía el primer párrafo del capítulo, el eco de un alarido de dolor recorrió la habitación y el pasillo.

“...Conocida como zona prefrontal. Se ubica frente a las áreas motora y premotora, allí podemos encontrar las expresiones de personalidad que son responsables de regular el comportamiento social adecuado, los procesos cognitivos y la coordinación del pensamiento y las acciones. Las células nerviosas de esta zona, se caracterizan por...”

La joven enfermera gemía. Sentía dentro de sí al doctor mientras desgarraba su virginidad. Las lágrimas poblaron su cara en cuestión de segundos y las extremidades no le respondían. Se sentía usada, sucia. Dejó de sentir las piernas mientras el corpulento hombre embestía contra sus muslos, y vio horrorizada cómo la sangre goteaba sobre la mesa luego de haber enterrado sus propias uñas en la palma de sus manos.

“...Debe introducirse la aguja a unos milímetros del lagrimal para no ocasionar daño al globo ocular. Una vez llegada a la corteza cerebral, debe rasparse cuidadosamente, intentando barrer toda la superficie prefrontal”.

Él seguía leyendo. Pasaron minutos que parecieron horas, y Margaret ya no emitía sonido alguno, solo miraba el libro con ojos vacíos. El doctor embistió por última vez, y luego la liberó de su prisión.

—Bueno, pequeña, ahora sí comprendes qué es este lugar... —dijo el médico mientras acomodaba sus pantalones. Luego la tomó por la cara—, ...pero es mejor que lo olvides, o tal vez tenga que explicártelo nuevamente... con una demostración en carne propia.

—Entiendo —respondió la joven. Sus ojos clavados en el suelo húmedo de la habitación.

Él sonrió.

—Perfecto, ahora vete.

Y ella se fue. Claro que se fue. Caminaba en la oscuridad, y lo único en lo que podía pensar era en el libro. El libro. Su tapa, su dorso, sus gráficos. El libro titulado “Lobotomía, una tentativa de curación de la locura masculina.” por Gustav Hermenoff.



# ALEXANDER

## ENTRE LA MAREA

Alexander despertó y no comprendía por qué todavía tenía los ojos cerrados. Peor aún fue cuando se tocó la cara y descubrió que no lo estaban. Tenía los párpados bien abiertos. La retina escrudiñaba la oscuridad. A tientas encontró el borde de la embarcación y palpó el aire hasta que su mano se sumergió en el agua. No comprendía por qué estaba tan oscuro. No había estrellas. No había luna. Aun así, el bote flotaba en una marea calma y silenciosa. Estaba en el abismo más tenebroso, irreal y cruel que jamás hubiese existido.

Una pesadilla. ¿Literalmente?

Mientras sentía el agua correr entre sus dedos, deseó tocar tierra, encontrar una orilla y bajar de aquel tormento de madera, pero tan solo logró helarse la mano y la retiró anestesiada. También, gritó hasta quedarse sin aliento, chapoteó la superficie a su alrededor, silbó y hasta cantó; pero lo único que la oscuridad le devolvió fue el deseo de un eco lejano de su voz. No había nada que hacer.

Alexander juntó fuerzas para llevar a cabo lo que su mente le ordenaba a gritos, pero al rozar el agua con las manos una vez más, recordó lo helada que estaba y desistió de su empresa inmediatamente. Cada minuto, cada segundo, cada gota de sudor que recorría su frente, cada murmullo que cruzaba el aire tenso, eran horas en un sueño horrible que no llegaba a volverse pesadilla. “Me habría despertado de ser pesadilla”, pensó él, imbuido en aquella vigilia somnolienta y aterradora. Hacía tanto frío..., la bata de hospital no alcanzaba a protegerlo de él, y ni siquiera sentía las fuerzas suficientes como para preguntarse qué hacía vestido así. El movimiento de la barcaza logró por fin hacerlo vomitar, y el escritor terminó por recostarse con debilidad.

Sumido en aquel agujero de inexistencia, sentía que sus sentidos lo abandonaban. No había nada que tocar. Nada que oler. Nada que degustar, ni mirar. Y lo único que lo mantenía anclado a la noción de que aún había una realidad allí afuera eran los pequeños ruiditos que lo rodeaban. No podía abandonar la idea de que tenía que mantenerse lejos del agua. Entre tanta calma, podía sentir pequeñas ondas que impactaban contra el bote y lo mecían, casi imperceptiblemente. ¿Habría algo allí con él? Aquello nadaba a su alrededor mientras escoltaba su rumbo.

Luego de horas (¿o segundos?) de pensar y pensar, Alex tomó una decisión poco sabia y simplemente se arrojó por la borda. Que no le parezca raro, pues el primer contacto con el agua le pareció exquisito. La bata blanca fluía entre sus piernas suavemente mientras el fresco del cuerpo acuoso lo llenaba de fuerzas y lo despabilaba. Hasta se permitió sonreír. Con los mechones de su cabello pegados a su frente, se asió del borde para que el barco no se alejase, e intentó divisar a su alrededor alguna silueta, alguna luz, algo. Pasaron eternos minutos nuevamente, y ya comenzaba a sentir su cuerpo helarse. Intentó volver al bote, pero encontró que le costaba subirse a él. Se impulsó con todas sus fuerzas una y otra vez, y cuando estuvo a punto de lograrlo, algo más acaparó toda su atención. En el horizonte, pálido, casi moribundo, un destello amarillento lo saludó.

Casi frenético por ello, acarreó la barca con cuantas fuerzas le quedaban, desesperado por arribar hacia donde la fugaz y esquiva luz se hacía cada vez más grande. De a poco se fue dibujando lo que lo esperaba del otro lado, pues había otra barcaza en la que una silueta blandía un fino remo.

—¡Aquí! —gritó Alexander ya casi sin aliento. Había dejado de sentir las piernas hacía rato, y el agitar del agua mientras nadaba había terminado por recordarle lo helada que estaba.

A medida que se acercaba, podía pesquisar más y más detalles del otro navío. Y de repente frenó, pues desde el otro bote un ser de lo más extraño se limitaba a observarlo.

Fiel a una armonía monocromática, su vestuario podría recordarnos al de un mimo. Unos pantalones negros, una camiseta a rayas y una boina vasca vestían al extraño hombre, que no se había movido hasta ese entonces. Había algo aterrador en él, sin duda, tal vez fuera la bolsa de tela que llevaba cubriendo su cabeza, atada por un cordel gastado y sucio que rodeaba todo su cuello y confluía en un único nudo, tosco y

apretado. No tenía ojos, por lo menos a la vista, pero Alex podía sentir su mirada a través de las dos estrellas que habían sido pintadas sobre la bolsa.

Sintió la atención del personaje sobre él, y supo que este no lo ayudaría.

—¡Necesito ayuda! —le rogó en un alarido, pero el mimo se limitó a observarlo, y con un gesto suave se llevó el dedo índice hacia donde habría estado su boca.

*Silencio.*

El gesto era claro, la desesperación mayor.

—¡Oiga! —se enfureció el escritor—. Necesito de su ayuda, ¿no ve que estoy perdido?

Alexander soltó el bote y comenzó a nadar con furiosas brazadas. Ya no sentía el frío, no sentía miedo, no sentía hambre. Su cuerpo se había invadido de una extraña fortaleza que lo impulsaba hacia un solo objetivo: la luz. Pero al parecer, la marea tenía otros planes, pues el navío sobre el que se erigía el extraño personaje se alejaba lentamente a medida que él se acercaba a nado. No importaba cuánto esforzara su cuerpo, por cada metro que avanzaba, el mimo se alejaba otros tres, y cuando quiso darse cuenta, el extraño hombre lo miraba desde lejos.

Alex dejó de nadar, y entre el oleaje, miró al mimo con ojos suplicantes.

—¡Por favor! —le gritó entre jadeos y manotazos pero, desde la barcaza alumbrada, solo provino otro gesto, esta vez de negación.

Aunque las olas tapaban su mirada mientras se ahogaba lentamente, él no podía más que posar sus ojos en él. Sentía una gran decepción, pero ¿por qué? Se le hacía familiar, y al mismo tiempo siniestro, ajeno y terrorífico. Y aquella mirada falsa (que no sabía si existía o no) no lo abandonó ni por un segundo. En la distancia, inmóvil, aún podía identificar su silueta. Observándolo.

Algo atravesó rápidamente las profundidades, lo tomó con fuerza del tobillo y, en un abrir y cerrar de ojos, lo arrastró bajo la superficie. El agua invadió su garganta, sus ojos y su nariz. No podía comprender qué sucedía, pero sí forcejeaba, pataleaba y luchaba por liberarse. Su mano, al cielo, se debatía con desesperación buscando la superficie, que parecía un sueño inalcanzable. Segundo a segundo, la vida se le escapaba, como agua entre los dedos, en cada burbuja de aire que dejaba ir.

Y por fin, se entregó. Inmóvil, sintió la masa acuosa revolverse y las corrientes a su alrededor. Los ojos estaban bien abiertos, pero nada podía verse. Algo lo rodeaba, nadando en círculos, eso lo sabía bien.

Sintió, además, envuelto en velos de terror, cómo una mano se apoyaba en su hombro derecho. Luego, otra en su izquierdo. Y por último, la silenciosa mirada que lo desnudaba, aun sin un ápice de luz. A través de la oscuridad, alguien le clavaba los ojos, él lo sabía bien.

Fuese lo que fuese, no se quedó a averiguarlo, pues se liberó súbitamente y comenzó a nadar hacia arriba. Cada centímetro le costó horrores, y una vez que el aire lo rodeó nuevamente, pegó una bocanada dolorosa y exquisita. No había nada a su alrededor. Manoteó, nadó, gritó y lloró con desesperación, pero nada. El agua se debatía de nuevo, cada vez más furiosa, y él solo atinaba a gritar. Aquello que lo había visto escaparse volvería en poco tiempo. Muy poco.

Estaba adolorido, confundido, mareado y se sentía morir a cada segundo. Y por mucho que quisiera, no podía dejar de gemir. Sabía que esto no terminaría bien, sabía que no había ayuda y más que nada sabía que algo lo acechaba. Eso lo sabía bien.

Algo lo agarró fuertemente de la ropa, y él luchó por escapar, pero fuera quien fuera su captor, no se dio por vencido, y lo arrastró por la superficie. Alex sentía el agua correr entre su ropa mientras era arreado violentamente, pero por fin chocó con un objeto duro y, cuando pudo encontrar un poco de lucidez entre tanta confusión, se vio nuevamente en la seguridad del bote.

—Tranquilízate, Alex —dijo una voz masculina en la oscuridad

—¿Quién eres? Déjame en paz —respondió él asiéndose al asiento de madera.

—Debes tranquilizarte.

—¡No puedo tranquilizarme! —gritó jadeando y escupiendo agua—. Hay algo en el... hay algo en el agua.

—Si está aquí, es porque aquí lo dejaste.

Eso no tenía ningún sentido.

—¿Qué dices? —preguntó confundido, pero nadie le contestó—. ¿Me oyes?

Ante el silencio, palpó el aire con las manos. No había nadie más sobre el bote. Estaba solo.

Tiritando y empapado, se alejó de la borda, pues sentía cómo algo nadaba a su alrededor. El agua, antes calma e inmutable, ahora se agitaba traicionera, y el viento soplaba y silbaba en sus oídos.

Y lo sintió nuevamente. La sensación de estar siendo observado. Sentado en el centro exacto del bote, habría jurado que algo lo



custodiaba mientras se aferraba a la borda. Sentía sus dedos castañeando la madera. Su respiración acuosa chocando contra el aire. Pero, por sobre todo, su mirada. Y un breve, casi imperceptible destello azul en la oscuridad.

—Por favor —se encontró hablándole a lo que fuera que lo acosaba—. Vete.

La respiración aún estaba allí, pero el castaño cesó, y lentamente un cuerpo se sumergió. Alex lloró en silencio y por fin se durmió.



# SEGUNDA PARTE



# ALEXANDER

## PÁGINAS OXIDADAS I

*Cuando inquirí sobre la historia de cómo había conocido a mi padre, mi madre me la relató en capítulos. Cada uno de ellos se titulaba “Páginas oxidadas”, así, parecían pertenecer a un libro viejo y húmedo. Tomé entonces aquella costumbre para esclarecer algunos de los episodios que sirven a modo de precuela a la historia que pretendo narrar.*

A. F.

La luz de la llama en la vela mudaba su materia en sombra contra la pared. Pero también se manifestaba contra el espejo cuando, por capricho, lo encandilaba fugazmente. En su mano, perdido entre el verdor de la botella, otro Alexander contemplaba al verdadero. ¿O era al revés? La gota de sudor helado, que antes había recorrido provocativamente toda su mejilla derecha, ahora se esparcía por el cuello de su camisa, desprendiendo moléculas hasta que nada de sí quedara. Él se sentía, de alguna forma, igual. Era arena al viento, una gota de tinta en el tintero, esperando a convertirse en alguna palabra bonita, quizá. O manchar una mesa, o un blanco mantel. Él, humo entre la niebla, montaña hecha volcán, ya no sabía dónde terminaba su mano y dónde comenzaba la pluma. Tal vez, no hubiera pluma. Tal vez sangraba sobre el papel una plegaria blasfema, pero hermosa, garabateando su elixir vital y convirtiéndose él mismo en la poesía que tanto añoraba ser.

Otro trago acarició su garganta, y los vapores lo hicieron suspirar. Torpemente, sumergió la pluma en el oscuro recipiente y, luego de que hubiera absorbido suficiente tinta, escribió y escribió.

*“...y con dificultad, dio el último paso cuesta arriba. Al salir de entre las plantas, no pudo ver a su amado por ningún lado. Él ya estaba lejos, fuera de su alcance.*

*En la lejanía, una sombra se asía al faro, de cara al océano y, por supuesto, de espaldas a ella. Alexander ya no era el mismo, o por lo menos eso era lo que la niña podía percibir. Sobre su cabeza se arremolinaban nubes de tormenta, mientras ella gritaba y gritaba, llamándolo a su regreso, rogando por no perder el último vestigio de seguridad que le quedaba. Él había logrado convertirse en su todo, y ahora lo veía alejarse, entre mareas de soledad y vientos de locura.*

*Temió que ahogase sus últimas penas en agua salada, que abandonara el risco y volara libre por eternos segundos. Pero ella no sabía que él ya lo había intentado una vez, fallando miserablemente.”*

Y la tinta respiró bajo su mano. Entre bocanadas toscas y dolorosas, como las de un recién nacido, el papel se revolvió, estiró y exhaló. Las palabras vivían, resentidas por rememorar aquello que hubiera sido mejor enterrar en el olvido.

Estaba borracho, desnudo y rodeado de cientos y cientos de páginas, todas ellas pobladas de palabras. Palabras hermosas. Palabras hirientes. Palabras que a veces no eran palabras. Cada párrafo nacía y moría a su gusto y piacere. Historiaba lo que vendría. Concluía lo que le precedía.

Con la pluma y la botella, él era amo y señor del reino de los significantes. Las oraciones sangraban frescas mientras marchaban en un pelotón de voluntad. Su voluntad. Vasallas incansables, económicas y perpetuas, las letras lo rodeaban en un torbellino de lujuria e ira, y de una sed que abría el seco suelo que lo rodeaba, absorbiendo toda la vida a su alrededor, y dejando tan solo polvo y tinta. Como un león, contempló orgullosamente el reino que tenía a sus pies. Las hojas habían tenido la gracia de apilarse a su alrededor, como suplicando la piedad de un creador tan misericordioso como tirano. Y eso era él, porque las amaba. Se había sentido tantas veces transformarse en ellas, abandonar el cuerpo y perpetuarse, que el amor se volvía en odio cuando las contemplaba bellas y puras. Belleza y pureza. El espejo jamás le había devuelto aquello, solo miseria y culpa.

“¿Cuánto tiempo ha pasado?”

Torpemente, caminó hacia la ventana y corrió las cortinas. El vidrio le devolvía su reflejo sobre la oscuridad de la noche, fragmentándose en la tenue línea de claridad que recorría el contorno de los árboles sobre los cuales en breve se asomarían los primeros rayos del sol del nuevo día. Un nuevo día...

Bostezando, se vistió entre mareos y jadeos. Afuera del estudio, los pasillos de la casa dormitaban fríos y sombríos, y el fresco matutino poblaba el aire. Con la lámpara encendida, Alexander caminó hacia la habitación. Danielle dormía plácidamente. Ni se atrevía a despertarla, aunque sentía que la necesitaba más que nunca. ¿Cuánto la había hecho preocuparse por él? Ella no lo entendía. La joven que parecía un niña. La niña a la que le dedicaba día a día cientos de palabras. Palabras que ella jamás leería.

“¿Por qué no leerías mis palabras, Danielle? ¿Por qué?”

Luego de pasar por la bodega, salió del caserón con su desayuno en mano. Cruzó la puerta de entrada y allí contempló el parque. Lo odiaba. La mano de los jardineros moldeando cada arbusto, delimitando cada sector donde el pasto debía o no crecer. Y él les pagaba para hacerlo. Optó por perderse en el bosque. A fin de cuentas, prefería los pinos salvajes a los arbustos podados. A esas horas, la arboleda se transformaba en una sinfonía de ruisseños, ramas rotas y conos que caían desde lo alto. Era un nuevo día. Recordaba cuando ese nuevo día significaba ahuyentar a los demonios que invadían sus pesadillas. “La noche es más oscura justo antes del amanecer”, solía decirle su madre de pequeño, minutos antes de cada alba. Había aprendido a no mirar, a pensar en cosas bellas, a ignorar las voces. Se había creído que todo era una fantasía. Imágenes móviles. Espejismos. Pero desde la escena del lago, había abandonado esas ideas.

Cada segundo del día era oscuro. Una sombra lo acompañaba paso a paso. A veces, parecía una persona, otras una figura indescriptible. A la vuelta de cada esquina, observando desde detrás de cada arbusto, en el fondo de cada lago. Y en este mismo momento, abrazado a una rama. Alex frenó en seco y lo observó. Dos ojos negros se clavaban en él. Se estrechaba contra la rama con un dejo de añoranza infinita, aunque el joven escritor no hubiese sabido cómo. Era una figura amorfa, oscura y extraña. Pero sus ojos... Sus ojos hablaban de una belleza nunca antes vista.

—No me dejará en paz —le había dicho Alex a Danielle cuando lo había encontrado tiritando entre los árboles. Desde luego, ella no había comprendido ni una sola palabra de todas las que él le repetía.

—¡Dile que me deje en paz! —gritaba él tapándose los oídos, con los ojos cerrados.

—¿Quién, amor mío, quién? —respondía ella llorando. Pero él no dejaba de repetir la misma frase. Por fin, había vuelto Danielle con el cochero. Entre los dos lo habían cargado, entre pataleos y alaridos, hasta el carro, donde lo habían encerrado para llevarlo al hospital.

El médico psiquiatra había prescripto un calmante fuerte, que debía ser acompañado de vacaciones en alguna finca alejada de la ciudad y los negocios. Unos baños calientes, caminatas por la montaña y sesiones de masaje probaron ser soluciones tan ridículas como el viejo idiota que las había recetado. Habían significado meses enteros de pérdida de tiempo, pretendiendo ignorar lo que sus ojos percibían día a día. No tenía respiro. Mucho menos escapatoria. Alejado de su vida, había comprendido que ya no era él mismo. Sabía que se perdería nuevamente, que no estaba loco como le habían hecho creer desde pequeño. Esta situación era tan real como la botella que descansaba en su mano, y lo había acompañado toda su vida. Sabía lo que aquella masa era. Era ella, era Justine. No literalmente, sino más bien la culpa que había dejado con su partida. Alex había abierto de par en par la puerta a un pasado tan sombrío que ya no era el mismo de antes. Sus días acababan y terminaban cuando él lo decidía, y siempre se acompañaban con los vapores de algún buen vino. Si no podía controlar su vida, al menos, controlaría su conciencia.

Le ayudaba el salir a caminar temprano a la mañana. Sabía que en algún momento terminaría por perderse en su totalidad, así que debía finalizar su libro antes de que sucediera. Tal vez, Danielle lo leería algún día, y comprendería por qué ya no la amaba.

Ni siquiera se amaba a sí mismo.

Llegó a la orilla del lago y suspiró. Ahora que el sol acariciaba la punta de los pinos, podía ver con más claridad el camino. El suelo del bosque estaba repleto de trocitos de corteza, ramas y hojas secas. El otoño llegaba indefectiblemente a su fin, pero eran aquellas últimas jornadas de razonable calor, y debía aprovecharlos.

Aquello que lo perseguía aún lo observaba, tan de cerca que él no se animaba a mirar. Lo sentía a metros de su espalda, casi como si reptara sobre el suelo podzólico. Sentía, aunque no pudiese mirar, cómo una



extensión de aquel vacío se estiraba, formando un brazo imaginario que intentaba alcanzarlo. Del brazo brotaron dedos, de los dedos goteó tinta. Alex no veía, pero sabía. Sabía tan bien que ya identificaba aquella escena desde antes de que pudiese oír el suave, letánico, insidioso goteo de aquella simiente de bellas historias. Si tanto quería tomarlo, que lo hiciera. Él estaba allí, era un cordero con piel de lobo, infiltrado en la trampa que le estaba destinada. Pero aquella uniformidad nunca jamás lo había tocado, y temía que jamás fuese a hacerlo. ¿Qué pasaría si lo hiciera?

Destapó la petaca de whisky que escondía en su saco y dio un generoso sorbo. Hacía tanto que había olvidado el sabor de la borrachera, que tenía miedo que aquel contenido escueto del envase no fuese desayuno suficiente. Es que ya ni sentía los efectos del alcohol en su sangre infestada de licor.

Lentamente, movió una pierna y dio el primer paso. Por un momento, pensó que algo sucedería. Si aquello que lo custodiaba podía respirar, no realizaba inhalación alguna, pero sí podía oír el constante hálito de un ronquido que jamás llegaba emitirse. Quizá aquello era lo que más lo incomodaba. Le daba la impresión de que una tensión se acrecentaba, allí donde no había ninguna. Casi como si algo que fuese a explotar llegase a su punto máximo de tensión solo para revelar que no lo había hecho aún. Era desesperante a veces convivir durante horas con aquel zumbido, solo para oírlo apagarse cuando llegaba a su fin. Incluso así, el peor momento no era aquel, sino su comienzo.

Había sido una mañana de aquel mismo otoño, cuando sintió el zumbido por primera vez. Al principio, pensó que se trataba tan solo de algún insecto sobrevolando su cabeza, pero pronto descubrió que una fuerza invisible era la que lo acosaba con aquel quejido. Había pasado horas intentando taparse los oídos, derrumbado en el piso del estudio, casi pidiendo a gritos que se callara. Fue entonces que efectivamente debía de haberlo hecho, pues Danielle había entrado a la habitación. Desde la alfombra, él la había contemplado, y lentamente retiró sus manos de sus orejas. El zumbido se había ido. En aquel instante, aquella jovencita de ojos almendra cobrizos, lo miró con tristeza y, sin dudarle, se abalanzó sobre él para estrechar su robusto cuerpo contra el de ella. En ese abrazo, que duró tanto una eternidad como un segundo, Alex se desplomó finalmente, y comenzó a llorar tan angustiado como rendido ante la extenuación.

Ahora, frente al lago, se enfrentaba nuevamente a él. Podía venir y hacer de su cuerpo lo que quisiera, pues el escritor no contaba con más compañía que con la del ser que tanto mal quería producirle. Hundió un pie en el lago, luego el otro. Estaba listo para abandonarse a su instinto más destructivo, listo para ahogar aquellas voces que no dejaban de perseguirlo.

# DANIELLE

## EL AMA

Danielle había vuelto del hospital solo para cruzar el vestíbulo hecha un rayo, subir las escaleras y desaparecer tras la puerta de su habitación. Ninguna de las criadas y los sirvientes sabía qué le había ocurrido. Si bien conocían la delicada situación en la que se encontraba el señor Alexander, lejos estaban de contar con los detalles que hacían al estado mental de su patrón. Es que su ama se había llevado consigo el secreto a sus aposentos, y lo mantuvo guardado por largos días con recelo. Hago esta observación porque no dejaba que nadie se acercara a ella. Fallaban las preocupadas visitas de las criadas más entradas en años y conocedoras de las más vastas estrategias para enterarse sobre lo que ocurría en la familia. Sus intentos de acercarse a la señora, ya sea con comida, una bebida caliente o la promesa de prestar un oído a sus inquietudes más íntimas, tenían como resultado un estallido de gritos y maldiciones, a veces, o el mutismo más sepulcral, otras. Con el correr de los días, se habían acostumbrado a ello y habían abandonado sus intentos de acercarse a su patrona, aunque no dejaran de mirar aquella puerta con anhelo.

Danielle vivía sus días acostada. No podía dejar de observar el dosel que cubría su lecho. Pasaba gran parte de la jornada allí, sintiéndose segura tras aquellas cortinas que la mantenían alejada del mundo exterior. Si bien había hecho de su cama una extensión de su cansado y afligido cuerpo, a veces lo abandonaría, cruzando el dosel para recorrer paso a paso la habitación en la que había sido tan feliz. Recordaba, cada vez que su pie se apoyaba, decenas de memorias que creía enterradas. Es que Alexander se había encarnado tan profundamente en su ser que ahora se sentía incompleta y desdichada. Allí, en esa habitación, se había

entregado por completo a él, había descubierto la belleza en las trivialidades de la vida en pareja, convirtiéndose en acreedora de la respuesta ante la pregunta que se había formulado durante toda su existencia: ¿se puede ser feliz?

Pero no todo quedaba allí, tan muerto en aquella duda existencial. No solo el romanticismo poblaba su preocupada mente, pues si bien se encontraba destrozada por dentro, tenía un anillo en su mano que la protegía de la soledad absoluta. No era poco importante ello, indicaba que, aunque Alexander jamás pudiese volver a ser el mismo, ella no quedaría en la calle como una cualquiera. Si bien tenía esta seguridad, no podía dejar de estar aterrada sobre la incertidumbre que ahora velaba su futuro. ¿Qué haría ella sin su esposo y sin su fortuna? El mundo dejaba de existir cada vez que estos pensamientos cruzaban su mente. A veces, sentiría un vacío en el pecho que intentaría colmar con aire, pero entonces se sentiría desfallecer, apoyándose hiperventilada sobre el colchón. La situación la había atacado desde todos los ángulos posibles, pues ya no comía, casi no dormía y la higiene personal jamás le había importado tan poco. No era ella, simplemente.

Llegado el caso, prefería la oscuridad a la luz del sol, por lo que las ventanas de la habitación habían sido cubiertas por gruesas frazadas, impidiéndole saber qué momento del día transcurría. Y así solía sentirse a salvo del exterior, que de repente era tan peligroso y amenazante como sus propios pensamientos. Y aunque de estos últimos no pudiese escaparse, se había vuelto una experta en ahuyentar al primero.

Una noche, una de aquellas pocas noches en la que había logrado conciliar el sueño, una sombra se deslizó por la puerta. Aunque hubiese preferido no ser escuchada, la intrusa se encontró pronto con la voz y la inquisidora mirada asustada de Danielle, cuyo sueño se había vuelto ligero y alerta.

—Soy yo, madame —dijo una dulce voz en la oscuridad. Acto seguido, la habitación se iluminó con la luz de una lámpara, y frente a ella apareció una cara familiar.

—Albine, ¿qué haces aquí? —le preguntó el ama a la sirvienta sin guardar el cuidado de esconder su enojo.

—Vine a ver cómo se encontraba, señora, ya lleva nueve días sin salir de la habitación.

—Vete —la echó Danielle dándose la vuelta para seguir durmiendo.

—¿No está hambrienta? Tal vez, necesita darse un baño caliente, o salir a dar un paseo por el parque —le dijo la joven criada, esforzándose por captar su atención. Pero la señora estaba muy ocupada en hacerle creer que la ignoraba. Albine apoyó una mano sobre su hombro—. No esté triste, señora, no está sola, nos tiene a nosotros.

Tal vez fue aquella combinación de palabras la que hizo que Danielle abandonase sus intentos de parecer indiferente y se volteara para contemplar a la criada.

—¿Ustedes? —le preguntó enfadada—. ¿Qué harán ustedes si mi esposo ya no vuelve? ¿Qué harán ustedes si ya no podemos pagarles? Se irán lejos, eso es lo que harán.

Aquello pareció haber tomado por sorpresa a la joven Albine, quien retrajo su mano lentamente, hasta apoyarla en su falda.

—Bueno..., pues estoy con usted ahora, en este mismo momento. Déjeme ayudarla, hacerla sentir acompañada.

—¿Tienes la cura para los males de Alexander?

—No, pero puedo prepararle un delicioso baño caliente. Luego, puedo cocinar algo sabroso, ya que no come hace días; y ordenar un poco esta habitación, cambiar sus sábanas y ventilarla para que usted disfrute de un sueño genuino —le explicó la sirvienta—. No es saludable que pase el resto de su vida en esta habitación, usted es el ama, debe organizar su hogar, es lo que el señor Alexander hubiese querido al irse de aquí, que usted mantenga la serenidad en el ambiente, que sea garante del trabajo de la servidumbre y cree un ambiente ameno para el momento de su regreso.

Danielle, quien se había incorporado sobre su codo derecho, se dejó caer nuevamente sobre la almohada y miró hacia el techo de la litera. Su cuerpo le dolía horriblemente, además de estar luchando contra una molesta contractura que le aquejaba desde hacía dos días. Volvió a encontrar sus ojos con los de la criada, ella la contemplaba con paciencia y la expectativa de que aceptara su ayuda.

—Creo que podría tomarme un baño —reconoció el ama, recordando que no se higienizaba hacía días—. No tengo el aroma más exquisito.

Esto último pareció divertir a Albine, quien soltó una risita nerviosa.

—Veré que tenga listo el baño en minutos, puede irse despojando de sus ropas, las lavaré no bien entre en la tina. —dicho esto, abandonó la habitación con una reverencia, y Danielle se quedó sola con sus pensa-

mientos. ¿Estaría bien salir? De veras, ansiaba volver a la normalidad, ¿pero cómo hacerlo sin Alex?

Tal vez, era el momento de convertirse en una verdadera ama de casa. Albine tenía razón, no podía pasar su vida dentro de aquella habitación, ya había gastado gran parte de sus días encerrada. Un baño caliente y algo de comer no podían hacerle mal. La idea terminó por endulzarla, y decidió que debía abandonar su lecho cuanto antes, pues si nada más funcionaba, podía acobardarse nuevamente y volver a él.

Casi saltó de la litera, que ahora le parecía extraña e incómoda, y sus pies besaron el suelo con felicidad. Su ropa de cama estaba ya bastante usada y con manchas de sudor, y el despojarse de ella también le dio un enorme placer. Sin vergüenza —pues a aquellas horas la servidumbre no solía estar en la casa—, se dirigió en su ropa interior hacia el baño al final del pasillo. Cruzar el umbral de la puerta de su habitación no había resultado tan difícil como se lo había imaginado durante todos los días que había estado encerrada.

Allí estaba, dando un paso tras otro hacia la puerta del baño. Entró tímidamente, encontrándose con Albine de espaldas a ella. La criada volteó e hizo una pequeña reverencia. Tal vez, debería de haberse quedado vestida hasta que estuviera sola por completo, pero no sentía pudor frente a la joven de blancos cabellos.

—Su baño está listo, señora, me tomé el atrevimiento de arrojar algunas sales al agua, y hacer abundante espuma, de esta manera podrá usted liberar sus tensiones.

—Eres muy considerada, Albine —agradeció Danielle. Aquellas atenciones la hacían sentir mejor.

—La dejaré sola y me iré a prepararle algo para comer, que disfrute su baño.

La criada cruzó la puerta y la cerró a su paso. El baño lucía más prometedor de lo que esperaba y demostró su efectividad cuando Danielle se sumergió en él. El agua estaba exquisita, la joven había olvidado cuánto extrañaba frotar su piel suavemente con la esponja. Se tomó todo el tiempo que creyó necesario para saciar su deseo de asearse, y apareció en la cocina una hora después de que entrara a bañarse. Allí estaba Albine, la criada frotaba una olla sucia enérgicamente. Cuando su patrona cruzó la puerta, dejó caer la olla en el abrevadero.

—¿Qué hace aquí, señora? —le preguntó dando unos apurados pasos

a su encuentro—. Puede dirigirse al comedor, he preparado allí la mesa para que usted disfrute de su cena.

—No es necesario, Albine —le respondió ella calmándola—, comeré aquí contigo.

—¿Aquí?

—Sí, creo que disfrutaré de tu compañía.

—¿De veras? Me halaga.

—¿Qué delicia cocinaste para mí?

La criada fue hacia el horno y sacó de él una bandeja. Un aroma a carne y papas asadas invadió la cocina, y Danielle sintió su boca salivar por primera vez durante días.

—Le preparé un poco de carne de cervatillo y cebollas en vino y le-gumbres —le explicó Albine, claramente orgullosa de sus dotes para la cocina—. Siéntese, señora, le daré un plato enseguida.

Danielle hizo como se le solicitaba, y en un minuto tenía frente a sí un plato de comida exquisita. La criada había posicionado una copa frente a ella, que llenó con vino de Borgoña. La joven Bellerose no cabía en su júbilo mientras devoraba ávidamente aquella delicia. Cada bocado venía aparejado de un suspiro de placer, y el vino adquiría un sabor distinto junto al de la carne. Solo debía paladearlo un poco, enjuagar su boca con un sorbo antes de tragarlo.

—Me siento mal comiendo sola, Albine —le dijo moviendo la copa en sus manos—. ¿Acaso no vas a comer tú también?

—Disculpe, señora, temo que carezco de apetito en este momento.

—Toma una copa conmigo, entonces.

—No creo que eso sea apropiado.

Danielle suspiró y se puso de pie. Fue hasta la vitrina y volvió con una copa de cristal.

—Tu empleadora te pide que tomes una copa con ella —le dijo mirándola burlona—, y vas a disfrutarlo. —Albine rió divertida y aceptó la copa finalmente.

La noche transcurría, y Danielle estaba más que feliz de romper todo protocolo y formalidad al pasar la madrugada junto a la criada que tanto se había preocupado por ella. De verdad, se lo agradecía, y aunque no sabía cómo transmitírselo, no escatimó en compartir sonrisa o carcajada alguna con la amable sirvienta.

A medida que corrían las horas, una, dos y tres botellas pasaron por encima de la mesa. Las dos jóvenes, riendo como niñas, se apoyaban sobre la madera, sonrojadas por los vapores del vino. Danielle ya había olvidado aquellos días de encierro, eran una memoria difusa. Toda ella se perdía entre otras ideas que afloraban; desde anécdotas divertidas de su infancia y juventud hasta otras de índole personal e íntimo que había compartido con Alexander. Cualquiera persona que hubiese visto a aquel par se habría horrorizado. ¡Pues qué hacían esas dos jovencitas, de extractos tan dispares, disfrutando de una borrachera! Aquello que podría haber resultado en desempleo para una, y en condena social para la otra, era uno de los episodios más bellos jamás recordados por Danielle Bellerose.

—¿Sabe usted qué cosa he querido hacer siempre, señora? —le preguntó Albine frotándose los ojos, espantando la somnolencia—. Siempre quise recorrer un bosque de noche.

—¿Acaso estás loca, Albine? —le respondió su patrona entre risotadas—. ¡Es eso digno de una historia de terror!

—Efectivamente, señora, ¿se imagina usted la emoción de sentirnos protagonistas de una historia como aquellas que solían leernos en nuestro lecho?

Danielle jamás había sido protagonista de nada. ¿Había sido aquella combinación de palabras que había usado la criada la que la impulsó a decirle que sí? Nuevamente, ella tenía la frase que la joven necesitaba para sentirse segura. Danielle no dijo nada, solo tomó la mano de la criada y juntas salieron por la puerta trasera de la casa, armadas solo con una farola repleta de aceite, perdiéndose en el bosque, danzando entre las hojas y las perfumadas coníferas.



# ALEXANDER

## DESPERTAR

La oscuridad jamás se había marchado. No sabía cuánto tiempo había pasado tampoco. Podían haber sido días, o tan solo horas. Alex no sabía si dormía o soñaba despierto, pues toda clase de sonidos extraños reptaban a su alrededor. Había comenzado a escuchar voces, unas voces ahogadas. Recorrían una letanía de lamentos abisales que lo invadían desde todas direcciones. ¿O tal vez había agua en su oído? Recordó que lo tenía, y hundió su dedo en él, tanto como el orificio lo permitía sin causarse una lesión. El oído estaba limpio. ¿Qué era entonces aquello que no lo dejaba dormir? (por supuesto, en el caso de que ya no lo estuviera haciendo).

Recordó también, pues, que tenía otras partes en su cuerpo. La espalda, por ejemplo, lo estaba asesinando a dentelladas de dolor. Se revolvió un poco en su lugar para estirla, pero no quería volver a caer del bote. Lo curioso fue que, cuando movió su cuerpo, no pudo despegar los brazos de él. Alguna fuerza misteriosa lo mantenía encerrado sobre sí mismo. Luchó contra ella, tirando de aquel campo de fuerza que no lo dejaba desplegar sus extremidades y, olvidándose de su temor a la oscuridad, perdió el equilibrio y cayó nuevamente.

Esperaba que fuese un chapuzón helado, pero en su lugar, fue a dar contra el suelo, aterrizando con la nariz. ¡Vaya dolor! Más aún cuando no tenía la libertad de frotársela para aminorar la molestia. Sintió una sensación húmeda y cálida sobre su bigote y luego en sus labios, y supo al instante que sangraba. Si tan solo la oscuridad no fuese tan profunda, podría al menos saber dónde estaba. Lo cierto es que el episodio del bote le parecía ahora solo un sueño, tan solo uno más de aquellos que estaba acostumbrado a tener.

Recordando la razón que lo había llevado hasta allí, contorsionó su delgado cuerpo y, con mucho esfuerzo, se liberó de su prisión. Solo entonces pudo saber que aquello que lo apresaba era una camisa de mangas largas que se ataban sobre su espalda. Le parecía que solían llamarlas “camisas de fuerza”. Nunca había usado una y nunca pensó que tendría que hacerlo, aunque le pareció que debían de ser más seguras. Era probable que hubieran atado mal las amarras para darle un poco de espacio. Tironeando con aplomo, pudo pasar ambos brazos sobre su cabeza, y así deshacer el nudo que lo apresaba. Felizmente, pudo sentir de nuevo sus brazos en libertad, y estos le devolvieron una tormenta de dolor en cada una de sus articulaciones. Por fin, pudo limpiarse la sangre con el puño de su bata. La cabeza también le dolía, sentía en ella punzadas y una presión que prometía hacerla estallar. Tal vez, solo era por el viciado aire de la habitación, o el hecho de que no recordaba la última vez que había ingerido algo de líquido. A juzgar por lo húmedo de su ropa, había sudado demasiado, presa de alguna pesadilla horrible.

No atinó a moverse de su lugar. Estaba apoyado contra algún mueble viejo que rechinaba en su sitio mientras se movía, y él no quería darse ningún nuevo golpe a causa de no poder ver nada. Quizá, si se relajaba, sus ojos se acostumbrarían y podría dilucidar algunos contornos. Pero no necesitó esperar mucho porque pronto se hizo la luz. Un hilo de luminosidad entró a través del umbral de lo que parecía ser una puerta. Estaba en una habitación, entonces. Aunque añoraba la luz como nunca antes en su vida, sus ojos sintieron el ardor que ella traía consigo, y se cerraron instantáneamente, al mismo tiempo que el dolor de cabeza aumentaba. De manera instintiva, sus manos fueron a tapar el rayo que lo enceguecía, y pudo ojear entre sus dedos la puerta, abierta en su totalidad, y la silueta ensombrecida de una persona que sostenía un farol en su mano. Aunque su cara estaba envuelta en tinieblas, Alex supo que se trataba de una mujer.

—Señor Fleming —escuchó decir a una voz tímida y dulce—. ¿Cómo se encuentra hoy?

Hasta ese momento habría matado por oír una voz humana verdadera, y aquellas palabras bastaron para hacerlo sentir mejor. El farol lo encandiló y su cara quedó iluminada a los ojos de la enfermera. Esta se asustó al verlo sangrando y tomó un pañuelo del bolsillo de su delantal. Al acuclillarse frente a él, un rostro delicado se reveló, y Alex pudo contemplar la belleza de aquella mujer joven y menuda. El pelo rizado

enmarcaba su cara cayendo en un bucle casi perfecto, custodiando una barbilla fina y suave. Su palidez no hacía más que lograr el equilibrio perfecto entre lo perlado de sus ojos y los destellos carmesí que dejaban escapar sus enrutados cabellos.

La minúscula enfermera alzó su mano izquierda y la apoyó sobre la húmeda frente de Alex.

—Ya no tiene fiebre, señor, creo que es una buena idea que se tome un baño.

Ella no hablaba como las otras personas. No. Ella dejaba escapar un hálito de dulzura en cada frase. Ella decoraba cada gesto con una sonrisa. Cada ademán con una mirada sincera.

—¿Podría decirme donde estoy, señorita? —preguntó Alex tímidamente.

—Es una habitación de contención —explicó ella—. ¿Recuerda algo de la última semana?

—No —reconoció él, no sin intentar esconder su vergüenza—. ¿No hay una ventana que pueda abrir?

Ella dejó escapar una sonrisa y le acarició el pelo.

—Lo siento, señor Fleming, pero estas son habitaciones especiales. Las construyen sin ventanas o medios de comunicación con el exterior. —A medida que la enfermera hablaba, Alex sentía los dolores disiparse, y la angustia desvanecerse—. Su misión es lograr la calma que las personas como usted necesitan. —Dicho esto, la enfermera se enderezó y, hurgando en su bolsillo, reveló una caja de cerillas. Sobre la mesa había una vela, acompañada solamente de un libro. Al encenderla, las sombras se retiraron, y la habitación develó su verdadera forma.

Era más pequeña de lo que Alex hubiese imaginado. Luego de la cama, la esquina se escondía tras un armario robusto, pero compacto. El lado opuesto no tenía nada, solo una mesita atornillada a la pared. Y es que no habría quedado ningún espacio libre para moverse si hubiesen allí otros muebles que lo ocuparan.

—¿Puede ponerse de pie? —preguntó suavemente la enfermera.

—Claro que sí —respondió Alex, como tratándose de una obviedad, pero ni bien se apoyó sobre su rodilla derecha, esta se venció bajo su peso y el escritor fue a parar contra la cama.

Aunque la enfermera hubiese dejado escapar un pequeño gemido, y hubiese estirado los brazos, Alex recibió el golpe de todos modos. Si bien había aterrizado en el colchón, sus costillas dieron de lleno contra

la estructura de hierro que lo contenía. Menudo dolor sintió, dejando escapar un aullido y revolcándose sobre su lecho mientras esperaba a que se apaciguara. La escena duró unos cuantos segundos, y luego aceptó la ayuda de la enfermera, quien no había sabido cómo calmar al adolorido paciente.

Así fue cómo salió de la oscura habitación, aferrado a los minúsculos, pero fuertes hombros de la enfermera. La luz invadió su retina como un asedio, y el mundo por fin se dibujó ante sus ojos. Frente a la habitación había otra. A la derecha, el pasillo continuaba. A la izquierda, también. Y a ambos lados de este interminable pasillo también se enfrentaban puertas iguales. Era como oponer dos espejos. El corredor parecía no tener fin, y continuarse en una letanía de sí mismo. Pero lo que Alex no sabía era que no lo hacía, sino que terminaba a pocos metros, en una curva escondida por la oscuridad. El suelo le llamaba la atención, y habría jurado que ya había estado allí. Se sentía un pobre peón caminando entre baldosas blancas y negras, intercaladas como formando un gigantesco y rebuscado tablero de ajedrez. ¿Qué tenían aquellos azulejos, que le causaban una sensación desesperada, terrorífica?

—Tengo algo de sed —dejó escapar luego de dar la vuelta a la esquina.

La enfermera se movió incómoda, tal como si el peso del paciente estuviera venciendo sus fuerzas, y frenó su marcha.

—Veré que tenga comida y algo para beber luego de bañarse. ¿Puede caminar solo?

Alex comprendió que la enfermera no lo cargaría más, al menos sin ayuda, por lo que asintió y siguió su camino por su cuenta, aunque algo adolorido. Las piernas le hacían notar su disconformidad a cada paso. Se vencían violenta y repentinamente, y amagó con irse de bruces en más de una ocasión, pero siempre retomaba el equilibrio, alzando las manos hacia la enfermera para negar la ayuda que esta le ofrecía nuevamente. Además, sentía frío. El piso estaba helado, y él se deslizaba torpe y dolorosamente sobre sus pies descalzos.

—¿Por qué estoy tan cansado? —fue lo segundo que se atrevió a decir en voz alta. La joven lo miró con tristeza y, esta vez, tomó su brazo.

—Es el sedante, señor Fleming —explicó—. ¿Acaso no recuerda nada? Alexander frenó sus pasos y contempló a la pequeña.

—¿A qué se refiere? —Las palabras que escapaban de su boca eran vacilantes y débilmente articuladas.

—Esta es la primera vez en la última semana que usted está conciente. Tuvo una crisis nerviosa y tuvimos que sedarlo para que no se procurara daño alguno —le dijo la enfermera intentando encontrar las palabras justas—. Tanto a usted mismo como al personal del hospital.

—¿Pero por qué estoy tan débil?

—Ha tenido más de un desvanecimiento. Lo llamamos “estado de catatonía” —explicó ella, pero Alex no terminaba de comprender—. Usted ha estado despierto pero inconciente, hablando incoherencias y sin moverse durante días. —entonces, era cierto, sí estaba enloqueciendo—. Señor, tan solo acompañeme hasta la sala de baños, allí podrá asearse y se sentirá mejor.

Y eso hizo Alex. Al llegar a la sala de baños pudo, por fin, ver nuevamente la luz del sol. El hospital estaba construido de tal modo que la mayoría de las habitaciones no contaban con ella, y las que sí lo hacían, estaban dispuestas en una hilera que cubría tanto el frente como el reverso de la construcción, dejando solo las ventanas que daban al norte o al sur —dependiendo del ala— iluminar los corredores. No así el centro del edificio, donde todas las aberturas que miraban al bosque iluminaban por completo el pasillo durante el día. También, así lo hacían con la sala de baños.

A Alex se le pidió que se sacara la ropa, y por fin, se sintió un poco más libre. Tanto la bata como sus pantalones estaban empapados de sudor, sangre y barro. Margaret no hubiese sabido cómo había llegado este último allí, dado que el enfermo estaba encerrado en su habitación. Pero no podía detenerse a pensar en aquello, tenía otras cosas asediando su mente.

El contacto con el agua caliente fue exquisito, y Alex por fin esbozó una tímida sonrisa. El agua cálida invadía cada centímetro de su cuerpo, disolviendo los dolores y calmando su angustia. Comenzó a sentir hambre, una cosa de la que no había oído hacía días, y hasta no sintió vergüenza por su desnudez frente a aquella extraña. Las punzadas en su cabeza eran solo un mal recuerdo y se sentía tan bien que hubiese podido correr por el bosque o nadar por el lago. La joven enfermera salió de la habitación y prometió volver a la brevedad. Él miró a su alrededor. La sala contenía ocho bañeras posicionadas contra las paredes. Por el ventanal se filtraba la deliciosa luz de la tarde, tan cálida que se preguntó cómo podía haber pasado una semana encerrado sin gozar de

ella. Para él había sido solo un sueño, pero sentía el peso de esos días sobre su cuerpo. Estaba casi esquelético; su barba y sus cabellos estaban por demás de crecidos y enmarañados; sus uñas sucias y quebradas; y su piel amarillenta. ¿Qué le había ocurrido? Solía cuidar tanto de sí mismo que le habría horrorizado verse al espejo.

Con pasos apurados, la enfermera cruzó la puerta nuevamente hacia la sala de baños, llevando con ella una toalla y algunos objetos que Alex no alcanzó a distinguir antes de que ella los guardara en el bolsillo de su vestido.

—El doctor lo verá en breve, señor Fleming —le dijo ella con una sonrisa, sentándose en un banquito al costado de la tina—. ¿Cómo se siente?

—Fantástico, en verdad —respondió Alex feliz—. El agua caliente es una bella sensación. —no podía dejar de observar a la dulce enfermera, tanto sus ojos como su sonrisa se llevaban toda la atención del enfermo—. ¿Cuál es su nombre?

La joven mutó su expresión rápidamente. Ahora lucía confundida y reacia a contestar.

—Lo siento —se disculpó Alex.

—No se disculpe —le respondió ella recuperando su expresión jovial y serena—. Mi nombre es Margaret, soy casi nueva aquí. Los pacientes no suelen preguntarme sobre mí. Suelo ser algo más del entorno que los rodea.

—Me alegra conocer su nombre, cuidó muy bien de mí —respondió él, esbozando su segunda sonrisa del día—. ¿Sabe usted qué hora es?

—Estamos cerca de la mediatarde. ¿Por qué lo pregunta?

—Me gustaría salir a dar una caminata por el bosque —explicó Alex contemplando las copas de los árboles.

—El doctor vendrá a verlo en breve —respondió la enfermera—. Él le dirá si puede hacerlo. Luego de los episodios que ha tenido, es prioridad cuidar de su salud. —en sus ojos, dejó escapar una nota de inseguridad y anhelo—. Cuando se sienta mejor, podrá salir.

Alexander sintió un escalofrío recorrer su espalda. El agua resultaba no estar tan caliente como hacía un rato, y afuera el paisaje se oscureció. La enfermera se levantó de su sitio y fue hacia el ventanal.

—Se avecina una tormenta —dijo como pensando en voz alta—. No creo que hoy pueda salir, señor Fleming.

—¿En este momento del año? —preguntó él algo confundido.

—Sí, sé que no es común, pero últimamente hemos tenido pocos días de sol.

Ambos callaron por un momento. El que rompió el hielo fue Alex:

—No se preocupe, enfermera, sé que estaré encerrado un largo rato.

Margaret se volteó para contemplarlo. Y Alex supo que aquella joven le tenía una lástima infinita. Con pasos rápidos, se acercó y volvió a sentarse en el banquillo.

—Esté tranquilo, señor, haré todo lo posible para que usted tenga una bella estadía, se lo prometo. —y por si aquellas palabras no bastaran para devolverle algo de sosiego al consternado escritor, tomó una de sus manos entre las suyas—. Tan solo debe prometerme que se controlará, no puedo hacer nada si no lo hace.

Era una petición algo capciosa. ¿Cómo podía controlar algo que no dependía de él en lo absoluto? ¿Cómo pedirle a aquello que lo perseguía que lo dejara en paz? ¿Cómo hacerle conocer a ella tan solo algo de lo que sufría segundo a segundo?

—Lo intentaré —dijo al fin, intentando sonar lo más sincero posible.





# GUSTAV

## SUBIENDO ESCALONES

El doctor Schubert había llegado tiritando y goteando agua helada. La tormenta rugía afuera mientras los vidrios de las ventanas temblaban con la promesa de partirse. Era una tarde normal, pero oscura. Ya a las dos el doctor Hermenoff había pedido prender las luces de los pasillos.

—Sé que debemos ajustarnos al recorte de presupuesto, pero no podemos trabajar en la oscuridad —le había dicho a las enfermeras que estaban de guardia.

El vestíbulo, por su lado, estaba iluminado a la luz de una enorme araña que pendía sobre el mostrador de la recepción. Desde ella, danzaban cientos de pequeñas llamas, una por cada vela en el adorno colgante. Era uno de los detalles más hermosos de la recepción, y el doctor meticulosamente se encargaba de que las enfermeras prendieran las velas, o reemplazaran aquellas gastadas, día a día.

Mientras recorría los pasillos, Gustav monitoreaba a los enfermos que vagaban de puerta en puerta. Quienes tuvieran buena conducta podían salir de sus habitaciones sin trabas, pero aquellos que él consideraba “peligrosos” debían ser sedados antes de concurrir a la sala conjunta. Era interesante mirarlos pelearse con el aire, entablar diálogos egocéntricos o quedarse rígidos cuando encontraban algún objeto digno de mirar durante horas.

Se sentía como en casa. Algunos internos que no tenían permiso de abandonar su habitación lo miraban a través de los visores de las puertas. Le era muy divertido acercarse y ver su reacción. Parecía estar visitando un zoológico, y no le importaba lo que las enfermeras pensarán, él era el jefe y podía hacer lo que quisiera. El aroma del viernes invadía su

ánimo y atesoraba la idea de tener el fin de semana por delante para festejar su inminente ascenso al concejo médico. Su presentación había sido maravillosa. Luego de una hora de agonía esperando a que sus —ahora— colegas finalizaran la examinación de Víctor Hansen, Korsakov había abierto la puerta del estudio y lo había invitado a pasar. Todos los doctores parecían satisfechos y lo felicitaron enormemente por su trabajo. Aun así, debían reunirse para deliberar sobre la aprobación o no del procedimiento y, a modo de reconocimiento, su posible anexo al concejo médico oficial. Gustav había requerido un gran esfuerzo para no llorar de alegría cuando escuchó estas palabras, y se había limitado a sonreír y estrechar la mano de Schubert y Korsakov.

Habían sido las semanas más largas de su carrera. Las pasó esperando la carta que el concejo le enviaría, citándolo a acudir a la capital para su nombramiento. Seguro también se encargarían de editar y publicar su ensayo e impartir su enseñanza en la universidad. Cuando pensaba en lo alto que llegaría, sentía deseos de gritar, casi como un niño frente a un árbol de Navidad repleto de regalos.

Pero la visita de Schubert lo desconcertó. No se imaginaba cómo el doctor podía tomarse la semejante molestia de concurrir al hospital, más aún en un día tan feo. Su aparición le daba mala espina, como si fuese una cuestión de emergencia. O malas noticias. El médico había aparecido en el vestíbulo, simple y sorpresivamente. El paño de su abrigo todavía lloraba mientras se sacaba el sombrero y colgaba su bastón en la recepción. Lo encontró hablando con Margaret, la única persona con la que no deseaba que hablase.

—¡Doctor! Disculpe la tardanza, pues su visita me resulta... repentina —se disculpó Hermenoff, mientras estrechaba su mano con firmeza.

—Las disculpas me corresponden a mí, Gustav, por aparecer de imprevisto en tu establecimiento, seguro que estás muy ocupado... —le respondió Schubert con cordialidad—, ...pero me temo que estoy en la necesidad de que hablemos en privado, *colega*.

La sola mención de aquella palabra lo convencía.

—Claro..., subamos a mi oficina, doctor Schubert.

—Llámame Marcell, Gustav.

La chimenea chisporroteaba mientras la leña verde reventaba con silbidos dolorosos. El estudio estaba cálido y confortable cuando entraron. La satisfacción se dibujó en el rostro de Marcell Schubert cuando el ambiente templado lo envolvió.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber?  
—Sí, café —le respondió el doctor, y le hizo señas para que se acercase— y puedes agregarle un poco de coñac... tú sabes, para el frío.  
—Desde luego —asintió Gustav y caminó hacia la puerta—. ¡Margaret! La enfermera apareció en cuestión de segundos.  
—Sí, doctor. ¿Qué se le ofrece?  
—El señor Schubert tomará un café con coñac, yo un vaso de agua —le dijo— y no te tardes, el señor está tiritando.  
—Enseguida —respondió dócilmente la joven y se marchó con pasos ligeros.

Hermenoff volvió sobre sus pasos, rodeó el escritorio y se sentó en su silla.

—Es una niña maravillosa —observó Schubert.  
—Claro que sí, ¿pero por qué lo dice?  
—De todo tu personal, fue la única que se percató de mi llegada... espontánea. Se preocupó por mi estado, me ofreció un té y me vio provisto de una toalla para secarme.

Vaya, Gustav jamás lo había notado. ¿Se habría equivocado con la joven enfermera? Tal vez, su potencial era mayor de lo que él había podido percatar.

—Es una pequeña muy servicial —reconoció.  
Ambos callaron. Solo luego de pasados unos largos segundos, Marcell Schubert rompió el hielo.

—A lo que nos compete, pues —dijo con una sonrisa—. Estoy muy feliz de anunciarte que el conejo admira en gran medida tus estudios y tus aportes. Tienes la potencialidad de cambiar el mundo.

—Le agradezco, doctor, fueron largos años de trabajo y...  
—Aun así —interrumpió Schubert—, hay ciertos aspectos un tanto oscuros sobre el asunto. Primero que nada, hemos encontrado un par de trabajos similares que tienen al menos diez años de antigüedad. También tratan, en su medida, sobre la operación de lóbulo frontal en personas.

Gustav sintió algo de incomodidad. Aquello lo tomaba por sorpresa.  
—Desde ya que no lo acusamos de plagio, Hermenoff. La obra resulta ser inédita a causa de la censura. Además, grandes mentes piensan igual, ¿no es así? —explicó Schubert con algo de saña—. El tema es que aquí estamos caminando sobre la cornisa que nos separa del abismo del nuevo siglo. Es algo sabido, todo avance produce resistencia en un principio. Lo importante es saber cómo aminorarla.

Golpearon a la puerta.

—Adelante —dijo Gustav en voz alta, y Margaret entró con una bandeja en las manos—. Gracias, Margaret, puedes dejar las bebidas aquí sobre el escritorio.

Antes de que pudiera irse, Schubert se dirigió a ella.

—Jovencita, ¿puedo hacerte unas preguntas?

La enfermera, sin atinar siquiera a responder, miró al doctor. Los ojos que le devolvieron la mirada eran severos y amenazantes. Pero al final, Hermenoff asintió.

—Estoy para servirle —respondió la niña por fin.

—¿Hace cuánto trabajas aquí?

—No más de unas semanas.

—¿Qué piensas sobre los pacientes?

—No es mi trabajo pensar, señor, sino servir.

—¿Sientes que el doctor Hermenoff está haciendo un buen trabajo?

Margaret vaciló. Sintió su boca paralizarse, su frente parir una gota, y un vacío apoderarse de su estómago.

—El doctor es un gran líder, su única preocupación es el bienestar de todos los que estamos aquí —respondió con firmeza y dulzura—. Tanto de los pacientes como del personal.

Schubert la contempló por lo que pareció una eternidad, luego palmeó suavemente su mano y le dijo:

—Ya puedes irte, pequeña, sigue con tu trabajo.

Ella miró al doctor y Hermenoff asintió nuevamente. Con una pequeña reverencia, se dirigió hacia la puerta y desapareció por el pasillo, cerrándola a su paso.

—Sabe, de donde vengo, el coñac es algo de todos los días —dijo Schubert dando un trago largo a su taza—. Uno podría pasar diariamente frente a las mejores destilerías del mundo, comprar una botella a precio de fábrica, llevarla a casa y compartirla. ¡No duraría, claro! Tienen una graduación alcohólica que oscila sobre el 40%, pero su fabricación es tan moderada, tan exquisita, que uno podría tomar y tomar, y no percatarse de cuánto ha ingerido. Y esto que le digo, Gustav, es algo de todos los días... El camino de la casa al trabajo estaría repleto de enormes fábricas de los mejores licores de la tierra, todos allí para disfrutar cuando uno quisiese. Siempre se dice que los franceses somos delicados. Se nos *depicta* como seres enamorados del amor, artistas de orientación dudosa, con nuestros bigotes finos y nuestro libro de poemas. Todo eso es mierda.

Hermenoff se había dedicado a oír cuidadosamente a su interlocutor. No sabía adónde quería llegar, pero no estaba haciendo un buen trabajo en ello. De repente, la charla se había tornado nostálgica, y hasta algo lastimera. Evidentemente, Schubert había venido para chantajearlo, pero no veía la probabilidad de ello. Si su trabajo era el único patentado, no había posibilidad de que lo acusaran de plagio. No era la primera vez que ideas parecidas, pero diferentes, se cruzaban.

—Bueno, suelo recibir ese brandy de una de las destilerías más importantes de Cognac, y no es necesariamente barato —explicó Gustav con simpatía—. Por lo menos, no tan barato como me gustaría que fuese.

Marcell Schubert rió y se acomodó en su silla.

—Bueno, creo que ahora que somos colegas, puedo conseguirle buenos productos... siempre y cuando usted acepte convertirse en parte esencial del concejo.

—Eso está fuera de discusión, Marcell —le respondió Hermenoff risueño—. Aunque me siento algo turbado por lo que me comentó anteriormente.

—Y ello es...

—Los otros trabajos sobre operación de lóbulo frontal.

—Ah..., no te preocupes por ello, Gustav —lo calmó Schubert agitando una mano en el aire—, no hay validez legal en ellos.

Eso era un alivio.

—Aunque —prosiguió Schubert—, si alguno de ellos apelara a la antigüedad con la que llevan trabajando..., en fin, podrías tener algunas trabas legales.

—Me gustaría tener la posibilidad de leer dichas investigaciones, pues tal vez haya algún acuerdo al que llegar.

—¿Acuerdo?

—Sí..., un acuerdo... Estoy seguro de que dichos autores mantienen diferencias con respecto a mi proyecto —explicó Gustav—. Creo que podríamos intentar salvar dichas diferencias y dar el crédito compartido a quien lo merece.

Schubert levantó sus cejas, parecía más sorprendido de lo normal.

—Claro que sí —dijo entre titubeos—, aunque me extraña tanta cordialidad de ti, Gustav.

—¿Acaso no le parezco cordial?

—No, no —negó Schubert moviendo nuevamente sus manos—. A lo que me refiero es que es de conocimiento general la manera en la que llevas este hospital... Tu rigidez con tu personal, tu... dureza.

Hermenoff comprendió. Era clara la razón por la cual se habían mostrado todos tan reacios a incluirlo en un principio, creían que era un déspota. Y tal vez lo era, solo así había convertido ese edificio asqueroso en una de las instituciones más importantes del país.

—Doctor Schubert, no encuentro mejor manera de mantener a los empleados donde los empleados deben estar —le dijo sin quitarle la mirada de encima—. Ni de mantener a los médicos trabajando como los verdaderos profesionales tienen que trabajar. Seré algo duro, pero gracias a ello este hospital ha renacido de las cenizas.

—Sí, sí, Gustav, creo que tienes toda la razón. Es de conocimiento cómo tomaste este lugar y lo reinventaste. Es por ello por lo que estás teniendo tanto éxito. Tu trabajo será recompensado, puedo dar fe.

—Entonces, ¿hay algo que me concierna respecto de estas otras investigaciones?

—En verdad, no, yo me haré cargo de ello si quieres.

Un destello cruzó de lado a lado el ventanal, rasgando el aire a su paso, y estalló segundos más tarde. El temblor los envolvió. Schubert dio un sorbo más a su bebida y miró a Hermenoff.

—Tal vez ya es hora de que parta, Gustav —explicó señalando el exterior—. Aunque hay una cosa más que me acongoja.

—¿Qué sería aquello?

—Parece que hay un ingrediente en tu fórmula que fuiste reacio a compartir.

Hermenoff no respondió. En lugar de hacerlo, miró al doctor simulando confusión.

—Seré claro —se venció Schubert—. Tu *sudanium* no es necesario para llevar a cabo la operación. Es un velo para cubrir algo más.

—¿Qué estaría intentando cubrir?

—Bueno... esa es la cuestión. Llevé a cabo unas pruebas por mi cuenta y encontré enormes cantidades de carbono puro en la sangre de Hansen. Esto es, o una anomalía, o el residuo inorgánico de una catálisis llevada a cabo dentro del cuerpo del paciente. Además de la peligrosidad que conlleva, para quien analizara la sangre de estos pacientes, sería muy grosera la diferencia entre esta y la de una persona... normal.

Hermenoff sintió la incomodidad apoderarse de él nuevamente.

—Es inaudito —exclamó—. ¿Por qué haría yo semejante cosa?

—Al parecer, el *sudanium* funciona como catalizador de otra sustancia. Un alcohol potente del cual no tengo la más mínima idea de cómo sintetizaste —explicó Schubert lentamente—. Digamos que este alcohol posee la habilidad de, increíblemente, acelerar el proceso de neurogénesis en el cerebro, una cuestión que cualquier conocedor creería impensable. Si estas fueran las reglas del juego, el paciente no solo cicatrizaría el área de la corteza cerebral que le es extirpada, sino que reemplazaría aquella por neuronas nuevas. Estarías reprogramando a un sujeto, convirtiéndolo en un autómatas diseñado a tu gusto. Verás tú, el paciente se volvería un ser permeable de recibir órdenes de la primera persona que tuviera en frente. Esa es mi hipótesis.

Gustav rió con sonoridad.

—Basta, doctor Schubert, ¡me está matando! —dijo luego, y golpeó la mesa risueño—. Es tan poco serio, tan poco científico...

Schubert juntó sus manos y las refregó.

—Es teóricamente posible, Gustav. Temo que estamos cruzando fronteras que nos llevan a replantear nuestras concepciones de la mente. Además, si hay alguien lo suficientemente brillante y chiflado para hacerlo, ese eres tú.

—La mente es el cerebro, Marcell. ¿Soy acaso un loco que cura locos?

—Ya no creo en ello. Víctor es la muestra viva. ¿Acaso piensas que no noté cómo te miraba, cómo esperaba a que le dieras tu bendición en todo lo que hacía? Ese hombre reorganizó sus acciones sociales contigo como referente principal, es como si fueras su padre..., pero lo que me desconcierta es... ¿por qué?

—Usted está especulando.

—Tú no has escuchado la entrevista que he tenido con él.

Gustav se acercó.

—¿Entrevista?

—Sí. Tengo una grabación del señor Hansen describiendo en detalle el procedimiento. Lo hemos puesto en estado de hipnosis y ha podido evocar la mayoría de los aspectos de su experimento en él. Verá, la docilidad no parece limitarse a su persona solamente, Gustav.

Hermenoff sonrió.

—Si acaso fuese verdad, no hay prueba de ello.

—Esto es un avance enorme, Gustav, tenemos el poder de moldear la mente a nuestro antojo, pero no somos dioses, no podemos jugar con las personas que curamos... Si estuvieses menos encerrado en este antro de locos, sabrías que en la grabación hay suficientes pruebas para no solo despojarte de tu cargo, sino para encerrarte por practicar experimentos en pacientes vivos. Si no eres honesto conmigo, poco puedo hacer para ayudarte.

—¿Un experimento de hipnosis, doctor?

—No, un experimento químico —respondió Schubert, poniéndose de pie y apoyando sobre el escritorio un pequeño tubo de ensayo tapado con corcho—. Estás metiendo en tus pacientes una sustancia peligrosa, casi tanto que podría ser considerada un arma. ¡Un brebaje del infierno que entra en combustión espontánea con el aire mismo! Eres tan brillante como desquiciado, Gustav.

La pequeña cánula resplandecía con una tonalidad bermellón y era el único vestigio del secreto que podía arruinar su carrera y los largos años que había invertido en ella. Schubert le había mentado, allí mismo estaba el compuesto, sintetizado por otras manos que no eran las suyas.

—Quise darte una advertencia, pero tu soberbia e insolencia me han hecho tomar una decisión difícil, Gustav —explicó Schubert con indignación en sus palabras—. Puedes quedarte con tu experimento, pero si no quieres que te descubra frente a todos, deberemos hablar de negocios.

Marcell se puso su sombrero, hizo una burlona reverencia y caminó hacia la puerta, pero Hermenoff ya estaba de pie y pisando sus talones.

—Doctor, espere —le dijo apoyando una mano sobre su hombro—. Hablemos de negocios.

Schubert giró sobre sus talones. Se había dibujado en su cara una sonrisa de satisfacción. Una mueca de supremacía, seguida por un suspiro de preponderancia. Se preparó para llegar a un acuerdo con Hermenoff, no quería nada más. Podían pactar, ser socios. Él podría llevarlo hasta los escalones más altos de la profesión.

Pero Gustav ya había destapado el tubo y ahora empujaba la cánula de cristal por la garganta de Marcell Schubert. El hombre, desconcertado, lo miró esperando una explicación, pero ya era tarde: la asfixia recorría cada centímetro de su garganta, y un dolor indescriptible abrasaba sus entrañas. Cayó de rodillas, sin saber lo que pasaba, y luego recordó el pequeño accidente que había sufrido en su laboratorio intentando sin-



tetizar el compuesto. Miró al doctor Hermenoff, y le preguntó por qué, pero no había aire dentro de él, no podía emitir sonido alguno. Sus vías respiratorias daban los últimos desesperados intentos de capturar algo de aire, pero en vano, todo el oxígeno que ingresaba se transformaba en combustible para la sustancia que lo hacía arder por dentro.

Lenta y dolorosamente, murió calcinado desde el interior. ¿O acaso por asfixia? Gustav se sintió divertido intentando recopilar las pruebas para decidir sobre lo uno o lo otro. “O lo uno, o lo otro”, se repitió para sí mismo, sonriendo por su perspicacia. Le pareció hermoso: Schubert había evocado a la moral, pero hasta hacía unos segundos parecía dispuesto a negociar con ella.

¿Asfixiado? ¿Por el deber de actuar en favor de la gente? O quizá calcinado, tal vez por la avaricia que Gustav había visto en sus ojos desde el momento en que lo recibió en el vestíbulo. Sí, definitivamente era una pregunta sin respuesta.



# MARGARET

## DE BLANCOS Y NEGROS

Alex se encontraba sentado en su silla, frente al escritorio. Miraba pensativo por la ventana mientras sostenía una pluma en su mano y un anotador en la otra. Solía manchar los puños de todas sus camisas con tinta, aunque nadie hubiese sabido cómo, pues sus plumas siempre funcionaban correctamente.

Margaret, por su lado, cambiaba sus sábanas y barría el piso. Luego de trasladaran al escritor a su nueva habitación —igual de pequeña que la anterior, pero con una ventana—, él y la enfermera habían compartido mucho tiempo en común. Sentía Margaret por él cierto extraño, sincero y espontáneo cariño que no hubiese sabido justificar. Desde que estaba mejor, Alexander transcurría los días escribiendo o leyendo. El cuarto se había llenado, progresivamente, de libretas esparcidas cuyas páginas rebozaban de palabras eternizadas en tinta. Además, la enfermera se había encargado de llevarle libros de la biblioteca y lo vio provisto de las herramientas necesarias para que pudiese continuar con su profesión. Él estaba siempre muy agradecido por todas las comodidades que ella se había encargado de proveerle.

Casi no hablaban, las únicas palabras brotaban de la boca de la enfermera cuando lo saludaba y mientras hacía sus tareas en su habitación.

—Hace un poco de frío últimamente —le dijo un día, y él no respondió—. ¿Quiere que le traiga una manta extra?

Él había asentido tímidamente, pues se sentía fuera de lugar. El encierro había obrado duramente en él. Ya casi no podía escribir de corrido, y las ideas se le dispersaban con facilidad, pues a veces redactaría páginas y páginas de pura tontería incoherente. Vivía cada día en una especie de

vórtice de ensoñación y mareo constantes. Es que la medicación que tomaba cada jornada hacía que sus ideas se organizaran, dejando las más disparatadas de lado. Sin ellas, su muñeca no podía hilvanar muchas frases, pues estas se aplastaban bajo el peso de las píldoras. Y aun así, extrañamente perdían toda coherencia en su construcción.

Pero todo tenía otra cara, pues ya hacía varios días que no sabía nada del zumbido en su cabeza. Ya no se sentía perseguido, por primera vez en meses una sensación de seguridad ahondaba en su interior. Y era esta sensación la que le causaba aquella dulce enfermera, tan deseosa de hacerlo sentir bien. A veces, pensaba que debía devolverle algo de todo lo que ella hacía por él. Había pasado de estar encerrado en un agujero negro, privado de todo, hasta de la luz, y ahora se despertaba con la caricia del sol sobre sus mejillas. Allí donde el doctor Hermenoff no había podido darle respuesta, y ni siquiera lo había visitado, ella se encargaba de disponer de todo para su bienestar. Margaret era el pivote en aquella relación tercerizada.

Un día, él se decidió a expresarle aquello que sentía hacía semanas.

—Hoy le traeré una doble ración de comida, señor Fleming —le dijo otro día la enfermera—, su medicación provoca naturalmente que baje de peso, no es bueno que se desnutra.

—Está bien —le había respondido él—. Me gustaría hacerle saber que estoy muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí. Sé que es su trabajo, pero me siento muy acompañado y comprendido con usted a mi alrededor.

Ella le había sonreído, y ambos supieron que aquella conversación recién había comenzado.

—¿Cómo se encuentra usted estos días? —quiso saber ella.

—Mejor, mucho mejor. El doctor mandó a decir que no deje de tomar mi medicación, pues cuadros como los míos suelen reaparecer cuando menos se los espera.

—El doctor quiere cuidar de usted, es muy dedicado con sus pacientes.

—Aun así... —comenzó a hilvanar Alex—, hay cosas de él que me perturban, pero no se alarme usted, no quiero sonar como un loco —explicó, guardando súbito silencio luego de articular esta última frase. La vergüenza se apoderó de él y bajó la mirada.

—Veo que retomó su escritura —cambió de tema Margaret—. ¿Está usted trabajando en un nuevo material?

—Me temo que sí, pero últimamente mis creaciones mueren en algún rincón de mi estudio, esta lo hará aquí seguramente.

—¿Por qué dice eso? —exclamó la enfermera, sin comprender su desmotivación—. Es usted tan talentoso...

—Es mi débil estado mental lo que me trajo aquí —le explicó el escritor—, pero también es ello lo que me impulsó a escribir. Verá, tal vez soy solo un loco, pero todo lo que acusé vivir, lo sentí en carne propia.

—Usted no se ve como un loco, si me permite el atrevimiento.

—Ya no sé lo que soy, enfermera.

—Creo entonces que podría usted averiguarlo. Ha mejorado tanto, tal vez pueda volver a su hogar en poco tiempo.

—Danielle no ha venido a verme —dijo él tristemente— La he lastimado lo suficiente, creo que es mejor para mí quedarme aquí.

Margaret iba a protestar ante aquello, pero se contuvo de hablar. Ella misma había visto el estado en el que se había marchado la señora Bellerose, y la incapacidad que había tenido Alexander para responder a ello. Por su parte, el escritor sabía muy bien que su esposa se había ido porque había descubierto finalmente su historia, y nada podía hacer frente a aquello. Si tan solo hubiese sido un poco más abierto, si tan solo le hubiese dicho la verdad desde el principio... Había cometido muchos errores.

—Tal vez pueda escribirle, yo me encargaré de enviar la carta —dijo la enfermera intentando darle alguna idea.

—Danielle no sabe leer —le explicó Alex—. Además, ¿qué podría decirle?

—Tal vez, podría decirle que la ama, y que olvidará a esa otra mujer —aventuró la enfermera, recordando aún las lágrimas de Danielle al escuchar el nombre de Justine. Era lo poco que había podido colegir, aunque poca idea tenía de lo errada que estaba.

Alex cambió súbitamente su expresión. Sus ojos se abrieron de par en par y sus labios comenzaron a temblar. Violentemente, se volteó y comenzó a escribir apretando fuertemente la pluma contra el papel. No tardó en destruir la punta y manchar toda la hoja con tinta negra. La enfermera se acercó unos pasos y apoyó su mano sobre uno de los hombros del escritor. Él se volvió furiosamente, liberándose del gesto cariñoso de su interlocutora. Margaret se sobresaltó al ver su mirada desencajada e intentó calmarlo.

—Lo siento, no debí inmiscuirme.

—Váyase, enfermera.

—Pero, señor Fleming...

—¡Váyase! —bramó furioso el escritor, llamando la atención de todos aquellos que estaban en el pasillo. Margaret guardó silencio y bajó su mirada. Dando media vuelta, caminó hacia la puerta y la cerró del otro lado. Antes de marcharse, espió al malhumorado escritor por la mirilla. Se encontraba de espaldas, inmóvil, de cara al atardecer.

La semana siguiente transcurrió lentamente. El clima empeoraba cada vez más, pues las tormentas rugían sobre toda la zona, las luces parpadeaban y el viento silbaba a través de cada abertura. Eran días grises, y en más de uno, la luz eléctrica abandonaba el edificio, que se transformaba rápidamente en un desfile de candelabros y lámparas de aceite. Por las noches, las enfermeras daban el recorrido nocturno de a dos o tres, procurando terminar sus tareas rápidamente y así volver a la seguridad de sus habitaciones. En forma progresiva, con el correr de las semanas, se había creado una mitología sobre aquellos corredores. Más de una trabajadora juraba ver cosas extrañas durante sus horas nocturnas, y las historias se habían desperdigado entre todo el cuerpo médico del hospital.

Esa noche, dos jóvenes y una matrona realizaban sus tareas en la más absoluta oscuridad. Entre ellas, Margaret caminaba atenta al aceite que había en su farola.

—Detesto estas noches así —dijo una de ellas, que no tendría más de dos años de trabajar allí. Tenía la nariz más respingada que Margaret hubiese visto jamás, y unos ojos claros y saltones. Cada cosa que decía la expresaba sobre la base de lo que le molestaba.

—Cállate, Agnethe, estoy hastiada de tus constantes chillidos de repugnancia —la regañó la mayor de las tres, una mujer entrada en años, que había crecido sirviendo en pasillos de hospitales similares. Su nombre era Emma, y era la enfermera jefa del ala norte.

—Es que de veras me disgusta trabajar así, estoy congelada y tengo mucho sueño, nuestro turno debería haber terminado ya —se quejó Agnethe, tiritando y frotando sus brazos con sus manos.

—Hasta que el presupuesto se ensanche, nosotras debemos cubrir la falta de personal, niña —respondió tajantemente Emma.

—¿Por qué tenemos que venir en grupo, además?

—Está muy oscuro, es fácil perderse en los pasillos en estas condiciones —explicó la mujer suspirando.

—Hace ya tiempo que conozco estos pasillos como la palma de mi mano, Emm —respondió Agnethe con sarcasmo.

—Eres una niña impertinente y tonta —la reprendió la enfermera—, ya me gustaría verte caminar sola por aquí cuando el farol se apague. Las tinieblas te engullirían por completo y entrarías en pánico instantáneamente; te encontraríamos al otro día tiritando en alguna esquina, en un estado semejante al de los locos aquí encerrados. Solo entonces aprenderías a hacer lo que tus superiores te ordenan. —el regaño parecía no hacer mella en la joven, pues hacía muecas y burlas. Emma ya la conocía bien, por eso no le dio mayor importancia, pero siguió con su discurso de todos modos—. No es fácil caminar por aquí durante la noche, muchas jurarían que los pasillos cambian a gusto y se convierten en un laberinto del que es imposible salir.

Margaret bien sabía aquello, pues lo había experimentado en carne propia. Aunque aquella noche había tenido las luces del pasillo para guiarla, le había costado horrores y provocado pánico llegar nuevamente a la puerta de reja que daba a las escaleras. Casi se había olvidado de aquella velada en la que había seguido a ese personaje tan surreal por aquellos pasillos. No esperaba otra cosa, pues era una noche que prefería mantener cercana al olvido.

—Maggie, estás muy callada —observó Agnethe—. Detesto que la gente esté callada.

Margaret cruzó una mirada cómplice con Emma, quien no tardó en dar un suspiro lleno de tedio.

—Solo estoy muy cansada —respondió frotando sus ojos—, quiero irme a la cama lo antes posible.

—Estás trabajando demasiado, niña —reconoció Emma con tono protector—. Deberías pedirle al doctor unos días libres.

—Gracias, señora, pero estoy bien. He tenido pesadillas últimamente, dormir es una odisea para mí —explicó Margaret mientras bajaba la llama de su farol—. El aceite se quema tan rápido con este clima frío y húmedo...

—Es por ello por lo que debemos terminar pronto —dijo Emma, de acuerdo con ella—. Margaret, llévate tu farola y recorre este pasillo hacia el vestíbulo. Cuando llegues, puedes irte a descansar, Agnethe y yo completaremos la ronda por el ala.

—¡Eso es injusto, Emm! —exclamó la otra enfermera. Sus ya saltones ojos se abrieron aún más.

—Sí, señora, creo que debería ayudarlas —reconoció Margaret intentando evitar el conflicto.

—Tú harás lo que yo te ordene, niña, y mi directiva es que tu turno ha terminado —dijo Emma zanjando el asunto—. Agnethe, ven conmigo y deja de chillar, tú has estado descansando toda la tarde.

La joven se separó de las otras dos enfermeras y caminó por el corredor que la matrona le había indicado. Sentía los quejidos de Agnethe alejarse, y se sintió aliviada de ya no tener que escucharlos. Es que no era por las quejas en sí mismas, sino que lo que más la irritaba —tanto a ella como a las demás enfermeras— era la voz estridente y aguda con la que los profería. Se sonrió a sí misma al pensar en esto. Agnethe era muy poco inteligente y completamente abrumadora. Debería haber sido una niña rica y malcriada en vez de una enfermera, de esa manera al menos no fastidiaría.

Por su parte, Emma era lo más parecido a una madre para las otras practicantes. Sus constantes directivas tenían al menos dos desenlaces; podía ser tanto una amable y cariñosa madre, como una despótica y autoritaria jefa, todo dependiendo del comportamiento de las personas a su cargo. Y Margaret era una de sus favoritas. Es que no había momento en el que la viera holgazaneando o perdiendo el tiempo, pues la joven enfermera salía de su habitación solo para trabajar horas y horas de corrido. Hacía sus labores y las de sus compañeras también, una actitud que Emma concebía como un amor incondicional hacia el hospital.

Pero aquello estaba muy alejado de la verdad. Margaret había hecho de sus labores su excusa para no pensar en aquello que la aquejaba todas las noches: el odio hacia Gustav Hermenoff. Ni una sola lágrima había dejado caer luego de que el doctor la atacara, pues en su mente aquello todavía no había tomado el estatuto de una ofensa. Se sentía como una niña que había roto las reglas e intentaba convencerse por todos los medios posibles de que las acciones llevadas a cabo por Hermenoff no eran más que los medios para enseñarle una lección. Pues sí, luchaba cada día una guerra inconciente por ser ella la culpable de aquella fatídica noche. Tal vez, de esa manera, no le dolería tanto.

La enfermera atravesó un cruce de caminos y se dio cuenta de que estaba a metros de la habitación de Alexander. Sintió un poco de nostalgia al pasar por allí, aquella semana había estado caracterizada por el hielo



entre ellos dos. Ella había intentado retomar sus conversaciones con él, pero lo encontraba cada día más huraño, desconfiado y alienado. Ni siquiera quería abandonar su cuarto bajo circunstancia alguna. Margaret pasó por allí caminando con pasos ligeros, pero se detuvo al escuchar un susurro. Parecía provenir de la celda que se encontraba frente a la del señor Fleming. La curiosidad pudo más que ella, y abrió la mirilla con suavidad para ver de qué se trataba. Adentro de la habitación solo había tinieblas. Intentó echar algo de luz con su farola, pero pronto abandonó sus intentos.

—Margaret —dijo una voz tras ella, provocando que gritara y soltara el farol. Este último se hizo añicos contra el suelo, y la enfermera se encontró envuelta en la oscuridad—. Soy yo, Alexander, siento haberla asustado.

—Casi me mata usted de un susto —respondió ella enfadada, intentando recuperar el aire.

—De veras estoy apenado..., quería disculparme por mi actitud de la semana pasada.

—Bueno, no tiene usted por qué hacerlo, yo no debí inmiscuirme en sus asuntos privados.

—Verá, es más complicado que eso —explicó Alexander—. Puedo esclarecer el tema, aunque preferiría que no fuese en estas circunstancias. Si es que lo desea, podríamos hablar mañana, detesto la idea de estar distanciado de usted.

—Bueno..., volveré mañana, usted puede entonces hablar conmigo.

—Se lo agradezco.

Una luz los encandiló. Por la esquina doblaron al mismo tiempo Emma y Agnethe. Se las veía agitadas, tal como si hubiesen corrido un largo trecho. Alex desapareció por detrás de la mirilla de su habitación.

—¿Qué ha pasado, por todos los cielos? —exclamó la mayor de las mujeres.

—Lo siento, señora, vi mi propia sombra y me asusté —se disculpó Margaret intentando mostrarse avergonzada.

—Tamaño susto nos diste, pequeña —la regañó Emma cariñosamente—. Creo que podemos dar por finalizada la noche, niñas, volvamos a la sala de enfermeros y a la cama.

—Maggie debería sacar estos vidrios del camino antes, ¿no? —preguntó Agnethe tontamente. Para ese entonces, Margaret ya estaba inclinada sobre su farola destrozada.

—Puedes hacerlo mañana temprano, pequeña —le dijo la enfermera mayor impulsándola a levantarse—. Ahora vámonos a dormir.

Al otro día, Margaret se dirigió a primera ahora al corredor en el que había roto su farola. Allí estaban los restos, donde los había dejado. Fue cuestión de segundos el barrerlos fuera del camino. Cuando levantó la mirada, Alexander apareció nuevamente tras la mirilla

—Buenos días.

—Buen día, señor Fleming.

—Verá —comenzó a decir entre balbuceos—, hace días que no salgo de mi habitación. ¿Habría algún problema en que vaya a conocer el jardín?

Margaret sacó un manojo de llaves y abrió su puerta.

—No sé si será posible, señor, el doctor Hermenoff es muy selectivo con quién deja salir fuera del edificio.

—Solo sería un rato; de veras necesito salir de aquí —rogó Alex—. Solía inspirar mi escritura dando caminatas por el bosque, ahora no tengo ni eso.

La enfermera sintió cierta lástima por él, y finalmente cedió ante su pedido. Lo llevaría al jardín y lo haría sentar en algún banco. Debía tener sumo cuidado, más aún con un paciente que ya se había escapado una vez.

—De acuerdo, pasará a buscarlo en media hora, pero usted deberá prometerme que no me traerá problemas.

—Es un trato —asintió él.

Todavía de mañana, salieron ambos por la puerta principal. El nuevo día prometía ser gris, pero cálido y seco. Alex sonrió por tercera vez desde que estaba allí. Caminaba despacio, observando en detalle cada ápice de la vegetación que adornaba el jardín. Se sentaron en una banca bajo un roble del que caían angostas lianas de enredadera.

—Siento haberle gritado, enfermera — le dijo el paciente luego de unos minutos de silencio—. Estaba usted intentando ayudarme... Es más, es usted la única persona de este lugar que se preocupa por mí.

—Es mi deber, señor —le respondió Margaret intentando hacerlo sentir mejor—, pero no lo es entrometerme en sus asuntos.

—Justine no es mi amante —le dijo el escritor súbitamente—. Fue mi prometida y murió en altamar antes de que nuestro matrimonio se consumara.

Esta información impactó de tal manera a la enfermera que no se atrevió a abrir la boca nuevamente. Había sido una estúpida al prejuzgarlo de aquella manera. Tan solo podía devolverle la mirada a Alex, una mirada tan compasiva como confundida.

—Hay mucho que no recuerdo, y temo que mi memoria me abandone pronto. Por ello debo terminar de escribir, escribiré no solo para mí mismo, sino que también lo haré por Danielle, para que conozca cuál es mi suplicio.

—Me dijo usted que ella no sabe leer.

—No importa, eso ya escapa de mi poder, lo único que puedo hacer con mis manos es confeccionar la segunda parte de mi obra, aquella que se complementa con el libro que escribí para Justine.

—¿La segunda? —preguntó Margaret—. Entonces, usted ya escribió sobre sus pesares.

—Así es..., es aquella primera parte la que me impulsó al éxito.

—¿Lo absolverá a usted seguir escribiendo?

—Claro que no, pero podré plantar finalmente la semilla de una posibilidad.

Margaret lo contempló largamente y sonrió. Cada día se convencía más y más de que aquel hombre no estaba loco, sino que sufría el asedio de una angustia infinita. De repente, se encontró perdida en sus pensamientos y en el silbido creciente del viento. Sintió un escalofrío que la devolvió a la realidad y supo que era hora de volver adentro.

—Creo que deberíamos entrar, señor Alexander —le dijo apoyando una de sus manos en el brazo izquierdo del escritor, pero este no le respondió—. ¿Me escucha, señor?

Alex miraba fijamente al suelo. La enfermera se preguntó qué habría captado su atención para ignorarla de esa manera, por lo que volvió a llamarlo. El paciente levantó lentamente la mirada y la clavó en algún lugar de la copa del roble, allí donde las ramas nacen del tronco.

Margaret continuaba insistiendo en su empresa, y comenzó a temer que el paciente se hubiese descompensado. Tiró de él para ponerlo de pie, pero en aquel momento sucedieron varias cosas simultáneamente. La tormenta estalló con toda su furia y el viento empujó a la enfermera a tal punto de hacerla caer de espaldas. Alexander dio un alarido de dolor y su rostro se enrojeció.

—Ha vuelto —balbuceó entre rugidos de dolor, antes de que gotas negras comenzaran a brotar de sus lagrimales.

Margaret miraba la escena aterrorizada, mientras un zumbido la ensordecía hasta hacerla tapar sus oídos. No importaba cuánta presión aplicara, aquella vibración no abandonaría sus tímpanos. Presa del horror y entre mareos, se puso de pie —como pudo— y fue hacia el escritor. Este la desconoció, pues en sus ojos solo había locura y miedo, y la empujó lejos de sí. Para este entonces, un mínimo de seis personas cruzaban el jardín a toda prisa para contenerlo. La joven, horrorizada hasta la médula, se mantuvo inmóvil mientras Alexander Fleming se debatía furiosamente entre los brazos de dos doctores y cuatro enfermeras, asestando patadas, puñetazos y mordidas. Pero no era aquello lo que le impedía articular palabra o mover un músculo. No. Era la imagen del escritor llorando lágrimas negras mientras que un personaje, ya familiar para ella, los observaba desde el otro rincón del jardín. Un ser cuya presencia había sido ignorada por todos, excepto por ella y el escritor.

# ALEXANDER

## PÁGINAS OXIDADAS II

Qué lábil es la realidad. De repente, el entorno se convierte en un lugar inhóspito, ajeno, cruel. Cuando la fina tela de lo que creemos es el mundo, muestra un punto de discontinuidad, tan solo un pequeño hilo deshilachado, corremos el peligro de caer por un vórtice infinito de surrealidad. El sol ya no sale por el este ni la mañana se regocija en la luz del nuevo día. La noche puede ser tan eterna como fría, y el viento ya no silba, sino que susurra. En aquel escenario tenebroso, el corazón palpita galopante; el sudor invade rápidamente la frente, un sudor helado y seco; cada sonido que llegue a los oídos es una amenaza; y el terror toma muchas formas, demasiadas. A veces, es la visión de una silueta, otras una figura que se dibuja en los ecos, las texturas y hasta los sabores. Podemos ver con más de un sentido.

A estos transensoriales los llamamos “locos”. ¿Qué otro suceso puede volver a una persona tan peligrosa y alienada que la pérdida de la realidad?

Qué lábil es la realidad. Cómo se deshace en la boca. Se escapa como agua entre las manos. Se desvanece como un espejismo ante los ojos de quien la contempla. Es un efecto dominó la pérdida de aquella. El cuerpo ya no tiene un límite, y todo lo que entre en contacto con él significa el peligro de volverse parte de este. Ni siquiera las palabras devuelven la estabilidad a la estructura que cae sobre sus cimientos. La palabra se vuelve real, se vuelve materia. Miedo ya no significa una sensación, sino que la encarna. Pero es cuando el mundo se muestra reactivo a darnos contención que nuestra naturaleza nos impulsa a buscarla por otros medios. La pérdida de la realidad, o su momentáneo arrebató, es fuerza

creadora por excelencia. ¿Acaso los locos no crean mundos enteros, realidades fantásticas e ideas tan disparatadas que nos vuelven susceptibles a incomodarnos? He aquí una pista: los locos encuentran las formas más vastas y creativas de generar realidad.

Alex despertó. Las manecillas del reloj indicaban que eran las doce del mediodía, aunque la habitación estaba extrañamente oscura. A su lado, Danielle dormía silenciosamente. ¿Acaso la criada se había olvidado de despertarlo? Debía hablar con esa mujer, no podía concebir dormir de esa manera habiendo tanto trabajo por hacer. Saltó de la cama y se puso su bata.

—Danielle —le dijo a su joven esposa—. Ya es tiempo de despertar, es el mediodía.

Sin recibir respuesta, rodeó el colchón y se acercó a la muchacha. Estaba tapada en su totalidad por las sábanas y el mullido acolchado. Aquellas últimas noches habían sido tan frías que Alex había tenido que hacer arder la chimenea cada vez más temprano. Pero a la mañana, solo quedarían las cenizas del fuego nocturno, y el helado aire reptaría por las paredes y el suelo de la habitación nuevamente. Entonces, no era raro verla envuelta en incontables capas de cobija.

—Danielle —le repitió, tocando su hombro, pero aún sin respuesta—. Vamos, mi amor, tienes que despertar —le dijo acariciando sus cobrizos cabellos, que eran la única parte de su cuerpo a la vista—. Ya es de día.

Aún sin respuesta, Alex comenzó a incomodarse, y tironéo de las sábanas para dejar su cara a la vista. Lo que vio lo incomodó todavía más, pues ella tenía entreabiertos los ojos, mirando hacia la ventana, perdida en algún punto de las pesadas cortinas. Haciendo acopio de su tranquilidad, el escritor apoyó dos dedos sobre el pálido y delgado cuello de su amada. Y aunque encontró que esta estaba aún viva, no pudo dejar de sentir que algo andaba terriblemente mal.

—¿Puedes oírme, Danielle? —le preguntó ansiando tontamente una respuesta—. Si puedes oírme, dame una señal, cualquier señal. —Pero ella no lo hizo, y él abandonó la habitación en busca de ayuda.

Cruzaba los pasillos hecho un rayo, llamaba a gritos a los criados. Maldijo a diestra y siniestra la ausencia del personal, y chocó contra más de un mueble envuelto en tinieblas. Se quejó también de la falta de luz, y desgarró una cortina que cubría una ventana a su paso. Afuera no había nada.

Como si no diera testimonio de lo que sus ojos le decían, abrió el ventanal de par en par y sacó la mitad de su cuerpo por él. El cielo y la tierra no se diferenciaban, ni había estrellas o luna que dibujaran los contornos de los árboles. ¿Acaso se había equivocado al ver el reloj? Lo cierto era que la oscuridad había engullido el exterior del caserón, pero lejos de cuestionarse lo que acababa de ver, dio media vuelta y cruzó el pasillo para bajar las escaleras. La casa estaba desierta, tanto el vestíbulo como el comedor o la biblioteca. Alex comenzaba a desesperarse. A medida que recorría las habitaciones pidiendo ayuda, tomaba cada reloj que había en la casa entre sus manos para mirar la hora. El mediodía parecía transcurrir sin problema en ellos.

No fue hasta que llegó a la cocina que encontró a una de las criadas. Albine tenía veintiún años, era la más joven, encargada de la cocina y el jardín. Como su nombre lo indicaba, su cabello rubio desprendía destellos plateados, y junto a su piel tersa y pálida, le daba el aspecto de un espectro.

—Albine —dijo Alex desde la puerta—. ¡Albine! ¿Acaso no me escuchas? Necesito ayuda, algo le pasa a Danielle.

Lejos de recibir respuesta alguna, ni siquiera la certeza de que la joven se percataba de su presencia, cruzó la cocina a zancadas y la tomó por los hombros. Bruscamente, la volteó hasta que su cara quedase descubierta, y entonces supo que estaba teniendo una pesadilla. La cara de la cocinera tenía la misma expresión que la de Danielle. Parecía no saber lo que hacía, y aun así, hacerlo muy bien, pues sobre la mesada había una tabla sobre la que la sirvienta había estado picando una cebolla hasta ese momento. Alex la observó a los ojos, pero jamás encontró su mirada. No fue hasta unos segundos más tarde que la soltó, pues se percató de que ella tenía la cuchilla todavía asida entre sus dedos.

Es raro cómo, ante semejante situación, esperamos lo obvio, el ataque. Aún más extraño es cuando el desenlace nos demuestra que inicialmente estábamos equivocados. En este caso, Albine volvió a su trabajo inmediatamente luego de que Alex la soltara.

Para hacer las cosas aún más irreales, Danielle entró a la cocina. Alex se sobresaltó al percatarse de su presencia y atinó a acercársele, pero verla en el mismo estado que la cocinera lo hizo cuestionar su impulso. Sus ojos allí estaban, pero no veían. La joven se sentó en la mesa y, casi simultáneamente, Albine volteó hacia ella. Esta vez tenía un tazón en

sus manos, y una cuchara entre sus dedos. Se acercó por el lado contrario de la mesa y apoyó el tazón y la cuchara frente a Danielle. Dentro, había un brebaje negro y opaco. Alex miraba la escena inmóvil, y supo que si no hubiese algo impidiéndoselo, habría intervenido. Pero tan solo podía observar.

Sin titubeos, Danielle tomó la cuchara entre sus dedos y la sumergió en aquel caldo sombrío. Esta salió repleta del líquido, y se la introdujo completa en la boca. Por sus labios se deslizó una gota umbría y perlada, dejando a su paso un rastro negro. Sus ojos por fin parecieron emitir algo de placer, y siguió bebiendo aquel brebaje, cucharada a cucharada. La escena, mórbida en su naturaleza, no dejaba de sorprender al escritor quien, como por inercia la observaba anhelante. Sentía una nueva e inesperada sensación. Devoraba con la mirada a su esposa y la sopa negra que ella engullía vorazmente, pero no era la sopa en sí, sino una pregunta: ¿qué líquido sería aquel?

Luego de unos segundos, Alex se sintió arrastrado hasta la mesa. Lentamente, casi como si esperase una reacción súbita, tomó una silla por su respaldo y la acomodó para sentarse. Una vez que estuvo sentado, miró a Albine. La cocinera lo esperaba con otro tazón en sus manos. Había también para él. El brebaje ya desfilaba frente a sus ojos, y él no cabía en su asombro. Sintió su aroma, un aroma que le recordaba a algo que sabía que amaba, pero era incapaz de identificar. Los vapores de aquella comida lo embebían en un sueño súbito y acogedor, y sentía que su cabeza volaba sobre su cuerpo.

Cuchara en mano, se preparó para comenzar a comer. Al alzar la mirada, encontró a ambas mujeres contemplándolo. Ellas también deseaban que comenzara. Un destello de ansiedad invadía sus miradas. Alex les dio el gusto. Sumergió el cubierto en el tazón y aquella pócima reptó cuchara arriba. Era más viscoso de lo que parecía, y una vez que Alex hubiese juntado el primer bocado, ni una gota cayó de la cucharada.

Ya estaba frente a sí, y no cabía en el júbilo de atacar aquella primera bocanada del brebaje que hasta hacía tan solo unos segundos le era tan apetitoso. Pero algo lo detenía. No sabía qué pasaba exactamente, pues él quería engullir aquel bocado más que nada en el mundo. Era su único cometido. Haciendo caso omiso de aquella sensación súbita de incomodidad, abrió su boca y tragó el contenido de la cuchara. ¿Quién lo habría pensado? Amó instantáneamente la embocadura de aquello que



desconocía tanto en procedencia como en textura, pero no en sabor. El sabor lo conocía bien, pero parecía incapaz de identificarlo. No tuvo mejor idea que mirar nuevamente hacia adelante, pero se encontró con que tanto Albine como Danielle se habían ido. Casi instantáneamente, una idea se plantó en su cabeza, tan fuertemente, que jamás olvidó aquella sensación.

*Tinta.*

Aquel brebaje extraño era tinta. La tinta más espesa y pura que jamás hubo conocido. ¿Pero por qué conocía su sabor? Jamás la había probado. Sintió asco, un asco infinito, y alejó de sí el plato hondo. Las náuseas no tardaron en llegar en forma de arcadas, y supo que quería eliminar de su cuerpo aquella basura que acababa de comerse. Cayó al suelo tomándose del cuello, intentando encontrar el aire para respirar libremente, pero la tinta debía de haberlo invadido en su totalidad, pues no lograba inhalar nada. En aquella situación de desesperación por alcanzar aunque fuera tan solo un poco de su necesidad vital, Alex no pudo no concentrarse en apreciar las fibras de la madera que cubría el suelo de la cocina. Pasó una mano por el piso y juró que podía sentir las microscópicas ondulaciones de cada filamento, como testigos mudos de la edad de los árboles que habían muerto para conformarla. Pero se sintió desfallecer en aquella trama astillada, y el sueño fue aumentando cada vez más a medida que el oxígeno de su cuerpo se quemaba a una velocidad peligrosa.

Un par de pies apareció a su lado, y al alzar su última mirada, pudo ver a Danielle junto a él. Si bien esta vez no tenía su cara, Alex contaba con la certeza de que era ella. ¿Pero cómo saberlo? El rostro de aquella persona estaba envuelto en sucios vendajes. Ella sería testigo de lo que sucedería a continuación, el escritor sufriría un nuevo espasmo y comenzaría a regurgitar aquel líquido negro. No tan solo la porción que había engullido hasta hacía unos segundos, sino mucho más. Un torrente constante, asfixiante, brotaba de la boca de su marido a medida que apoyaba sus manos en el suelo para no caer de bruces.

Alex se sentía ajeno a su cuerpo, ultrajado, humillado. Aquella tinta que vomitaba lo invadía también por dentro. La sintió correr por sus venas, invadir su cerebro, sudar a través de su piel. Y aun así, la tinta parecía no contentarse con esto, sino que deseaba invadir también el exterior. El tiempo debió de haber pasado volando, pues Alex se encontró

de repente sumido hasta el pecho por aquel brebaje oscuro. Por su parte, Danielle parecía no mostrar interés alguno en ello. Estaba allí, a su lado, como esperando algo que jamás vendría.

Si tan solo el escritor hubiese tenido la posibilidad de ponerse de pie, no habría tenido que luchar contra el ahogo nuevamente, y el río de tinta no hubiese terminado por sumergirlo completamente.

# GUSTAV

## RESPONSABILIDAD

El *tic-tac* del reloj bañaba la habitación con ansiedad e incertidumbre. La tarde había sido una locura cuando, azotados por la tormenta, dos doctores y un puñado enfermeras habían llevado dificultosamente a su habitación a un enfermo que había sufrido un brote en el jardín. Entre golpes, patadas y mordidas, vapuleados por el viento y la lluvia, lo habían arrastrado por todo el jardín y hacia la puerta de entrada mientras el loco se batía furiosamente. Tenía más fuerza de la que parecía. Se revolvía inquieto hasta cansarse, y por momentos estallaba en una violencia furiosa. Había dejado como saldo de su pequeño y desgraciado brote a un neurólogo con dos costillas rotas. Había sido un precio altísimo. El doctor Mölstamm podía demandar al hospital si la situación no se manejaba con la sutileza que requería, y Gustav no estaba en condiciones de indemnizarlo. No podía soportar más presiones, ni más gastos. Con un muerto en el ropero, decenas de enfermos listos para el tratamiento, un libro que terminar y el concejo medico asomándose por su hombro para ver qué hacía en todo momento, el doctor Hermenoff no podía volcarse a tratar asuntos de naturaleza legal. Había investigadores que se acercarían cuando la ausencia de Schubert comenzara a notarse, y como aquello sería inevitable, no dejaría que ninguna otra cuestión se convirtiera en un problema para él.

La mano del cansado doctor danzaba sobre el papel derrochando lo que parecían galones de tinta oscura, mientras sus ojos parecían latir al son de los temblores del ventanal que se estremecía con el viento. Cuando por fin dejó de escribir, posó la pluma en un tintero al costado de su taza y estiró su cuerpo. Luego de sentir un placentero crujido, llamó.

—Adelante.

El picaporte giró y la puerta se abrió, dando paso a la joven Margaret. No bien sus ojos se cruzaron con los de Hermenoff, supo que la situación era grave. Transcurrieron unos eternos segundos allí en la entrada mirando el suelo, su cara tenía una terrible expresión que fusionaba el miedo y la vergüenza.

—Siéntate —ordenó el médico mientras vertía escocés en su taza de café. Sus ojos se habían clavado en la enfermera, y no se moverían de allí—. ¿Te divertiste hoy?

—Doctor, lo siento, yo...

—Al parecer, es un pasatiempo para usted el romper las reglas, señorita. Además de inmiscuirse en lo que no le incumbe, trata usted de cumplir un rol que no le corresponde —la reprendió Gustav Hermenoff haciendo un esfuerzo sobrehumano por mantener su voz calma, pero severa—. ¿Qué sigue a continuación?

—Yo solo quería ayudar... pasaron cosas extrañas...

El doctor se inclinó sobre su escritorio y la tomó de la barbilla. Por un momento, Margaret exhaló un pequeño gemido y tembló nerviosa. Sus ojos se habían cerrado, y su labio superior tiritaba con la promesa de un sollozo que se avecinaba. Pero Hermenoff no sentía disgusto por aquello. De repente, se apoderó de él un pequeño, pero insistente impulso, una fuerza que lo confería a apoyar sus burdos y grasosos labios sobre los de ella. Estos eran delgados y suaves, se los veía brillar bajo la luz como el terciopelo, invitando al viejo doctor a saborearlos. Eran suyos, eso lo sabía bien, pero la joven se zafó con violencia ni bien intentó acercarse a ellos.

—¡Yo lo vi, doctor! —bramó ella con sus ojos desencajados—. ¡Vi a Alexander Fleming llorar tinta mientras la tormenta estallaba súbitamente! Juro que él no es como los demás, no está loco, él...

Él la abofeteó. Su mano cruzó el aire en un destello y aterrizó contra la mejilla de la enfermera, causando más daño del que habría querido. Ante la agresión, Margaret quedó petrificada en su silla. Se había quedado sin palabras, sin ganas de responder. Una vez más, él reinaba sobre ella.

Hermenoff se contempló en el pálido reflejo que le devolvía la taza. Era el reflejo de un loco. Un desquiciado. Aclaró su garganta y respiró con profundidad antes de ponerse de pie. Tal como lo esperaba, la enfermera se había quedado muda y silenciosa. No hacía ademán alguno de

moverse, más allá que los propios de respirar. Ni siquiera había vuelto a centrar su cabeza luego de recibir el golpe. A la vista de Hermenoff, era un conejillo de indias que aguardaba el momento para escapar. El doctor se incorporó con tranquilidad, se acercó a la ventana y contempló largamente el jardín.

—En este momento eres el único testigo ocular de los experimentos que estoy llevando a cabo, Margaret. Estoy a muy poco camino de convertirme en una eminencia de la medicina moderna. Los tiempos cambian, yo cambiaré con ellos. Me dejé llevar por caminos poco transitados, y hoy tengo algo que ofrecerle al mundo. Si vas a estar en mi contra, debo decirte que estás jugando un juego peligroso —dio la vuelta y se acuclilló a un lado de la enfermera—. No puedes jugar contra mí y ganar, eres tan solo una niña estúpida, y las idioteces que estás diciendo no tienen otra calidad que la de justificaciones a berrinches tan poco racionales como tú.

Margaret dejaba correr sus tímidas lágrimas en silencio mientras sentía la respiración del doctor en su oído, y su mirada clavada en su mejilla.

—Fleming es candidato a ser mi objeto de estudio predilecto. Sobre él practicaré los procedimientos que he trazado tan arduamente a lo largo de los años, y necesito que esté compensado y saludable. Lo que hoy hiciste no hace más que retrasar mis estudios —explicó Gustav—. Fleming es, a fin de cuentas, un salto en mi disciplina, y su mente es lo que necesito para alcanzar el verdadero potencial de mi invención. Estoy a la vanguardia, Margaret, yo soy el nuevo siglo de la neurociencia. Si intentas arruinarlo, desaparecerás sin dejar rastros.

Por primera vez desde el golpe, ella movió sus pupilas, y estas se encontraron con las de Hermenoff. Supo al instante que él hablaba en serio.

—No soy un hombre rencoroso. Sé que tu familia necesita el poco dinero que haces aquí, y yo necesito que mantengas tu boca cerrada y hagas tu trabajo. —De repente, su voz dejaba escapar algo de ácida dulzura—. Tómate el resto de la semana. Vete a tu casa, visita a tus hermanas y a tu madre, y descansa de las arduas labores que conllevan el trabajar aquí.

—No... —comenzó a decir la joven enfermera, pero encontró su boca seca y pastosa. Luego de tragar algo de saliva, prosiguió—: ... ¿No va a despedirme?

—Tú vas a servirme, y de ello tendrás tu recompensa —explicó él enderezándose y apoyando una gruesa mano sobre su hombro—, pero primero voy a evaluar cuánto puedo confiar en ti.

—Usted puede confiar, no volveré a defraudarlo —dijo Margaret intentando no sonar aterrada.

—Comenzaré a hacerlo si sales por esa puerta, recoges tus pertenencias y te vas a tu casa, tal como te lo ordené. —Ahora el doctor sonaba tan severo como siempre—. Te veré aquí el lunes para informarte sobre tus nuevas tareas.

Ella no atinó a moverse, pero poco a poco recuperó la seguridad y, finalmente, luego de unos largos segundos, se puso de pie.

—Sí, doctor.

—Así está mejor —reconoció Gustav.

Margaret ya estaba en el umbral de la puerta cuando él carraspeó gravemente. Casi como por instinto, ella dejó de avanzar.

—Y aléjate de Fleming —dijo finalmente con voz grave—, él ya no está bajo tus cuidados.

# MARGARET

## LO DIFÍCIL

Lo difícil. ¿Qué es lo difícil? ¿Qué otorga el estatuto de dificultad a algo? ¿O acaso deberíamos preguntarnos quién? Pues lo difícil no había sido entrar a la oficina de Hermenoff sin ser vista. Difícil no había sido pasar el resto del día encerrada en el baño. Tampoco aguardar a que la noche cayera sobre el hospital o transitar aquellos tenebrosos pasillos en la oscuridad. Aunque le costaba cada día, difícil no era soportar las lascivas y repugnantes palabras que el doctor le dedicaba a veces, así como los ocasionales contactos corporales que se producían entre ellos cuando el viejo la tomaba de la cintura o apoyaba sus rollizos y grasosos dedos sobre su brazo u hombro. No. Él palpaba, hablaba y sonreía, y ella dejaba que él lo hiciera, pues se volvía tan estúpido como descuidado con ello. Difícil tampoco había sido guardar algunas lágrimas luego de que él la golpeara. Difícil no era enterrar todos los días un grito de angustia que la taladraba por dentro hasta el punto de generarle horribles dolores en cada palpitación. Difícil no fue recibir el abrazo de aquel ser repugnante, pues le había dado la oportunidad de arrebatarse con suavidad la llave que tanto necesitaba para aquella noche. Tampoco había sido difícil aguantarse las ganas de vomitar, más aún, de hacerlo sobre él. Margaret no habría podido, bajo ninguna circunstancia, afirmar que había sido difícil llegar hasta allí. Mucho menos usar el abrecartas que había sobre el escritorio para forzar la cerradura del archivador, o revisar los expedientes rápidamente.

No era que la joven enfermera tuviese algún talento natural para infiltrarse sin ser notada, es más, temblaba como una hoja en otoño mientras realizaba todos los movimientos antes descritos. Rogaba que

el doctor no cruzara la puerta de su despacho. Aquello habría significado el peor de los desenlaces para ella. Pero la suerte estaba de su lado aquella velada, por lo que Margaret se desvaneció en la oscuridad de los pasillos con su botín.

Por suerte, aquella noche el vestíbulo de recepción estaba desierto, por ello no habría testigos de su presencia. Lo cruzó con pasos rápidos, abrazando un expediente que sabía que debería proteger de la humedad, pues afuera llovía pesadamente, un hecho ya usual para cada uno de los miembros del personal del hospital. Si tan solo hubiese sido de día, Margaret podría haber visto el exterior de las ventanas, llenas de moho y humedad, corroídas por el paso del tiempo y la lluvia incesante. A través de ellas, nada podía vislumbrarse en una noche como aquella.

Un carruaje la esperaba bajo la tormenta. Llegó a él empapada, agitada y con sus pies llenos de barro.

—Señorita, qué bueno que se presentó, ya estaba por retirarme, las bestias odian este clima —dijo el cochero, dejando percibir cierto hastío en su voz. Frente al carro, una hermosa yegua color carmín coceaba y movía sus orejas incómoda. Margaret observó al agotado animal, no dejaba de bufar y mover su cola con fastidio—. Además —siguió el cochero—, es muy peligroso andar con esta lluvia, el camino está resbaladizo, embarrado y pedregoso. Si Mab se rompe una pata, estaremos varados en la oscuridad del bosque.

—Me sentiría muy disgustada con ello —respondió la joven subiéndose con esfuerzo—. ¿Le puso Mab a su caballo?

—Es una yegua —respondió el cochero.

—Apure —zanjó Margaret impaciente, haciendo caso omiso a la respuesta del hombre.

—Como la señora ordene —bufó de mala gana el cochero y cerró la puerta. Con un ligero movimiento de riendas, el caballo comenzó a andar.

Margaret apoyó el expediente sobre su regazo y lo abrió. En la solapa se leía “Alexander Fleming”.



Observaciones tempranas:

17 de febrero de 1902

El paciente fue admitido con signos de desorden nervioso que él mismo acusa. Algunos nuevos e inexpertos doctores —mal llamados “colegas”— disfrutaban de llamarlo “desorden psicótico”, o hasta referirse a este con el vulgar término de “psicosis”.

Si bien no debemos ser reacios a aceptar la nueva terminología, no podemos hacer mella en identificar sus bases orgánicas. Ese es el primero de nuestros objetivos.

Por ello mismo, el señor Fleming es un potencial sujeto para servir en mis investigaciones.

Margaret dio vuelta la página. El documento estaba repleto de hojas, más aún de palabrería y notas dispersas.

2 de marzo de 1902

He notado que el señor Fleming no responde ante la medicación calmante. Esto podría presentar un problema frente a los requisitos que debe cumplir para atravesar la intervención quirúrgica que la familia cercana ha autorizado a aplicársele.

Es, entonces, de especial cuidado el aumentar la medicación y rogar que funcione, caso contrario, no podrá ser sometido a la operación.

21 de marzo de 1902

Hoy recibí los resultados de las pruebas que se le administraron al paciente durante el primer mes de su estadía en la institución.

Sus puntajes son increíblemente altos en las categorías de memoria, velocidad de procesamiento de la información, comprensión, atención e imaginación.

Por primera vez en un mes, puedo arriesgar una primera hipótesis tentativa: el señor Fleming es uno de los locos más brillantes que jamás he estudiado.

Finalmente, debo lograr que responda ante la medicación. El intelecto superior del señor Fleming será una bella herramienta para comprobar la conservación de la inteligencia luego de la operación correctora de lóbulo formal o *lobotomía*.

Tenía frente a sí la respuesta de por qué tenía Hermenoff un interés especial en Alexander. ¿Querría decir que practicaría en el aquello escrito en el libro que escondía en su despacho subterráneo? Por menos que le interesara a la enfermera desacatar nuevamente las órdenes del doctor, no podía dejar de sentir cierto recelo a que Hermenoff jugara así con la vida de sus pacientes. ¿Pero qué podía hacer ella?

Entre tantas hojas dispersas, algunas llenas de cálculos, otras de anotaciones cuyas palabras técnicas ignoraba, Margaret encontró una ficha. Ella contenía, entre otros datos, la dirección de correspondencia del paciente. Aquello era favorable, por un lado, tal vez pudiese enviar una carta no bien llegara a su hogar. Pero, por otro lado, estaba bastante necesitada de ver a su familia. Extrañaba muchísimo a su madre y sus hermanas. Esperaba tan solo llegar temprano por la mañana para poder sorprenderlas. Aun así, era cierto que no podía dejar de mirar aquella dirección con anhelo. ¿Estaría muy mal dirigirse allí? Estaba segura de que si era sincera y clara con la señorita Bellerose, esta no dudaría un segundo en retirar a Alexander de la institución. Había visto el amor por su esposo en sus ojos aquella vez en la que la vio conmovida por el estado del paciente. No tardó mucho en decidirlo, tenía todo el fin de semana para pasar junto a su familia. Lo mejor era visitar la residencia Fleming.

Se le antojó mirar por la ventana. Esta le recordaba a un cuadro expressionista, un cuadro de hojas secas, barro y agua. Sería una larga noche camino a la dirección que tenía en sus manos, pero ella no tenía apuro alguno. Golpeó la ventanita del conductor una y otra vez, pero este no le respondía.

—¡Oiga! —bramó malhumorada luego de varios intentos de llamar su atención, y cuando ya no pudo guardar más su exasperación, se reclinó sobre el asiento y asestó un golpe a la pared del carruaje con talón derecho. El coche se detuvo más rápido de lo que hubiese debido, y en la misma posición en la que estaba, Margaret voló hacia el asiento opuesto cuando el caballo frenó en seco.

Intentando acomodarse nuevamente, sintió los insultos y maldiciones que brotaban de la boca del cochero a medida que se bajaba del asiento del conductor y daba la vuelta para abrir la puerta del carro. Encontró a la joven tendida en el suelo, haciendo un esfuerzo sobrehumano por salvaguardar su dignidad. No la observó con más que una carcajada grosera.

—¿Está usted loca, señorita? —le preguntó indignado, intentando esconder las reminiscencias del júbilo que le causaba verla así.

Margaret pudo por fin volver a su asiento, no sin rodar por el sucio suelo del carruaje, arrugar su vestido y parecer cualquier cosa menos una señorita.

—Si acaso usted estuviese atento a mis llamados, no debería haber llegado hasta el punto de casi romperme una pierna intentando obtener su atención —le respondió con una nota de indignación en su aguda voz.

—Es que no podemos frenar con este clima —explicó el cochero, esta vez más serio—. La bestia se vuelve loca y se asusta con facilidad. ¿Qué haríamos si se zafaran de las amarras y se escapara?

—Entonces, debe amarrarlas mejor —respondió la enfermera, ya sin paciencia—. Lléveme a esta dirección que ve aquí y tranquilice a su caballo con esto. —No bien terminó de hablar, descubrió un billete en sus manos y se lo tendió.

—¡Muy bien! —exclamó jubiloso el cochero al tomar el valioso papel en sus manos—. Cambio de rumbo es, pues... debo recordarle que es una yegua, no un caballo.

Margaret respondió cerrando la puerta de un golpe. Casi al instante, el carruaje volvió a andar.

La enfermera se recostó sobre su hombro y cerró los ojos. No había mejor canción de cuna que aquel traqueteo de las herraduras en la piedra, ornamentado con el silbido del viento y la caricia de las gotas sobre el vidrio. Sin darse cuenta, se durmió plácidamente, a medida que decenas de imágenes poblaban sus párpados.

Era ella misma, eso lo sabía bien. Lo que la poblaba de dudas e incertidumbre era la oscuridad que la circundaba y acechaba desde cada esquina. Pero no estaba sola, pues la luz de un farol iluminaba su lúgubre camino. Caminaba por los pasillos de la biblioteca más inmensa que jamás habría podido imaginar. Era como un laberinto de ideas, un mundo de sueños que estaban al alcance de la mano. ¿Por qué no soñaba, entonces? Buscaba algo con total entrega, un volumen que sabía que debía encontrarse escondido como una aguja en un pajar. Con el silencio de su lado, daba cada paso en el suelo de madera pariendo un ligero y delicado eco que moría en segundos. No tenía miedo de la oscuridad, aunque estimaba muchísimo la luz que la envolvía en cálida seguridad.

Caminó y caminó, incansable y decidida, buscando entre los dorsos aquel que sabía que era el que necesitaba, pero la búsqueda se hacía larga y los ánimos aún mas ansiosos. Por más que estuviera siempre oscuro, nada sabía del paso del tiempo. Bien podrían haber pasado semanas enteras, que ella habría confundido con escasos segundos. Pues, para la enfermera, en aquella inmensidad de conocimiento, un día transcurría al mismo tiempo que un año. ¿Tan errada estaba?

Pero si el paso del tiempo no había sido un problema hasta aquel entonces, tampoco lo fue a continuación, pues una idea se instaló en su mente. Como una infección, invadió cada rincón de su cabeza y canceló todo interés por lo que sucedía en el mundo exterior.

Alguien o algo la seguía.

No era que hubiese sentido un ruido a sus espaldas, o que oyera pasos que acosaran su camino desde lejos. Tampoco era que hubiese encontrado señales de que alguien más estuviese en aquella inmensidad. No. Simplemente lo sabía: algo la acechaba, y debía apurarse en encontrar aquello que tanto ansiaba encontrar.

Dio vuelta a una esquina. Su respiración galopaba agitada, inspirando más aire del que se animaba a tragar. Sus delicados pasos se volvieron una carrera desesperada, y el farol en su mano se agitó furioso. No fue hasta que lo soltó descuidadamente, que cayó y estalló en vidrio y llamas. Y las llamas recorrieron plácidamente el pasillo, invadiendo cada estantería que encontraban a su paso. Respiró agradecido el incendio entre tanto papel y tanta madera, y reptó estanterías arriba, devorando cuanto tomo impreso se interponía en su camino. Margaret pudo ver, presa de una mezcla de horror y curiosidad, cómo las estanterías se extendían infinitamente hacia arriba, perdiéndose de vista en la distancia. Como no había más opción que seguir corriendo, eso hizo. Iluminada por las llamas, recorrió pasillo por pasillo, buscando ahora una salida de aquella prisión de humo y ceniza.

Pero aquel que no busca tiene la virtud de encontrar, y la enfermera paró en seco a la vuelta de un cruce de pasillos. Casi instantáneamente, movida por fuerzas que le eran ajenas, se acuclilló y tomó un libro como por azar. No fue sorpresa para ella, pero había dado con aquel título que tanto había ansiado encontrar. Sintió felicidad, pero pronto la abandonó la sonrisa cuando una mano la tomó por la cintura.

No le fue fácil atisbar el rostro de quién la tocaba, pues recibió un duro golpe en la cara ni bien se volteó. Cayendo al suelo de espaldas,

su agresor se echó sobre ella, y finalmente descubrió con desesperación que se trataba del doctor Gustav Hermenoff.

—Siempre estoy un paso más adelante, niña —fue lo que le dijo el robusto hombre antes de comenzar a acariciar su abdomen con lascivia. Ella se retorció de aquí para allá, intentando liberarse de la prisión de sus manos, pero era demasiado corpulento para la menuda enfermera.

Gritó, casi tan fuerte como se lo permitió su garganta asediada por el humo y la falta de saliva. Rogó, bramó y sollozó, pero todo aquello parecía excitar más a su agresor, quien no tardó en tirar de las ropas que la envolvían. Era tal la sensación de displacer, que la joven Margaret sintió el sudor correr por su pálida frente y su terso cuello. El doctor Hermenoff acariciaba este último con su lengua, en un beso húmedo y asqueroso que le provocó horribles náuseas, además de un desagrado infinito. No fue hasta que sus miradas se reencontraron que pudo ver en los ojos del doctor brillar una malicia auténtica. Una promesa de destrucción. Con ropa hecha jirones, cerró los ojos ante la idea de verse desnuda frente a aquella bestia, y los volvió a abrir al mismo tiempo que daba una profunda bocanada y un respingo en el asiento del coche sobre el que se había dormido.

Lloró largo y tendido, procurando no alertar al conductor sobre su estado. Se sentía sucia, usada, ultrajada y herida. Aunque hubiese sido solo un sueño, aquella imagen y aquella sensación de indefensión habían despertado la terrible angustia que tanto se había esforzado por mantener latente. Miró el expediente a su lado y lo odió. Hizo trizas cuanta página cruzó por su vista y, aunque no destruyó todo lo que había en él, se sintió un tanto más aliviada. No era aquel el momento en el que más se amara a sí misma, luego de lo que había pasado. ¿Por qué no podía olvidarlo y ya?

En el horizonte, un atisbo de claridad ya abrazaba la copa de los árboles, y aunque era una luz pálida y tenue, le sirvió como consuelo.

“La noche es más oscura justo antes del amanecer”, se dijo a sí misma, apoyando su tersa mejilla contra el vidrio, custodiando la naciente silueta de los árboles hasta dominar su angustia y dormirse por completo.



# DANIELLE

## PÁGINAS OXIDADAS III

—Albine, quiero que vayas a buscar al cochero —ordenó Danielle apresuradamente—, debemos llevar al señor Fleming con un doctor ya mismo.

La joven criada no se movió. Era extraño verla temblar así, siempre había sido una trabajadora muy servicial. Estaba empapada hasta la coronilla, y no dejaba de refregar su brazo con la mano del otro.

—Albine —le dijo Danielle tomándola por los hombros—, sé que estás preocupada, pero mientras más rápido actúes, más tiempo tendremos para asegurarnos de que Alexander se encuentre bien atendido. —Aquello pareció ser suficiente para que la criada por fin levantara su mirada y la cruzara con la de su patrona; y saliera por la puerta con pasos apurados.

Danielle observó a Alex. Estaba sentado en el suelo, abrazando sus piernas. Chorreaba agua, y en su bata había manchas de barro y tinta. Los largos cabellos del escritor se encontraban pegados a su cara por el agua helada. Por fin, se acercó y se acucilló a su lado.

—Háblame, amor mío, ¿qué es lo que te está sucediendo?

Esperando que él hiciera caso omiso de lo que ella decía, tal como la última vez, se sorprendió al encontrarse con su mirada.

—Lo siento, Danielle —se disculpó el escritor con voz apagada—, esto es todo mi culpa.

—Dime qué te está pasando —le pidió ella con anhelo, dejando escapar una lágrima delgada, haciendo inconmensurables esfuerzos por no liberar todas las otras que se apilaban tras sus ojos.

—Debí ser sincero contigo, no ocultarte lo que en verdad soy.

—Hazlo ahora —le pidió ella acariciando su rostro, recorriendo su fina y suave barba con los dedos.

Casi como por acto reflejo, Alex corrió su mirada y fue a posicionarla en algún lugar entre los árboles. El miedo se reflejó en sus ojos instantáneamente, un miedo que Danielle supo identificar, y acompañó a su esposo en su empresa, escudriñando el bosque otoñal. Nada había allí, por lo que se volvió nuevamente hacia su esposo.

—Lo que sea que estés viendo no es real, amor mío.

—No estoy seguro de ello, Danielle —respondió él sin apartar sus ojos del bosque.

—¿De que eso no sea real?

—De que puedas observar lo que yo observo.

La joven le plantó un beso en la mejilla. Una fría, embarrada y sudada mejilla. Pero a ella no le importaba, creía saber cómo ayudarlo.

—¿Qué te parece si me acompañas adentro y te tomas un baño caliente? —le ofreció intentando calmar su ansiedad—. Después podremos ir a la habitación y dormir una plácida siesta, has estado despierto toda la noche.

Alex pareció dudar. Se relamía el labio inferior y suspiraba como si fuese a desfallecer. Había estado a punto de ahogarse en el lago, Danielle pensaba que era natural. Pero pronto abandonó aquella idea, cuando su esposo dio un súbito alarido y se tomó la cabeza, como protegiéndola de algún mal. Los reflejos de la joven la hicieron alejarse de él, trastabillando sobre sus talones, cayendo de espaldas contra el pórtico y golpeando su cabeza contra una columna. Lo último que alcanzó a ver fue a Alex descubriendo su cara. De sus ojos, rojos e inflamados, brotaban negras lágrimas.

Cuando despertó, Albine se encontraba asomada sobre ella. Fue testigo de la expresión de alivio de la criada al verla recobrar la conciencia, y no bien intentó incorporarse, el mareo la venció y se desplomó nuevamente sobre el sillón en el que la habían acostado durante su pérdida de conocimiento.

—Albine —alcanzó a decir mientras sentía cómo cientos de agujijones se clavaban en su cerebro—. ¿Dónde está Alexander?

—Tranquilícese, madame —la apaciguó la joven—. Sufrió un golpe severo, debe descansar.

Por más fuerza que Danielle intentara poner en levantarse, sentía que su cuerpo no le hacía el menor caso, por lo que se venció y aceptó



quedarse acostada. Estaba en la sala de estar, al lado de la chimenea. La temperatura claramente había bajado, y sintió escalofríos por todo el cuerpo. Tal era la dedicación que sentía Albine para servir, que había previsto aquello y le echó una manta encima casi instantáneamente. La joven criada no se movió de su lado por unos minutos, y luego se puso de pie y desapareció tras la puerta que daba al comedor. Volvió casi al instante, con una taza de té, que Danielle se mostró reticente a tomar en un principio, pero que luego le pareció una delicia y un alivio para el frío que ahora sentía.

—Gracias, Albine, eres muy considerada —agradeció Danielle, pero aún no se encontraba lo suficientemente calmada como para olvidarse de su esposo—. ¿Qué pasó con Alex?

La criada bajó súbitamente su mirada, pero no tardó en responder.

—Claude se lo llevó al pueblo, las autoridades decidirán qué es mejor hacer con él.

Danielle se incorporó de un respingo.

—¿Las autoridades? —preguntó desconcertada.

—Sí, madame, el señor Alexander la golpeó, creímos que lo mejor era atarlo y llevarlo a la policía.

—No, Albine, está mal —replicó Danielle negando con la cabeza—. Yo me caí, Alexander jamás me tocaría un pelo.

—Lo siento, señora, es que ha tenido tantas reacciones violentas... —se explicó la criada—. Cuando llegué, la vi tirada en el suelo, él gritaba descontrolado... —Danielle se paró a pensar un momento. La acción de la criada había sido la correcta, no podía culparla de aquello—. Para serle sincera, señora, el señor Alexander ha tenido episodios muy extraños desde que era muy joven. Me cuesta confiar en su accionar, por más aprecio que le tenga.

—Tú creciste con esta familia, ¿no? —preguntó la joven antes de verla asentir—. Necesito que me cuentes todo sobre mi esposo, me siento una extranjera aquí, necesito saber qué es lo que está pasando.

La criada refregó un poco sus manos, pero al fin se acomodó en su asiento y habló.

—Cuando era yo solo una pequeña, el señor Alexander estaba ya convirtiéndose en un joven adulto. Se comprometió con una muchacha que conoció en sus viajes con su tía. Él era la alegría en persona, siempre fue un ser especial. Era artístico, todo lo hacía de maravilla. Amaba a todos y era muy cariñoso hasta con la servidumbre —explicó Albine—, a diferencia de su tía.

—Pero su tía murió cuando él era joven, ¿no?

—Sí, pero fue una muerte que jamás sintió. No fue como la de sus padres. Según me ha contado mi madre, de niño era muy reservado. Casi ni jugaba o hablaba, más aún luego de que sus padres desaparecieran. Solo comenzó a iluminarse cuando su tía le enseñó la pasión por la música y el arte. Fue entonces que creció a la luz de las notas musicales, las palabras bellas y los versos cantados. Más feliz fue incluso cuando la conoció a ella, a Justine.

—¿Justine? —Danielle sintió algo nuevo en su interior, cierta sensación de vacío y añoranza, aquello que comúnmente llamamos celos.

—Sí, los dos jóvenes parecían tener la vida entera por delante. Era casi un ritual encontrarse los veranos en el barco en el que ambas familias viajaban, escabullirse y amarse a escondidas. Yo lo sé porque él era como un amigo, y me relataba su historia de amor luego de cada viaje. ¡Si usted supiera! El año corría rápidamente hasta el nuevo verano, cuando él regresaba y me contaba los nuevos sucesos. Fue a fin de una primavera, que, mediante correspondencia, habían decidido casarse cuando él comenzó a trabajar en uno de los sueños de su infancia. Quería ser escritor, contar bellas historias a la gente, unas historias que conmovieran los corazones de hasta los más frívolos y endurecidos. Ese verano él faltó a su cita obligada en altamar, y ella lo aceptó, pues es nuestro el deber de dejar que los hombres se alejen, para luego volver curtidos y con renovadas energías para amarnos.

Danielle escuchaba cuidadosamente, aunque cada palabra de amor entre Justine y Alexander le significase un puñal en su ya herido corazón.

—Ese verano, un fuerte huracán barrió toda la zona de la costa. El tiempo pasó sin señales de la joven prometida, y las esperanzas de que el buque volviese se esfumaron como la espuma que deja la marea en la playa. Alexander esperó días enteros en el faro, pero por fin enfrentó la realidad: Justine se había ido. —Albine había dejado escapar una lágrima, que ahora se disolvía en el puño de su vestido—. Desesperado, se embarcó en un pequeño bote, con la ilusión de encontrarla naufragando y rescatarla, pero las posibilidades eran nulas. Casi pierde la vida en altamar. Por fortuna, un guardacostas vio toda la escena y avisó a las autoridades, y él sí fue encontrado y devuelto a casa sano y salvo.

—Debe haber sido muy difícil para él —replicó Danielle, porque no sabía qué otra cosa decir.

—Lo fue, madame, nunca volvió a ser el mismo. Se tornó huraño, desconfiado y frío. No fue hasta que nos mudamos aquí, a las afueras de la ciudad, y que escribió su primer libro, que volvió a dejar escapar algo de su verdadero ser nuevamente. Pero aun así jamás volvió a ser lo que era. —Albine hizo una breve pausa y bajó el volumen de su voz—. Ciertas cosas extrañas empezaron a ocurrir.

—¿Qué tipo de cosas?

—El señor se volcó a la bebida, comenzó a deambular por las noches y, si bien todavía intentaba hacerlo, abandonó todo deseo de escribir. Comenzó a hablar de amigos imaginarios y de persecutores. A veces, pasaría las noches en el bosque, o sus camisas siempre estarían manchadas de tinta.

—¿Cómo puede ser que no escriba si todavía se pasa noches enteras encerrado en su estudio?

—Pues, eso solo lo hace desde que la conoció a usted.

Aquellas palabras endulzaron un poco a la joven, que sintió su interior ablandarse un tanto. Por un pequeño instante, se vio importante en la vida de aquel hombre, su amado esposo.

—Lo extraño, señora, es lo que él clama. Jamás dejó de hablar de que hay algo que no cesa de perseguirlo. Algo que desapareció cuando usted entró en su vida, pero que indefectiblemente ha vuelto nuevamente.

—¿A qué te refieres con que ha vuelto?

—Bueno... cuando encontré al señor, se estaba ahogando en el lago. No parecía algo accidental, sino más bien algo hecho con intención. No paraba de hablar de un zumbido, de un ser extraño, de Justine.

De nuevo, Justine. La mención de aquel nombre era ya para Danielle un cataclismo. ¿Acaso Alex todavía amaba a la muchacha muerta?

—Lo peor de todo, señora —comenzó a decir Albine a medida que un temblor recorría su cuerpo—, es que, cuando tomé al señor para ayudarlo a salir del agua, él comenzó a vomitar un líquido... negro.

—Un líquido negro —repitió Danielle, como no dando crédito a lo que oía.

—Más precisamente... tinta. El señor Alexander tuvo un espasmo involuntario y escupió una notable cantidad de tinta sobre el agua del lago.

—¿Cómo es eso posible?

—Es hasta este momento que no encuentro explicación alguna, a menos que la haya ingerido antes de zambullirse en él.

—La sola idea invita a la locura, Albine.

—No quiero mostrar ninguna falta de respeto, señora, pero no creo que el señor Alexander esté lejos de poder considerarse un loco.

Danielle suspiró. Era todo aquello demasiada carga para un día. Primero debía aclarar la situación, luego podría sentarse a decidir qué hacer con su esposo.

—Envía un telegrama al pueblo, diles que Alex no es peligroso —le pidió a su criada—. Aun así, me temo que tendremos que internarlo.

# GUSTAV

## SEIS

—De acuerdo, señor Bergstëin, dígame cómo se siente —pidió Gustav a su paciente mientras abría de par en par uno de sus párpados y escudriñaba su pupila.

El delgado hombre se removió lentamente en la camilla. Miraba las amarras que lo sostenían de pies y manos, luego el techo, para volver nuevamente a las primeras.

—Tiene una gotera —indicó, señalando algún lugar del podrido techo con un dedo tembloroso y una risita nerviosa—. Ahí.

—Sí, la tengo.

Gustav tomó la jeringa que tenía lista y eliminó una burbuja de aire que había en su interior. Con unos golpecitos, se aseguró de haberse deshecho por completo de ella, y se volvió hacia Bergstëin.

—Ahora va a recibir un pequeño pinchazo.

La aguja entró suavemente por el antebrazo derecho y el hombre lanzó un pequeño gemido. En cuestión de segundos, su mirada perdió el interés en el techo y las amarras, y cayó hacia el frente, reposando en algún punto entre el armario y la puerta.

—¿Bergstëin? ¿Puede oírme?

—Sí..., sí... —respondió el loco tranquilamente luego de unos segundos.

Gustav se acercó a él y, con la misma jeringa, picó fugazmente el muslo izquierdo.

—¿Siente eso? —preguntó luego mirando a su interlocutor, pero este estaba demasiado ocupado en mantener su mirada perdida. El médico chasqueó sus dedos frente a los ojos del drogado paciente, lo abofeteó con suavidad y hasta arrancó un pelo que se asomaba por su fosa nasal izquierda.

El hombre jamás cambió su expresión.

—¿Sentir qué? —respondió con voz apagada luego de lo que pareció una eternidad.

Hermenoff volvió sobre sus pasos y con un movimiento lento dio otro pinchazo, esta vez en el abdomen.

—¿Y eso? —preguntó escudriñándolo de reojo, pero esta vez el enfermo ni siquiera respondió.

Gustav ya conocía la reacción de los pacientes. Primero parecía como si nada fuese a ocurrir pero, pasados unos minutos de recibir la inyección, comenzaban a sudar. Sus venas se hinchaban hasta marcarse en los brazos. Gritaban. Se movían y pedían clemencia y, si eran suertudos, no morían a causa de un paro cardiorrespiratorio.

Luego de que esta última escena, que había presenciado tantas veces, se repitiera con Bergstëin, sobrevino el silencio. No fue tanto como el doctor esperaba, pues aquel hombre tan solo dio un súbito respingo mientras sentía su piel arder, para luego caer nuevamente sobre la camilla echando un poco de espuma por la boca. El médico controló los signos vitales del hombre, y se alegró de ver que su paciente —por más extraño que esto fuese— aún vivía.

Manos a la obra.

Era hora de aplicar la segunda dosis. Usando una máscara con respirador, Gustav Hermenoff destapó con cuidado un contenedor de aluminio. La luz de la vela acariciaba el humo que brotaba de allí adentro, a medida que el aire que se encontraba sobre el líquido aumentaba rápidamente su temperatura.

Gustav debía ser ágil. El introducir la *alabarda* allí no era el problema, sino que luego de comprimir la sustancia en el cuerpo de esta, debía ser lo suficientemente coordinado y veloz como para tapar el recipiente al mismo tiempo que eliminaba el aire de la aguja. Era una cuestión de coordinación, puesto que tenía el tiempo justo para realizarlo sin que la sustancia entrara en combustión. Y ni una sola gota podía caer al suelo, ya que el compuesto era tan volátil que habría convertido la habitación de madera en una enorme brasa ardiente.

Una vez más lo logró. En su mano izquierda, la enorme jeringa sin aire, y con la totalidad de su contenido adentro. En la derecha, el recipiente asegurado.

—Bueno, Bergstëin, ahora va a *no sentir* otro pinchazo —le dijo divertido, riéndose solo de su propio chiste tonto.

Hermenoff tomó el martillo y la *alabarda* —ahora cargada—, e introdujo la punta de la última sobre el lagrimal. Se abrió paso con facilidad, y una vez que alcanzó la profundidad deseada, se alejó del paciente y tomó una vela. Acercándola al ojo del hombre, pudo observar la pupila estrecharse.

—Qué bueno que aún esté vivo, señor, de verdad no me lo esperaba.

Barrió la corteza cerebral, sin más guía que los húmedos sonidos que hacía el filo de la aguja sobre el cerebro. Como no podía ver el área sobre la que trabajaba, seguía sus impulsos y las ilustraciones sagitales. Solía ser su momento de reflexión. Notaba que debía idear algún método claro y estandarizado para eliminar la corteza deseada sin dañar otras zonas, pero en aquel estado del arte en el que se encontraba, todo se trataba de prueba y error. ¡Tal vez podía comenzar en ese mismo instante!

Tomó una regla y la apoyó a lo largo de la cara del paciente. Por la longitud de la cavidad ocular y la esbeltez de la *alabarda*, le era posible moverse con suma libertad dentro del cráneo. Observó que si barría un área con un radio aproximado de cinco centímetros, el sangrado era correlativamente menor a que si, por el contrario, barría siete y ocho. Tal vez, podía intentar no ser tan codicioso y observar los cambios en el paciente antes de ahondar en la destrucción de la masa encefálica enferma. Cuando hubo barrido quisquillosamente un radio que a él le parecía aceptable, retrajo el instrumento de la misma manera en la que lo había introducido, y limpió la delgada línea de sangre que luego brotó del lagrimal del paciente. Odiaba hacer eso, debía de buscar alguna asistente.

Olvidaba con frecuencia muchas de las cosas que necesitaba, y se maldecía luego por no conseguirlas. Con alguna enfermera confiable a su lado, su trabajo se haría más cómodo, más profesional.

El rostro de Bergstëin no se había inmutado aún.

—¿Sigue conmigo, Bergstëin? —preguntó Gustav pasando un trapo sucio y húmedo por el filo de la *alabarda*. Pero no obtuvo respuesta alguna. El loco respiraba pesadamente, por lo que era obvio que seguía vivo, pero había algo en su estado que preocupaba al doctor—. Bergstëin, respóndame.

Todo sucedió muy rápido, pues Gustav estaba aún puliendo el cuerpo de titanio del instrumento cuando, sorprendentemente, su paciente comenzó a convulsionar en la camilla. No solo contentándose con ello, el

destino quiso que este intentase luchar contra las amarras y, triunfando en su empresa, las arrancara de la camilla (que estaba posicionada estratégicamente en el centro de la habitación.)

El loco tenía sus manos sueltas, y no tardó en abalanzarse contra Hermenoff, quien tuvo que retroceder solo un paso para no ser víctima del ataque que le estaba destinado. Poco pintoresco fue ver al paciente atado aún a la camilla por los pies, y con su cuerpo colgado de ella. Se arrastraba inútilmente por el suelo, estiraba sus brazos contra los zapatos del doctor, intentando asirlo en vano. Sus ojos habían perdido humanidad, y su piel se había vuelto seca y grisácea. O al menos eso parecía, pues la tenue iluminación no le permitía a Gustav tener una imagen nítida que observar.

Hermenoff tardó en comprender lo que había sucedido, pero sintió mucha frustración una vez que lo hubo hecho. Al parecer, la cirugía había fallado nuevamente, aunque jamás se hubiese topado con este... resultado. Sintió mucha pena, pero también furia. ¿Cómo iba a respaldar su teoría con tan solo un sujeto como prueba? El concejo querría ver más resultados, por más maravillados que hubiesen quedado con Víctor Hansen, y él debía dárselos. Fue aquella sonrisa cómplice de Schubert, aquellas palabras de Remington y aquellos murmullos generales de asombro los que le habían dado a entender que amparaban su proyecto, y él no podía defraudar a aquellas personas que significaban su ascenso a la cúspide de la medicina moderna.

¿Qué hacer con el pintoresco Bergstëin? Gustav no lo pensó. Levantando el pie, hundió el talón en la cara del enfermo, y este rugió adolorido. Segundo a segundo, el doctor repitió el proceso, ignorando los alaridos del enfermo, buscando espacios en que los brazos del paciente no alcanzaran a cubrir en defensa propia. Él los aprovecharía. Por fin, apoyó su zapato sobre el cráneo frontal y sintió su suela hundirse levemente en la cabeza del furioso enfermo, y supo que por último había logrado romper el hueso. Bergstëin ya no respondía a las agresiones, había perdido el conocimiento. O quizás estaba muerto. No importaba. Aquello solo hacía más fácil el trabajo de Gustav, quien fue hacia el armario en busca de una pequeña sierra de mano.

Habiendo roto con su pie la cabeza, Hermenoff no tardó demasiado en abrir un conducto lo suficientemente ancho como para retirar la masa encefálica de su paciente. Había sido lo suficientemente cuidadoso como para no dañarla bajo el peso de su talón, y se sintió aliviado al ver



que, en efecto, estaba intocada. Sumergió dicha masa en un frasco de solución salina y lo hizo a un lado, ya tendría tiempo para aprender de sus errores. Ahora era el momento de deshacerse de Bergstëin.

Cuando se volteó para ver el cadáver de su paciente, dio un respingo. La piel se había tornado de un color morado muy oscuro y el cuerpo en su totalidad estaba hinchado. Pensó que debía de ser a causa de la sustancia y agradeció que el laboratorio no se hubiese envuelto en llamas. Debía tomar nota de esto, era una reacción que jamás había visto. Al moverse, pisó sin querer uno de sus dedos, y este estalló como lo hubiese hecho un tomate. Era asqueroso, tanto la visión de aquella mancha como el olor a fermento que ahora desprendía, y Gustav no pudo esconder su desagrado. Debía deshacerse del cuerpo antes de que estallara en una lluvia de sangre.

Las amarras que sostenían los pies de Bergstëin estaban muy apretadas, y su cadáver seguía hinchándose increíblemente segundo a segundo. ¿Qué hacer? Tironé de las tiras de cuero en sus pies, pero no quería que estos siguieran la misma suerte que su dedo, por lo que optó por una solución rápida y limpia. Cinco eran los cadáveres de los que Hermenoff se había deshecho en el último año. Cada uno había sido causa de diferentes experimentos fallidos, escalones en la larga escalera que el doctor aún debía recorrer.

La cueva no solo tenía pasadizos traicioneros, sino que el pasillo que daba al laboratorio estaba sostenido sobre un desfiladero subterráneo. Gustav había ya dejado caer por sus paredes de piedra los cadáveres que daban prueba de sus errores. Desde que había adquirido aquella forma en su accionar, no había tenido que volver a preocuparse por la evidencia, pues nadie los encontraría allí. No tuvo el menor desagrado de hacerlo una vez más, mientras empujaba por el borde la camilla con el cuerpo de Bergstëin colgando de ella. Sintió cierto alivio, cierta sensación placentera al verlo desaparecer por la cornisa. Sentía que podía hacerlo una y otra vez. Pues ahora, seis eran los cadáveres de los que Hermenoff se había deshecho en el último año.



# ALEXANDER

## TONOS CÁLIDOS

—Te lo aseguro, este es el comienzo de toda una nueva vida —aulló Larsen mientras tiraba inútilmente del corcho, aunque sin éxito.

—¿Necesitas ayuda? —quiso saber Alex, quien había fruncido su ceño y alejado su cabeza. Poco le gustaba la idea de arrancar su *nueva vida* con un fuerte golpe en la frente. O perder un ojo.

—No, por favor —negó el hombrecito haciendo danzar su bigote de lado a lado—. Es que ya no hacen estas botellas como antes, ¿sabe? Antes eran de buena calidad, tanto botella como corcho, ahora ni abrirse pueden.

Con un sordo ¡*Ploc!*, el corcho voló por los aires y el hombre trastabilló hacia atrás, salvándose de caer de espaldas solo gracias a una moza cuya rápida reacción pudo contenerlo.

Larsen era en verdad un extraño personaje. Tan cómico como trágico, y lejos estaba de causarle simpatía al escritor. Pero tampoco podía culparlo de nada, era un simple sujeto que dejaba todo de sí en aras de firmar un buen contrato. ¿Era de veras necesario abandonarse así para buscar su sustento? Muchas veces sentía Alexander que su paciencia para con las demás personas había disminuido con el paso del tiempo.

—Puede sentarse ahora, señor Larsen, brindemos por nuestros negocios —lo invitó intentando ser lo más cordialmente correcto posible, pero supo instantáneamente que estaba sobreactuando.

—¡Claro que sí! —exclamó el hombrecillo acariciando su calva incipiente—. ¡Mi diamante en bruto! Te aseguro que seremos ricos.

No era que él fuese tan inteligente como para notarlo.

—Le repito, mis intenciones no son enriquecerme, sino que esto se lleve a cabo de manera prolija y que el resultado sea exquisito.

—Y lo será, de eso me hago responsable.

—Lo es usted.

Larsen se congeló durante segundos, y el escritor supo que tal vez lo había presionado demasiado. ¿Hacía cuánto que no sonreía? Últimamente, era cosa poco natural en él, pero no podía permitirse ser tan sádico con aquellos que lo rodeaban.

Tan solo quería volver a su hogar.

—Brindo por nuestro acuerdo, estoy seguro de que llevará a cabo un trabajo maravilloso —dijo Alex levantando su copa, salvando de la perplejidad a su interlocutor—, pues confío plenamente en que podrá usted hacerme conocido y renombrado.

—Téngalo por seguro —aseveró el editor.

Las copas de cristal se encontraron a mitad de camino y colisionaron sutilmente. Alexander llevó la suya hacia su boca y bebió ávidamente. Era el champagne más horroroso que jamás había tenido el gusto de probar. ¿Lo notaría Larsen? ¿Acaso invitaba a cada uno de sus escritores al mismo bar? ¿Les daba el mismo champagne barato y vulgar? Cada vez le costaba más al joven escritor sonreír con falsa naturaleza y pretender que estaba cómodo.

—Le agradezco mucho todo esto, pero creo que volveré a casa —se disculpó Alex.

—¿Tan temprano?

—Sí, fue un viaje largo. Venir hasta Londres solo para firmar un contrato es algo incómodo, debo reconocer.

—Aun así es necesario, ¿no cree?

—No lo dudaría un segundo, pero no soy una persona muy sociable, ¿sabe? Agradezco infinitamente su amabilidad y espero que el libro tenga el éxito que deseamos. —Alex sintió algo extraño en sus muñecas. Una sensación de ardor las invadió, a ellas y a sus tobillos, aparejando también la impresión de que sus falanges se quedaban sin sangre. Frotó la base de sus manos intentando apaciguarse, aunque no tenía idea de qué significaba aquello—, pero no daré charlas ni presentaciones. No firmaré autógrafos, ni tampoco asistiré a conferencias.

—Pero ello es parte de la fama que trae el éxito. Es usted un escritor joven y brillante, más de una universidad se encuentra ya interesada en usted.

—No para mí. Puedo considerarlo, pero la respuesta actualmente es no.

—No tengo la menor duda de que tendremos la notoriedad que merecemos y queremos, señor Fleming.

—Bueno... —dijo Alex poniéndose de pie—. ...Me temo que entonces voy a retirarme, el cochero pasará a buscarme en unas horas por el hotel.

—¿Necesita que lo acompañe? —se ofreció Larsen.

—No, no —negó el escritor con un gesto—, estoy a solo unas cuadras de distancia, disfrutaré de la madrugada londinense mientras camino hacia allí.

—Le escribiré entonces —saludó el editor levantando su copa, luego vació su contenido en su boca.

El joven lo saludó cordialmente y se dirigió con rapidez hacia la salida del bar. Antes de retirarse, volteó y observó nuevamente al hombre. ¿Por qué necesitaba tanto de la fama? ¿Acaso no bastaba con haber realizado un buen trabajo?

Detestaba las grandes ciudades, y todo lo que reptaba por sus callejuelas. Había personas sospechosas que fumaban en la oscuridad y observaban todo mientras lo hacían. También, prostitutas que invitaban, desde el balcón de un caserón antiguo, a cualquier transeúnte a contratar sus servicios. Lo hacían sin pudor, a primera vista y a viva voz. A pesar del frío, no parecían preocuparse por el abrigo, pues se mostraban sin recato, despojándose de las escasas prendas que llevaban, exhibiendo la mercadería que los interesados dudaban en comprar. Aquello no podía menos que causarle al joven Fleming una tristeza infinita. Indudablemente, no era apto para disfrutar de la gran ciudad.

Se deslizó, casi sin ser notado, a través de la avenida donde todo el bullicio acontecía. Caminaba con la cabeza gacha, sus manos en los bolsillos y procurando pasar desapercibido entre los festivos individuos que gritaban groserías desde la calle hasta el balcón del burdel. La respuesta era un sinnfín de risotadas y más invitaciones. No le hubiese extrañado ver a Larsen también allí, en el centro de la escena, corriendo hacia la puerta del caserón con desesperación. Era un tipo tan simple...

Dobló a la izquierda por la primera calle que se cruzó en su camino, y estimó que faltarían cerca de seis o siete cuadras para llegar al hotel. La noche estaba lo suficientemente fría como para subirse a algún coche, pero aquello jamás le había impedido caminar bajo la luz de la luna.

O la del farol. Si tan solo sus muñecas no ardiesen como lo hacían, tal vez se hubiese sentido más cómodo. Pero no, el escozor era insoportable y no se esfumaba. Seguía frotándose con la esperanza de apaciguar el dolor, pero poco triunfaba en su cometido. Al inspeccionar la base de sus manos, las encontró enrojecidas y pobladas de extrañas marcas, casi como si algo se estuviese presionando contra ellas. Desprendió, entonces, los puños de su camisa para darles más espacio, pero aquello no ayudó en nada. Tal vez, podría pedir algo de hielo o algún paño húmedo en el hotel, así podría aliviar la hinchazón.

Alex caminaba mirando los adoquines pasar bajo sus pies cuando escuchó un débil susurro. De repente, levantó su cabeza y, acto seguido, el farol que había frente a él, a metros de distancia, se apagó. Casi como por instinto, el escritor desistió su marcha y contempló la oscuridad mientras un mechón de su pelo se elevaba por los aires. Tal vez, se acercaba una tormenta. Pero el viento no fue lo único que había cambiado, pues el joven se encontraba sumido en un silencio sepulcral. El bullicio de la avenida se había apagado extrañamente, y toda la población nocturna pareció haberse esfumado por completo. Estaba solo en aquella callejuela. Una nube pasó sobre la luna, y el cielo también se ennegreció, mientras otra ráfaga de viento —esta vez más fuerte y fría— envolvía al muchacho. Trajo consigo hojas de tonos cálidos y partículas de tierra de las que el escritor tuvo que proteger sus ojos. Los tenía entreabiertos mientras se defendía tímidamente de la ventolera con sus manos, aun así —no sin cierta dificultad— podía ver todo.

Debía apurarse en llegar al hotel, pues la tormenta estallaría en cualquier momento. Odiaba la idea de tener que esperar allí hasta que esta cesara, pues no quería pasar un minuto más en aquella ciudad. Quería volver a su hogar lo antes posible, donde la soledad era su más preciada compañía. Pero, por supuesto, su marcha se reanudó no sin ciertas limitaciones, pues le costaba mantener la vista al frente sin que la tierra encontrara cómo hacer sus ojos arder. Había muchas cosas volando con el viento. La mayoría eran hojas de maple, pero había también pequeñas manchas negras que Alex no podía identificar. ¿Sería otro tipo de hojas? Tal vez, papeles desperdigados, ¿pero por qué había tantos? No fue hasta que otro objeto golpeó su cara que el joven supo que algo extraño pasaba.

Lejos de captar su interés, el ambiente se había poblado gradualmente de cosas que eran acarreadas por la ventolera. Pero el escritor había estado lo suficientemente enfocado en caminar como para hacer mella de eso. Así había sido hasta que una hoja blanca de papel, libre en la correntada, se pegó contra su cara. Tomándola entre sus manos, el muchacho pudo observar que había cosas escritas en ella. A pesar de la poca luz con la que contaba, dedujo que aquello estaba escrito a máquina. Levantó su cabeza para encontrar que estaba sumido en una oscuridad casi absoluta. Solo un farol brillaba a unos metros de distancia. Se acercó a él lo más rápido que pudo y desplegó la nota frente a sus ojos. Era el manuscrito del capítulo de un libro. El título leía, escuetamente, como solo él podría haberlo hecho:

#### *CAPÍTULO XIV* *Amapolas negras*

Alexander dejó caer la hoja. Nada quería saber de ella. Sintió escalofríos en todo su cuerpo y se encontró con que no sabía qué hacer a continuación. Nuevamente, el mundo era extraño y peligroso, pues ¿qué hacían las páginas del manuscrito —que hacía unas horas había entregado a Larsen— volando libres en la tormenta?

Se sintió desvalido, abandonado, borrado de la realidad. Sabía que no debía abandonar su hogar, sabía que esto pasaría. Nuevamente la oscuridad lo acechaba. Detrás de cada esquina esta vez. Una nueva luz parpadeó a no menos de media cuadra. El farol de la esquina se encendió en toda su gloria, pero su luz no alcanzaba a iluminar por completo la húmeda calle. Bajo él, un extraño personaje lo observaba con interés. Era él nuevamente, lo conocía tanto como a la palma de su mano, pero tan poco que ni siquiera sabía qué había tras la máscara, o qué estaba buscando. El mimo no se movía, parecía que su interés siempre había estado en mirarlo y hacerlo sentir incómodo.

Alexander observó un cambio en todo lo que lo rodeaba. Ahora, el viento había cesado, y él se encontraba rodeado de pétalos negros. Se acuclilló para tomar uno, pero este se deshizo en su mano ni bien lo tocó. Eran cenizas, solo cenizas. Una niebla asfixiante había caído sobre la calle, y el farol que se encendía orgulloso sobre la cabeza del mimo se apagó súbitamente.

El escritor sintió una invasiva necesidad de escaparse de allí, pero ya no sabía si correr calle abajo serviría de algo. Apoyó una mano sobre el farol, y encontró su textura suave y rasposa al mismo tiempo. Así como la de un lienzo pintado por una mano maestra. Él también era una pintura, estaba seguro de ello, pero mantenía una dificultad incipiente en mantener sus ideas ordenadas. Y es que por momentos se sentía a gusto y en peligro, y por otros solo quería correr. Optó por lo segundo, y casi sin darse cuenta, olvidó de dónde venía y hacia dónde se dirigía. Lo único que importaba era aquello que había aparecido frente a sus ojos al voltear.

Un marco flotaba en el aire, así, sin más. Depictaba en él un pasillo lujoso y tenuemente iluminado. Mucha gente pasaba por allí, algunos paraban y observaban al escritor con interés. Estaban elegantemente vestidos, y casi todos tenían una copa burbujeando entre sus manos. Los que frenaban a verlo lo señalaban y hablaban entre ellos, casi como si debatiesen sobre la persona del muchacho. Él se acercó con pasos lentos, pues el mundo ya no era mundo, solo existían la pintura y el marco. Las personas parecieron no notar su movimiento, y optaron por seguir su recorrido en la galería luego de unos segundos. Por su parte, Alex llegó frente al cuadro y apoyó una mano fría sobre él. Menuda sorpresa se llevó cuando sus dedos tocaron el aire, y en un abrir y cerrar de ojos, él ya no era parte de la escena, sino de otra. Ya no hacía frío, ni el viento golpeaba contra su piel. El lujo de la galería resplandecía bajo sus pies.



# MARGARET

## DECEPCIÓN

Una espesa capa de niebla reposaba sobre cada rincón del jardín frontal de la residencia Fleming. El carruaje iba despacio, casi deslizándose sobre las piedritas que marcaban el camino que debía realizar hasta llegar a la entrada de la mansión. Aun así, había tan poca visibilidad del camino que Margaret oyó maldecir al cochero más de una vez. Era un laberinto de agua consensada, una trampa sofocante y húmeda para cualquiera que se dignara a respirar aquella mañana.

“Por lo menos ya no llueve”, había pensado la enfermera cuando asomó la cabeza por la ventanilla del elegante carruaje.

—Aquí es, señorita, hemos llegado —masculló el cochero mientras frenaba el carro. Pesadamente, se bajó y fue a abrirle la puerta—. ¿Qué cuestiones la movilizaron a este lugar? Si me permite indagar...

—Claro que no se lo permito —respondió la joven con tono indignado—. Le pagué para traerme y esperar, nada más.

El hombre la insultó por lo bajo y se volvió hacia su asiento. Margaret cruzó el camino con pasos rápidos y fue hacia la puerta. Tal vez, no se había detenido a pensar seriamente en lo que estaba haciendo mientras subía los escalones del pórtico, pues su mente estaba concentrada en otra cosa, puntualmente en qué hermoso que era el enorme caserón de ventanas altas y paredes envueltas en enredaderas. Un dejo de bella y húmeda antigüedad.

Tenía frente a sí el llamador, pero segundos antes de golpear a la puerta, dudó de lo que estaba a punto de hacer. Quizás, debía irse, y no inmiscuirse en los asuntos ajenos. Si bien era su deber ayudar al prójimo, y lo sentía como propio, una autorización firmada avalaba la operación

que iban a practicarle al señor Fleming. Si su esposa reaccionaba mal ante su visita, nada impediría que Hermenoff se enterara.

Margaret suspiró pesadamente mientras la cobardía se apoderaba de ella y dio media vuelta. Aunque le doliera en su orgullo, lo mejor era irse de allí.

—¿Margaret? —preguntó una voz a pocos metros de la enfermera, y al voltear su cabeza, sobresaltada, se encontró con Danielle Bellerose, que la contemplaba desde el parque. Llevaba un fino vestido de lino amarillo y un sombrero de ala ancha beige. Margaret alisó su vestido, la había tomado por sorpresa. Se maldijo por dentro luego de recordar que llevaba manchas de barro en su falda.

—Señora Bellerose —dijo en el tono menos apesadumbrado que encontró—, lo siento, me tomó por sorpresa.

—Déjame a mí el derecho de ser la sorprendida, niña —le respondió acercándose a ella y haciendo una leve reverencia—. ¿Qué te trae a mi hogar?

¿Niña? No la sobrepasaría de edad más que por tres o cuatro años, a lo sumo.

—No quisiera molestarla, señora, tan solo vengo a hablarle de...

—Si es sobre Alexander, esperaba que el doctor Hermenoff se acercara a ponerme al tanto —dijo Danielle con un tono de hastío—. No he escuchado de él en semanas, pensé que me mantendría informada.

Margaret no contestó inmediatamente, sino que se detuvo a contemplarla, y gracias a ello, pudo percatarse de que Danielle Bellerose había cambiado muchísimo desde la última vez que la había visto. Estaba mucho más flaca —casi desnutrida— y dos aureolas oscuras rodeaban sus ojos, como si no hubiese dormido bien por días.

—No estoy aquí por demanda del doctor, señora —explicó—, he venido por mi cuenta para hablar con usted. Es de suma importancia.

Aunque el tono de voz que usó la joven Bellerose a continuación fue mucho más cálido, la expresión de hastío en su rostro se mantuvo intacta.

—Entonces, pongámonos cómodas —dijo subiendo los escalones y abriendo la puerta—. Ven adentro, haré que nos preparen un té.

Por dentro, el caserón era más espacioso de lo que su fachada permitía conjeturar. Casi todos los muebles lucían brillante cedro; el emparedado de las paredes, finura y sobriedad; y el tapizado de los sillones, la suavidad del terciopelo. A Margaret le hubiese encantado poder vivir en

una casa como aquella y contar con las comodidades que garantizaba. Amaba que, como podía apreciar, cada habitación tuviera una pequeña biblioteca, pues encontraba mucho placer en la lectura; también sentía incontrolables ganas de frenarse a ver cada una de las pinturas que colgaban inertes de las paredes, pues creía que cada una contaba una historia distinta.

—Tiene usted una hermosa casa, señora Bellerose —aventuró a decir la enfermera mientras le hacía cruzar el vestíbulo hacia la sala de estar.

—Alexander siempre prestó mucha atención al detalle —explicó Danielle—. Puedes dirigirte a mí como Danielle, Margaret.

—Lo haré, señora.

—Hay un gran número de libros en estas estanterías que están escritos por mi esposo.

—¿De veras lo dice?

—Claro que sí —asintió Danielle—, solo que es muy exigente consigo mismo, casi ninguno de ellos está publicado. Si tan solo intentara venderlos, sería mucho más famoso de lo que es.

—¿Ha leído usted alguno de ellos?

—No. —Esa fue la respuesta, tan sepultativa y seca que mató la conversación. Pero por suerte, en aquel momento, la criada cruzó la puerta e hizo un pequeña reverencia.

—¿La señora va a querer tomar algo?

—Sí, Albine, trae té y algunos pastelitos para desayunar.

—Enseguida —respondió dócilmente la joven de cabellos blancos y cruzó la puerta con pasos rápidos.

Danielle aclaró su garganta y se sacó su sombrero.

—Estoy conciente de que querías hablarme de algo, Margaret. ¿Qué sería aquello?

—Bueno, señora, la verdad es que estoy un poco preocupada por su esposo.

—¿Por qué estás preocupada? —le preguntó Danielle mostrando genuino desconcierto en su mirada.

—Es por el doctor Hermenoff —respondió la enfermera—. Creo que no guarda las mejores intenciones para con el señor Alexander.

Si bien Danielle era una joven ignorante, no dejó de percibir la honestidad en las palabras de la enfermera. Claramente, no había ido hasta allí, hecho una acusación tan seria y puesto en juego su trabajo por una

tontería. O al menos ella no lo habría hecho. La escudriñó con la mirada unos segundos hasta que identificó en sus ojos la genuina sinceridad que la había llevado hasta la puerta de su hogar.

—Será mejor que pasemos al estudio de mi esposo, Margaret —dijo poniéndose de pie y alisando su vestido.

—¿Señora?

—Ven conmigo, allí tendremos más privacidad —le explicó tendiéndole la mano—. Yo me encargaré de llevar el té.

Margaret hizo como se le indicaba. Tomó con docilidad la mano de su interlocutora, solo para encontrarse con que unos dedos huesudos y fríos se entrelazaban con los de ella. ¿Cómo podía la señora Bellerose mantener la belleza en todo su cuerpo a pesar de estar tan maltratada? No podía ella saberlo a ciencia cierta, pues si bien la carne escaseaba bajo esa piel pálida, su mano no había perdido la finura y gracilidad de la que había sido testigo durante la última visita que la señora había hecho al hospital. Sintió la enfermera un leve escalofrío cuando Danielle la llevó a través de un pasillo hasta una puerta doble. Al abrirla, un acogedor estudio apareció ante sus ojos. Como era de esperarse, al menos una de las paredes estaba repleta de libros de todo tamaño. De espaldas a ella, un escritorio no muy grande con una silla acolchada. Del otro lado de la habitación, dos sillones, una mesita ratona entre ellos y una chimenea fría repleta de cenizas. Pero todo aquello no había llamado la atención de la enfermera tanto como el balcón que daba al bosque que había detrás del caserón. Pues bien, la estructura había sido edificada al borde de una depresión en el terreno, por lo que desde aquel mirador podía observarse la distancia, y el camino picudo que llevaba hacia ella. Las coníferas se extendían inundando el panorama, invadiendo las colinas, reptando hasta donde el ojo permitía ver.

La señora Bellerose se acercó a la chimenea y, mientras Margaret escudriñaba el lugar con la mirada, hizo arder el fuego en segundos. Era sumamente habilidosa para ser una mujer de clase alta, o quizá eso pensaba la enfermera.

—Iré a buscar el té, siéntete libre de sacar cualquier libro que quieras de la biblioteca, es lindo que alguien los lea para variar.

—Gracias, señora Danielle, lo haré.

La mujer asintió y desapareció por la puerta. Entonces, la enfermera se quedó a solas frente a la pared poblada de libros. Tal fue su felicidad

que no supo cuál tomar. Pero no duró mucho su indecisión, pues sobre una repisa que sobresalía de la biblioteca, yacían apoyados una pluma, una fotografía y un tomo de no más de cuatrocientas páginas. Margaret tomó el portarretratos, en él un muchacho posaba sonriente junto a una dama ya entrada en años. ¿Sería aquel Alexander de joven? Parecía un niño feliz, una felicidad que contrastaba un poco con la cara severa que tenía la mujer que lo acompañaba. No fue hasta que la enfermera tomó el libro y leyó ““El último faro”” en la portada que sintió algo en su interior que no supo describir. Aquel nombre le era más familiar de lo que hubiese creído, pero no podía recordar dónde lo había oído. Con el ejemplar en su mano, se dirigió hacia la claridad de la ventana y lo abrió.

#### CAPÍTULO XIV

##### *Amapolas negras*

*El sol matinal ya acariciaba mi temprana barba cuando sucedió. Nadie hubiese esperado que, en una mañana tan hermosa, aquella en la que los petirrojos cantan cabeza a cabeza con los ruiseñores, mientras las olas suspiran sobre la costa y el llanto de las gaviotas decora el horizonte, se desataría una tragedia.*

*Tampoco era de esperar que los vientos de verano soplaran como los de la primavera cuando muere, ni que la sinfonía de la playa se interrumpiera por el cataclismo de la tempestad.*

*Si algo sé, y sabía en ese entonces, es que las nubes en el horizonte no significan más que problemas. Y que si significasen problemas sería la mano de la fortuna la que las trajese, pues esos nubarrones comenzaban en inconveniente y terminaban en muerte.*

*Mis cálculos eran más que acertados, pues todos indicaban que algo no andaba bien. Podría jurar que el universo me lo hacía notar segundo a segundo, en cada una de las cosas que me rodeaban; pues si las aves callaran, la brisa se detuviera y el silencio me envolviera, no habría podido más que mirar la amapola que había cortado para ti. Y así fue, Justine, sus pétalos se volvieron ceniza en mi mano, ennegreciéndose segundo a segundo hasta deshidratarse por completo. Y ante la calma de la mañana, permaneció congelado ese segundo eterno. El tiempo dejó de existir hasta que la realidad sopló en toda la costa, y el viento tormentoso me azotó con furia.*

*Lo último que recuerdo de aquella mañana, Justine, es ver las cenizas esparcirse en el aire. De no haber estado aferrado a la barandilla, yo también habría volado, y tal vez hubiese sido mejor de esa manera.*

*Cada partícula de la amapola que corté para ti, la última amapola del verano, aún símbolo de una etapa próxima por comenzar; cada ápice de mi deseo de volver a verte, desparramado en un remolino ventoso, perdido para siempre.*

—Es atrapante, ¿no? —dijo una voz y, al voltear, Margaret se encontró cara a cara con la señora Bellerose, que la contemplaba desde el marco de la puerta.

—Sí, lo es —dejó escapar la enfermera cerrando el tomo—. Se ve que él deja mucho de sí en lo que escribe.

—Estoy de acuerdo, si no, casi todo de su ser —respondió Danielle irónicamente—. Ojalá no fuera así.

Su anfitriona tenía una bandeja en las manos. La apoyó sobre la mesita antes de dejarse caer sobre uno de los sillones y hacerle un ademán a Margaret para que la imitara. Ella obedeció y sintió alivio cuando el calor de la hoguera la alcanzó.

—¿Azúcar? —le preguntó Danielle con cortesía. Margaret asintió y pareció suspirar de placer cuando tomó la cálida taza entre sus fríos dedos—. No sé tú, pero yo pienso combatir el frío —le dijo la dueña de casa, y acto seguido se puso de pie. Caminó hacia uno de los rincones de la habitación y se inclinó sobre un enorme globo terráqueo. Jalando de una manecilla, la esfera se abrió en dos, revelando una bodega secreta repleta de botellas de los más variados licores. Volvió con un botellón en el que un dorado líquido danzaba libremente. A juzgar por el aroma que invadió el aire, Margaret supo que debía de ser algún fino escocés.

—No, gracias, estoy bien así —agradeció negando con la cabeza cuando Danielle le ofreció verter un poco sobre su bebida.

—Solía amar las historias de pequeña y luego en mi juventud. Al principio, solo eran las de aventura y fantasía, más tarde las de amor —le contó la señora dando un sorbo al té.

—Debe disfrutar mucho entonces las historias del señor Alexander.

—Jamás las leí, él no dejaría que me acerque a ellas —le respondió pensativa—. Cuando él me conoció, yo no sabía leer. Había pasado mi

vida escuchando las narraciones a través de la suave voz de mi madre y mi tío. Alex jamás me pudo perdonar aquello, pues, si bien me amaba, su voz no estaba hecha para los relatos.

—Lo siento mucho.

—No lo hagas. Durante el último tiempo, él estuvo muy ocupado en sus labores, luego se fue de casa por su enfermedad, y yo aprendí a manejar entre las oraciones con más soltura. Albine se encargó de ver que lo lograra.

—Entonces, ya puede leerlos, ¿no?

—Alexander ya no está presente, pero con él se fueron mis ganas de leer. Más aún, sus palabras.

—¿Por qué es eso?

—Soy su esposa, pero jamás estuve en su vida —respondió cortante Danielle, y no haciendo mella de eso, prosiguió—: El único libro que Alexander publicó se trata de otra mujer, curiosamente, es el que está entre tus manos.

Margaret miró el tomo que llevaba consigo y no supo qué responder.

—Si te gusta, puedes llevártelo.

—No podría...

—Nadie más lo leerá, niña —zanjó Danielle y luego pareció recordar cuál había sido el motivo de la visita de la enfermera—. Es un obsequio, de veras puedes llevártelo, pero si bien recuerdo, ¿no tenías algo sobre lo que hablarme?

Margaret hizo a un lado la taza y aclaró su garganta.

—En efecto, creo que el señor Alexander está en peligro, Madame.

—¿Qué te hace creer eso?

—Bueno, verás, el doctor Hermenoff es un hombre extraño y no guarda las mejores intenciones para con su esposo.

—Ya habías dicho eso. ¿Está Alexander siendo maltratado o descuidado en St. Claire?

—En lo más mínimo, pero temo que el doctor pretende practicarle una cirugía peligrosa al señor Fleming.

—Yo misma he hablado de ello con el doctor, niña —le explicó Danielle, recostándose sobre el sillón—. Si lo que te preocupa es la idea de que las aptitudes del doctor Hermenoff puedan no ser las adecuadas para el tratamiento de mi esposo, desde ya puedes relajarte, pues Gustav es un profesional de renombre en toda Europa.

—No es eso, señora, sino la naturaleza del tratamiento —insistió la joven enfermera, dejando ya de lado la cortesía de hilvanar cada frase con cuidado—. Implica despojar al señor Fleming de una parte de su cerebro, es inhumano.

Su interlocutora parecía no comprender la gravedad de aquello que Margaret quería transmitirle. La enfermera comenzó a desesperarse; el silencio que Danielle le devolvía no hacía más que incomodarla terriblemente.

—Si el doctor tiene éxito, el Alexander poeta, soñador, ese hombre maravilloso del que usted se enamoró desaparecerá para siempre... Se convertirá en un ser frío y dócil, un ente sin alma que no hará más que deambular por la vida despojado de todo aquello que lo hace quien es.

La señora Bellerose se puso de pie y caminó hacia la chimenea. Afuera, un estallido resonó en la distancia, anunciando el fin del descanso que la tormenta se había tomado. La menuda mujer dio el último sorbo a su taza y, con suma delicadeza, la apoyó sobre la mesita. Casi sin que la enfermera pudiese notarlo, levantó otro tomo, que yacía apoyado sobre la lumbreira. Sobre él, había estado apoyado un candelabro, por lo que la portada estaba adornada por gotas de parafina sólida. La mujer abrió el libro y lo hojeó como si ya conociera cada una de las palabras que lo poblaban.

—Un buen hombre no puede ser poeta —dijo entre dientes, pero aun así Margaret escuchó claramente—. Un buen hombre no puede ser soñador.

—¿Qué dice? —exclamó la joven enfermera poniéndose de pie de un salto.

Danielle, quien hasta ese momento se había mostrado tan hospitalaria y correcta en sus maneras, la miró con un desdén infinito.

—Un buen hombre debe ser frío, niña, frío y lo suficientemente dócil para ser controlado —explicó la señora saboreando cada palabra. Margaret, aún de pie, no daba crédito a lo que escuchaba. Había sido tan tonta... Se sentía como una niña nuevamente, o casi tan indefensa como cuando Hermenoff la había atacado—. ¡Me prometí deshacerme de esta basura —gritó ahora la dueña de casa blandiendo el libro en lo alto— uno por uno, día tras día, para que Alexander jamás vuelva a sentir nada por ella! Quiero que se convierta en una memoria difusa, que se desvanezca en el viento, que todo afecto desaparezca de la idea en la que mora.



—¡Basta! —exclamó la enfermera, dejando por fin salir las lágrimas que venía reteniendo—. ¿Cómo puede decir semejante cosa? Ese hombre es bueno y sincero, no es como los demás..., ¡él la ama!

—El doctor Hermenoff lo hará como los demás —respondió Danielle, sin despegarle la mirada de encima, haciendo caso omiso del repentino arrebato emocional que había sufrido la joven—. Tal como debe un hombre ser. Si no puede ser así, que muera en el intento.

Danielle arrojó el libro al fuego.

Fue tan difícil no arremeter contra ella, no empujarla contra la hoguera y verla arder. Mientras las páginas ardían y el papel se retorecía, las náuseas invadieron a Margaret, y de repente, se encontró tambaleándose sobre sus vencidas rodillas. El tomo que llevaba aún en sus manos cayó frente a ella y se abrió. Un par de ojos entintados al pie de la página le devolvieron la mirada, y al final, la enfermera se desplomó contra el suelo. En el camino, golpeó con su mano la mesa, y la taza la acompañó cuesta abajo. Todo había ocurrido casi instantáneamente.

El aterrizaje fue brusco, y a su alrededor observó desparramados los trozos de la porcelana estallada. Pero sus nublados ojos ya no le respondían, se dirigieron automáticamente hacia el libro abierto, y el dibujo al pie de página la observó, tanto como ella a él. Pues nada más existía en aquel momento, más que aquellos círculos estrellados sin vida, y un distante, pero ensordecedor campaneó. Sintió murmullos reptar a su alrededor, electricidad en su inerte cuerpo y falta de aire, aunque respiraba agitada y con soltura. Las voces susurraban en su cabeza mientras el fuego crecía en su fulgor y las palabras abrasadas gemían de dolor.

—Esos ojos... —masculló sintiendo la sangre agolparse en su cabeza.

Dos manos se apoyaban sobre ella, y aunque su sensación era casi imperceptible, Margaret supo que Danielle intentaba ponerla de pie. Lentamente, la presión sanguínea volvió a la normalidad mientras su vista se aclaraba y toda ella retomaba el control de sus músculos. Aunque no podía dejar de observar el garabato, el campaneó se desvaneció como si nunca hubiese existido, pero dejando la huella de un pulso casi inaudible. Era difícil saber dónde se encontraba, qué había ocurrido y por qué había tanto bullicio a su alrededor.

—¡Margaret! ¡Por el amor de Dios! fue lo primero que escuchó salir de la boca de la señora, aunque supiera que desde antes le había estado hablando.

—Estoy bien —articuló finalmente la enfermera con mucho esfuerzo, incorporándose mientras se valía de la ayuda de su anfitriona—, no he dormido, creo que tuve un pequeño desvarío.

Una vez que se hubo puesto de pie, volvió a inclinarse para tomar el libro del suelo. En el intento, sufrió un nuevo tambaleo, a lo que Danielle respondió aferrándola ágilmente para que no volviera a desplomarse.

—Debo irme, siento haberla molestado —le dijo la joven entre dientes a su interlocutora.

—Deberías quedarte y descansar —le pidió la señora Bellerose preocupada.

—No es necesario, ya me encuentro en mis cabales —rechazó Margaret haciendo una leve reverencia, luego miró el suelo repleto de trozos de porcelana—. Siento mucho haber...

—No es problema, niña —la excusó Danielle—, no es problema alguno.

La acompañó a la puerta, y el trayecto pareció el doble de largo de lo que de verdad era. En el camino, se encontró con la mirada preocupada de los criados, y entre ellos la de la curiosa Albine. Cuando sus grises ojos se encontraron con los de la enfermera, ambas compartieron un atisbo lleno de ciego interés. Una vez en el pórtico de la casa, la señora Bellerose la saludó con cortesía, tal como si nada hubiese ocurrido.

—Ve a ver a un doctor, Margaret —le dijo desde el umbral de la puerta mientras la enfermera bajaba el último escalón—, tanto trabajo debe tenerte estresada.

Una sensación la invadió cuando entró al carruaje. El mediodía transcurría tal como lo había hecho siempre. Pero algo había cambiado en ella. Por extraño que sonara, una fortaleza triste se había aferrado a su cuerpo, una fortaleza nacida de un cansancio infinito. No era una fatiga corporal, sino más bien anímica. No sabía explicarlo, ni tampoco lo supo nunca, pero aquella Margaret que se alejaba de la residencia Fleming no era la misma que la que había llegado hacía no más de una hora.

# GUSTAV

## ASCENSO

Gustav meneaba su cabeza al son del tic—tac del reloj de pared. Es que casi ni había dormido. Había pasado el fin de semana allí en St. Claire escribiendo cartas, leyendo otras, recibiendo visitas. En fin, ese fin de semana lo había invertido en solucionar el problema que Alexander Fleming le había causado. Por suerte, Mölstamm había entrado en razón cuando había hablado con él, y decidió por fin no demandar al asilo. Esto había sido un alivio, aunque el costo que acarreó consigo fue enorme. Aun así, mucho menor que por vía judicial.

Mölstamm se había tomado varias semanas en pos de sanar, además de haber recibido un aumento salarial sustancioso. Gustav se había encargado personalmente de revisar los números para hacerlo posible, y por primera vez, sintió algo que hacía años que no sentía: miedo a enfrentarse a un retroceso. Es que el asilo había crecido tanto con su conducción que gradualmente se había acostumbrado al éxito. Ahora, con estos ajustes, debería rogar por que los contribuyentes actualizaran sus números. Por eso, se había sentado durante horas a redactar cartas, invitando a que los familiares de los pacientes más acaudalados se solidarizaran con la situación que corría en el hospital. Hablaba de mejoras que contribuirían al desarrollo de un mejor servicio para ellos mismos, obras que harían de St. Claire un lugar aún más acogedor y seguro, todo en vías de mejorar la atención hacia los internos. También se había asegurado de elogiar las contribuciones previas, tanto como al personal del hospital, que trabajaba incansablemente y velaba por el bienestar de sus seres amados. Y toda aquella perorata habría de surtir efecto, pues es lo que Gustav necesitaba creer.

Si bien Remington le había asegurado que el concejo médico estaría presente para prestarle la ayuda que él necesitase, Gustav estaba lo suficientemente conciente de que aquello no incluía la dimensión económica. El sábado lo había dedicado a revisar esos números que tan poco le importaban al concejo, y había tomado una de las decisiones más arriesgadas y fatídicas de su vida. Revisando sus expedientes, notó que gran cantidad de pacientes estaban allí hace años. Muchos de estos locos no había recibido visitas jamás, y aquello significaba que sus familiares se habían encargado de deshacerse de ellos, descartándolos en una de sus celdas. Si bien muchas de estas familias eran de procedencia humilde, muchas otras eran tan adineradas y tacañas que no pagarían más del mínimo exigido. ¿Qué hacer con todos aquellos pacientes, entonces, cuyas contribuciones no alcanzaban a cubrir el gasto excesivo que producían?

La respuesta era obvia. Gustav había dispuesto de un plan para librarse de todos ellos y seguir cobrando las contribuciones mensuales por más lastimeras que fuesen. Si se deshacía de una cierta cantidad de pacientes y esperaba unos cinco o seis meses para avisar formalmente a las familias, el margen de ganancia sería respetable. ¿Pero qué hacer con los cuerpos? Algunas de estas familias, si no casi todas, querrían que se les devolviera el cadáver para darle sagrada sepultura. Esta fue una idea que rondó en la cabeza del doctor durante horas. Seis meses de descomposición era demasiado tiempo para poder entregarle a los familiares un cuerpo en buen estado. ¿Debía acortar entonces la brecha? No era una opción, por lo que la noche de aquel sábado la había pasado en su laboratorio subterráneo. Debía lograr sintetizar un compuesto similar al que ya tenía, pero cuyo tiempo de acción se prolongara suavemente, sin atacar los músculos del cuerpo, solo conservándolos. Si algo se reconocía, era ser un químico brillante, y no escatimó en el tiempo que dedicaría a sintetizar el compuesto. La madrugada del domingo se había vuelto, súbitamente, atardecer. Gustav tenía frente a él cuatro tubos de ensayo distintos, debidamente numerados y catalogados. Debía realizar las pruebas lo antes posible, ¿Pero... en quiénes? Tenía la certeza de que Schubert no tendría problema en postularse, pero todavía debía buscar otros tres.

El domingo por la noche, el doctor se había recluido en su despacho. Debía revisar nuevamente los expedientes y encontrar a estas personas de las que su familia se había deshecho por completo. Eran tantos los

pacientes, tan grueso el registro de visitas y tal el cansancio que Gustav se sintió desfallecer en su silla. El maldito sonido del reloj era una canción de cuna.

Alguien golpeó la puerta. A aquellas horas era extraño que alguien se atreviera a molestarlo, pues sabían que su humor no era algo con lo que pudieran jugar. Hermenoff miró el reloj, eran las ocho y media. Hizo caso omiso al llamado, pues necesitaba terminar y abandonarse sobre el colchón. Pero a veces no es tan fácil darse la libertad de no ser molestado, dado que la puerta volvió a recibir dos suaves golpecitos.

—Adelante —dijo por fin el médico, a segundos de estallar de furia. Pero lo que cruzó la puerta lo hizo abandonar todo mal humor, pues allí estaba Margaret, recién llegada de sus pequeñas vacaciones.

—Lo siento, doctor, solo quería reportarme —dijo la enfermera dócilmente.

—Es bueno ver que has regresado, Margaret —la saludo él, más feliz de lo que se esperaba mostrar—, ven, pasa, toma asiento.

La enfermera cerró la puerta y fue a sentarse. Casi instantáneamente de haberlo mirado, Margaret supo que el cansancio aquejaba a su jefe.

—¿Se encuentra usted bien, doctor?

—Sí, gracias, niña, he estado trabajando arduamente.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted, entonces?

Aquello era un alivio, tal vez podía delegar un poco de aquel arduo trabajo a la enfermera. Pero ¿podía confiar en ella? Dudó unos segundos y finalmente aceptó su ayuda. Le explicó qué era lo que quería lograr, cómo quería lograrlo y le transmitió la importancia de que el trabajo se hiciera urgentemente. Tenía que confeccionar una lista en la que detallara la cantidad de visitas recibidas por un cierto grupo de pacientes en el último año. En ella debía incluir el cuadro clínico que aquejaba a la persona y las contribuciones que otorgaba la familia de manera mensual. Sin preguntar por las razones, Margaret asintió y se dispuso a la tarea que el doctor le había encomendado.

—Es necesario que esta lista esté a mi disposición mañana por la mañana, Margaret.

—Lo estará, doctor.

Hermenoff la contempló y la halló diferente. Si bien ahora no dejaba de dirigirse a ella con severidad y distancia, le sorprendió que la otra respondiese de la misma manera, aunque manteniendo su obediencia servicial.

—Muy bien, puedes trabajar aquí por esta noche, pues perderás tiempo movilizándolo todos estos expedientes escaleras abajo —le dijo, sancionando el final de la conversación mientras se ponía de pie y se frotaba los ojos—. Mañana vendré a primera hora para ver cómo va el trabajo.

—Sí, doctor.

Hermenoff abandonó su estudio y se dirigió por el pasillo hacia su habitación. Sentía el sueño acercarse y sitiarse lentamente, un deseo de dormir que hacía tiempo no sentía. Al ver su cama, se desmayó sobre ella sin siquiera desvestirse.

Fue al otro día que se despertó intentando recordar cómo había llegado hasta allí. Por un segundo ni siquiera sabía quién era, pero gradualmente rememoró qué era lo que lo había llevado a abandonar su trabajo de la otra noche. Luego de darse una ducha merecida, se volvió a vestir y salió de su habitación renovado. Allí tan solo a pasos, doblando por la esquina del pasillo, estaba la puerta de su despacho. Margaret aún estaba allí. Cuando Gustav entró, pudo ver que la enfermera había desplegado todos los expedientes en el piso, se había dedicado a estudiarlos uno por uno y anotaba lo que parecía ser una interminable cantidad de números en una hoja.

La enfermera hizo caso omiso a la presencia del doctor durante unos pocos segundos y luego apoyó la pluma sobre el escritorio.

—Buen día, doctor —lo saludó— llegó usted en el momento preciso en el que terminaba el trabajo que me encomendó. —Dicho esto, le tendió un cuerpo de no más de siete u ocho hojas.

Hermenoff inspeccionó la lista pasando las hojas rápidamente. El trabajo era impecable.

—Es esto lo que necesitaba, gracias, Margaret —le dijo asintiendo. No fue hasta que llegó a la tercera hoja que un detalle llamó su atención—. Temo que omitiste apuntar los datos de Alexander Fleming.

—Estoy conciente de ello, doctor, pues no encontré el expediente por ningún lado.

Gustav frunció el ceño.

—¿Ah, no?

—Temo que así es —le respondió ella inexpresiva.

—Bueno, pues..., debo haberlo dejado en algún otro lugar, ya aparecerá.

—¿Hay algo más que se le ofrezca, doctor?

—No por el momento —la rechazó él—, veo que has vuelto con ánimos de trabajar duro. Eso me agrada, Margaret.

—Estoy para servirle.

Hermenoff la vio voltearse e ir hasta la puerta. Quiso decirle algo, pero una tormenta de palabras se abarrotó en su garganta. El verla de espaldas le había recordado a aquella noche en la que la había encontrado en su laboratorio. Él se encontraba ahogado por los vapores del alcohol, y en aquel entonces su mayor cometido había sido destruirla, pero ¿por qué no había podido? En su lugar, había cometido el crimen más detestable e indigno. Jamás pensó que lo haría, y había esperado tener que deshacerse de ella luego. Pero no, allí estaba; servicial y sincera, sumisa y respetuosa. Aquello lo enfrentaba a una encrucijada a la que no sabía cómo responder. Y aun así la deseaba tanto.

—Margaret —la llamó por fin. La enfermera se volvió y sus miradas se cruzaron—, sé que han sido unas semanas duras... Creo que puedo contar contigo —tartamudeó vergonzosamente—, solo eso quería decirte.

—Claro que cuenta conmigo doctor —respondió ella con una sonrisa fría e inmutable.

—Ven aquí —le pidió él—, siéntate.

La enfermera dudó unos segundos, pero finalmente hizo lo que se le pedía. Hermenoff se desplomó sobre su silla y abrió un cajón de su escritorio. De él sacó un cuaderno negro.

—Voy a cambiar tus tareas —le explicó mientras anotaba algo en la agenda—. Últimamente, estoy un poco atareado de quehaceres, creo que sería mejor que trabajemos juntos. Voy a acortar tu jornada, nombrarte jefa de Enfermería del ala oeste y trasladarte a una habitación aquí en este piso. Allí estarás más cómoda.

—¿Qué tareas son las que tengo que llevar a cabo entonces? —quiso saber la enfermera.

—Bueno..., básicamente debes ayudarme en lo que te pida, sin preguntar ni dudar sobre ello, pues serás algo parecido a mi mano derecha. —Gustav la inspeccionó con la mirada—. ¿Crees ser apta para el puesto?

Margaret no respondió durante unos segundos, aquella actitud del doctor la desconcertaba completamente.

—Creo que sí —respondió finalmente.

—Entonces, esto debe quedar aquí entre nosotros —le explicó él—. No habrás de comentar nada con las otras enfermeras o doctores; nadie puede saber nada de lo que ocurre aquí. La historia oficial será que te ganaste tu puesto con trabajo y entrega.

—Comprendo.

—No puedo pagarte más de lo que ganas, pero sí amenizar tus tareas y tu estadía. Tan solo debes estar lista para acudir cuando te llame y organizar las labores que se llevan a cabo en el ala oeste.

—Lo haré.

—Muy bien —dijo el doctor levantándose de su asiento—, puedes retirarte, comenzarás mañana por la mañana. Hoy puedes descansar dado que estuviste toda la noche despierta.

—Gracias, doctor —le respondió ella poniéndose de pie también.

—Hazme otro favor —le pidió Hermenoff antes de que Margaret pudiese cruzar la puerta—. Dile a las enfermeras y a todo el personal que encuentres que tengan listas sus lámparas de mano. Vamos a estar sufriendo nuevos cortes de electricidad a causa del tiempo tormentoso y del mal funcionamiento del generador.



# DANIELLE

## ACREEDORA

Si bien el espejo le devolvía una imagen amigable, Danielle no terminaba de convencerse de la manera en la que había arreglado su pelo. Es que siempre le había costado peinarlo por las mañanas. Si tan solo durmiese como una señorita, sin dar tantas vueltas en la cama, tal vez podría encontrarse con una imagen más delicada luego de despertarse. Pero ¿cómo controlar aquello? Se contempló de frente, luego de un perfil y enseguida del otro, y decidió por fin que no estaba satisfecha, así que volvió a empezar. Tampoco le gustaba su maquillaje, ni la ropa que había elegido. ¿Debía cambiarse nuevamente? Llevaba un vestido largo de seda que le llegaba hasta los tobillos, y aunque pensaba que la hacía ver gorda, no dejaba de mirar sus pequeños pechos lucirse en aquel escote apretado. Si tan solo el sastre no hubiese sido tan imbécil, habría hecho la cintura más angosta, pues aquel era un vestido algo deforme. Como sabemos, su busto no era nada generoso, y el corsé era más ancho de lo normal, pero además de aquello, la falda tenía los pliegues más extraños que ella jamás había visto. En fin, lucía como una niña deforme y obesa, y odiaba verse así. Se puso de pie y se alejó de la cómoda para apreciarse completamente. Sintió náuseas. Rápidamente, se escurrió fuera del vestido y fue hacia el armario. Quedó allí parada frente al desfile de prendas que apareció ante ella. No podía decidir. Hacía demasiado frío para el amarillo o el blanco, el verde ya no le gustaba como antes, y los tonos rojos y *bordeaux* le parecían excesivos para ir a ver al doctor Hermenoff. Tampoco comprendía de qué iba todo aquello, si con la temperatura de aquel día no preveía remover su abrigo.

Un ruidito a sus espaldas la hizo voltearse súbitamente.

—¿Qué haces aquí? —exclamó entre susurros—. ¡Me estoy cambiando!

El visitante le hizo una seña para que guardara silencio. Echando llave a la puerta, caminó por la habitación, dejándola un tanto más oscura al cerrar las cortinas.

—Debo irme en unos minutos —le dijo Danielle haciendo caso omiso a la intrusión, y aún atenta a la elección de su atuendo—. ¿Quieres abrir un poco esas cortinas? No veo casi nada.

Unas manos la tomaron de la cintura, y sintió cómo un par de labios recorrían ahora su cuello. Casi sin desearlo, un inaudible suspiro se escapó de su boca, y sintió su cuerpo contraerse por completo ante la sensación placentera.

—¿Puedes parar? De veras, necesito irme.

Las manos acariciaban, los besos no se detenían, y la joven Bellerose sintió cómo todos los pelos de la nuca se le erizaban. Casi involuntariamente, cual acto vergonzoso, dejó escapar un leve, pero sonoro gemido. Tapándose la boca por reflejo, hizo que su acompañante supiera que estaba logrando lo que quería, y luego de tomarse unos minutos más para esconder su deseo, se abandonó por fin a las caricias que la asediaban. Así como estaba, acarició la cara de aquella persona que recorría su cuello apasionadamente. Hundió sus dedos en su cabellera, dejó escapar nuevos suspiros, acompañándolos de movimientos corporales que invitaban al otro a seguir adelante. Las manos, que antes acariciaban su abdomen y su cintura, se dirigían lenta, pero vertiginosamente hacia abajo, tentándola a pedir más y más. Pero ella no lo haría, jamás pedía, prefería soñar con la promesa de que lo que vendría sería una sorpresa, algo que ella no esperaba esperar.

Casi como por reflejo, miró el reloj. Se hacía tarde a un ritmo increíblemente rápido, y detestó tener que abandonar aquel momento.

—Se me hace tarde —dijo frenando aquella mano que se aventuraba cintura abajo. No pareció necesitar más para que los besos también cesaran.

—No me deje así... —imploró esa otra persona que, si bien había abandonado sus caricias, la tenía aun fuertemente asida contra su cuerpo.

—Preferiría yo cien veces quedarme antes que salir al frío para ir a ver al viejo idiota este —dijo consolando a su amante—, pero debo hacerlo. —No obtuvo más repuesta que un suspiro desganado y se volteó para tomar su cara entre sus manos. Plantó allí un beso suave y sincero, y el

aplomo apareció en su mirada cuando la otra persona sonrió tímidamente—. Prepárate para mi regreso, Albine.

—Lo haré —le respondió la muchacha—. ¿Va a ver al señor Alexander? —¿Por qué lo preguntas? —inquirió el ama, a quien aquella pregunta le había sonado extraña.

—Es que... si él vuelve...

—No seas tonta, Albine, si Alex vuelve, será bajo condiciones muy extraordinarias —explicó a la preocupada criada—. Y llegado el caso..., no será el mismo.

—¿A qué se refiere la señora?

Danielle volvió a mirarse al espejo y comenzó a arreglar su cabello nuevamente.

—Si el doctor Hermenoff es capaz de hacer algo por él, Alex ya no será quién era. Estará curado de su locura, pero será solo un instrumento para mantener nuestra fachada. Nada se podrá interponer entre nosotros, puedes estar tranquila.

—Si usted lo dice, lo estaré.

La joven Bellerose acarició su mejilla nuevamente.

—¿Eres mía?

—En cuerpo y alma, señora.

Luego de besar sus labios una vez más, Albine salió de la habitación. Danielle quedó a solas y se decidió por fin por un vestido de tonalidades violáceas, aquellas que le recordaban al vino borgoña. Su cuerpo tenía mejor forma en él, y aunque sus pechos no se luciesen, se veía más femenina de aquella manera.

Esa sí que era una mañana fría. La joven Bellerose no se despegó de su abrigo durante todo el trayecto a St. Claire. El carruaje se movía ágilmente por el camino, bajo sus instrucciones. Es que no quería pasar todo el día afuera de la casa, solo debía ir a aclarar algunas cuestiones con aquel viejo horrible.

Mientras escrudinaba el costado del camino, no podía dejar de pensar en el asilo. Habían pasado largos meses desde que había visto a Alexander, unos meses que le habían parecido ser toda una vida. Recordaba aún cómo se había ido de allí. Su mundo había acabado aquel día, pero ella había edificado, no sin esfuerzo y heridas, uno nuevo. Un mundo en el que todo iba a ser perfecto, una vez que su esposo volviese. Pues solo aquello iba a ser: su esposo. Tal vez debería embarazarse, traer un niño

entre los dos para asentar la familia. Si algo necesitaba en ese momento, era que Gustav Hermenoff le devolviera a Alexander listo para oficiar de hombre de la casa.

En su tiempo libre, había aprendido a leer y a escribir con soltura, el jardín estaba aún más hermoso que nunca y había comenzado las tratativas para editar los libros no publicados que Alex había dejado en su biblioteca. Eran nueve tomos de cerca de quinientas páginas cada uno, “hermosas historias”, según el dueño de la imprenta. Se había dirigido personalmente hacia la residencia Fleming una vez que hubo recibido la carta de la señora Bellerose, pues había esperado aquel momento ansiosamente. Aseveraba haber vendido todas las copias de ““El último faro”” que había impreso, y le había comentado a ella que era pregunta corriente en las librerías cuándo escribiría el señor Alexander Fleming su nuevo libro. Cansado de hacer falsas promesas, de escribirle para impulsarlo a entregarle nuevo material y de buscar algún autor cuya escritura se pareciese, el señor Larsen se había dado por vencido. Pero la suerte le había sonreído, pues tenía ahora material para pasar años de jubilosa producción, las ventas se dispararían y Alexander llegaría a la fama más rápido que lo que hierve el agua.

—¿Y dónde está mi letrado escritor? —quiso saber aquella tarde jovial.

—Alexander —le afirmó Danielle.

—Sí, sí..., quiero hablar con él —se explicó Larsen—. Sé que no es un hombre muy amistoso, pero es esta una caricia al alma, sí que lo es. ¡Podríamos ganar tanto dinero, planear obras de teatro, óperas, incursionar en el ballet! —Su bigote se movía inquieto al compás de su felicidad—. ¿Dónde está?

—Internado —dejó escapar Danielle con naturalidad. Pudo observar cómo el ceño de Larsen se fruncía, y su bigote por fin se quedaba quieto, sosteniendo un gesto de tristeza. No hubiese sabido por qué, pero disfrutó de aquello.

—¿Qué es lo que le aqueja? —quiso saber Larsen.

—Está loco, encerrado en un hospital psiquiátrico —le explicó Danielle, abandonada de cualquier expresión.

—¡Es eso una tragedia!

—Un poco, todos estamos muy preocupados por él, aunque no corre peligro.

—¿Hay algo que pueda hacer por usted?

—Sí, lo hay —le dijo la joven y se acercó hacia él. —Háganos ricos, firmaré cualquier contrato por él, soy su testaferro, su guardiana y la única autorizada a tomar decisiones en su nombre hasta que mejore su condición mental.

—¿No está eso un tanto... fuera de lugar?

—¿A qué se refiere?

—Bueno..., tal vez no debería aceptar estos manuscritos, dado que no es el mismo Alexander quien me los entrega —explicó Larsen, acariciando los cuadernillos como si estuviesen bañados en oro—. No sería correcto.

—¿Cuánto lo haría correcto?

—El cincuenta por ciento.

—Le daré el veinte.

—Eso no lo hace correcto.

—Hay tantos editores en la ciudad...

—¿Sabe usted cuánto costará movilizar un negocio de esta índole?

—No, ni me interesa, mientras haga engordar nuestra parte, más engordará la suya.

Larsen torció nuevamente su expresión y, conciente de que no trataba con una niña tonta, tomó a su adversario por lo que verdaderamente era: una mente de negocios.

—Entonces..., digamos que mi parte podría extenderse hasta el veinticinco y cinco por ciento.

—Ese es un número que estoy dispuesta a aceptar.

—Tiene usted un acuerdo entonces.

A Danielle, aquel hombrecillo también le causaba repugnancia, con su calva temprana y ojos de sapo. Pero solo había tenido que lidiar con él una tarde, luego, se había encargado de ultimar los negocios mediante correspondencia. De aquella manera, había solucionado los problemas económicos que atormentaban su horizonte.

No era raro que estuviese tiritando, cada vez sentía menos interés por la comida, y aunque anímicamente se encontrase en perfecto estado, obtenía más placer en el trabajo que en el goce o el ocio. Es que Alex se había ido y la había dejado en un estado de dependencia tal que se había confrontado con una bifurcación en su camino. Podía dejarse estar, abandonarse al dolor y la sensación de soledad; o resurgir de aquel círculo de depresión y tomar las riendas de la casa. Había sido este último su curso de acción, y no cabía en su renovada felicidad.

Casi sin notarlo, se durmió hasta que el coche desaceleró súbitamente. La detención la hizo sobresaltarse, y descubrió somnolienta que había llegado a St. Claire. Pasado el mediodía, se dirigía caminando hacia la reja, donde un guardia de seguridad le cedió el paso. Se sintió algo extraña al cruzar nuevamente aquel jardín, cuya belleza se encontraba en total contraste con la tristeza que reinaba en el asilo. Todo estaba igual a como lo había dejado, con excepción de la fuente, que se veía un tanto derruida. ¿El paso del tiempo, tal vez?

Contaba con que Hermenoff la esperara al pie de la escalinata por lo menos, pero ni eso había hecho aquel idiota. Su furia iba en aumento con cada escalón que subía, y no veía la hora de llegar ante la puerta del despacho. Cruzó con pasos rápidos la entrada y se encontró con el vestíbulo vacío. No cabiendo en su indignación, golpeó el pequeño llamador, una y otra vez. El timbre resonó en los altos pasillos y se perdió en la distancia, pero el lugar parecía estar desierto. ¿De qué iba todo aquello? Aquellos corredores solían estar atiborrados de gente. Bueno, pues, si nadie la atendía, ella ya sabía qué hacer. Sacó de uno de sus bolsillos un sobre, lo abrió y estiró un papel blanco sobre el mostrador. Redactó allí una breve, pero contundente carta y la volvió a guardar en el sobre. Sin importarle cualquier tipo de protocolo, subió las escaleras y fue directamente hacia el tercer piso, donde se encontraba la oficina de Gustav Hermenoff. Al pasar por el segundo nivel, contempló la reja que llevaba hacia las habitaciones de los pacientes. Los pasillos aquí también se encontraban desiertos, pero aun así poblados de voces y lamentos. Era atemorizante oír aquellos quejidos.

Había llegado ya ante la puerta y llamó para comprobar su suerte. Como esperaba, nadie atendió, entonces pasó el sobre por debajo, esperando que Hermenoff se dignara aunque sea a leer lo que ella tenía para decirle. Sin más meollo, dio media vuelta y se retiró por donde había venido.

En su descenso por la escalera, le pareció escuchar nuevamente los quejidos en el segundo piso. Perdió los estribos de su interés, abandonándose a su curiosidad, y se acercó lentamente. Quería espiar los pasillos, saber si había alguien con quien pudiese hablar, alguien que supiera dónde estaba el director del hospital. Estaba todo tan oscuro... Miró a la derecha, pegada a los barrotes, intentando ganar el mayor campo de visión que la puerta le permitía. Nada. Al voltear hacia el

otro lado, un acto reflejo la hizo caer al suelo, presa de un terror que la invadió por completo. A centímetros de ella había un ser extraño. La había tomado por sorpresa, pero su atuendo lo volvía aterrador, completamente extravagante.

—¿Quién es usted? —le preguntó al paciente, quien estaba vestido con rayas blancas y negras—. ¿Sabe dónde puedo encontrar a Gustav Hermenoff?

El otro no le respondía, naturalmente, y Danielle se vio retrocediendo a rastras, no sin clavar su mirada en él, tal como si el individuo pudiese atravesar la reja y perseguirla. Solo quería alejarse, no sabía qué tan peligrosa era esa gente. No fue hasta que llegó al pie de la escalera que se puso de pie y las bajó con pasos rápidos, intentando alejarse lo antes posible.

Llegó a la planta baja agitada y desorientada. Sentía su corazón correr furiosamente. Por cosas así, odiaba aquellos lugares. ¿Acaso todos los locos estaban sueltos allí? Quería irse lo antes posible. No podía tolerar la idea de pasar un minuto más, en ese lugar terrible. No podía, además, concebir la idea de que el personal estuviese ausente. ¿Qué clase de loquero era aquel si los locos corrían libres por los pasillos? Se encontraba jadeando contra la pared, intentando calmarse, cuando una voz la hizo sobresaltarse nuevamente. Volteó casi escandalizada, pero se calmó al ver quién se dirigía a ella.

—¿Se encuentra bien, señora? —le preguntó Margaret apoyando una mano sobre su hombro.

—Casi me matas de un susto —la culpó perdiendo los estribos.

—Venga, siéntese por aquí —le dijo conduciéndola hacia una silla—. ¿Se le ofrece tomar un poco de agua? ¿Un té, tal vez?

—No, no quiero tomar nada —la rechazó Danielle, todavía molesta.

—¿Qué hace aquí, señora Bellerose? —inquirió Margaret con sincero desconcierto en su rostro.

—Vine temprano, quería tener una cita con el doctor Hermenoff —explicó ella, más calmada.

—El doctor no se encuentra, tampoco la mayor parte del personal. La tormenta de anoche cortó muchos caminos y gran parte de las comunicaciones. El doctor no estará llegando sino hasta mañana por la tarde.

—¿De qué tormenta hablas, niña?

—La tormenta de anoche, señora.

—Anoche no hubo ninguna tormenta.

—Temo que sí, señora, recibimos un telegrama desde el pueblo; muchas de las rutas se encuentran inundadas, y los caminos no son seguros para los caballos.

—Margaret, yo viajé hasta aquí esta mañana.

—Seguramente, la ruta que tomó se encuentra liberada de los destrozos que ha hecho la tormenta en otros lugares, señora.

Danielle guardó silencio. La enfermera debía de tener razón.

—¿Por qué están sueltos los pacientes? —quiso saber, cambiando de tema—. Uno de ellos me miró largo y tendido, y no respondió cuando le hablaba... Fue tan perturbador...

—Debió usted de haberse equivocado, pues los pacientes están en sus habitaciones.

—Siento decepcionarte, pero cuando pasé por el segundo piso, allí estaba.

—Lo que es aún más raro, pues el segundo piso se encuentra desierto. Aquello era imposible.

—¿Cómo que desierto?

—Hace unos años hubo una falla eléctrica general en todo el ala norte del segundo piso. Jamás se pudieron costear las reparaciones, por lo que quedó deshabitado. —Danielle la contempló, no creía en lo que decía, pero ¿por qué mentir con algo así? —. No la veo convencida, señora, ¿quizá querrá usted que la acompañe a visitarlo?

—No —negó rápidamente la joven Bellerose poniéndose de pie—, lo siento, he dormido poco, venía con la esperanza de ver al doctor, y...

Enmudeció súbitamente. No se sentía del todo bien, y las ganas de abandonar aquel lugar crecían en su interior. De algún modo, sentía que debía irse.

—La comprendo —dijo Margaret rompiendo el hielo—. ¿Está segura de que no quiere acompañarme a tomar algo caliente?

—No, te lo agradezco —negó Danielle—, voy a retirarme.

—Está bien, ¿quiere dejarme algún mensaje para el doctor?

—Pasé una carta por debajo de la puerta de su despacho, fíjate que la reciba y la lea.

—Lo haré —respondió Margaret y suspiró pesadamente cuando la señora Bellerose cruzó la puerta y se subió a su carruaje. Acto seguido, subió apurada al despacho y abrió la puerta. Allí estaba la carta, ensobrada sin lacrar. La leyó rápidamente y se serenó al ver que no decía



nada sobre ella. Volvió a meter el mensaje en el sobre y lo apoyó en el escritorio. El doctor no estaría nada feliz con aquella misiva.

Salió del despacho y lo cerró con llave. Al pasar por el segundo piso, no dejó de contemplar el pasillo. Aunque no vio nada, sintió la mirada del mimo, siempre presente.



# ALEXANDER

## A TRAVÉS DEL ESPEJO

La calle húmeda, pintada de oscuridad y abrigada con la neblina de la madrugada, se había convertido gradualmente en meras pinceladas frente a él. Apoyó sus dedos una y otra vez sobre el lienzo, y una y otra vez lo que tocó fue la tela. Intentaba penetrar nuevamente en la escena, volver hacia aquella callejuela en la que había estado parado hacía solo unos segundos. Pero no había allí más que pintura. Era tan solo un cuadro, la representación de un farol asediado por el frío de la noche. En la parte inferior del marco, una placa leía: “El estigma”.

Una voz a sus espaldas lo sorprendió.

—¡Oiga! —le susurró secamente un hombre vestido de azul—. ¡No toque las obras!

—Lo siento —solo pudo responder él y se alejó rápidamente del cuadro.

En su mano, una copa de fino cristal. El líquido dorado en su interior exhalaba pequeñas burbujas inquietas. Debía haber sido eso. ¿Cuánto había tomado? Tal vez, el champagne se le había subido a la cabeza antes de lo esperado. Se disculpó con el guardia nuevamente y prosiguió su camino a través de la galería. A su alrededor resplandecían el glamour y el lujo. Entre paredes adornadas de columnas de estilo antiguo, pulidos pisos de granito y una tenue y acogedora iluminación, cientos de personas vestidas de etiqueta sonreían, lanzaban discretas carcajadas y estrechaban sus manos. Los brazos vestidos de negro y gris envolvían angostas cinturas, mientras las mujeres exhibían sus joyas para que la sociedad las reconociera, una sociedad que perseguía todo aquello que resplandeciera sobre la balanza comercial. Y el champagne

corría libre en todo momento, mientras Alex escudriñaba sus alrededor con perplejidad. Comenzó el escritor a caminar por el lugar sin articular palabra, limitándose a mirar las pinturas mientras rogaba pasar desapercibido ante las miradas de curiosidad que recorrían los rostros de aquellos que cruzaran. No quería él también tener que pretender ser alguien que sabía que no era.

Los corredores parecían extenderse infinitamente, cambiando a su antojo. Era como si se dividieran y fusionaran, reorganizados aleatoriamente bajo el dominio de algún capricho inexistente. Ya había perdido la cuenta, por supuesto, tanto de las obras como de los pasos que había dado. También del tiempo y hasta la cantidad de pasillos que había transitado. Su cabeza estaba a punto de explotar. Cada vez que miraba alguna pintura sentía fuertes punzadas en su cabeza, tal como si miles de agujas se clavaran detrás de sus ojos simultáneamente. Una mano en su espalda lo hizo volver en sí, y al voltear, se encontró frente a frente con un hombre de bigote que lo miraba divertido. Le pareció conocerlo, aunque no podía descifrar de dónde.

—¡Alexander Fleming! —lo saludó el extraño efusivamente—. ¡No esperaba encontrarte aquí!

El escritor le devolvió la sonrisa, aunque falló en reconocerlo. Aun así, su voz le resultó inexplicablemente familiar.

—Buenas noches... —saludó por compromiso—, ...lo siento, pero no recuerdo su nombre.

—Zachary Storm, esta es mi muestra —le respondió el hombre descubriendo un elegante bastón de cedro pulido—, y usted es el autor Alexander Fleming, si mi memoria no me falla. ¿Pero se encuentra usted bien? Se le ve un tanto... abstraído.

—Estoy bien, tan solo debo controlar un poco el ingreso. —Sonrió el escritor levantando la copa.

—No me extrañaría, es un buen champagne —reconoció Zachary—. ¿Ha visto algo que le haya gustado?

Alex titubeó, le incomodaba la confianza que el extraño tenía con él.

—Claro que sí... Estuve un largo rato observando un cuadro de tonos fríos, una callejuela húmeda en la noche. De veras me gustó.

—”El estigma”.

—Ese mismo.

—Ya lo sabía, te estuve observando —reveló lentamente el hombre, luego sonrió divertido—. Tienes una increíble capacidad para sustraerte de aquello que te angustia.

Alex frunció el ceño, ¿a qué se refería?

—Temo que no entiendo qué me quiere decir.

—Es momento de que despiertes, muchacho.

El escritor se alejó un poco de él. Storm lo seguía con la mirada, una mirada inquisidora. Al mismo tiempo, sonreía con saña, tal como si la confusión de Alex le causara un enorme placer.

—De veras me gustan sus pinturas, señor Storm, pero creo que voy a retirarme, puede usted buscar a alguien más para hablar de ellas.

—¿A quién buscaría?

—Eso está en su poder de elección —le respondió Alex haciendo un gesto con las manos—, estoy seguro de que habrá alguien entre tanta gente a quien pueda usted molestar.

El extraño hombre parecía investigarlo con sus ojos, tal como si supiera de antemano lo que Alex estaba por decir. Y siempre tenía esa sonrisita estúpida... ¿Quién se creía?

—¿Qué gente? —preguntó solemnemente el señor Storm, con cierto dejo de falsa confusión.

—Toda esta... —explicó el escritor moviendo una mano en el aire. Pero enmudeció pronto, pues a su alrededor no había nadie. La galería estaba desierta.

Miró a Storm y este le devolvió la mirada. Alex se alejó lentamente del extraño hombre. Fue a dar con una columna y se desplomó sobre el suelo. Una duda parasitaria se apoderó de él, mientras lo que creía había sido producto del alcohol nuevamente reptaba por las paredes de su conciencia.

—¡Hasta que despertaste, pequeño! —. El hombre se acercó unos pasos—. ¿Por qué estás tan aterrado?

—¿Quién eres? Dime por qué me persigues y qué está pasando —pidió Alex con voz temblorosa— ...y no te acerques.

El señor Storm se volteó y se acercó a uno de los cuadros.

—Ya te dije cómo me llamo, pero veo que en verdad estás confundido... —respondió lentamente, como si hablara consigo mismo, luego volteó súbitamente y se puso en cuclillas—. Te explicaré. Mi nombre verdaderamente es Zachary Storm. Soy parte de tu mente, y por lo que

veo soy la única porción conciente de ti. Esta galería no es más que otra creación de tus pensamientos, y cada obra de aquí es solo la representación de tus impresiones sobre el mundo exterior. Vi lo que hiciste recién, es de verdad notable cómo convertiste una memoria en un mundo que pudieras habitar... ¿Cuánto tiempo más vas a continuar de la realidad?

—¿Escindido? —preguntó Alex confundido y asustado. El granito del suelo era suave y liso, y acariciar su textura etérea le devolvía un poco de sosiego.

—Lo sé, es mucho que aceptar... ¿qué es lo último que recuerdas?

La cabeza de Alex estaba por explotar nuevamente. Necesitaba un trago, y por suerte en su mano tenía uno. Llevó velozmente la copa a sus labios, y no bien sintió el contacto del fino cristal, el objeto estalló en miles de granos de arena. El sobresalto lo hizo ponerse de pie, y al observar su cuerpo, se vio vestido nuevamente con la misma ropa andrajosa que había llevado en el bote.

—¡Un bote! —exclamó con los ojos desorbitados—. Estaba en un bote... luego me dormí...

Pequeñas imágenes, cuadros móviles, olores, sabores y sonidos reptaban por su mente, intentaban ensamblarse, formar un recuerdo sólido. Pero el zumbido del viento, el sabor del champagne y el olor de la neblina se repelían a sí mismos, creando más incertidumbre de la que intentaban deshacer.

—Estaba en un bote..., luego me desperté o me dormí más profundo..., no sabría decirlo.

—Este es tu limbo. Es un escenario que armaste cuidadosamente para defenderte de algo. Por eso no puedes recordar nada. Lo curioso es que aún quieras castigarte por un crimen que no cometiste.

—¿Un crimen?

—Acompáñame —dijo el extraño hombre con una sonrisa—. Yo puedo mostrarte, confía en mí. En esta galería está la respuesta, pero es el final de un laberinto que tú mismo edificaste.

Zachary se alejó por el pasillo. Alex titubeó. ¿Debía en verdad confiar en él? No lo hacía, claro, pero aquel extraño tenía —o parecía tener— todas las respuestas que él quería. Se debatió un momento, pero finalmente comenzó a seguirlo con tímidos pasos.

—Cada uno de estos cuadros es la manifestación de algunos de tus recuerdos. Todos te generan malestar. Has invertido suficiente tiempo

en sufrir, olvidar y pretender que todo estaba bien. Ahora es el momento de recuperarte y dejar ir, por eso estás aquí.

—¿Y por qué estás tú aquí?

—Acércate más, no voy a morderte —exclamó el hombre con un dejo de hastío—. Es tiempo de que vuelvas al mundo real o te vayas de él para siempre.

Alex oía hablar al extraño hombre, pero no podía hacer sentido de nada de lo que él decía.

—¿Mundo real?

—No creas que ahora estás en él —respondió Storm rascándose la barbilla—. En este momento estás encerrado en una habitación en un psiquiátrico, atado de manos y pies, en un estado que oímos que los médicos llamaban “catatonía”.

—Entonces, estoy dormido...

—Paralizado.

Alex acarició su cabeza, nuevamente miles de aguijones se hendían profundamente en cada rincón de ella. Sus dedos sentían el ardor de la fiebre repentina.

—No comprendo..., me cuesta recordar.

—Puedo ayudarte a recordar, pero no te diré todo lo que debes averiguar por ti mismo. —Storm frenó en seco y lo tomó por los hombros—. Me hablas a mí, pero en realidad es contigo mismo con quien estás teniendo esta charla. Dividiste tu personalidad tantas veces...

El hombre miró al suelo. En sus ojos había un destello de vacilación. A fin de cuentas, Alexander parecía no ser el único en sentirse perdido.

—No estás aquí para curarte, no pienses en esto como una aventura de la que saldrás vencedor, acarreando la cabeza de algún dragón que acabaste de matar. —La voz de Storm se tornó seria y severa—. Nuest... Tu estado mental y físico es delicado... Pero de ti depende irte satisfecho o aferrado a una culpa inexistente y vacía.

—¿Estoy muerto ya? —preguntó Alex—. ¿Qué sentido tiene entonces? Si todo lo que tú clamas es verdad —y espero que no sea así—, prefiero quedarme aquí, ahora mismo, no me interesa seguir... recorriendo memorias o lo que sean.

Lo siento, muchacho... —se disculpó Storm, aunque no debía hacerlo—. ...De veras lo siento, pero creo que, si has de morir, bien podrías hacerlo a tu manera. —Al observarlo, supo que el escritor no parecía satisfecho aún—. Ven conmigo.

A paso decidido, lo guió a través de pasillos que parecían interminables. Alex vio pasar las mismas obras una y otra vez, en distinto orden y ubicación. Storm buscaba insaciablemente algún cuadro en especial, caminaba con pasos ligeros, moviendo la cabeza de aquí para allá, escudriñando con la mirada cada una de las obras colgadas.

—¿Por qué cambian de orden? —preguntó el escritor tímidamente—. Ya he visto las mismas una y otra vez.

—Es su naturaleza. Tu mente no quiere que accedamos a algunos recuerdos, es un mecanismo defensivo —explicó Zachary Storm sin abandonar su búsqueda—. Es por ello por lo que no puedes recordar. No solo no puedes, no quieres.

—Es todo demasiado surrealista para mí. —Alex se sintió avergonzado, aunque no sabía bien por qué.

—Debes saber que ahora eres ajeno en tu propia cabeza. Una bacteria en un organismo —el hombre frenó sus pasos y volteó para mirar al escritor—. Eres un invasor, y se te tratará como tal... Cualquiera sea el mecanismo del que tu mente se valga para eliminar y neutralizar las amenazas, ten por seguro de que lo usará contra ti.

Storm bajó la mirada y volteó hacia un costado. Sus ojos retomaron su expresión divertida y relajada cuando señaló el cuadro en la pared e hizo un ademán de victoria.

—Mira esta pintura, Alexander.

Y el escritor se acercó.

En la escena, se veía un faro al pie de un acantilado. El cielo se encontraba poblado de nubes de tormenta, recorriendo un degradé que nacía en un gris oscuro y adquiría una tonalidad azul petróleo a medida que se acercaba al océano. Los árboles que alcanzaban a verse se encontraban abatidos por un viento tan furioso que Alexander pudo verlos meciéndose hasta casi partirse en pedazos. Las olas colisionaban contra las rocas en la playa, y la espuma volaba junto a un desfile de hojas y pequeñas ramas secas que se desprendían de las cansadas copas. El escritor no se percató de ello, pero en la cima del faro, una sombra se encontraba asida a la barandilla, de cara a la rugiente tormenta. De pronto, un destello oscuro hizo a la sombra cambiar de posición, y la pintura se pobló en segundos de cientos de pequeñas manchas que volaban ahora presas del viento. Manchas blancas y puntos negros.



Es una creencia conocida, una frase popular, aquella que dice que, ante la muerte, vemos pasar nuestra vida frente a nuestros ojos. Cuesta imaginar cómo millones de cuadros móviles podrían poblar nuestra mente en un segundo que se extienda una eternidad. La carga sería demasiada. Pero luego de ese segundo, ese infinito segundo de sufrimiento, sobreviene el silencio. El descanso. La cabeza está a punto de estallar, la sangre inunda cada centímetro del cerebro mientras el pulso se acelera y el corazón amenaza con abandonarse y morir. Se siente frío, calor, se siente desesperación y sufrimiento. Todo un mundo, una historia, entrando al mismo tiempo por una pequeña puerta.

Alex cayó de rodillas, y fue a dar contra el piso de granito rosa. El golpe le hizo sentir el sabor de la sangre en sus encías. Ya lo recordaba todo, pero no podía moverse, tampoco quería hacerlo. La galería daba vueltas a su alrededor, le zumbaban los oídos, sentía náuseas y los ojos se le nublaban a cada segundo. La confusión no tuvo piedad. Sin percatarse de ello, estaba nuevamente de pie. Caminaba por los pasillos elegantemente iluminados, buscaba incansablemente algo que no sabía si llegaría a encontrar. No había rastro de Storm, ni tampoco le importaba encontrarlo. Cada paso retumbaba en su cabeza, como paredes de roca derrumbándose sobre sí mismas, desplomándose en cientos de pedazos sobre el suelo. Pero él debía mantenerse unido, debía ser uno solo. Si lo que Storm le había dicho era cierto, no podía permitirse olvidar, extirparse una parte que sabía que era suya.

La vista empañada se despejaba lentamente, y solo podía pensar en *ella*. Miró sus manos y las vio llenas de grietas y espinas. Le ardían las muñecas. Las refregaba lentamente, ignorando las marcas rojas que llevaba sobre ambas y que escocían más y más a cada segundo. Algunos cuadros cayeron. También golpeó un florero, que se hizo añicos contra el suelo. Podía ver el granito partido a medida que avanzaba, casi como si un terremoto estuviese sacudiendo la edificación.

Cayó de bruces, y en el suelo se encontró rodeado de cuadros desplomados. Tomó uno de ellos y apoyó su mano sobre él. La pintura mostraba una mancha oscura en la pared de un estudio. En el piso de la escena, descansaban los añicos de lo que parecía haber sido un tintero, cientos de hojas tachadas y una botella de la que destilaba una gota perlada y carmesí. Se apoyó con todas sus fuerzas sobre el lienzo esperando escapar de allí lo antes posible, pero el cuadro permanecía tal cual lo que

era: una pintura sobre tela. Debía funcionar, tenía que hacerlo. No podía pasar allí un minuto más.

Otra pintura se desplomó al otro lado del pasillo y aterrizó parada, apoyada contra la pared. La mirada de Alex se clavó en ella casi instantáneamente. A lo lejos, un par de ojos se la devolvieron.

Hacia el final del corredor, el granito rosa se volvía gris, las pinturas en bosquejos de carbonilla, y la luz parpadeaba inquieta. Allí se encontraba, apoyado contra la pared, el mismo cuadro por el que había entrado a la galería. Había ahora, en la calle húmeda y oscura, un elemento nuevo: un extraño personaje iluminado por la tenue luz del farol. Un ser de lo más insólito. Pero la escena estaba viva, y el individuo no tardó en moverse y dirigir su falsa mirada hacia el escritor. Lentamente, se volvía más grande, caminando hacia la galería, y pronto apoyó una mano enguantada sobre el marco. Para cuando Alex retomó el control de su equilibrio, el mimo se encontraba al final del pasillo.

—No puedo creer que seas tú —masculló Alex incorporándose de con dificultad—. Ya sé quién eres, sé qué quieres..., pero hace tiempo que te eché, pues ya no te necesito.

Dos ojos negros, estrellados, pintados sobre una sucia bolsa de tela, lo miraban apacibles pero con anhelo. Alex se acercó con pasos lentos.

—Te agradezco tu compañía, de veras te agradezco... pero ya no quiero saber nada más contigo. Sé ahora que debo *encontrarla*.

El mimo levantó un brazo y apoyó sus dedos en la pared. Una marea de atonalidades invadió el pasillo, y este perdió gradualmente su color. Los lienzos se volvieron ceniza y la luz sobre su cabeza estalló en miles de pequeños cristales.

Alexander observó cómo los pigmentos morían a medida que aquel... *acromatismo* devoraba el corredor y destruía todo a su paso. ¿Sería aquello sobre lo que Storm le había advertido? El escritor comenzó retrocediendo unos pasos, pero pronto se encontró escapando a toda velocidad por la galería. Lo veía en cada esquina, lo sentía pisando sus talones, y cuando se encontró con un final en el camino, supo que estaba atrapado.

El mimo allí estaba, como si jamás se hubiera alejado siquiera un centímetro de él.

—¡Aléjate! —le gritó blandiendo un florero (que era lo único que tenía a su alcance)—. Eras mi amigo, no hagas esto.

El extraño ser avanzó, oscureciendo todo a su paso. El escritor se encontraba entre la espada y la pared. Retrocedía de espaldas, no había adónde escapar. Pero chocó pronto con algo, y al voltearse, se encontró con la última obra de la galería. Casi instantáneamente, apoyó su mano sobre el lienzo. La pintura envolvió sus dedos en el acto, y el calor invadió cada centímetro de su cuerpo. Estaba a metros del suelo y pronto aterrizó para sentir la arena arder contra su cara. No le llevó mucho tiempo ponerse de pie, pues buscaba el otro lado del cuadro nerviosamente.

Allí, enterrado al pie de la duna, el mimo lo observaba desde la galería.

Alex, casi frenético, comenzó a tirar arena sobre el lienzo hasta cubrirlo por completo. Tan solo se enfocaba en traer más y más. Hacia el final, no hubo más rastros del marco. Más tranquilo, pero convencido de que eso no detendría a su amigo de la infancia, el escritor se encontró solo y jadeando, coronado por un sol abrasante y un horizonte inexistente. Frente a él, decenas de estructuras grisáceas se erigían abandonadas y derruidas. Sabía bien que no le quedaba mucho tiempo, no podía explicar cómo, pero una corazonada le indicaba que debía correr.



# MARGARET

## VOCES AHOGADAS

La luz de la lámpara era un pequeño destello en la oscuridad que circundaba la habitación. Margaret leía a la luz de una bombilla eléctrica de cuarenta watts. La iluminación perfecta y tenue, la acogedora posición en la que se encontraba y el ruido de la lluvia que caía pesadamente en el patio habrían formado el ambiente más bello para aquel que, al igual que ella, quisiera sumergirse en una lectura reparadora.

Desde que la enfermera había vuelto de sus pequeñas vacaciones, el doctor se había mostrado excepcionalmente atento para con su empleada. Además de tratarla con especial gentileza, la había reubicado en una habitación para ella sola, tan cómoda como cálida, y había rebajado sus tareas y la extensión de su jornada. Aunque las otras enfermeras hablaban a sus espaldas, construían teorías y la miraban con desidia, ella se permitía gozar de las comodidades que Hermenoff le había proporcionado. Solo debía ser cautelosa con él, jugar sus fichas con agudeza y serenidad.

El libro que tenía en sus manos se titulaba “El último faro”, y lo había traído consigo desde su visita a la casa de Alexander Fleming. Tal vez, leyéndolo lograría comprender qué pasaba por la cabeza del triste paciente.

Intercalados entre palabras poéticas y estrofas de un amor infinito —y por escasos momentos algo pegajoso—, se encontraban los extractos más oscuros que jamás hubiese leído la joven enfermera. En la primera parte, Alexander relataba cómo se había perdido en aguas turbulentas mientras buscaba a una tal Justine con desesperación. Tal había sido su suerte que, paradójicamente, él también se había visto envuelto en

una tormenta de altamar que lo hizo naufragar. Lo habían encontrado desmayado y encallado en una playa a no muchas millas de donde había zarpado. El capítulo era llamado irónicamente “El gran capitán”, y era extenso y angustiante.

Al llegar a su final, Margaret pensó que ya debía ser muy tarde, pero siguió leyendo, presa de una curiosidad asediante. Al dar vuelta la página, se encontró con el segundo capítulo del tomo.

## CAPÍTULO II

### *Rayas*

*No importa cuánto camine, mis pasos no me llevan a ningún lado. Los veo correr, niños hermosos tras discos de madera, o tirando cordeles que impulsan pequeños carros tallados. Ahí están sus padres, jugando con ellos. No tienen nada que perder porque siempre lo tendrán todo. Viven una realidad de imágenes móviles que se renueva día a día, atravesados solo por la necesidad de tener algo nuevo.*

*Tienen amigos imaginarios, y ríen y lloran junto a ellos, juegan, corren, gritan, golpean... y nunca paran para descansar. ¿Qué tan raro sería aceptar que a mi temprana adultez aún siento la presencia del mío? Sí, allí está él, impávido, dueño de un silencio perfecto. Ágil, suave y desapercibido como un espíritu, jamás abandona mi lado. No sé qué pensar de él. No lo recuerdo de mi niñez, aunque sí sé que siempre conté con su compañía.*

*Viste pantalones negros y una camiseta a rayas, tal como lo haría uno de esos artistas callejeros que realizan mímica para los transeúntes. Su cara siempre está envuelta en vendas, o bajo una máscara de tela. Sus ojos están pintados sobre el velo con el que cubre su mirada.*

*Jamás me habla, ni jamás me habló, pero su presencia me reconforta.*

Margaret dejó de leer. La descripción de aquel sujeto acababa de hacer que decenas de escalofríos recorrieran su espina dorsal. Alzó la cabeza, la puerta estaba abierta de par en par y, del otro lado, el pasillo a oscuras. Nerviosamente, abandonó las sabanas y cerró el libro. Se había sentido

observada, insegura..., ya no confiaba en la oscuridad. ¿Acaso el paciente se había disfrazado de su amigo imaginario la última vez? Le costaba creerlo. ¿Cómo podía haber abandonado su habitación? Y si tal fuera el caso, ¿cómo sabía del escondite de Hermenoff?

Apartando todas estas dudas de su cabeza, y nuevamente en la seguridad de su cama, se dispuso a continuar leyendo. Pero no había la enfermera acomodado su almohada y terminado de suspirar y estirarse, cuando un repentino destello y un estruendo ensordecedor la obligaron a gritar.

Silencio y oscuridad.

—Dios me salve —resopló, y a tientas buscó bajo la cama y sacó una lámpara. Luego de un par de intentos de encenderla, comprendió que debía de haberse quedado sin aceite. La dejó a un costado y nuevamente se levantó, pero esta vez se dirigió hacia la ventana y la abrió. El viento soplabla con furia, y otros relámpagos se veían en la distancia. Iluminaban fugazmente el horizonte sobre la copa de los ajetreados árboles.

No tenía otra opción más que irse a la cama, y eso hizo. Una vez que estuvo envuelta en sábanas, se dispuso a dormir, pero su cabeza estaba poblada de faros, botes, personajes extraños y una voz que parecía llamarla desde lo profundo. Tan desde lo profundo que solo podía ser desde el océano. Pero eso era absurdo. ¿Cómo podía el océano llegar hasta allí? La tormenta, tal vez, pues había más agua de la esperada a su alrededor. Y no era cualquier tipo de agua. No. Era el agua más azul que jamás hubiese visto, y aunque sabía que el agua era transparente, su tonalidad marina solo podía indicar que estaba en el océano. ¡Y así era! Volaba sobre un colosal cuerpo acuoso y, a vista de pájaro, se perdía entre cada pliegue de la marea. La voz aún cantaba con la profundidad y el misterio de las ballenas, inmiscuida entre los azules más hermosos, ahogada en alguna ruina submarina. La llamaba. Con tantas fuerzas la llamaba... Y ella recorría leguas y leguas, desesperada por ir a su encuentro. Se sumergía bajo la superficie, mientras luces aguamarinas brillaban kilómetros bajo sus pies, allí en las profundidades. Destellaban auroras celestes y verdosas, y pequeñas sombras se convertían en siluetas a medida que ella se acercaba. Caían lentamente pesadas ruinas de madera y metal al abismo, danzando entre corrientes malhumoradas que las mecían con dificultad. Y entre los restos del naufragio, una sirena se movía con sutileza y gracia mientras bailaba enredada en velos

tan azules como el océano mismo que la rodeaba. Margaret la observaba mientras se acercaba lentamente. Presa de una especie de trance que la sometía, no podía dejar de contemplar su belleza, su gracia. Y ella le cantaba con los brazos estirados, y luego la envolvía en sus manos lánguidas mientras la música y el canto morían.

Y luego el silencio. Tan solo el silencio y la mirada.

Una mirada de ojos almendra al principio, glaciales al final. Sus pupilas se congelaron con un resplandor pálido y de pronto sus dedos se convirtieron en hielo filoso. Margaret no luchó por liberarse de su caricia invernal, aunque por dentro no quería hacer otra cosa. El espectro entonces la rodeó en lienzos flotantes y se acercó aún más, para luego acariciar suavemente sus labios con los de ella. El beso gélido oprimió el pecho de la enfermera, quien esta vez comenzó a debatirse y luchar por soltarse. Aunque pensó que aquel era el inevitable final, la muchacha la dejó ir sin dar mucha batalla, volviendo a su melodía suplicante, dejándose arrastrar a las profundidades en una caída que parecía ser eterna.

El agua entre los dedos de Margaret se volvió rasposa e incómoda, mientras ella nadaba tan rápido como podía hacia la superficie. Sentía que se movía a través del lodo, arrastrándose por una trampa que quería inmovilizarla entre sus fauces de tierra mojada. Tal vez no lo supiera, pero por debajo de ella el agua se convertía lentamente en arena. Partícula por partícula.

Los ojos le escocían cada vez más a medida que daba los últimos manotazos, y cuando por fin pudo inhalar una generosa bocanada de aire, supo que estaba a salvo, pero atrapada. En efecto, kilómetros de océano eran ahora kilómetros de desierto.

Se encontraba enterrada hasta el pecho, aunque se sintió agradecida de no haber sido sepultada completamente en las profundidades. Su cabeza parecía estar a punto de estallar, sentía náuseas y un dolor insoportable en sus ojos. Con todas sus fuerzas tiró y tiró, y por fin logró liberar uno de sus brazos. Exhausta, revolvió la arena que reposaba sobre el otro, y en minutos tuvo sus extremidades superiores libres.

El sol era abrasador, y aunque estaba bastante más calma, las náuseas se convirtieron pronto en un malestar tal que no pudo controlarse y vació sus interiores allí mismo. Irónicamente, ahora estaba tan deshidratada que se sintió desfallecer, pero usando sus últimas fuerzas, pudo barrer la arena y liberarse del pozo en el que se encontraba.



Ni una leve brisa recorría las desoladas dunas sobre las que paso a paso se deslizaba. En aquel panorama minutos eran días, o viceversa. A vista de pájaro, Margaret era una pequeña mancha en un mar de dorados y marrones. Cada paso le hacía sentir que moriría en cualquier momento, pero las energías jamás la abandonaron. Era ella, eso era lo único de lo que estaba segura, y debía avanzar. ¿Hacia dónde? No importaba dónde la llevaran sus pasos. Aunque parecía recorrer el mismo metro una y otra vez, la inercia pulsionante de avanzar velaba cualquier idea de sobre quién era, de dónde provenía y cómo había llegado hasta allí. Avanzar era lo único que le importaba.

Se desconocía. Es más, se sentía una desconocida para el mundo que la rodeaba. ¿Qué era toda esa existencia que la colmaba? ¿Por qué la sentía antigua y novedosa al mismo tiempo?

No caminó por mucho hasta llegar a algún lugar y su atención se volcó en el horizonte. Desfilando sobre la arena, decenas de estructuras se hacían más y más grandes a medida que ella se acercaba. Pronto se encontró rodeada por ruinas abandonadas, altos edificios y muros derruidos por haber estado por lo que parecían centenas de años a merced de la arena y el calor. Se asemejaba mucho a un poblado. ¿Había habido de veras gente en aquel lugar maldito? Margaret caminó lentamente alrededor de lo que parecía haber sido una antigua iglesia. Era algo triste tocar la rugosa textura de la pared erosionada e imaginarla bella y firme décadas atrás. Si bien el entorno era desértico hasta donde el ojo permitía ver, la ruina tenía cierto hedor que la habitaba. La enfermera conocía bien ese olor, era el aroma nauseabundo y amargo de la humedad reptando por cada fibra de la madera que poblaba la construcción.

Las puertas de la capilla —o lo que quedaba de ellas— todavía se erguían débilmente cuando la joven las atravesó. Con un movimiento suave, intentó cerrarlas a su espalda, pero la madera cedió, los tornillos se quebraron, y la pesada estructura se venció bajo su propio peso, desplomándose en un estallido de astillas y cristales de colores. Entre tanto silencio y tanta paz, semejante estruendo cruzó tajantemente el aire, recorriendo la distancia y perdiéndose en ecos lejanos. Por un segundo, Margaret se mantuvo inmóvil, expectante. Tal vez, alguien la había oído, pero le costaba amasar la idea de que tuviera compañía en un lugar tan desolado. Aun así, sentía que debía ser más sigilosa.

La capilla era —o había sido— muy hermosa. Aunque la arena y el viento hubiesen arruinado cada superficie, en cada objeto se encontraban las huellas de una época de gloria, pasada, pero viva en los rincones. Al mirar el altar, la joven sintió un escalofrío, pues la figura de un hombre crucificado la custodiaba desde lo alto. O eso parecía, dado que su cabeza estaba envuelta en sucias vendas. Con pasos suaves y discretos, Margaret se acercó sin apartar la mirada de aquella figura colgante. Juntó sus manos, y las sumergió en la pequeña pileta de agua a los pies del guardián. La frescura del líquido recorrió sus dedos, llenándola de una vitalidad y fortaleza que creía perdidas. Apretó sus dedos para no dejar ir ni una sola gota y llevó sus manos a su cara. Luego, bebió. Más tarde, se mojó más. El agua más pura y cristalina le devolvía —sorbo a sorbo— el vigor que necesitaba para salir de allí.

—¿Qué hace usted aquí? No toque nada por favor —habló una voz a sus espaldas y, en su sobresalto, la joven se encontró con un hombre sucio y barbudo en el umbral de la puerta.

—¿Quién es usted? —preguntó retrocediendo.

Rodeó la enorme figura y tomó del suelo un trozo de madera astillada.

—Tranquila, enfermera —dijo el extraño levantando sus manos en señal de buenas intenciones—. Soy yo, Alexander.

—¿Enfermera? —inquirió ella confundida—. No sé de qué habla.

Él se acercó.

—¿Entonces no me reconoce?

Ella retrocedió aún más.

—No... y ya no se acerque.

Todavía con las manos suspendidas en el aire, el hombre desvió su mirada a la puerta por un segundo, cuando se dirigió nuevamente a Margaret, su rostro estaba invadido por el miedo.

—Margaret, sé que no me reconoce, pero debe escucharme.

—¿Por qué me mira de esa manera? —preguntó ella algo nerviosa—. Me está asustando.

—Debe esconderse, se está acercando.

—¿Qué se está acercando?

—Tan solo escúcheme y escóndase.

—Señor, me asusta en serio, no se acerque un paso más porque no dudaré en defenderme.

Afuera algo se desplomó. El estruendo de alguna construcción convirtiéndose en añicos les llegó desde el exterior de la capilla. En un abrir y cerrar de ojos, Alexander cruzó a zancadas la habitación, y antes de que la enfermera pudiese reaccionar, la tomó por los brazos.

—Usted está en peligro —le explicó—. Todo lo que él toca lo destruye, enfermera... Escóndase y procure despertarse, si no, jamás lo hará.

Ella se quedó anonadada por segundos y no emitió sonido hasta que él la soltó.

—Si ese fuera el caso..., ¿qué hará usted?

El hombre bajó su mirada y se alejó. Antes de que se volteara, la joven pudo observar sus manos. Estaban repletas de cicatrices que rodeaban sus muñecas. Unas muy parecidas lucían sus tobillos y su cuello.

—Siento haberla traído aquí, Margaret, no sé cómo pudo pasar.

—¿Traído? —preguntó ella desconcertada, pero ya era tarde.

Las fuerzas la abandonaron súbitamente. Poco a poco la imagen inmóvil de Alexander se aplanaba como un pigmento aferrándose a su lienzo. Su mirada desesperada perdía el brillo del alma que solo los seres vivos suelen tener. Y ella ahora se sentía fuera de aquella pintura que le devolvía la mirada. Alzó una mano, y luego de vacilar, palpó la superficie. Se sorprendió al ver sus dedos manchados, y el rostro del extraño hombre algo borronado. A su alrededor, la derruida capilla seguía igual, pero sus ojos aún buscaban algo que no sabían encontrar. Un detalle, una minúscula parte que no pertenecía a la escena que juraba acababa de vivir.

En la puerta, una silueta confusa se asomaba. Una mancha blanca y negra. Borroneada, desprolija, como si un artista diferente la hubiese agregado luego de que el cuadro hubiese sido pintado. Estaba entrometido, fuera de lugar, rompía la armonía del cuadro en su totalidad. La joven observó la placa en el marco: “El intruso”.

Tomó cuenta de que no era la única pintura de la galería. A la derecha, en tonos fríos y ventosos, un buque se debatía entre olas furiosas, como progenie de algún pincel filoso que, minuciosamente, se había encargado de picar con celo y detalle la espuma que llovía sobre el extenuado navío. A diferencia de la primera obra, esta guardaba una atención al detalle que cualquier crítico habría considerado exquisita. Margaret habría podido jurar que podía observar la escena mientras las velas se abatían inquietas contra el agresivo e inconsistente viento, al mismo tiempo que trozos de madera astillados saltaban por los aires y el barco era lentamente destruido: “Lejos”.

La galería se extendía hacia el final del pasillo. Una serie de obras decoraban cada pared, custodiadas por jarrones de cerámica de los que brotaban hojas vivaces.

El siguiente cuadro era un bosquejo hecho en carbonilla, y sus trazos revelaban la silueta de una amapola cuyos pétalos yacían muertos a su alrededor: “De blancos y negros”.

El próximo era otro lienzo de tonalidades oscuras y aún más frías. En la escena, la luz débil de un farol luchaba incansablemente contra el frío, la niebla y las tinieblas de la noche. Era una esquina dulcemente trazada, perdida en algún rincón de alguna bella y romántica ciudad: “El estigma”.

La enfermera caminaba con pasos lentos, ojeando cada pintura al pasar.

Un faro en la noche, también custodiado por la niebla: “Una luz en la noche”.

Decenas de hojas en el suelo. Una mancha de vino en la pared. Un tintero hecho pedazos: “Rey de las palabras”.

Una pequeña barcaza en altamar, rodeada por la niebla: “Woodheart”.

Un faro al pie de un acantilado, asolado por una tormenta rugiente: “El último faro”. Margaret apenas si miró este. Lo ojeó rápidamente, pues un impulso la hizo perder el interés con facilidad.

La próxima obra era la silueta de una arboleda coronada por un cielo nocturno, un tanto rosáceo y tormentoso, vista a través de una ventana empañada. La joven podía sentir la gélida caricia del vidrio húmedo, y habría jurado ver pequeñas gotas deslizarse por él. Era tan real... Podía observar los árboles mecerse con las corrientes de viento, ver los destellos en la distancia. Tal vez, no debería haberlo hecho, pero tan solo no podía ignorar aquel frío húmedo que invadía su piel al apoyar la palma de su mano en uno de los vidrios. Como por arte de magia, la superficie se empañó alrededor de sus dedos, y cuando los alejó, pudo ver su silueta durante algunos segundos. “Será mejor que me vaya a dormir”, pensó mientras bostezaba y dio media vuelta para dirigirse a su cama. El libro aún yacía apoyado sobre la almohada, y creyó que era una lástima no tener luz para poder leer un poco más. Debería esperar a la mañana. Al cerrar sus párpados, su mente estaba poblada de faros, botes y personajes extraños; pero pronto todo se convirtió en algo lejano, pues se había dormido plácidamente abrazando la almohada.

# ALEXANDER

## PÁGINAS OXIDADAS IV

*Hay algo que detesto de la arena. Se mete en todos lados. No solo que se mete, sino que también es difícil de sacar. Odio sentir los pequeños gránulos bailando en mis zapatos, me molestan terriblemente. Pero el problema no es la arena en sí, sino que amo estar sentado aquí en la playa, y por ello debo aguantarla.*

*La calma que me devuelve el mar, no hay canción de cuna que pueda lograr.*

A. F.

¿Podría quedarse allí hasta que todo pasara? Tal vez, cuando volviese, todo estaría mejor. Podría entonces su madre ir a buscarlo, devolverlo a su hogar, adonde sí pertenecía. No era que no quisiera a su tía, en verdad lo hacía, pero sus palabras no conocían de la caricia. Sus manos mucho menos. Las primeras cortaban el aire con acerado autoritarismo, y las otras eran frías y duras como la piedra misma. El pequeño Alex aprendió pronto a no desobedecerla, a callar y bajar la cabeza. ¿Cuánto más debería de hacerlo? ¿Por qué tardaban tanto sus padres en volver? Para colmo, le encantaba a aquella mujer horrible decirle las mentiras más feas. Solía afirmar, frente a él, que sus padres lo malcriaban sin cesar y que eso lo convertiría en un idiota. Más aún, le decía que, si por ella fuese, se iría a dormir sin comer más de una noche seguida. A cada falta de respeto, según las divinas leyes de Madame Fleming, correspondía una reacción, una consecuencia inevitable y avasallante que terminaría por templar su carácter de niño de mamá.

Era natural que la odiase un poco. Cada temporada que sus padres lo dejaban en las manos de su tía, Alex sabía que el infierno se acercaba a paso redoblado. Solía pasar las tardes perdido en los pasillos de la enorme mansión, sin saber qué hacer o con quién jugar. Odiaba la ciudad, no estaba acostumbrado a ella. Afuera, los coches pasaban uno detrás del otro. Las bestias que los acarreaban coceaban y bufaban al ritmo de las risotadas de las damas y los gritos de los jóvenes vendedores de diarios. Pero al mismo tiempo había carteristas entre las multitudes, mendigos de aspecto harapiento y mujeres de extrañas vestimentas en los callejones aledaños a las avenidas principales. Era una bella ciudad, de verdad lo era, pero en cada rincón pintoresco había siempre una mancha. Y esta era la gente. Parecían tener un talento especial para ensuciar lo bello, erradicar la pureza, destruir lo inmaculado. O al menos estas eran las percepciones del pequeño Alexander. Pero aquellas elucubraciones no tenían su origen en la persona del pequeño, sino que habían sido el legado de generaciones de una familia que prefirió la vida a las afueras, al aire libre. Era natural, entonces, que odiara la ciudad, la casa de su tía, y sus reglas y estructuras.

Una tarde fatídica, la hermana de su padre lo llevó violentamente a su despacho. No era la primera vez que entraba allí, pues. Si bien nunca había podido dilucidar cuáles eran los negocios que la Madame llevaba a cabo, sí estaba seguro de verla trabajando sobre números y montones de dinero durante largas horas al día. Muchos hombres venían a la casa durante su estadía allí. Madame Fleming los hacía pasar a su despacho y se encerraba allí por varias horas con ellos. Alex no cabía en su curiosidad, por lo que un día se encontró escondiéndose tras las cortinas para intentar pesquisar cuáles eran los tratados que su tía mantenía con aquellos señores. Y esto fue lo que vio:

Un hombre de bigote plateado pasó a la habitación dando largas risotadas. Iba muy bien vestido, con un bastón y una galera en sus manos. Lo seguía su tía, con la misma mirada frívola que mantenía las veinticuatro horas al día. Pero sus ojos estaban provistos de una gélida y maligna perspicacia, de un atisbo férreo como aquel que un depredador le dedica celosamente a su presa.

—Póngase cómodo —le había dicho Madame a su invitado, tomando ella la posta de la galera y el bastón, dejando rápidamente ambos a un costado—. ¿Se le ofrece algo de beber?

—Si es tan amable —había accedido el pintoresco señor—, creo que disfrutaría mucho de un buen whisky escocés.

—No discuto temas económicos con extraños alcoholizados, mi señor— respondió en aquella ocasión la Madame.

Y ante semejante respuesta, el señor había fruncido su ceño. Es que un hombre jamás hubiese esperado semejante firmeza de una mujer en aquellos años, y Alex bien lo sabía. La señora Fleming había sido tan imperativa en su respuesta que el señor comenzó a dudar sobre la bienaventuranza de sus negociados. ¿Qué auguraba esa reunión, entonces?

—Su esposo parecía no tener problema alguno en hacerlo, mi señora —replicó finalmente el visitante, desplomando su pesado cuerpo sobre un sillón mientras intentaba sonar lo más indiferente posible a lo que él había concebido como una injuria.

—Mi esposo casi dejó a la familia en bancarrota, mi señor —zanjó su interlocutora—. A lo que nos compete, pues tenemos negocios que cerrar.

El marido de Madame Fleming había fallecido hacía meses atrás. Dejando tras de sí un imperio económico, el magnate había tenido la suerte de comprar terrenos a muy bajo precio, que luego demostraron estar situados sobre yacimientos petrolíferos descomunales. La familia, entonces, había visto sus arcas llenarse hasta el hartazgo, asegurando la providencia de varias generaciones. Pero era ello solo una porción de todo el patrimonio, pues al morir, más de dos tercios de sus tierras no habían visto aún la mano del hombre. Según Madame, su esposo había dilapidado su suerte, y a su muerte lo lloró tan solo unas horas antes sentarse a escribir cartas a los clientes. Ella reanimaría el negocio, haría que cada gota de aquella negra sustancia valiese más que el mismísimo oro.

Y lo había logrado. Ciertos hombres como los del bigote entraban día a día en ese despacho. Pensaban que obtendrían ganancias descomunales al obtener precios bajísimos ahora que el esposo de la Madame no estaba para cuidar el negocio. Lo harían sin esfuerzo, claro, pues ¿qué podía saber una mujer de negocios? Todos y cada uno de ellos se encontraría con que esta mujer sabía, y mucho. Lo que había sido un derroche de potencialidad, una relación económica basada en el whisky y la informalidad, se convertía gradualmente en un negocio tan moderno como explotador. Los compradores entraban riendo, despreocupados y

joviales; y salían insatisfechos, con el desamparo dibujado en sus caras... Pero jamás sin un trato en el bolsillo. Aquel era el legado de Madame Fleming.

Aquella tarde, la señora cerró la puerta tras de sí, pues una criada se encargaría de acompañar al comprador hasta la salida. Había logrado un acuerdo más que jugoso. Pero la tía del tierno Alexander jamás demostraba alegría. Tan solo se dirigió derecho hacia la cortina y tiró de ella para descubrir al pequeño. Casi instantáneamente, se acuclilló y clavó su severa mirada en la de él.

—Espero que hayas aprendido algo, jovencito.

Pero aquello ya había quedado en el olvido, pues Alex nada aprendió esa tarde. Los negocios le eran tan ajenos como el manejo del dinero o la manipulación de la voluntad de las personas. Pasaron semanas enteras, pues aquel año sus padres tardarían en volver. Una tarde, Madame Fleming recibió un telegrama urgente y corrió fuera de la casa. Volvió unas horas más tarde y tomó a Alex de la mano. Lo llevó hacia el terrible despacho y cerró la puerta. Luego de lo que le dijo esa tarde, Alex decidió escapar, pues ella había inventado la mentira más atroz que jamás le había escuchado decir.

*Tus padres murieron.*

La frase aún resonaba en su cabeza, aunque el sonido de las gaviotas y la marea la combatieran sin descanso. Ella mentía. Ella quería convertirlo en un ser a su horrible imagen y semejanza.

*Tus padres murieron.*

No podía creer el pequeño que Madame Fleming hubiese dicho una cosa tan horrible. ¿Acaso no le importaba cómo se sentía él?; ¿acaso no sabía que no era como ella, y que jamás lo sería? Había comenzado a correr no bien la mujer se había volteado para servirle una taza de té. Le gritó. Le dijo que la odiaba, que no quería pasar un minuto más allí. Y claro, luego había corrido. Tanto había corrido que había encontrado su camino fuera de la ciudad, y se había colado en una caravana hacia el pueblo vecino, un poblado pesquero que no veía grandes cantidades de gente a menos que fuese en verano, cuando los buques de pasajeros hacían puerto allí. Estaba a pocas horas de distancia, pero el niño se las había arreglado para llegar a salvo. Su tía jamás lo encontraría allí, pues en ese lugar se quedaría a esperar el regreso de sus padres.

*Ahora crecerás conmigo.*



—Basta —pidió el pequeño.

*Tus padres murieron.*

—Por favor, es suficiente.

*Yo me haré cargo de ti.*

—No soy una carga...

*Tus padres murieron.*

—...

*No tienes nada que temer, yo me haré cargo de ti.*

—¡BASTA! —exclamó el pequeño Alex golpeando la arena con fuerza. Era todo mentira. Una amarga mentira. Tenía que serlo. Sus padres no podían morir, no ellos. ¿Cómo podían estar muertos cuando él los estaba esperando allí en la playa? Pero las frases seguían haciendo eco en sus oídos y su cabeza, y el pequeño no podía callarlas, aunque las tapara con fuerzas. ¿De dónde provenían las voces si no era de la boca de su tía?

*Te enseñaré a ser un verdadero hombre.*

El niño lloró. Claro que lloró, pues no había escapatoria para aquella verdad que lo inundaba de angustia. Se sintió solo, y de alguna manera quería estarlo. Pero la compañía llega por su cuenta y, cuando el sol se hubiese ocultado tras una espesa capa de niebla matinal, supo que alguien estaba sentado a su lado.

—¿Quién eres? —preguntó curioso, pero su compañero era tan mudo como misterioso.

El pequeño calló. No quería hablar tampoco, pues su tía le había advertido sobre los extraños y sus intenciones poco claras. ¿Debía indagar a aquel hombre? Casi sin que él pudiese notarlo, el otro descubrió una ramita que llevaba consigo y dibujó en la arena. Garabato a garabato, terminó por *depictar* un bote en el que una persona solitaria miraba hacia el cielo. Al pequeño Alex le pareció simpático y sonrió al verlo.

—Así me siento —reconoció. Una sonrisa se dibujó en la cara del individuo. Aquel extraño parecía ser amigable—. ¿Te gustaría jugar conmigo? —preguntó el niño con su cara llena de ilusión, y aún más feliz estuvo cuando su compañero asintió—. Quédate aquí y cuenta hasta cien, yo me esconderé y así podrás buscarme.

El otro sujeto pareció estar de acuerdo con ello, pues tapó sus ojos inmediatamente, unos ojos pintados como estrellas. El pequeño Alexander corrió cuesta arriba. Había pocos lugares donde esconderse,

pero si podía entrar al faro que cuidaba la costa, tendría el sitio perfecto para hacerlo. La ladera era empinada y resbaladiza, ¿pero qué había que un niño como él no pudiese hacer?

Al llegar ante la puerta de la torre, la abrió sin dificultades y corrió escaleras arriba. Tal era su felicidad, la de haber encontrado a un amigo que quisiese jugar con él, que no hizo mella en la sinfonía de chillidos que lanzaba cada peldaño cada vez que apoyaba sus pequeños pies en ellos. Estaba lo suficientemente contento para ello, la memoria de su tía nadaba ahora entre aguas poco concientes.

A pesar de los ruidos que hacía el suelo, su camino transcurrió sin accidente alguno hasta que llegó a la habitación de servicio. Allí era donde los guardianes del faro solían tomar notas y estudiar el oleaje, además de llevar un registro de los barcos que anclaban en el puerto. Su padre le había enseñado todo aquello. Pero este cuarto parecía largamente abandonado, al igual que la torre en su totalidad. Preso de curiosidad, el pequeño Alexander fue a dar una pisada en falso y, cuando se acercaba al húmedo escritorio, una tabla se venció bajo su escaso peso, quebrándose en un horrible estallido de astillas y acarreando consigo al niño hacia el vacío. Pero aun menos suerte tenía, pues aunque lograra alcanzar otra tabla antes de caer irremediamente, esta también prometió ceder y lo hizo al instante. Así pasó con otra, y pronto el pequeño se encontró colgando de una gruesa viga que, si bien aguantaba su peso, no lo haría por mucho tiempo más. Se preparó entonces para el amargo desenlace, entre llantos y aullidos de dolor, y cuando sus frágiles dedos ya no aguantaron la presión y se soltaron, un destello negriblanco cruzó el aire y lo tomó fuertemente del brazo.

Era su amigo. Allí estaba para él. Aquel gracioso ser le sonreía con calma, pues todo estaría bien. El niño no lo había notado hasta ese momento, pero su expresión divertida estaba pintada a su rostro. Una ceja levantada, otra levemente curvada, era un sujeto nada triste, nada afligido, y continuaría siéndolo mientras su cara no se despintase. En su rostro, la sonrisa más bella que jamás le habían dedicado resplandecía con la tranquilidad de haberlo salvado. Y el pequeño Fleming lo agradecería por siempre.

O tal vez lo olvidara algún día, y aquello convertiría a su amable amigo en otra cosa.

# GUSTAV

## MAÑANA

Unos meses transcurrieron desde aquella mañana en la que la joven Margaret había escalado posiciones y llegado a tener frente a sí todas las responsabilidades de las que Gustav Hermenoff prefería desembarazarse. El doctor solía tener reuniones con su ahora mano derecha, en las que no haría sino distraerse con cualquier cosa que apareciese frente a su mirada mientras la enfermera lo ponía al tanto de su ardua labor. Esta situación beneficiaba prácticamente a ambos: él estaba tranquilo con la joven encargándose de todas las tareas administrativas, por lo que no necesitaba prestarle atención para saber que hacía un buen trabajo; y ella prefería no encontrarse con su mirada, no cruzar muchas palabras con aquel ser que le ponía los pelos de punta y que tenía el efecto de conminarla solo con su presencia. La niña solía llegar ante la puerta del despacho y aguardar a que él la invitara a pasar, luego se sentaría y comenzaría a hilvanar un largo monólogo sin despegar su mirada de los documentos que solía confeccionar. Y así acostumbraban a hacerlo. Pero una fría noche de abril su reunión semanal adquirió peculiar importancia, pues el médico sentó a Margaret frente a sí con la intención de comenzar a dar forma al plan que venía ideando hacía semanas.

El sol había caído hacía ya una hora, y el hospital estaba más frío que nunca. La primavera se estaba tomando su tiempo en llegar, y las lluvias eran ya cosa de todos los días. Si no hubiese sido por la lumbre, que devoraba leña ávidamente, el doctor habría enfermado hacía tiempo. No dejaba de trabajar hasta altas horas de la noche —o tempranas horas de la madrugada— todos los días. Pero ya no se volvía loco entre las cuentas, los recibos, las cuestiones bancarias y la actualización de los

expedientes médicos. La tenía a Margaret para llevar a cabo todas aquellas tareas que no disfrutaba en lo más mínimo. Él, por su parte, podía seguir perfeccionando su obra.

La joven enfermera había desarrollado, con el correr de las semanas, un notorio par de ojeras que no dejaban de llamar la atención de todas sus compañeras y los demás doctores. Ya casi no dormía, trabajando más horas de las que le correspondían. A veces, se sentía desfallecer durante el día o padecía acuciantes mareos y dolores de cabeza, pero había aprendido que el tiempo libre ningún provecho le traía aparejado. Su mente tomaba vuelo casi instantáneamente, y sus ideas no podían alejarse del libro de Fleming. Frente a los extraños sucesos que había atestiguado, las palabras poco podían hacer por ella. Y si las palabras no obraban allí donde se quedaba sin respuesta, menos podían las imágenes que se le presentaban en sueños. Todas las noches se encontraba con la imposibilidad de mantener los ojos cerrados por más de dos o tres horas, terminando por abandonar la cama y sentarse a proseguir con el trabajo que Hermenoff le había encomendado. Se había transformado gradualmente en su secretaria. Así, cada vez que la claridad del nuevo día hacía su aparición en la ventana, la encontraba con la cabeza inclinada sobre decenas de papeles, acompañada solo por el sonido de la lluvia y la luz de la vela.

El doctor le había encomendado recabar datos sobre pacientes que poco tenían en común, una cuestión que la instaba a generar dudas a borbotones. Poco sentido tenía para ella ese trabajo, pues una vez que entregaba las carpetas prolijamente redactadas, Hermenoff no haría más que agradecerle y cerrar la puerta de su despacho. ¿Qué querría con aquella información? Hacía poco sentido de todas las tareas que le encomendaba el doctor, que iban desde movilizar a ciertos pacientes de un ala a otra, alterar datos en sus expedientes, adulterar fechas, escribir cartas —que aún no se enviarían—, hasta calcular márgenes de ganancias y gastos. De esta manera, Margaret se encontraba realizando un análisis exhaustivo del gasto que generaba al hospital el mantenimiento de aquellas personas que parecían provenir de cuna humilde. ¿Estaría queriendo el doctor expulsarlos? No lo creía capaz, o legal, en todo caso.

Por aquello mismo, cuando acudió a la reunión con su jefe, se sentó y guardó silencio por un rato. La había mandado a llamar cayendo la tarde, y la enfermera se había encargado de hacerse esperar lo suficiente

como para poder tapar un poco su cansancio con maquillaje. Pero al entrar al despacho, encontró a Gustav un tanto peor que ella. El viejo doctor separaba sus párpados no sin grandes esfuerzos.

—Llegas tarde —fue lo único que él le dijo, aunque despojado de toda emoción, incluyendo enojo o decepción.

—Lo siento, doctor —se disculpó ella—, me encontré terminando la última tarea que me encomendó.

—¿Y cuál es esa tarea, si no te molesta iluminarme? —le preguntó él algo confundido, invitándola a pasar con un gesto de la mano.

—Reorganicé la ubicación de aquellos enfermos que usted me apuntó, y tracé el itinerario para moverlos de sus habitaciones actuales a las nuevas en el segundo piso.

Hermenoff no respondió, parecía más atareado de lo normal. Apoyó su pesado cuerpo sobre su silla y suspiró. Abrió un cajón de su escritorio y luego otro. Buscaba algo que no lograba encontrar. Nervioso, se puso de pie y rodeó el escritorio mientras sus ojos escudriñaban todo el despacho. Fue hacia el archivo y abrió las gavetas una por una. Empujaba los expedientes rápida y torpemente, y lo hizo con cada uno hasta que, con un pesado golpe, cerró el último cajón. Susurraba maldiciones, preguntaba: “¿Dónde está?”, por lo bajo, y hasta se insultaba a sí mismo por ser tan descuidado. Margaret no podía ver de qué tanto iba aquello, por lo que aguardó junto a la puerta hasta que el doctor se calmara. Era lo único que podía hacer, pues si algo había aprendido de Gustav era a dejarlo enfriarse antes de dirigirse a él.

—No está —dijo Hermenoff apoyándose sobre el archivador.

—¿Qué es lo que tanto busca, doctor? —preguntó la enfermera.

El hombre suspiró y movió las manos en el aire.

—Un... —comenzó a balbucear mientras intentaba dar forma a sus ideas— ...un expediente. Es una carpeta distinta a las otras, de un tono rosado.

Margaret arqueó sus cejas, casi como si hubiese recordado algo. Abrió el cuaderno que llevaba en sus manos y lo hojeó. Por fin, llegó a una lista de nombres y buscó con su dedo aquel que más le había llamado su atención.

—¿Será uno denominado L. H.? —preguntó como si aquello tuviese que ver.

La cara de Gustav se iluminó de repente.

—¡Sí! —exclamó aliviado—. ¿Qué sabes de él?

—Estaba en la pila de documentación de la que me vio provista para realizar mi trabajo —explicó la enfermera—. No encontré indicio alguno de que perteneciera a un paciente nuestro, por lo que lo hice a un lado.

Hermenoff cruzó a zancadas la habitación y la tomó por los hombros. Ella, naturalmente, se sobresaltó.

—¿Dónde está el expediente ahora? —le preguntó.

—En mi habitación, puedo ir a buscarlo si quiere.

—Hazlo —le indicó Gustav, y la enfermera salió del despacho con pasos apurados.

Volvió luego de diez minutos. Traía una carpeta de un marrón rojizo desgastada y un tanto descolorida en sus manos, que el doctor le arrebató tan educadamente que dudó en creer que era verdaderamente importante para él. Tal vez, una parte vital de su investigación o algún otro estudio inédito. Lo cierto era que Hermenoff era muy cuidadoso con sus papeles, y Margaret había podido notar aquello luego de que volviese de sus días de descanso. Es que el doctor no había dejado de buscar el expediente perdido de Alexander Fleming y continuó haciendo mella de ello hasta que Margaret lo devolvió una noche en la que él estuvo fuera. No había sido hasta que Gustav había vuelto que la enfermera supo que había cometido un error gravísimo, pues muchas de las hojas del documento se habían ensuciado con barro y hojas mojadas. Aquello llamaría mucho la atención del doctor. Si tan solo se hubiese percatado antes... Había seguido aquella mañana al doctor hasta su despacho, presa de una ansiedad intolerable. Sus ojos se movían rápido, debatiéndose entre seguir la trayectoria del viejo hombre o vigilar el archivador en el que había guardado la carpeta. Pero claramente de nada había servido. El doctor Hermenoff le había pedido un café y la había despachado, un hecho ante el que nada había podido hacer. No fue sino hasta pasados dos días que el doctor encontró el expediente. La enfermera no cabía en su alivio cuando supo que cierta humedad se había filtrado por la pared, invadiendo la cara interna del archivador, y por ende, arruinado más de una carpeta llena de documentación. Entre ellas, la de Fleming.

Pero aquella tarde, Gustav parecía de veras interesado en aquel expediente semirrosado, y ni bien lo recuperó, volvió a su silla con tranquilidad. Fue entonces que hizo un ademán para que Margaret lo imitara, y ella obedeció. Se vio allí, sentada en silencio mientras era el doctor el

que revisaba el trabajo que le había encomendado. El hombre se había calzado unos gruesos anteojos y leía impasiblemente el documento. A pesar de su expresión de cansancio, no parecía nada distraído.

—De veras haces un gran trabajo, niña —reconoció Gustav Hermenoff mientras recorría las tablas, los números, las listas y otros datos.

—Se lo agradezco —respondió la joven—, pero me temo que el trabajo me resulta algo...

Margaret hizo una pausa, pues el doctor había levantado la vista para encontrarse con su mirada.

—... abstracto.

Gustav apoyó la hoja sobre el escritorio y observó a su empleada. Ella le devolvió una mirada desentendida.

—¿A qué te refieres con abstracto? —quiso saber el médico.

—Bueno..., a veces no logro hacer mucho sentido de por qué tengo que trabajar con este grupo de personas, ya que poco tienen en común —explicó la enfermera—. Además, me ha pedido que los mude al segundo piso, y allí no tenemos instalaciones adecuadas para el cuidado de estos pacientes.

—Cuando te ofrecí este trabajo, te hice prometer que sería sin preguntas —le respondió Hermenoff sin quitarle la mirada de encima.

—Eso lo sé bien, doctor, aun así no puedo dejar de pensar en las implicaciones que esto traerá aparejadas.

—¿Implicaciones de qué tipo?

—Tales como los controles de salubridad a los que tendremos que hacer frente, las discrepancias que pueda haber con los familiares de estas personas, las complicaciones que encontraremos al realizar las rondas nocturnas, la inversión en infraestructura. Son todas cuestiones que sí tocan mi trabajo —o lo tocarán llegado el momento—, y por ello no puedo dejar de sentir cierta curiosidad sobre...

—Margaret —la interrumpió el doctor en seco—. No debes preocuparte por nada de aquello, pues son cuestiones que no hacen a tu puesto oficial de enfermera.

La joven guardó silencio.

—Yo me haré cargo de todo, y si necesitase ayuda, te avisaré sobre el momento. Las familias no dejarán de ser notificadas de lo que pasa con sus seres queridos, los controles de salubridad aún no llegarán, y no habrá necesidad de patrullas nocturnas en el segundo piso —zanjó Gustav intentando despejar todas sus dudas—. Considera esto como una época

de poco trabajo para ustedes las incansables enfermeras, pues ahora solo tienen que cuidar a un poco más de la mitad de los enfermos de los que se hacían cargo hasta este momento.

—Lo siento, doctor —se disculpó Margaret, pues debía hacerle creer que poco le importaba—, no lo había visto de aquella manera.

—No es problema, niña, después de todo eres una buena compañía y una excelente trabajadora —la elogió Hermenoff, no sin abandonar su expresión adusta—. ¿Puedo entonces decirte el porqué de esta repentina reunión? —La enfermera asintió—. Mañana recibiré una visita de vital importancia, necesito que te encargues de su bienestar durante su estancia en la institución.

—Sí, doctor. ¿Quién nos estará visitando?

—Un viejo conocido y expaciente, el señor Víctor Hansen.

Margaret se sintió muy alegre.

—¿Qué bueno que el señor ya se encuentre bien!

Gustav sonrió también y la contempló.

—Estamos haciendo cosas bellas bajo este techo, Margaret. Sé que empezamos con el pie izquierdo, pero de a poco verás las maravillas que podemos lograr, las mentes que podemos salvar. Hansen es el primero de muchos. Podemos darles una razón para vivir, poner en el camino del sentido sus disparatadas ideas y devolverles la razón de la que se las despojó.

La joven enfermera asintió nuevamente y aguardó nuevas instrucciones.

—Bueno, creo que hemos terminado, niña. Se está haciendo tarde —le dijo Hermenoff bostezando—. Puedes irte a descansar, no necesitare de más labores administrativas por el momento. Tan solo preciso que mañana mismo coordines y hagas efectivo el traslado de estos pacientes al segundo piso a primera hora.

—¿Mañana?

—Sí —afirmó Gustav, sin hacer caso omiso de la duda que podía ver en el rostro de la enfermera—. ¿Es eso un problema?

Margaret dudó un segundo, luego recordó lo importante que era mantener al médico de buen humor.

—Claro que no, veré que se haga —le aseguró con firmeza—, aunque deba pasar la noche en vela para ello.



# DANIELLE

## EL LLANTO DE LAS LETRAS

Por aquella época, la más feliz de la vida de Danielle, la joven recibió tres cartas que cambiarían su vida para siempre.

Los días comenzaban a hacerse más largos y cálidos. Era la promesa de la primavera que se avecinaba, y Danielle no perdía la esperanza de que trajese también un poco de sosiego a su preocupada mente. Pero había encontrado la manera de pasar los días sin desesperar y perderse por completo, pues ahora que el silencio no era su única compañía, el mundo era bello nuevamente. El lago que se encontraba al norte de la casa comenzaba a rebosar de animalejos que daban sus primeros y tímidos paseos luego del frío y húmedo invierno. Las mariposas, algunas blancas como el almizcle, otras doradas como el sol, habían invadido gradualmente los prados, viajando de flor en flor, vistiendo los viejos troncos con colores bonitos. La joven Bellerose disfrutaba enormemente de todo aquello durante sus paseos en el bosque. Esta vez la acompañaba Albine, iban de la mano, dando pequeños saltitos y cantando. La criada tenía la costumbre de tomarla por detrás y no dejarla escapar. Danielle se debatía entre odiar aquello y disfrutarlo, pues parecía no poder decidirse por ninguna de las dos opciones, estallando en quejidos, pero también en risotadas cuando descubría enojosamente que le costaba zafarse de aquellos brazos.

Había recibido hacía varios días, en calidad de adelanto, una sustanciosa suma de dinero por los manuscritos de Alex, y la promesa del setenta y cinco por ciento de las ganancias de la primera edición. Aquello le había devuelto aún más de la tranquilidad que creía perdida. La vida volvía a sonreírle mientras intentaba crear el ambiente propicio para el regreso de Alex. ¿Qué hacer con el dinero?

El día se hacía más y más inminente con el cambio de estación, pues hacía ya una semana que había recibido una carta del doctor Hermenoff. Leía:

*“Estimada señora Bellerose:*

*Deseo, ante todo, ofrecer mis más sinceras disculpas por mi ausencia. El procedimiento quirúrgico del que hablamos ha sido avalado por el Concejo Médico, demandando tanto mi atención como mi labor diaria en ello. Sé que sus contribuciones han sido de gran ayuda para el hospital, por lo que estoy eternamente agradecido. No obstante, para asegurar que su esposo obtenga el tratamiento adecuado, he tenido que posponer su operación para garantizar su eficacia y seguridad.*

*Alexander ha tenido una evolución maravillosa durante estos meses. La medicación ha probado su eficacia y, aunque su esposo está teniendo dificultades para mantenerse conciente, ello nos posibilita detener su deterioro mental antes de que sea demasiado tarde.*

*No es mi intención atarearla con detalles científicos, por lo que puedo asegurarle que el señor Fleming volverá a su hogar pronto.*

*Además, me gustaría visitarla en el transcurso de esta semana o la próxima. Creo que es de vital importancia informarle acerca del crecimiento del hospital y la importancia que han tenido sus contribuciones monetarias a él.”*

Si bien algo escueta y reticente a otorgar información completa sobre el estado de su marido, la carta había tenido un enorme efecto tranquilizador. Es que ahora sí podía encontrar una directiva para dirigir su día a día, pues Alexander no tardaría en volver y ella debía disponer de que todo se encontrase en su lugar para ese entonces. Se permitió, por ello, disfrutar de aquellas jornadas cálidas junto a su amor: la tierna Albine. Juntas recorrían el bosque casi todos los días, y la criada ya no debía cuidar de realizar sus tareas en la casa. Solían tomar largas siestas a la sombra de los pinos, leer juntas al borde del lago y disfrutar de las delicias que preparaba Albine para la hora del té.

—Ya no eres mi criada —le había dicho Danielle acariciando su quijada—, solo concéntrate en cocinarme como tú sabes hacerlo.

La joven de cabellos plateados era un manojito de sonrisas y besos, tal como su ama lo deseaba. Había algo en su naturaleza que se mostraba reacio a abandonar aquel lugar de servicio y docilidad que era propio de su trabajo de sirvienta, lo que a veces sacaría de sus casillas a Danielle, pues bien sabía ella que aquel lugar ya no le correspondía. Pero la criada seguía siendo la criada, y no fue hasta una noche en la que entre suspiros y caricias la joven Bellerose dejó escapar el hastío que esto le provocaba. Le expresó, de buenas maneras, el sentimiento de frustración que le generaba su actitud recesiva y la forma en la que evitaba el contacto visual al encamarse con ella. Albine se había dedicado a acariciar su pecho como venía haciéndolo hasta ese momento. Su dedo bordeaba la circunferencia casi inexistente del pequeño busto de su ama, mientras su mirada se clavaba en una de las sobresalientes, pero delicadas clavículas de la señora. Besó esta la criada, casi en un arrebato de salvajismo, pero aterrizando en ella con la suavidad de sus labios aterciopelados. Al mismo tiempo, su dedo había cruzado toda la superficie del seno izquierdo y jugueteaba ahora en la circunvalación del pezón. Danielle dejó escapar un gemido solamente porque, en esa colisión de ambas acciones, apareció una tercera que la hizo volar de éxtasis durante un milisegundo, pues eso fue lo que duró: la mirada fugaz de la muchacha.

—No siento apartarme de mi rol como servidumbre de la familia — dijo luego de dejar a su ama sin palabras, trastabillando entre jadeos y frases que no lograba terminar de articular.

Además, le explicó que aquello era porque temía cuál sería su destino el día en el que Alexander volviese a casa. Danielle desestimó aquello y hasta le pareció gracioso, pues ella sabía que la amaba y que jamás se apartaría de su lado, dado que habían puesto tanto en juego al entrelazarse de aquella manera que poco valía tirarlo por la borda. Aun así, aquella respuesta había parecido ayudar poco a las dudas de la joven criada. Había guardado un silencio doloroso, hasta que Danielle procedió a intentar algo nuevo. Si quería ser su sirvienta, que lo fuera. Le pidió que se quedara allí mientras ella corría escaleras abajo a buscar algo. Fiel a su papel, Albine asintió sumisa, y no fue hasta que su ama volvió que ambas supieron la verdadera naturaleza de la situación que las tenía tan turbadas y distantes. No fue sino el intento de algo nuevo y emocionante lo que bastó para disfrutar de aquellas fantasías que tan celosamente mantenían guardadas. La joven Bellerose ató de pies y manos

a la criada en la cama antes de sumergirse en la pasión que cada noche se demostraban, y luego de aquella velada inolvidable, el hielo entre ambas se derritió para siempre. Es que a veces, el deseo hincado en lo más profundo del alma escapa a la palabra. Ambas hicieron de aquello su secreto y su práctica usual, no sin dejar de lado el cariño y la ternura que se profesaban. Danielle por fin supo que lo que había enamorado a la criada no había sido sino el poder que ella tenía en sus manos como el ama. Todo era tan solo un juego. ¿Por qué renegar de ello?

Planearon, juntas, construir una pequeña finca al norte de la casa, aún más adentrada en el bosque que la mansión. Sería aquella la morada que velaría sus encuentros secretos. Según predecía Danielle, Alexander se encontraría en un estado tal en el que podrían engañarlo fácilmente, escabulléndose en los momentos en los que él se encontrara pesadamente sedado por su medicación. Si bien macabro, Albine amaba este plan, pues en su lista de intereses su ama era el primero. Aquella finca estaba ya en proceso de construcción, pues había sido lo primero en lo que la joven Bellerose había volcado el dinero que Larsen le había enviado. Pero ya adentrada la primavera, transcurrido un mes desde la visita del editor, Danielle recibió otra carta, acompañada esta vez por un paquete. Fue al principio que sintió cierta curiosidad por el remitente. Era nuevamente Larsen, quien había pagado con creces un envío urgente hacia la residencia Fleming, que llegó a las pocas horas de haber sido enviado. El cartero aguardó incesantemente al lado de la señora Bellerose, y cuando ella inquirió sobre la razón que allí lo mantenía, él le explicó que esperaba una sustanciosa propina en recompensa por las molestias que le había significado entregar la correspondencia con semejante apremio. Danielle se había mostrado un poco incrédula y reticente a ello, pero finalmente hizo marchar al mensajero con lo que había solicitado.

Dentro del sobre que tenía en sus manos, la joven encontró un papel mal doblado, desprolijo y arrugado. Reconoció en el acto la caligrafía del editor, pero las letras se encontraban desalineadas y alborotadas, tal como si aquel hombre repugnante las hubiese escrito sin tener una superficie plana en la que apoyarse. Además, la redacción era horrorosa, a Danielle le costaba encontrar el sentido de aquellas palabras apuradas. Si se le hubiese pedido que relatara aquello que la carta leía, hubiese dicho, no sin grandes esfuerzos:

*“Danielle Bellerose:*

*Me remito a ahorrarme toda la gentileza por ser volcada en una carta.*

*No sé qué clase de juego perverso está usted jugando, pero he de decirle que tendrá palabra de mis letrados si no cesa en sus intentos de hacerme ver como un idiota.*

*Le hablo, claramente, de la broma pesada y —debo admitir— ingeniosa que me ha jugado. Y si este no fuese el caso, aun así demandando una explicación para semejante alboroto que ha causado.*

*Debe saber que me ha puesto en graves aprietos, pues estaba yo a punto de cerrar un importante negociado con influyentes inversores que llevarían la obra de su esposo a los escalones más altos de la sociedad refinada, cuando descubrí, para mi mala suerte, que aquel ejemplar que llevaba conmigo se encontraba completamente saboteado. Saboteado, tal como usted lee. La tinta de cada una de las páginas adquirió la consistencia del agua, de alguna manera, y fue a desprenderse del papel, tiñendo el fondo de mi maleta, pero dejando el libro impoluto, poblado de páginas en blanco.*

*No contentándose solo con aquello, ha usted —o su esposo— aplicado esta jugarreta en cada uno de los tomos de los que me vio provisto. ¡Menuda desesperación sentí al llegar a mi hogar y encontrar el charco de tinta bajo la repisa en la que celosamente guardaba semejantes obras de arte!*

*Espero que sea esta una confusión y pueda remendar el daño que usted me ha hecho, pues no solo he puesto en jaque mi reputación con mis inversores, sino que también he perdido el material de otros escritores, manchado bajo los tomos de su marido.*

*Estoy a la espera de su pronta respuesta.”*

Danielle se desplomó sobre la silla y suspiró. Aún tenía el arrugado papel en su mano, que abolló entre sus dedos antes de dejarlo caer al piso. Sintió leves punzadas de dolor entre sus cejas y acarició su cabeza suavemente para apaciguarse. Aquello debía de ser alguna especie de pesadilla. Obviamente, no había tomado en serio lo que Larsen había escrito, pues estaba tan segura de que el desagradable hombre había encontrado alguna manera de arruinar los ejemplares y no podía más que culparla a ella. Ante ello no había argumento que valiese, su fundamen-

to partía de la suposición de una tinta fantástica que tenía la propiedad de desprenderse de las páginas por voluntad propia. La simple idea era estúpida. Pero Danielle se serenó a sí misma, pues aunque aquello tuviese la más remota posibilidad de haber ocurrido, no significaba una traba a sus planes. Bien sabía que Alexander guardaba varias copias de sus escritos en su estudio, solo debía reunir nuevos ejemplares para que Larsen se calmara.

Antes de ponerse de pie, tomó el paquete que había apoyado sobre la mesa, al lado del florero. Estaba fuertemente embalado, y tuvo que esforzarse un poco para romper el papel madera que tantas vueltas le daba al bulto. Luego de minutos eternos, por fin dio con aquello que el editor había envuelto con tanto cuidado. Era uno de los libros que Danielle le había provisto. Se titulaba escuetamente “El estigma”. La joven abrió una página al azar y, para su sorpresa, las hojas estaban efectivamente blancas, casi como si jamás se hubiese impreso o escrito algo en ellas. Recorrió el tomo en su totalidad y no encontró rastro de tinta en él. ¿Tendría razón el estúpido Larsen? No podía ella encontrar respuesta alguna a semejante misterio, pero tampoco podía detenerse mucho a pensar. Solucionaría el conflicto fácilmente: le daría a Larsen nuevos ejemplares.

Dejó apoyado el libro sobre la mesa y caminó con pasos rápidos hacia la cocina. Allí se encontraba Albine, tarareando mientras revolvía el contenido de una olla. Ni se dio por enterada cuando la joven Bellerose entró por la puerta, y no lo hizo hasta que ella carraspeó suavemente.

—Señora —la saludó sonriendo mientras hacía una sutil reverencia—. Estoy preparando algo que seguro le encantará.

—No lo dudo —le dijo su ama sin mirar la olla, llegando ante ella con tres pasos largos—. ¿Puedes ayudarme con algo?

—Claro que sí —le respondió la criada frunciendo el ceño. Sabía que su ama se encontraba preocupada, pues había aprendido a conocer cada una de sus expresiones—. ¿Está todo bien?

—Por supuesto —mintió Danielle—. Solo necesito tu ayuda para redactar una carta.

—¿A esta hora? —preguntó extrañada Albine, mirando rápidamente hacia el patio envuelto en tinieblas.

—Sí, a esta hora, si no lo hago urgentemente no podré conciliar el sueño. Necesito, además, que Claude la lleve no bien terminemos de confeccionarla. ¿Crees que podrá?

—Claro que sí, veré de avisarle enseguida.

—Siento molestarte —le dijo Danielle acariciando su mejilla. Luego, plantó un beso en sus labios y la contempló—, pero es algo importante.

—Estoy para servirle —le respondió la criada con una sonrisa cautivadora.

—Ve por Claude, te esperaré en el estudio.

La despidió con otro beso, esta vez algo más tenue. Salió de la cocina y sintió un escalofrío. De repente, la casa se encontraba bastante más fresca de lo que hubiese debido. Tal vez, podía decirle a Albine que encendiera también la chimenea del despacho de Alex, solo para tener otro foco de calor en aquel caserón helado, hasta ese entonces, debía de buscar una manta o un tapado. Subió las escaleras tiritando y entró a la habitación apurada. Sobre la cama había dejado su bata de dormir, que era lo suficientemente abrigada como para prevenirla de congelarse durante las mañanas, así que la tomó y salió del dormitorio sin apagar las luces. Por suerte, su chimenea ya estaba ardiendo, pues aquella sería una noche más otoñal que de primavera. Mientras bajaba las escaleras escuchó el último sonido que le hubiese gustado oír: afuera dos enormes nubarrones colisionaron, desencadenando una tormenta ruidosa y un diluvio pesado. Podía olvidarse de enviar su respuesta a Larsen aquella noche, debería esperar hasta el día siguiente. Aun así, prefería tener lista la carta para que el cochero pudiese llevarla no bien cesara el temporal, por lo que se dirigió al estudio de todos modos.

Albine todavía no había vuelto. Se la imaginó corriendo en el patio bajo la lluvia y una sonrisa se asomó en sus labios. Aquello no dejaba de parecerle divertidamente atractivo. Más de una vez habían escapado del mal clima corriendo empapadas entre los pinos, dando apurados pasos entre carcajadas. Aquellas veces, en los días en los que los demás criados volvían a sus hogares, solían tomar largos baños juntas, disfrutando cada segundo que pasaban una en compañía de la otra. Tal como parecía, aquella noche no sería diferente. La idea le agradaba.

Danielle cruzó la sala de estar y salió por la puerta al pasillo. Justo enfrente se encontraba el estudio. Dio vuelta a la manecilla y entró a la habitación, tan oscura como helada. Envolvió sus brazos con sus manos y maldijo por no poder encontrar el interruptor. Frente a ella, el ventanal se encontraba abierto de par en par, y las cortinas danzaban por el aire, acariciadas por el mismo viento que las alborotaba. La joven Bellerose volvió a maldecir y se adelantó para cerrarlas. Menudo esfuerzo le llevó

aquello, pues se encontró chapoteando sobre el suelo del estudio. Había sido un descuido enorme aquel, el dejar la ventana completamente abierta en una noche como aquella, pues el piso de madera podría arruinarse con tanta agua filtrándose. Le llevó suficiente trabajo, pues estaba completamente a oscuras, pero cuando pudo contener el pesado ventanal, Albine apareció en el umbral de la puerta preguntando qué ocurría. Entre todo aquel escándalo y confusión, Danielle logró por fin trancar la ventana. Estaba empapada de pies a cabeza, y sabía con seguridad que el suelo del estudio estaba completamente inundado. No tuvo tiempo para decir nada, pues justo en el instante en el que apoyaba su mano contra el escritorio, la criada activó el interruptor y la habitación se bañó en luz. Lo que ambas vieron las dejó sin aliento. Mientras Danielle dejaba de respirar durante lo que pareció una eternidad, Albine tapaba su boca con ambas manos, presa de un horror genuino. Pues no era que hubiesen visto algo groseramente terrorífico, sino que aquello que el panorama les devolvía trazaba innumerables preguntas sin respuesta, convertía lo cotidiano en misterio. Frente a ellas, la hermosa biblioteca que pertenecía al enigmático escritor Alexander Fleming se había convertido en una ligera cascada de tinta. Tinta que brotaba silenciosamente de quién sabe dónde. Tinta que caía en forma de incontables gotas negras que recorrían las repisas y el dorso de los tomos que poblaban la estantería.

—Los libros... —atinó a decir débilmente Albine— ...los libros lloran tinta.

Danielle asintió suavemente. No se atrevía a mirar el suelo, pues ahora sabía bien que no era agua aquella humedad sobre la que se había estado moviendo.



# MARGARET

## LA VISITA

Era ella nuevamente. Caminaba descalza por un bosque casi tan irreal como ominoso, y es que sus pies pisaban a ciegas el suelo cubierto de hojas y ramitas, zambulléndose en la bruma de la madrugada que reptaba aún sobre él. Al mirar en cualquier dirección, todo lo que el ojo alcanzaba a pesquisar eran finos troncos y espesa niebla. Un fondo blanquecino y húmedo fragmentado por aquellos tallos, tan curiosamente delgados, que Margaret se preguntó cómo soportarían el peso de las copas. Estas estaban tan altas que apenas se alcanzaba a divisarlas, perdidas también entre la niebla, pero impidiendo que el calor del sol librara a la arboleda de su hechizo matinal.

Tarareaba unas notas de las que poco podía decir, pues se le presentaban en su garganta y con soltura ejercían su libre albedrío de hacerla vibrar. Pero la enfermera nada tenía que renegar de ello, pues se concentraba en frotar incansablemente sus brazos intentando darse un poco de calor, y su empresa era casi tan poco efectiva en alejarla del frío como su fino camisón, que llegaba escuetamente hasta la rodilla. La melodía entonces era lo único en lo que podía engañar su atención.

Pero gradualmente su voz dejó de ser la única que rompía el silencio. Y era que paulatinamente se le había sumado otra, más pura y hermosa. Pero esta nueva voz no era sino lejana y envuelta en ecos abisales, una cosa que le llamó la atención enormemente, pues ¿acaso no se le hacía conocida? Casi como por impulso, neto reflejo, la enfermera comenzó a trotar en dirección a ella. Luego, se encontró corriendo entre los troncos con la agilidad de una gacela, pues se sentía atraída hacia aquella llamada casi magnéticamente. No era dueña de su accionar, sus frágiles

pies danzaban libres sobre las hojas, apoyándose casi milimétricamente sobre ellas. Seguía una dirección aleatoria, ya que aquella voz provenía de ningún lugar y de todos los lugares al mismo tiempo. Se filtraba entre la maleza y la bruma, casi como un faro que destella en la oscuridad de la noche, perdido en la distancia.

Un lábil resplandor hizo su aparición entre las copas de los árboles, y la llamada se hizo aún más sonora. Resonaba en la cabeza de Margaret, la impulsaba con dolorosa aprehensión a seguir corriendo entre la arboleda. Y ella lo hacía con entrega y sumisión, aunque le doliera. Le dolía en la piel. Le dolía en la pupila. Le impregnaba el tímpano y avasallaba su voz muda. La máxima era innegable: sigue. El destello que abrasaba el horizonte hacía su aparición y se desvanecía en segundos, mostrándole el camino con intermitencia. Margaret se preguntó cuánto más faltaría. Amaba correr por el bosque, amaba saborear la cercanía de aquella llamada y sentir su caricia violenta dentro del alma. Sus dedos se congelaban, y aunque se estuviese moviendo sin cesar, también lo hacían sus muslos. Más de una vez se sintió desfallecer. Habría querido vomitar, abandonarse a la escarcha que ahora adornaba su piel y morir en paz de una vez por todas. Pero no, aquella voz no la dejaría, pues no solo le cantaba con dulzura; también la llamaba con autoridad y desesperación, promotora de una ambivalencia que oscilaba entre la entrega a su imperante invocación y la huida al abismo, el abandono y la negación.

Por fin, salió del bosque, casi como expulsada de él, y aterrizó con sus pies desnudos sobre un césped verde y suave que le recordaba a aquel de la primavera. Sintió entre sus dedos la humedad del rocío matinal y observó el lugar desde donde la luz provenía. Allí, frente a ella, se erigía un faro, casi tan maltrecho que parecía un viejo cansado. ¿Era él el que la llamaba? Margaret podía verlo bien, aunque la bruma no fuese ni un ápice menos espesa que en el bosque. Pero algo más llamó su atención, pues un nuevo elemento poblaba el aire, rodeándola por completo en aquella escena irreal. Eran gotas de agua, casi como si el tiempo se hubiese detenido mientras llovía. Cada una de ellas reflejaba su imagen, le devolvía una mirada entre otras miles. Y la enfermera caminó por ese campo minado en dirección al faro y frenó nuevamente sus pasos a unos metros de él. Había allí una silueta esbelta que apoyaba una mano sobre la vieja estructura mientras, de espaldas a la joven, custodiaba el horizonte. ¿Qué habría allí, detrás de la bruma?

Casi como si su pensamiento lo hubiese comandado, una porción de la niebla se desvaneció, revelando, allí donde esa persona estaba parada, el final de la tierra. Leguas interminables de océano se perdían en la distancia, y Margaret se preocupó por la cercanía que mantenía este otro ser con el borde. Casi sin notarlo, se acercó dando tímidos pasos.

—¿Quién eres? —le preguntó a la joven que se asía al faro. Al mirarla de cerca, pudo por fin verla bien.

La muchacha lucía un hermoso vestido azul. Sus tonalidades abisales parecían estar aferradas a su blanquecina piel, casi como si no pudiesen existir una sin la otra. La tela no acababa allí donde uno hubiese pensado que era lógico que lo hiciera, pues, como si se tratara de un vestido de novia, se extendía largamente a sus alrededores. Pero no era aquello lo único que llamó la atención de la enfermera, pues Margaret pudo observar también que la joven estaba empapada, casi como si hubiese estado horas bajo la lluvia. Luego de que se dirigiera a ella, la mujer se volteó y clavó en la enfermera una mirada glacial. El color de sus iris destellaba chispazos blanquecinos, y costaba diferenciarlos del resto del ojo. Instantáneamente, Margaret supo que de aquella joven provenía la voz que la había llamado, pues no era la primera vez que la encontraba. Una memoria difusa y relampagueante cruzó por su mente a toda velocidad. El recuerdo de aquella mirada. El roce de unos labios helados contra los suyos. La muchacha le sonrió.

—Qué bueno que llegaste —le dijo, y acto seguido, se dejó caer por el borde del acantilado.

Margaret se despertó sobresaltada. La ventana estaba abierta de par en par y afuera llovía pesadamente. Se había despertado en sueños y la lluvia la había salpicado hasta dejarla empapada. Aunque no comprendía bien qué había sucedido, su cuerpo no dejaba de temblar. Aún confundida, miró el reloj. Eran las seis de la mañana, el tiempo de ir a trabajar.

A las diez, frente a la puerta de entrada, la joven enfermera bostezaba tras el mostrador. Además de la creciente fiebre, los escalofríos y los estornudos, la cansada Margaret lucía sus ojeras con gran aplomo mientras se aferraba a una taza de té humeante.

Había pasado casi cuatro horas coordinando el traslado de cerca de setenta pacientes hacia el segundo piso, y sentía los efectos de la inminente enfermedad sobre sus hombros. Había habido que preparar las habitaciones, liberar los pasillos, medicar a los más impredecibles y por fin migrar a los internos. Durante todo el proceso, las enfermeras a su

cargo habían querido saber, no sin una acuciante curiosidad, el por qué del traslado, y no cesaban de hacer preguntas de las que Margaret poco habría sabido responder. Finalmente, casi al terminar la tarea, asediada por su estado febril y empujada hasta el hartazgo por las incesantes preguntas de una de las más jóvenes, la muchacha descargó su furia sobre la otra niña con una sonora bofetada, tomándola luego por la barbilla para clavar su mirada en la de ella y decirle muy suavemente que se callara. La acción no solo había dejado sin palabras a la novata, sino que también había hecho que todas las demás bajaran su mirada y continuaran trabajando en absoluto silencio. Pero, si bien había sido una formidable descarga sobre el momento, aquello se transformó pronto en un profundo arrepentimiento en la conciencia de la mano derecha del doctor Hermenoff, quien no se reconoció en su propio acto. Por eso, más tarde, mientras cumplía su turno en la recepción, no podía dejar de pensar en aquello. Se sentía una déspota, pues había abusado de su poder y se había sentido bien en hacerlo.

Una mujer, ya entrada en años, la observaba desde el otro extremo de la mesa de entradas. Emma, ahora colega de la joven, y enfermera jefa del ala norte, se mostraba cada vez más consternada por su deplorable estado. Bien sabía ella que era solo una niña, y aunque se le hubiesen dado enormes zapatos que llenar, temía por la puesta en juego de su salud. Tanto mental como física.

—Estás enferma, niña, deberías descansar —le dijo sin quitarle una mirada maternal de encima.

Margaret negó con la cabeza.

—No puedo abandonar mi puesto, Em —le respondió aclarando su garganta—. Tengo que dar cuenta de mis responsabilidades.

—No puedes hacerlo desde la tumba.

—No voy a morir de un resfriado, Em —rió falsamente Margaret.

—Lo harás si sigues castigándote así —Emma se puso de pie y se acercó hacia ella. Su grueso cuerpo trastabilló cuando, con gran dificultad, se arrodilló junto a la joven y apoyó una arrugada y regordeta mano en su frente—. Tienes fiebre. ¿Por qué te empecinas tanto en sufrir? Eres tan joven...

La menuda enfermera desvió sus ojos y atención, y luego de unos segundos de que la mirada de la anciana persistiera sobre ella, finalmente le respondió.

—Hoy hice algo terrible —articuló por fin. Con ojos húmedos, le relató los sucesos a Emma y temió que esta la juzgara. Pero en su lugar, la vieja mujer sonrió.

—Estás enfrentándote a muchas responsabilidades —le dijo con la dulzura y el amor de una madre—, creo que esta angustia que sientes es la prueba perfecta de que no eres una tirana, como tú crees.

—Sí que lo soy, golpeé a una niña que no conozco, y que solo quería ayudar. Más aún, me fue placentero.

Margaret esperó pasiblemente la mirada de desaprobación, el juicio que Emma quisiese hacer de ella. A eso estaba acostumbrada. Pero jamás llegó, pues en su lugar, la vieja enfermera le dedicó dulces palabras.

—Hazle saber que eres humana, pequeña —le aconsejó—. Hablas de ella como si fuese una niña, pero tú no eras mayor hace poco más de unos meses, cuando pisaste por primera vez estos pasillos.

Emma tenía razón. Debía de hacerse cargo de lo que había hecho, pero más aún, de aquella carga que había aprendido a tolerar y que, sin notarlo, comenzaba a desplegar sobre las otras enfermeras que estaban bajo su mando.

—Tú sabes bien que no soy apta para este puesto —reconoció la joven.

—Eso lo sé, pequeña, pero debes responder por ello también.

—¿Responder cómo? —quiso saber Margaret.

—Bueno —comenzó a hilvanar Emma—, sabes bien que el doctor puede ser tan temible como persuasivo. Estás en una posición que te recomendaría asumir tanto con responsabilidad como con cuidado.

—¿Cuidado de él?

—Cuidado de él.

No bien la vieja enfermera terminó de decir esto, la puerta de entrada se abrió. Por ella cruzó un hombre altísimo. Vestía un piloto que lo cubría por completo, y un sombrero sobre su calva cabeza. Margaret pensó que aquel abrigo era tan grande que habría sido como una carpa para ella. Era el señor Víctor Hansen, antiguo paciente del hospital, ahora recuperado. La joven fue a su encuentro. Era gracioso verlos uno al lado del otro, pues el parecía aún más alto de lo que era cuando se situaba al lado de la pequeña Margaret.

—Señor Hansen —lo saludó—. Es un placer verlo regresar, y en tan buen estado.

—Señorita Margaret —la saludó él, pues la recordaba de aquella noche en la que lo había encontrado deambulando por los pasillos—. El placer es mío.

Emma también salió de detrás del mostrador y se acercó.

—Iré a avisar al doctor que su visita ha llegado.

Ni Margaret ni Víctor lo sabían, pero algo más que la relación que llevaban los unía.

—¿Cómo ha estado? —preguntó la joven con genuino interés.

—Muy bien, en verdad —respondió él con su mirada inexpresiva. Jamás había vuelto a ser el mismo desde que abandonó el asilo—. Debo tomar mis medicinas y cuidarme de realizar esfuerzos o estresarme.

—¿Y su música? —quiso saber ella.

—Me temo que ya no me dedico más a la composición, señorita, simplemente no siento el llamado.

Margaret sonrió, pero por dentro se sintió algo triste. Aquello había sido obra de Hermenoff, y si bien Hansen ya no sufría por su enfermedad, había perdido aquello que alguna vez había amado.

—Sabe —continuó el hombre—, hace tiempo ya que no sé qué hacer. Paso mis días sentado, mirando por la ventana y escuchando mis discos. Pero ya no los siento como antes, ¿sabe? Es como si la música no fuese mía. Estoy feliz de que el doctor Hermenoff me haya convocado, siento como si mi propósito fuese estar cerca de él.

Luego de oír este discurso lento y espaciado, casi como si articular cada palabra le costara horrores, la enfermera apoyó una delgada mano en el brazo del expaciente. Un brazo enorme.

—Pero es usted tan joven y talentoso, su propósito está lejos de este asilo.

Víctor abrió la boca, pero la cerró instantáneamente. Por la escalera se escuchaban pasos apurados, y la voz de Gustav Hermenoff recorría los escalones también. No se alcanzaba a percibir qué decía, pero el tono era inconfundible.

—Víctor, escúcheme —le dijo la enfermera con apremio. Los vacíos ojos del hombre se clavaron en ella—. Tenga cuidado con lo que el doctor Hermenoff quiera de usted. No dudará en poner su vida en riesgo si así lo requieren sus planes.

—¿A qué se refiere? —preguntó Hansen confundido.

Los pasos del doctor ya se oían desde el primer piso.

—Sé que lo salvó de su locura, pero usted es el único sobreviviente de un proceso que se ha cobrado muchas vidas —explicó rápidamente Margaret—. Hay personas en peligro aquí, y tengo la sensación de que usted no querrá verse obligado a tomar parte en ello.

El doctor Hermenoff se veía ya bajando por la escalinata. Víctor, por su parte, mantenía aún la boca semiabierta y la mirada perdida. La enfermera lo observó no sin lástima, era un gran tonto después de todo. Al menos, podría ser un tonto bueno.

—Tan solo acuda a mí si algo de todo lo que le estoy diciendo se le presenta. Cuídese, cuide a los demás y no repita ni una palabra de lo que hemos hablado.

La enfermera dejó ir el brazo de Hansen y se agachó para recoger su equipaje. Tal como lo esperaba, la gruesa voz de Gustav Hermenoff resonó a sus espaldas.

—¡Mi querido Víctor! —exclamó el doctor fingiendo sorpresa y felicidad—. Espero que hayas tenido un buen viaje. ¡Este clima asustaría a cualquiera!

Aunque Margaret no lo esperaba, Hansen cumplió muy bien su papel. Sonriendo, tan forzosa como falsamente, saludó al doctor y hasta le dio un fuerte abrazo. Estrecharon sus manos luego, y el director del hospital lo invitó a pasar a su oficina para ponerse al día. Luego volteó y se dirigió a la enfermera.

—Lleva el equipaje del señor Hansen a alguna habitación, ve que sea linda y cómoda, pues el señor estará con nosotros algunas semanas. Luego, puedes ir a descansar.

—Sí, doctor —asintió Margaret sumisa—. Pero ¿y mis otras tareas?

—Delégalas, eres jefa ahora.

La muchacha los vio alejarse. Sintió rabia contra Hermenoff, hablaba con el expaciente alegremente, tal como si fuesen amigos de toda la vida. Si tan solo él tuviese la capacidad de pensar que tiempo atrás ese mismo doctor era el que estaba poniendo su vida en peligro, trabajando sobre él como una rata de laboratorio...

Pero él sabía, y Margaret no tardaría en averiguar qué implicaba aquello. La joven miró a Emma, quien había observado toda la escena desde el mostrador. La anciana no le dijo nada, tan solo asintió. Y la niña supo que tenía que hacer lo que tenía que hacer: aquello que Hermenoff le había pedido, sin preguntar, sin dudar. Tan solo seguir sus órdenes, esperar el momento en el que su determinación trastabillara.





# ALEXANDER

## LA TORMENTA

En años, aquella había sido la primera vez que Alexander mostraba genuino interés por otra persona. Y no era que fuera conciente de ello, pero con tan solo un deseo, Margaret perdió el brillo de vida que había en sus ojos y, tal como la flor que alguna vez él había sostenido en su mano, se volvió cenizas. Aunque no hubiera sufrido el mismo destino que aquella, estas cenizas aún rebozaban de un color tan vivo que parecían ser el pigmento por excelencia, el color en su estado puro. Y como solo eso eran, no tardaron en caer el suelo, convirtiéndose en un montón de arena.

Alex cerró sus ojos y suspiró. ¿Había estado ella allí?, ¿o era otro de sus amigos imaginarios? Cualquiera fuera la verdad, ya se encontraba más tranquilo, aunque el peligro se le acercara por la espalda. Sintió, nuevamente, tal como aquella vez en el lago —y otras tantas—, unos dedos que se arrimaban con timidez. Pero ya no sabía si aquellos fallarían en su cometido, pues todo lo que tocaban era despojado de color, y por ende, de vida. Había perdido tantas memorias, memorias que solo quedaban en su imaginario conciente. Refregó un poco sus muñecas y sintió las amarras que estaban allí, pues sobre su cuerpo se imponían las condiciones del exterior. No tenía problema alguno en sufrir el dolor de su piel agrietada o el de sus extremidades entumecidas. No podía permitir que la enfermera peligrara, jamás debía de haberla invitado a su vida. La única salida estaba lejos, y aunque significara la muerte, mucho mejor podía ser que dañar a los que lo rodeaban.

Dio un paso certero y comenzó a caminar sin voltear. A su alrededor, la capilla se desplomó sobre sus cimientos. ¿Que significaría ella? Sabía

que todo lo que allí estaba había cumplido algún papel en su vida, pero encontraba enormes dificultades para recordar algo sobre la derruida ermita. Por más grises que hubiesen sido aquellas paredes, sabía muy bien el escritor que no se habían derrumbado por el paso del tiempo. Cierta sanguijuela succionaba la vitalidad de todo eso que lo rodeara, sin excepción. Memorias completas se desmoronaban a kilómetros de distancia, y él podía oír el llanto ahogado de más de una. Y era que no se volvían ceniza por mella propia, sino que se les extirpaba poco a poco su calidad de existencia, y así se resecan dando lastimeros alaridos cuya frecuencia no superaba la de un aullido abisal.

Pero nuevamente lo asediaba aquel zumbido que ya tanto había acosado sus pasos. Esta vez, lo sintió fuerte y claro, reptando en la distancia que lo separaba del camino que ya había recorrido tan arduamente. Supo qué debía hacer y volteó para confrontarse con el mimo. Solo los separaban unos centímetros de distancia. Miró a este con soberbia, y por fin pudo colegir qué era aquel pulso ruidoso que tantas veces no le había permitido vivir en paz. Aquel susurro que rumiaba en su mente e invadía sus oídos. A lo lejos, abrazando el horizonte en su totalidad, una tormenta de arena rugía furiosamente a medida que avanzaba, devorando millas y millas de aquel mundo que Alexander había confeccionado tan celosamente. En silencio, pudo comprender a lo que había llegado todo aquello.

—Ese es tu plan —le dijo al mimo, quien solo se limitaba a contemplarlo—. No quieres tocarme ni eliminarme porque la tormenta ya lo hará en su momento.

Alex sintió una lágrima correr por su mejilla y la interceptó con el puño de su camisa. Tal como se lo había imaginado, la prenda ahora lucía una nueva mancha de tinta fresca. No pudo menos que sonreír. Volvió a contemplar a su perseguidor y pudo notar que rodeando a este había un círculo de acromatismo. El color se despegaba de la arena, humeando y volando por el aire en forma de cenizas que luego se arremolinaban y desaparecían sin dejar rastro. Por fin, comprendió también aquello. Pétalos negros y páginas blancas. No había nada para él en aquel sujeto, testigo era de ello el sitio donde estaba parado, pues en aquella porción del terreno, aquel tímido círculo que rodeaba sus cansados pies, el color todavía se aferraba a su materia. Alex levantó un pie y dio un paso hacia un costado. Al apoyarlo, el suelo respiró nuevamente bajo su peso, reco-brando aquella tonalidad dorada que una vez lo había adornado.

—Será como quieras, entonces —le habló al mimo, feliz de descubrir que aún era dueño de su propia mente—, pero no hasta que yo lo diga.

El escritor volteó y comenzó a andar nuevamente. Sabía que habría algún lugar adonde llegar, que aquel viaje que enfrentaba solo y abandonado no era una odisea hacia su salvación, sino hacia una redención que jamás había logrado encontrar. Pero tampoco se abandonaría ante aquella idea. Sabía pues que algo lo llamaba en la distancia. Sentía el ardor en sus pies, dado que, aunque estos estuviesen atados y a salvo en alguna lúgubre y húmeda celda, estaban también descalzos, y la arena en llamas. Supo casi instantáneamente que el mimo lo seguiría, también estaba conciente de su creciente curiosidad y su perseverancia. Pero había algo que escapaba a su intelección, y esto era cuáles eran los motivos de aquel extraño personaje. Tal vez, nunca lo sabría, le costaba imaginarse un escenario en el que pudiese sincerarse con él.

—Si vas a seguirme todo el trayecto, al menos podrías decirme qué es lo que quieres de mí —aventuró, aunque sin respuesta. ¿Qué más podía esperar?, ¿acaso no era su gracia el no hablar?

Pronto se acostumbró al silencio con el que seguía sus pasos, le ayudaba a rememorar todo aquello que creía perdido. Recuerdo a recuerdo, intentaba concentrar su mente —aunque estuviese caminando a cielo abierto por ella— en aquellos momentos que lo habían marcado. Miradas, sonrisas, silencios, lágrimas. Todo nacía de quién sabe qué recóndito confín de aquella inmensidad que lo rodeaba sin tregua ni fin. Pero lo cierto era que no quería olvidar nada, lejos estaba de desear caer nuevamente en un agujero en el que la oscuridad lo engullera por completo. ¿Acaso permanecería allí por siempre? A esa altura tan solo esperaba que, si debía morir, fuese con su cuerpo completo, y no escindido de su conciencia. El orgullo le impedía dejar que el mimo ganara, pues se sentía traicionado por él, su amigo de la infancia. Si tan solo hubiese podido hacer las cosas de manera diferente...

Miró hacia el horizonte y maldijo su suerte. No sabía cuánto faltaría para llegar adonde quería, y ya había perdido la noción del tiempo. Era como si aquel sueño fuese el más real que jamás había tenido. Sentía la fatiga en sus cansadas piernas, y el calor abrasante del sol sobre su nuca. Supo, como era de esperarse, que todo aquello no era más que una ilusión creada para prevenirlo de llegar a su destino; aun así no dejaba de sufrir cada paso que daba. Unas pisadas monocromáticas se le

adelantaron tan solo un poco, y allí se encontró cara a cara con el mimo nuevamente. Supo al instante qué era lo que el ser quería transmitirle, pues lo invitaba a dejarse llevar, a resignar su memoria en pos de abandonar el sufrimiento.

Alex estaba tan deshidratado que se sentía desfallecer. Su cabeza amenazaba con explotar, y al mirar sus manos, las vio destruidas y llenas de tinta. La del extraño personaje era una oferta casi tan tentadora como oportuna.

Pero, para ser una obra de su propia imaginación, poco conocía aquel ser a su creador, casi tan obstinado como decidido. Es que entre tantas ideas que había edificado dentro de su cabeza, Alexander desconocía profundamente aquella que oficiaba de motor a su cuerpo. Algo lo esperaba allí en el horizonte, algo lo llamaba en cantos, una voz tan inaudible como débil. Tal vez, fuese Justine, tal vez no. Esperaba que lo fuese. Alex dio otro paso y sintió en su pecho algo que se oprimía. Su bata se vio adornada por la huella de una mano, tan azul como la tinta más pura y bella. Cayó de rodillas el escritor, sujetando su pecho, allí donde la puntada había concentrado todo su acuciante dolor. El mundo parecía llegar a su fin. Se nublaba frente a sus ojos, se convertía en ceniza nuevamente. Respiró pesadamente, y miró a su acompañante con unos ojos llenos de furia.

—Tal vez muera en el intento —le dijo con una amarga sonrisa—, solo quiero que sepas que será aferrado a la última memoria que me quede.

Pero poco cabía esperar respuesta. El escritor no parecía necesitar ninguna tampoco.

—¿Por qué quieres verme destruido? —le preguntó apretando su pecho con su mano. Era como hablar con el aire mismo, con una ilusión. Tal vez, lo estaba haciendo; tal vez, solo eso era. Quizá, era algo que solo sus ojos podían ver. Y era tan real... tan macizo, tan concreto. Constituía la compañía más solitaria que jamás hubiese tenido también.

No importaba ya, pues aquella voz lejana aún mencionaba su nombre, una y otra vez. Era, tal vez, el único vestigio que lo unía al mundo exterior. Pero su mirada no podía hacer foco, y el paisaje bailaba en zig-zag frente a ellos. Sintió ganas de vomitar, y luego de dos fuertes arcadas, la arena frente a él se inundó con más tinta. Cada vez que aquello pasaba, le dejaba un amargo sabor en la boca, un aroma extraño invadía sus entrañas. Al ardor de las palmas de sus manos, se le sumó

uno nuevo, pues las puntas de sus dedos comenzaron a experimentar un dolor insoportable. El escritor libró un gemido de dolor y frotó sus uñas intentando calmarlo, pero no pudo más que gritar de angustia al verlas desprenderse de sus dedos. Menudo gemido de dolor invadió su garganta por dentro, abriéndose paso a través ella con un agudo y sufrido alarido. ¿Cuánto más faltaría? ¿Era aquel el momento? No todavía.

El camino resplandecía listo para ser recorrido frente a él, por lo que se puso nuevamente de pie, aunque no sin horribles dificultades. Sus falanges respiraban el sofocante sol del eterno mediodía, y sufrían en carne viva su caricia abrasadora. Sin dejar de maldecir su suerte, el escritor se deshizo de su bata y la anudó en su cabeza. Sentía enceguecerse bajo aquella luz tan brillante, y supo que era de vital importancia proteger sus ideas, por pocas que fueran. Percibir el fresco de la sombra sobre sus ojos y su cráneo lo ayudó a sentirse mejor. Pero había millas y millas que recorrer aún, y nada en el horizonte que anunciara una bienvenida.

Caminó por lo que parecieron horas, y se encontró subiendo por una duna. El escalar aquellas ondulaciones en el terreno lo desgastaba muchísimo. Cada paso no producía más que el movimiento de la arena, sepultando sus pies a cada avance. Pero pronto descubrió que el secreto estaba en ser cuidadoso y tener perseverancia. Observaba con odio al mimo de vez en cuando y lo veía subir sin problemas, tal como si su peso fuese nulo sobre aquellas oscilantes partículas. Una vez en la cima, pudo vislumbrar a sus pies a una persona sentada que miraba atentamente hacia el mismo horizonte que él había intentado alcanzar durante horas. Alex lo reconoció al instante, era Zachary, pero ya no lucía aquel atuendo majestuoso y elegante. Si bien aún vestía de etiqueta, su aspecto no era mejor que el del escritor, pues parecía estar tan perdido y cansado como él en aquella inmensidad. Mostraba manchas de sudor y mugre por toda su camisa, y sus mangas estaban también destrozadas. El saco había desaparecido y las botamangas de sus pantalones estaban hechas jirones. Los únicos elementos accesorios que aún mantenía consigo eran el chaleco y el sombrero. Acariciaba él el ala de este, mientras sus ojos se perdía pensativos donde el cielo tocaba la tierra.

—Qué mal que te ves —dijo como pensando en voz alta cuando Alex apareció a su lado—. Es el fin, ¿sabías?

—Lo sé —respondió el otro y se echó a su lado—. Mataría por un trago. O un buen cigarro.

Storm lo observó un poco, y luego levantó una ceja. Hurgando en los bolsillos internos de su chaleco, descubrió una vieja pipa y se la tendió a su compañero. Alex la recibió no sin sorpresa y con cierta felicidad.

—Si esto no es el mundo real, que me lleve el demonio —le dijo a Zachary, quien reveló también una bolsita de tabaco. El escritor llenó el hornillo con las hebras, casi como placenteramente. Le faltaba el elemento más importante: el fuego. Pero solucionó el problema rápidamente cuando Storm le tendió, por último, un par de anteojos de lectura. La lente concentró los rayos del ardiente sol y pronto la cazoleta comenzó a humear ávidamente.

—¿De veras piensas que todo acabó para nosotros? —le preguntó a su compañero mientras inhalaba y el humo endulzaba sus pulmones.

—Para ti, al menos —respondió Zachary como sin importancia—. ¿No ves acaso que no hay nada alrededor? Todo está perdido, este lugar no es memoria, es un espacio lleno de polvo, de arena.

—Claro, es un desierto —reconoció Alex largando una risita.

Storm lo miró incrédulo.

—Estás a punto de perder tu identidad, todo lo que eres, de convertirte en un ente sin conciencia o, en el mejor de los casos, morir miserablemente en una celda oscura y húmeda —le explicó—, ¿y te ríes?

Alex dio otra pitada.

—Allí, en el horizonte, algo me está llamando —le replicó a su compañero mientras apuntaba con su dedo hacia la distancia—. Si puedo llegar, tal vez haya otra salida.

—¿Qué tipo de salida?

El escritor sonrió nuevamente y barrió con la mirada la línea del horizonte. Luego, se volteó y comprobó que el mimo también se había sentado en la ladera de la duna, observándolos desde una distancia respetuosa y prudente.

—Creo que es la voz de Justine —le explicó a Zachary—, me está llamando. Tal vez, termine mal allí afuera, pero aquí adentro aún puedo salvarme.

—Sabes bien que no es así —replicó Storm desalentadoramente.

—Es lo único que me queda.

—No, aún puedes despertarte. —Zachary parecía confundido, y Alex no tardó en abrir la boca para decirle que todo aquello había sido su idea—. Sé que te dije que era imposible, pero tengo miedo de que esta

batalla se eternice. Tengo miedo de que nos quedemos aquí por siempre, tengo miedo de...

—¿De qué?

—De la oscuridad, Alex. —No bien terminó de articular estas palabras, una ráfaga de viento los envolvió. Al voltear, vieron al mimo nuevamente de pie; parecía alterado, incómodo.

—No quiero que nos engullan aquellas tinieblas, tú mismo viste lo desesperantes que eran. Y esta vez no habrá bote sobre el cual descansar ni estar a salvo de lo que reptaba en las profundidades... no, no... Debes intentar de hablar con él —le indicó al escritor mientras apuntaba con su dedo al extraño personaje que se erguía a sus espaldas.

—Él no me dirá nada, y no puedo perder más tiempo —dijo Alexander incorporándose—, si la tormenta no puede alcanzarme, esto no acaba aún. —Le tendió una mano a su compañero—. ¿Vienes?

Zachary Storm no se movió. En su lugar, hurgó nuevamente en su chaleco y le tendió una pequeña llave al escritor.

—Lo que pase conmigo dependerá de ti —le dijo—. Aférrate a esa llave, puede ser más importante de lo que piensas.

Alex hizo dar vueltas al pequeño artefacto entre sus dedos. Se le hacía muy conocida, aunque le costaba recordar de dónde.

—Tienes problemas para recordarla —continuó Storm—, es por ello que es vital que te apures.

—¿Nos volveremos a ver? —quiso saber el escritor.

—No lo creo —respondió Zachary.

Fue entonces que su compañero le tendió una mano, y Alex la estrechó con fuerza. Luego volteó y miró a lo que parecía un largo camino que se perdía en la nada. Ese momento lo cambió todo, pues a lo lejos, casi imperceptible al ojo descuidado, un destello cruzó la distancia en un segundo y llegó hasta la pupila del muchacho. No estaba equivocado, algo lo estaba llamando.

No dijeron nada más, pues el escritor comenzó su camino nuevamente. Casi como si fuese una señal en código Morse, la línea del horizonte se encendía brevemente con la promesa de guardar una respuesta, un propósito para seguir. ¿Y qué más necesitaba él para hacerlo?





# DANIELLE

## LA TERCERA CARTA

En vano había Albine intentado calmar a la señora Danielle. De poco había servido intentar limpiar el desastre, desestimar sus daños materiales o encontrar explicaciones racionales para sus causas. La criada bien sabía que no las tenía, y aun había intentado al otro día serenar a su ama por todos los medios que conocía. Ni siquiera mostraba señales de apetito la señora, quien, empecinada en pasar el tiempo fuera de la casa, ya no reconocía en ella su hogar. Albine había pasado la tarde observándola, apoyada en el alféizar de la ventana de la cocina. No podía comprender cómo Danielle podía estar allí, en aquel jardín empantanado, frío y sucio. Su finura contrastaba profundamente con aquella atmósfera, pues la tormenta había causado un tiradero de hojas y ramas por doquier, un desorden que la criada debería limpiar tarde o temprano, o tal vez, cuando su ama decidiera entrar.

—Señora, se enfermará —le dijo la joven apoyando unos dedos delgados sobre su espalda. Se había cansado de limitarse a contemplarla, debía devolverla a la casa—. Déjeme llevarla adentro y prepararle un baño caliente.

—Puedes irte, Albine —le respondió Danielle sin reaccionar ante el contacto físico—. No pienso volver a ese lugar.

La criada rodeó el banco y se acuclilló frente a su ama. Tomó sus dos manos entre las suyas y buscó incesantemente su mirada. Luego de unos minutos de titubeo, por fin la obtuvo.

—Ya limpié todo, nada malo ha pasado —le dijo acariciando sus dedos.

—Lo siento, Albine —le respondió la joven Bellerose sin expresión en sus ojos—. Estoy muy cansada de todo esto, no puedo pasar más tiempo allí dentro.

—Vayámonos, entonces —exclamó la joven de cabellos plateados—. Podemos pasar una o dos noches en la finca...; sé que no está terminada, pero ya cuenta con las comodidades básicas. —Danielle no respondió—. Tan solo acompáñeme escaleras arriba, relajémonos como solíamos hacerlo antes de todo esto.

La criada apretó con fuerza las manos de su ama, pero esta le devolvió una mirada malhumorada. Ágilmente, se zafó de la caricia y miró en dirección al bosque.

—No es la casa en sí misma, es todo lo que me rodea, todo lo que tenga que ver con Alexander —poniéndose de pie repentinamente, hizo trastabillar a Albine, quien cayó de espaldas sobre el barro—. Este jardín, este bosque, este banco —pronunciaba cada palabra con desdén y amargura, como si se sintiera presa de un destino del que no podía escaparse—, también esos libros malditos... y tú.

Le dedicó una mirada de tristeza y desaprobación, y pudo percibir un genuino dolor que hacía temblar tanto los párpados como los labios de la inocente criada. Sus pupilas se perlaron rápidamente y bajó su cabeza. Haciendo acopio de toda la dignidad que aún conservaba, se puso ella también de pie y sacudió su vestido, aunque en vano, pues el barro estaba fresco y se había adherido casi instantáneamente.

—Si eso quiere, la dejaré sola —dijo la joven Albine, no sin sollozar entre palabra y palabra—. Estaré dentro por si me necesita.

Su ama no respondió, pues jamás había planeado hablar en principio. Volvió a desplomarse sobre su lugar y allí permaneció la noche entera, sin pegar un solo ojo. Por su cabeza corría un torrente de ideas que no le permitía descansar, pues todo adquiriría un sentido cada vez más oscuro y difícil de vislumbrar. Recordó la escena de la laguna, las noches de soledad en su dormitorio y aquella mañana en la que habían tenido que internar a su esposo. Recordaba haberse comportado indiferentemente, casi como si aquello fuese un paso necesario para volver a la normalidad. Qué crédula había sido. Todo aquello no podía corresponder más que a la caída de su vida como la conocía. Recordaba estar en la estación de policía, pasar largas horas explicando lo que verdaderamente había ocurrido. Pero, al final de cuentas, no dejarían que su esposo volviera a

casa. No. Era un peligro tanto para sí mismo como para otros. Le habían asegurado que St. Claire era el lugar perfecto para dejarlo, y ella también había creído eso. Ya había cometido suficientes errores, y el primero —y el peor— de todos había sido pensar que Alexander Fleming era el hombre de su vida.

¿Qué hacer?

Se prometió no pasar otra noche en vela, jamás confiar en alguien nuevamente, olvidar todo lo que había visto. Pues se sentía indefensa. No indefensa ante la vida, ante la realidad. Sentía indefensión contra aquello que hacía unas cuantas horas había sido una locura. A pesar de la oscuridad y las nubes tormentosas, los rayos de luz de luna que se filtraban de tanto en tanto le permitieron inspeccionar sus pies. ¿Cómo podía ahora negar aquellas manchas oscuras que atestiguaban lo que había pasado la noche anterior? ¿Por qué era Albine tan estúpida como para negar todo aquello? La joven había ignorado todas las cosas extrañas que allí habían pasado, tal como si todo fuese arte de la imaginación. ¿Cómo desestimar la fina línea entre la realidad y la fantasía con la que allí se habían topado? Bien sabía que no podía explicarlo, pero ello no la contuvo de encontrar una solución: irse de ese lugar lo antes posible.

El sol ya acariciaba la copa de los pinos cuando Albine apareció nuevamente en el umbral de la puerta. Danielle estaba bien despierta, fumaba un grueso habano silenciosamente, mientras sostenía una elegante petaca de whisky con la otra mano. Cuando la criada apareció, hizo caso omiso de su presencia.

—Llegó una carta para usted —declaró tímidamente la joven de cabellos pálidos.

—Si es de Larsen, puedes tirarla a la lumbre.

Albine se acercó un poco. Bajó lentamente los escalones del pórtico y esta vez mantuvo su distancia. Ante el silencio de su criada, Danielle se volteó para ver qué era lo que pasaba. En sus manos sostenía un sobre sin lacre. En él, estaban escritos el destinatario y la dirección, ambos con una caligrafía bonita y prolija. La joven la reconoció casi al instante.

—El remitente es Patrick Bellerose.

Su tío la recibió con los brazos abiertos, como era de esperarse. No bien sintió que la estrechaba fuertemente, un alud de recuerdos y viejas sensaciones derribó el impávido personaje que Danielle había planeado

procurarse, y estalló en un llanto silencioso y amargo. El ya viejo hombre palmeaba su hombro con amor, pero nada podría corregir lo que el tiempo había malogrado.

—Sé fuerte, pequeña —le dijo él, con su tierna y cansada voz de siempre—, jamás dejaste de serlo.

Cuando se hubo calmado, se encontró sollozando aún, algo hiperventilada y mareada. Su tío la invitó a pasar. Entró a una sala poblada de personas que parecían haber estado esperando su llegada hasta ese momento, pues decenas de ojos se volvieron contra ella cuando apareció en el umbral de la puerta. Casi instantáneamente, muchos se pusieron de pie, amagando con acercarse para saludarla. Entre la multitud reconoció a primos y primas, tías y tíos. Todos la rodearon, intentando abrazarla o darle sus condolencias. Pero Danielle difícilmente respondía, pues solo quería llegar al final de la sala.

—¿Dónde está papá? —le preguntó a Patrick Bellerose, sin fuerza en su voz.

—Lo siento, pequeña —se disculpó el hombre acariciando su mejilla, interceptando una diminuta lagrimilla—. No lo sé.

Danielle jamás había contado con él, pero ese día perdió tanto a su padre como a su madre.

—Necesito verla, tío —le dijo con ojos suplicantes.

—¿No deberías descansar un poco antes?

—Jamás tuve tan pocas ganas de descansar.

Patrick asintió y la tomó de las manos. La condujo a través de un desfile de miradas curiosas que la joven bien sabía no dejaban de preguntarse qué había sido de ella todos esos años. Se había ido de casa, jamás había mirado atrás. Todavía no sabía cómo Patrick había logrado encontrarla. El tiempo había pasado demasiado rápido, casi como el agua cuando se escurre entre los dedos. Caminaban ambos, ella ya convertida en toda una mujer, él llegando a la etapa final de su vida. Aún podía verlo como hacía años, radiante, sonriente, todo un caballero. Tenía aquella facultad de hacerla sentir muy bien, de contar siempre con la palabra justa para calmarla y protegerla de sí misma.

Al fondo de la sala, donde solía estar el piano, un telón bordeaux rodeaba el ataúd. Patrick Bellerose frenó ante la cortina y se dirigió a la joven:

—Te dejaré sola, niña —le dijo acariciando nuevamente su consternado rostro—. Estaré aquí afuera si me necesitas.

Danielle asintió y corrió el telón. Lo cerró nuevamente a sus espaldas luego de subir un pequeño escalón y sintió una puntada de dolor al verla allí. Estaba hermosa. Si bien la enfermedad se había cobrado en carne los años que su madre la había desafiado, ella sonreía triunfante. La muchacha se acercó y acarició su pelo acaramelado. Olía a vainilla y miel, sus mejillas empolvadas ocultaban su cansancio, y el vestido entallado carmesí acentuaba las curvas de su cuerpo, ocultando su delgadez y deterioro.

Ella se iba así como siempre había sido: hermosa. Tenía sus manos en su regazo; cuando la joven las tomó, estaban frías.

—Te fallé, madre —le dijo dando rienda suelta a un llanto desgarrador y apenado—. Te fallé, no pude ser feliz... Creo que hay algo malo en mí.

Danielle dejó escapar una risita nerviosa. Se había colado entre sus sollozos. No era una risa feliz, claro que no, era una risa cargada de toda la amargura que sentía dentro de sí. Una risa que escarbaba en lo profundo de su cuerpo, casi como una quemadura interna.

—Ya no sé qué hacer, siento que estoy muerta por dentro —prosiguió la joven, casi como si redactara una carta—. Aquello que creí que me haría feliz resultó ser un engaño, y herí a la única persona que creí que de verdad amaba. Soy tan cobarde, mamá.

Apoyó su cabeza contra el regazo de su madre, y allí lloró en silencio. Aunque aquel cuerpo yaciera sin vida, podría haber jurado sentir su calor. Se sintió segura nuevamente, y se abandonó. Lo único que veía era una de las velas consumirse. No dio cuenta del tiempo que había pasado, pero al despertarse, su tío estaba a su lado.

—Lo siento —se disculpó la joven Bellerose fingiendo avergonzarse—. No he dormido casi nada anoche.

—No te disculpes, amor, ya todos se han ido. ¿Quieres pasar esta noche aquí?

—Me encantaría —le dijo ella sonriendo.

—Mañana a primera hora vendrán a buscarla, así podrás verla antes del entierro —le explicó Patrick suavemente, Danielle asintió—. Te prepararé un té, hay algo de lo que debemos hablar.

La tomó nuevamente de las manos y la llevó hacia su estudio. Una criada acudió a ellos y su tío le pidió que le llevara un par de bebidas calientes. Una vez que los hubo dejado solos, el hombre viejo suspiró.

—Ella está en un lugar mejor.

—Es lo único que pido.

—¿Te sientes más relajada?

—Sí —reconoció Danielle—, un poco.

—Sé que estos últimos meses han sido duros para ti, amor —le dijo el hombre con su mirada perdida en la lumbre—. Es por eso por lo que quiero ayudarte.

—¿A qué te refieres, tío?

—Bueno —dijo él carraspeando—, sé que tu esposo no se encuentra en un buen estado de salud mental.

Danielle bajó su mirada. Lo último que quería era que su tío también creyera que era una perdedora. Aquello la llenaba de una pena inmensa, pues el problema de Alexander era algo frente a lo que nada podía hacer.

—No te sientas mal, pequeña —la consoló Patrick, percibiendo su incomodidad—. Puedo ayudarte.

—¿Cómo? —preguntó ella dando rienda suelta a sus lágrimas—. Alexander está perdido, ya jamás volverá a ser quien era. No puede trabajar, prácticamente está en bancarrota, y la única oportunidad de hacer el dinero que tanto necesitábamos se hizo cenizas en mi boca.

—Lo siento mucho, amor.

Danielle le contó todo lo que había vivido. No necesitaba la ayuda de su tío, pero aquello terminaría por matarla por dentro si no se sinceraba con alguien. Y quién mejor que Patrick Bellerose, a quien sentía como su verdadero padre. El viejo escuchó toda la historia con atención y serenidad, y cuando su sobrina hubo terminado de desahogarse, la abrazó.

—No todo está perdido, pequeña —le dijo con una sonrisa—. No necesitas que tu esposo se recupere, necesitas un hombre que te merezca.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella extrañada.

—Bueno —comenzó a explicar él—, hay alguien que está interesado en conocerte. Es hijo de un colega mío, un joven profesional muy prometedor.

—Pero yo estoy casada...

—Con un hombre que no puede higienizarse solo siquiera.

—Aun así, lo estoy.

—¿Y qué si pudieses dejar de estarlo?

Danielle no supo qué responder, su tío parecía estar determinado en aquello que decía.

—Me refiero, pequeña, a que hay una manera en la que podemos anular tu matrimonio. Tienes la oportunidad de tener una vida junto a un

hombre de verdad, un hombre que te cuidará, que proveerá, que te dará una familia.

—¿Qué más quisiera yo? —dijo por fin. No había otra cosa que deseara más que recuperar la normalidad en su vida.

—¿Es de verdad lo que deseas, amor? —le preguntó su tío, dándole el tiempo a pensar su respuesta—. No debes preocuparte por ningún problema de índole legal, pero debes decidir si esto es lo que de verdad quieres.

Danielle pensó un poco. Sentía que su cabeza estaba a punto de estallar y sabía que no era tiempo de tomar decisiones. Pero algo en su interior quería enterrar la memoria de Alexander Fleming para siempre, era aquello mismo que la había llevado a caer en los brazos de Albine. ¿Y qué pasaría con la dulce criada? Prefería no pensar en ello. Aquella noche durmió muy poco. A las pocas horas de acostarse, se despertó y no pudo volver a pegar un ojo. Esperó el amanecer junto a su madre, le contó del plan de su tío y le aseguró que no se rendiría hasta ser feliz. Le confió, además, el recuerdo de la aventura que había compartido con la criada, y qué tanto la había sorprendido sentirse amada por otra mujer. Y entre tantas sombras, le pareció ver a su madre sonreír ante aquella anécdota. El sol del nuevo día la encontró renovada y lista para abrir un nuevo capítulo en su vida, uno que deseaba jamás terminar de escribir. Aquella mañana enterraron a su madre. La lloró a viva voz, pero con la felicidad de haber podido despedirse de ella. Mientras veía el ataúd desaparecer en la fosa, rezó en silencio por el deseo de volver a encontrarla algún día. Su tío la despidió con cariño, pero no tanto: la vería nuevamente en un par de horas, pues el carruaje la llevaría hacia la residencia Fleming y la traería de regreso con sus pertenencias.

Al llegar a su hogar, Danielle suspiró en la entrada. Casi instantáneamente a su llegada, Albine apareció por la puerta que daba al pasillo y corrió a su encuentro. La abrazó con un cariño inmenso, y luego la besó con pasión. Su ama no parecía encontrarse muy propensa a ello, pero era natural, pues había sufrido una pérdida enorme. La joven criada la acarició con amor y anhelo, pero al buscar la mirada de Danielle, la encontró esquivada y escurridiza.

—¿Qué le sucede, mi señora? —preguntó inocentemente, buscando una manera de solventar el vacío que había entre las dos.

—He venido por mis pertenencias, Albine.

Danielle se apartó violentamente de ella y subió las escaleras con pasos rápidos. No se tomó el tiempo de mirar la habitación siquiera, pues apoyó una maleta sobre la cama sin advertir lo que reposaba sobre el colchón.

Se encontró arrojando toda su ropa dentro de la valija, sin hacer mella de otros objetos personales que se olvidaba. No le importaba, solo quería alejarse de allí lo antes posible. Sintió molestias, y se llevó un dedo hacia su mejilla para acallar una lágrima silenciosa. Al bajar las escaleras, vio que la criada aún seguía allí donde la había dejado, en el vestíbulo de entrada. Danielle bajó escalón por escalón, esta vez sin apresurar mucho sus pasos. Una vez que hubo llegado al pie de la escalera, se dirigió hacia la puerta con determinación. Esperaba que Albine reaccionara de alguna manera, pero no lo hizo, pues se limitó a observar el suelo inmóvil. La joven Bellerose comenzó a exasperarse y a apretar el paso, cruzando el pórtico casi sin pestañear.

Deseaba que, una vez alejada de ella, Albine le gritara o corriera a buscarla, rogándole que no se fuera. Pero terminó por ser la misma Danielle la que frenara en seco y se volteara. A tan solo unos pasos, bajo el umbral de la entrada, la criada la observaba inmóvil. Sus ojos del color de las cenizas estaban empapados, pero sus labios no emitían sonido alguno. No era necesario, pues con su mirada lo decía todo.

Danielle bajó la cabeza y se volteó nuevamente. Sin volver a interrumpir su marcha o mirar atrás, caminó hacia el carruaje y se marchó.



# GUSTAV

## A MI DERECHA

Aquella mañana en la que Gustav había abandonado el vestíbulo con Víctor Hansen a su lado, Margaret creyó que él lo acompañaría hasta su oficina, donde hablarían sobre el papel que cumpliría el expaciente en los trabajos que el doctor estaba llevando a cabo. Elevaban demasiado la curiosidad de la enfermera, quien ahora no dejaba de mirar de reojo al médico cada vez que pasaba cerca de ella. Y muy equivocada en sospechar de él no estaba. Hacía días una sombra se cernía sobre su cabeza, una convicción caprichosa de que debía evitar a aquel hombre a toda costa.

Ahora bien, el expaciente poco podía saber de las preocupaciones de la enfermera, pues lo había tomado por sorpresa su advertencia, y más aún la calidad angustiosa que había traído consigo. Se sentía algo perdido, no comprendía qué significaban aquellas palabras, pero solía olvidar con facilidad aquello que prometía perturbar su serenidad. Haciendo aquellos pensamientos a un lado, la idea de tomarse un baño caliente lo había seducido en exceso, y luego se dio la libertad de visitar su antigua habitación. Hermenoff había respondido a ambos pedidos con genuina gentileza, posponiendo la reunión para el final de la tarde. Además, tenía él que terminar ciertas tareas aún, procedimientos necesarios para llevar a cabo el trabajo que el expaciente habría de hacer allí en St. Claire.

Restaban solo unas horas de luz diurna cuando Víctor subió las escaleras hacia la oficina de Hermenoff. Estaba allí ante su puerta, pero ni siquiera tuvo que tocar para que el doctor le abriese, pues sus pasos resonaban pesadamente por los pasillos, y el viejo y cansado Gustav ya lo había escuchado mientras avanzaba por los escalones.

—Adelante —le dijo con una sonrisa.

—¿Acaso ha redecorado su oficina? —quiso saber Víctor, quien había estado todo el resto de la tarde deambulando por los corredores del asilo, sintiéndose así nuevamente parte del hospital. Lo acogedor de la oficina de Hermenoff le daba un respiro a su confundida cabeza.

—Solo he movido unos muebles —respondió Gustav escueto—. Debo agradecer que respondieras tan rápido cuando te convoqué, pensé que estarías muy ocupado con tu nueva vida.

¿Qué vida?

—En realidad, no he hecho nada por ella aún —reconoció Víctor sentándose en una de las sillas que había frente al escritorio del doctor.

—¿Por qué es eso? —lo interrogó Hermenoff—. Deberías casarte, ser un hombre de familia, trabajar duro para criar bellos hijos ahora que puedes.

—Lo sé —dijo el expaciente algo avergonzado—, pero tampoco he encontrado placer alguno en buscar ese tipo de vida.

El doctor se dirigió también hacia su silla. Su ceño estaba pesadamente fruncido. Escudriñó su objeto de estudio con ojos curiosos y súbitamente se volteó. Tenía una pequeña bodega a sus espaldas, y de ella se vio provisto de dos vasos enanos y una botella de dorado fulgor.

—Hablémoslo con un trago de por medio —le dijo tendiéndole uno de los recipientes—. ¿Acaso has tenido algún síntoma nuevo? ¿O alguno que te sea familiar, tal vez?

—Oh, no —negó su invitado con la cabeza—. No es eso, el malestar se ha ido por completo, las voces también.

Gustav pareció aliviado mientras estas palabras le llegaban al mismo tiempo que acariciaba su vaso pensativo. Finalmente, tomó todo su contenido de un sorbo y sonrió.

—Es bueno saberlo, es muy importante que así lo sea —dijo asintiendo con su cabeza. Esperó a que Víctor le indicara algo más sobre su estado actual, pero el expaciente se limitó a mirarlo pacíficamente. Incómodo, Gustav quiso romper el hielo. Se sirvió otro trago, carraspeó brevemente y sus ojos barrieron el suelo buscando un tema sobre el cual conversar con su visita—. ¿Has escuchado algo de tu música?

—Lo he hecho.

—¿Y qué has sentido?

—Nada en especial —afirmó Hansen naturalmente—. Es tan solo un montón de sonidos dispersos que suenan bien.

Era justo lo que el médico quería.

—Veo entonces que te has curado, Víctor —respondió con el pecho embriagado de orgullo mientras se reclinaba. Pero aquellas palabras poco pudieron conmover el ánimo del expaciente.

—No me siento curado —replicó con tal naturaleza y aplomo en sus palabras, que aquello significó una bofetada hacia el orgullo del médico.

—Te devolví tu salud mental —declaró el doctor, no pudiendo creer lo que su visitante le decía—. ¿Cómo puede ser que te sientas enfermo aún? Dijiste que el malestar se había ido.

—Lo siento, doctor —se disculpó Víctor—, no me refería a que todavía me siento enfermo, sino a que aún no creo hallarme del todo bien.

—¿Y a qué te refieres con que no te encuentras del todo bien? —Gustav notó que últimamente estaba perdiendo la paciencia con increíble facilidad. Odiaba a los locos, con todo su ser. Y podía ver que, si aquellos le causaban un rechazo indescriptible, los exlocos no estaban muy lejos de producirle una sensación semejante. Víctor tenía su mirada perdida, su espíritu doblegado y un ánimo demasiado pasivo para el gusto del médico. Pero, tal vez, se estaba adelantando, pues sabía que lo intelectual no era un punto fuerte en aquel hombre. En primera instancia, por ello lo había convocado.

—Es difícil de describir —explicó Hansen—. Es una sensación parecida a la de un vacío en el pecho. Sé que antes mi vida estaba perdida, pero ahora no parece más luminoso el camino.

—Quizá deberías hacer lo que te dije —zanjó Hermenoff perdiendo interés en él—. Consíguete una mujer y un trabajo.

—Tal vez tenga usted razón —reconoció el lánguido hombre bajando su mirada mientras jugaba con sus dedos.

—Es más —continuó el doctor—, puede que ya cuentes con el segundo.

—¿A qué se refiere?

—Bueno... —comenzó a explicarse Gustav—, ...no te convoqué aquí para que visitaras las instalaciones, quiero que trabajes para mí.

La cara de Víctor se iluminó.

—¿Para usted?

—En efecto —confirmó Hermenoff reclinándose nuevamente sobre su asiento—. Necesito alguien con tus cualidades.

—Me temo que no tengo muchas.

—Tienes las que necesito.

Hansen ni siquiera había tocado su vaso. Gustav notó aquello y se lo indicó, pero el expaciente era demasiado testarudo. Con un ademán final, el doctor logró que su visitante tomara el recipiente entre sus manos y se lo llevara hacia la boca. Antes de beber el dorado licor, Víctor inspiró el aroma del whisky y frunció su entrecejo. Pero la influencia del director del asilo era lo suficientemente fuerte como para que él ingiriera aquel contenido sin oponer resistencia. Y fue cierto que, pasado el ardor y el disgusto iniciales, terminó por disfrutar de aquella bebida que jamás en su vida había tenido el gusto de probar.

—Tienes fuerzas, Víctor —se explicó Gustav—. Fuerzas es lo que necesito para trasladar... objetos... de un lugar a otro. Yo estoy muy viejo, Margaret es muy pequeña, y no tengo a ninguna otra persona de confianza.

—¿Qué tipo de objetos? —quiso saber Hansen inocentemente. Hermenoff dio cuenta de ello.

—Cualquier tipo de objetos que quiera trasladar.

—Bueno, me encantaría trasladar sus objetos.

—¿De veras lo harías? —preguntó el doctor, no sin saña, pues quería saber hasta qué punto la devoción de Víctor podía llegar—. Debes hacer todo lo que te digo, cuando te lo digo, sin preguntar ni responder.

—Claro que lo haré —afirmó el expaciente zanjando la cuestión—, no hay nada más que quisiera hacer que ayudarlo a usted, pues le debo demasiado.

—Bien, Víctor —le respondió Gustav sonriendo satisfecho—. Es bueno saber que puedo confiar en ti. Serás mi mano... izquierda.

—¿Izquierda?

—Sí, la mano que se encarga del trabajo en bruto, del trabajo pesado con el que el inteligente muchas veces no puede lidiar.

—¿Sería entonces usted la derecha? —preguntó bobamente Hansen.

Se lo veía verdaderamente confundido, así como si aquello que el doctor le decía debiese ser traducido para su entendimiento. Si Gustav no hubiese estado tan cansado, tal vez hubiese estallado en carcajadas, pero en su lugar no pudo más que mirar al otro con incredulidad.

—No —respondió esperando aclarar sus dudas—, no sería yo ese.

—¿Y entonces?

—¿Qué quieres saber?

—Bueno... ¿quién será la mano derecha?

La pregunta era tan ridículamente certera que el doctor pensó que tal vez el expaciente no fuese tan estúpido como él creía. Aun así, no dejaba de lado la posibilidad de usar eso en su favor.

—Esa será una de tus primeras tareas —se dignó a revelar el doctor—. Debes ayudarme a fabricarlo.

—¿Cómo haré eso?

—Bueno, hay un enfermo que demostró tener una inteligencia excepcional —comenzó Gustav—. Es un artista, como tú. Cuando lo crea pertinente, lo operaremos y lo volveremos un hombre de bien, tal como tú lo eres ahora.

—Lo haré con gusto.

—Sabía que podía contar contigo —lo felicitó Gustav—. Ahora, por último... —dijo sumiéndose en una pausa breve. Hansen se inclinó sobre su asiento. El intervalo que había elegido hacer el doctor no le daba sino una curiosidad infinita. Pero aquel hombre enigmático no hablaba todavía. Estaba por impacientarse cuando la respuesta apareció por entre los labios de su interlocutor —. Margaret —dijo por fin Gustav.

—¿Qué con ella? —quiso saber Víctor.

—El trabajo que estamos a punto de realizar es de un alto valor para mí. Es por ello por lo que lo he mantenido en secreto dentro de estas cuatro paredes, Víctor —se explicó Hermenoff—. Sé que tú guardarás silencio sin importar qué, pero no puede haber más cabos sueltos.

El expaciente se reclinó lentamente, alejando su cara de la del doctor. En su expresión no había más que confusión y horror. Todo esto, si bien un obstáculo, era información valiosa para Gustav. Pudo saber así que, aunque el paciente había perdido casi toda emoción y muchas características de su ser social, aún tenía activos ciertos núcleos cerebrales que le indicaban que aquello que el doctor planteaba estaba fuera del marco de lo esperable. Pero esto no era un problema para el astuto Hermenoff, pues la mente del grandote era como la de un niño, la moldearía a su gusto en poco tiempo.

—¿Está usted diciendo que matará a la dulce enfermera? —preguntó Víctor lentamente.

—¡No! —exclamó el doctor simulando desconcierto en su expresión—. No creo que debamos llegar a ello, mi colega—. *Mi colega...* —. Es solo que estoy un poco preocupado por su lealtad, ella ya me ha traicionado una vez, temo que vuelva a hacerlo... Cuenta con información valiosa.

La expresión del expaciente se transformó rápidamente. No estaba ya horrorizado, sino que cierto atisbo de furia apareció en sus ojos. Gustav se relamió: furia e indignación.

—¿Cómo es que puede ella traicionarlo a usted, que tanto ha hecho por todas estas personas, que tanto ha invertido en este lugar, que tanta confianza ha depositado en su juvenil inexperiencia?

—De veras, no importa Víctor, no creo que vuelva a hacerlo.

—¿Está usted seguro?

—Puede que no —reconoció falsamente el doctor—, pero si tal fuera el caso..., ¿cuento contigo para encargarme de su deslealtad?

Hansen se puso de pie.

—Téngalo por seguro.

# MARGARET

## ESCALERAS ARRIBA

Dos de la madrugada. Margaret despertó y lo primero que vio fue la pétre y macilenta cara de Víctor Hansen iluminada por el farol. El sobresalto fue tal que la enfermera pensó que estaba teniendo una pesadilla. Parecía una aparición, un espectro. Pero antes de que la joven pudiese gritar, el hombre le indicó que guardara silencio con el dedo.

—Siento sorprenderla así, enfermera —se disculpó apoyando la fuente de luz sobre la mesita de noche y sentándose sobre un costado del colchón—. El doctor Hermenoff nos espera.

Aún dormida y confundida, Margaret se enderezó y frotó sus ojos para que se acostumbraran a la invasiva luminosidad. Se había dormido vestida. Recordaba poco de lo que había estado soñando, pues tan solo podía rememorar un bote en el que navegaba por la nada misma. Por eso, la oscuridad le había causado escalofríos, aunque no tantos como la mirada vacía del expaciente.

—¿Por qué tienes eso? —fue lo único que pudo hilvanar mientras apuntaba hacia el oxidado farol de mano.

—No hay luz eléctrica.

La enfermera se puso de pie y fue a buscar su propia farola. Le llevó unos minutos, pero no tardaron demasiado en dirigirse juntos hacia la puerta. El frío empezó a calar fuerte en la niña cuando salió de la habitación, acompañada de Hansen.

—Tenía usted razón —le dijo el hombre mientras atravesaban los desolados pasillos del hospital. Aquel lugar era tan tenebroso a oscuras que muchas de las enfermeras y otros doctores se encerraban en sus habitaciones bajo llave. Nada podía hacerles pensar que había peligro

alguno, pero aun así estaba fuera de la cuestión, pues temían a que algún loco se escapara y pudiese atacarlos. Más todavía, era de conocimiento común que había cosas extrañas sucediendo en el asilo, y aunque las posiciones se dividieran entre los crédulos y los escépticos, más de uno echaba el pestillo a la puerta cuando se iba a dormir. En los dormitorios de las enfermeras, que a veces llegaban a ser compartidos por cuatro o seis personas, era unánime la decisión de hacerlo también, pues entre ellas pocas había que no adhirieran a este encierro. Eran aquellas trabajadoras las que recorrían los pasillos durante la noche y que juraban ser testigos de los sucesos extraños que poblaban esos corredores. Nunca faltaban sombras que se movían sobre el rabillo del ojo o sonidos extraños. Y si bien muchas personas desestimaban estas experiencias, no había muchos que quisiesen aventurarse a pasear por el asilo de madrugada.

—¿Acaso Hermenoff pretende hacer algo? —preguntó la enfermera.

—Sí —respondió Víctor con su característica voz, abandonada de emoción—, al principio dijo que no quería involucrarla, pero luego supo que necesitaba de su asistencia.

—¿Qué está pasando? —quiso saber Margaret, más despabilada y atenta ahora que la conversación se había tornado hacia la persona del médico.

—Enfermera —dijo el hombre, no sin dificultad en su hablar. Parecía como si le costara expresarse, como si hubiese una desesperación que no encontrara el lugar para salir, pues sus palabras sonaban apuradas, no así su voz—, sería bueno que obedeciera al doctor e hiciera todo lo que él le fuese a pedir esta noche.

—No me has respondido.

—Haga lo que le digo, por favor, todo estará bien —afirmó Víctor en un tono demasiado holgado, sin notar lo fuerte que hablaba.

Margaret le pidió silencio entre susurros. Si alguien los escuchaba, la voz de que Hermenoff llevaba a cabo tareas nocturnas se correría por todo el hospital. La joven descendió suave como una gacela por la escalera y, a unos metros de la planta baja, se asomó por la barandilla. En el vestíbulo, tres enfermeras hablaban por lo bajo mientras cubrían su turno de guardia a la luz de una incontable cantidad de velas. Al parecer, lejos estaban de percibir su presencia. Margaret bien conocía el mundo de aquellas trabajadoras, amaban hablar unas de otras, regodearse entre



chismes e historias infladas. Luego de calmar su ansiedad, volvió sobre sus talones y fue a encontrarse con Víctor nuevamente. Todo estaba bien. Regañó al enorme hombre y este aceptó el reto de buena gana. Al seguir su camino, dieron vuelta a una esquina, y allí estaba el doctor, también armado con un farol.

—Vamos, se nos está haciendo tarde —fue lo único que les dijo y comenzó a caminar hacia la otra escalera.

Subieron por la arremolinada escalinata y se encontraron con la puerta de reja que daba acceso al segundo piso. Fue allí que Hermenoff le tendió la luz a Víctor. Acto seguido, descubrió una llave y la introdujo en el cerrojo. El metal chilló tanto al destrabar la cerradura como al abrir la puerta. El gemido de la reja recorrió los pasillos y se perdió en la distancia. Gustav volteó para hablar con sus acompañantes.

—No se alejen de mí, el segundo piso tiene una disposición diferente a los otros —explicó—. Si se pierden, dudo que encuentren el camino hasta que salga el sol... si es que sale.

Tanto Hansen como la enfermera compartieron una mirada. Ella tenía miedo. Tanto miedo tenía que no se permitía a hablar. Sea lo que fuera que el doctor quería hacer, sabía que nada bueno podía provenir de ello. Era tal la garantía de que algo andaba mal que, a medida que caminaban por la oscuridad, la joven intentó memorizar el camino para escaparse si debía hacerlo. Sentía una angustia opresora en su pecho, una certeza de peligro que se encarnaba profundamente en su espina.

Gustav los guió por la oscuridad durante largos minutos que parecieron horas. Las baldosas del suelo, negras y blancas, parecían un enorme tablero de ajedrez, tal como en el resto del hospital. Era un tablero que se extendía infinitamente. Serpenteaba por los pasillos formando el laberinto más tenebroso que jamás hubiese existido. Como no había pacientes en todo el nivel, las puertas solían permanecer abiertas, y era inevitable echar un vistazo dentro de cada habitación al pasar, casi como si los tres esperasen que algo les devolviera la mirada. Margaret sentía los escalofríos agolparse en su nuca y luchaba con todas sus fuerzas contra el impulso de recorrer el lugar con la mirada.

—Ya casi hemos llegado —dijo Hermenoff.

Su voz gruesa se convirtió en eco al instante, pues en aquella inmensidad reinaban solo el silencio y la oscuridad.

—¿Hacia dónde estamos yendo? —quiso saber Margaret.

—A la sala de baños —respondió escuetamente el doctor—. Guarda silencio, alertarás a todo el asilo, aquí el eco es demasiado fuerte.

Los truenos retumbaban en la distancia, y la enfermera podía ver su aliento convertirse en vapor frente a sí. No dejaba de tiritar, y por ello mantenía su farola cerca en todo momento. Era agradable sentir el calor que emanaba, aunque fuese escaso.

Estaban llegando a una esquina. Muy perdida en sus pensamientos, la joven Margaret no pudo más que pegar un gritito cuando una ráfaga de viento helado y húmedo los sorprendió, dejándolos totalmente a oscuras.

—¡Víctor! —fue lo primero que atinó a decir, pero nadie respondió a su llamado.

Nerviosa y aterrada, intentó encender de nuevo la única fuente de luz que tenía, pero sus dedos temblaban tanto que poco podían hacer. No encontraba la perilla por ninguna parte, y en más de una ocasión, sintió resbalar su mano por la suave textura de la lámpara, casi provocando su caída. Ya había pasado por aquella situación en más de una ocasión, pero tal era la fobia que había adquirido frente a la oscuridad que las palabras la abandonaban y ya no era dueña de su accionar. Más aún, empeoraba el hecho de estar por su cuenta, pues ni Hermenoff ni Víctor habían respondido a sus llamados. ¿Dónde se habían metido?, ¿acaso no habían estado a su lado hasta hacía solo unos segundos?

Haciendo acopio de su tranquilidad, recorrió toda la superficie de la farola y por fin encontró la perilla. Pocos segundos le llevó accionarla y, luego de husmear en sus bolsillos, encendió una cerilla y la llevó hacia el centro del artefacto. Sonrió contenta cuando finalmente una pequeña llama brilló en el centro de la lámpara. Tal como lo sospechaba, era la único alma hasta donde el ojo podía ver. Llamó nuevamente a los dos hombres que hasta hacía segundos la acompañaban, pero ninguno de los dos respondió. ¿Acaso le estaban preparando una emboscada? Antes Víctor había hablado de manera lo suficientemente misteriosa como para que la enfermera sospechase que algo andaba mal. Si el doctor quería deshacerse de ella, lo haría ciertamente. Todas estas ideas reptaron por su mente, y entre tanta desesperación, optó por correr. El problema era que estaba desorientada, no sabía pues hacia dónde quedaba la sala de baños, mucho menos la salida. Pero la joven corrió sin pensar siquiera, y pronto perdió el rumbo. Las habitaciones pasaban frente a ella

de una en una, todas iguales. Margaret no cedía aún ante la tentación de mirar hacia adentro. No, estaba aterrada por completo. Pero se vio pronto bajando la velocidad y frenando el paso cuando observó una particularidad hacia la izquierda: una puerta cerrada.

La enfermera no se movió. Pero tampoco pudo pensar mucho porque la pesada puerta de acero cedió lentamente, dando un chillido horrible mientras se abría. Margaret sintió que debía escapar, no había espacio para otra idea en su cabeza. Aunque tan solo lo pensó, puesto que hizo lo contrario. Paso a paso, se acercó hacia la habitación y terminó de abrirla. Allí, sentado sobre la cama, el mimo le devolvió la mirada.

La enfermera no retrocedió. Sentía que el terror se disipaba en parte. Habiendo visto una cara conocida —aunque no fuera ello del todo cierto—, entró en la celda y se sentó al lado del extraño personaje. Claramente, no le temía, y hasta se sintió más cómoda con él de lo que se sentía junto a Víctor y Gustav.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber la joven. Su compañero la miró, pero no le respondió. Ella no esperaba otra cosa—. Eres amigo de Alex, estás aquí para ayudarlo, ¿no es cierto?

El mimo negó lentamente con la cabeza. Luego, apoyó un dedo lánguido sobre la clavícula derecha de la enfermera.

—¿Yo? Yo no puedo hacer nada... soy solo una pequeña torpe, arruinaría todo —dijo Margaret con desazón—. Tú puedes ayudarme a ayudarlo, no puedo sola contra el doctor.

El monocromático ser desvió su mirada y buscó algo en su bolsillo. Luego, le tendió a la joven enfermera una hoja de papel. Ella la tomó entre sus dedos y miró la caligrafía. Era la letra de Alexander. Había pasado tanto tiempo con él, observándolo escribir día a día, que la reconoció casi instantáneamente. La acarició con la yema de sus dedos, casi como atesorándola, y acercó el farol para ver qué decía. El pulso estaba corrido y costaba interpretar bien las palabras que el escritor había plasmado allí. Además, había manchas de tinta por doquier.

### *La hija del sol*

*Hace ya varios días que he vuelto a ser dueño de mi propia conciencia.*

*He estado perdido en un mundo que desconozco profundamente. Tal vez, todos pensarían que han sido pesadillas extenuantemente largas o sueños fantasmales que mi mente ha creado para mantenerme escindido de la realidad. Pero no hay nada más alejado de la verdad.*

*Primero, fui un náufrago en mi propia memoria. El agua jamás había estado tan calma y oscura, tal como mis recuerdos, las imágenes de mi vida. Y ahí estaba yo, navegando sobre ellas, separado tan solo por un trozo de madera y mi miedo a zambullirme.*

*Pero, al despertar, todo se volvió más claro. Ella apareció para rescatarme de la oscuridad. Solo ella supo guiarme, hacerme sentir mejor, lavar las penas que me aquejan día a día. No estoy loco. No estoy loco... No estoy loco.*

*Pero ella es curiosa, intrusiva y torpe. No dejo de comprender que estas cualidades nacen de un profundo amor por los demás, aunque debo hacerle saber que no puede acercarse. Si lo hace, tengo miedo de mancharla también. Debe alejarse de mí antes de que la oscuridad caiga también sobre ella.*

Margaret levantó la vista. ¿Hablaba de ella? ¿Por qué tenía miedo de mancharla? ¿Qué mal podía hacerle él? ¿Qué era la oscuridad? Todas estas preguntas se agolparon en su cabeza tan rápidamente que la sintió estallar.

El mimo aún la observaba.

—¿Por qué me muestras esto? —quiso saber la enfermera—. Alex necesita ayuda médica, no alejarse de la oscuridad.

Su compañero volvió a negar con la cabeza y le indicó que observara el papel nuevamente. Apuntaba firmemente con el dedo índice hacia él trozo de pergamino, y la joven tuvo que alejarse un poco para que no se le viniera encima. Mientras lo hacía, Margaret sintió un cosquilleo entre sus dedos y, no bien posó su vista sobre la hoja, la dejó caer con un grito. Mientras recorría lentamente el aire, palabras nuevas iban apareciendo sobre ella. Estas leían:

*“Ahora estoy perdido nuevamente. Muero de sed y calor en un desierto que parece eterno. Él me persigue aún. Quiere verme destruido, quiere verme desfallecer. Me acosa como un depredador,*

*deseando que me abandone a mis instintos más básicos. Quiere verme asustado. Quiere verme desear mi propia muerte.*

*Pero no le daré lo que quiere. Ya he tenido mi primera victoria, pues la quiere a ella. He podido salvar a Margaret de sus monocromáticas manos, y ya no dejaré que la ponga en peligro nuevamente. La deseé tanto a mi lado que aquí estuvo, aunque tan solo por un momento. Debo enfocarme.*

*Si no consigo salir de aquí, moriré. No me importa ya, lo haré feliz, aferrado a la última memoria que quede en mí.”*

—Eres tú —dijo lentamente la enfermera elevando su vista hacia el mimo—, tú eres la oscuridad a la que él teme.

Él no hizo nada.

—¿Quién eres? —gritó ella y lo atacó. Entre manotazos, tomó con fuerza la arrugada tela que cubría su cabeza y tiró de ella. Finalmente, se la arrebató y, frente a Margaret, el mimo le devolvió una mirada genuina de su verdadera cara.

Largos minutos transcurrieron, en los que nada pasó dentro de la habitación. Margaret salió de ella confundida. Tenía aún la máscara del mimo en su mano. Deseó estar en su cama, dormida, alejada de toda esa locura. Pero en su confusión, algo nuevo surgió, y era la certeza de que debía ayudar al escritor a escapar de las garras de Hermenoff. Parada en la mitad del corredor, una luz apareció a lo lejos y, al acercarse, la enfermera supo que se trataba de Gustav. El doctor se acercó dando largas zancadas. En su rostro había tanto cólera como alivio.

—¿Dónde has estado? —quiso saber Hermenoff, gritando entre susurros.

Margaret, quien había escondido la máscara detrás de sí, no supo qué decir. El doctor la inquiría fuertemente con la mirada. Finalmente, pretendiendo estar nerviosa, le contó sobre el apagón y la desesperación que había sentido cuando los había perdido. Gustav escuchó inquieto y, cuando ella terminó, cambió su expresión y apoyó una gruesa mano en el pequeño hombro de la enfermera.

—Debes de haberte asustado, estábamos a pasos de ti —le dijo en tono comprensivo—, ¿te encuentras bien?

Aquello fue demasiado para la joven, quien jamás lo había visto genuinamente preocupado por ella. Procurando seguir aquella línea, respondió, no sin cierto temblor en su voz:

—Ahora que no estoy sola, sí.

—Ven, no estamos muy lejos de la sala de baños, en unas pocas horas amanecerá y hay mucho por hacer.

La condujo por los helados pasillos durante largos minutos, y finalmente llegaron hacia la sala de baños. Víctor estaba parado allí, esperándolos. Al llegar, nadie intercambió palabra alguna, pues el doctor se dirigió directamente hacia adentro, y les hizo un ademán de que lo imitaran. Había preparado Gustav una mesita a metros de la puerta. Sobre ella había varias cajas, sondas enrolladas y jeringas.

—Apúrense, tenemos poco tiempo —les dijo, instándolos a que se acercaran a él para ayudarlo.

—¿Qué estamos haciendo, Víctor? —quiso saber entre susurros Margaret, pero el espigado hombre la calló por lo bajo.

Hermenoff los esperaba en el medio de la oscuridad. A medida que se acercaban, la enfermera distinguió, no tan lejos, una serie de tinas alineadas.

—Margaret, toma esto —la urgió el doctor y le tendió un frasco del tamaño de su palma, y con él, una jeringa. Dentro del recipiente, una sustancia azul danzaba libremente—. No más de diez miligramos por cada uno, puedes usar la misma jeringa, no te preocupes por la higiene.

—¿A qué se refiere?

—Toma esta hilera de aquí a la derecha. Si necesitas más, aquí hay suficiente.

La joven enfermera poco comprendió de aquello. Pero Gustav ya se había alejado y estaba viendo a Víctor provisto de los mismos materiales que le había dado a ella. La joven se decidió por voltear y dirigirse hacia una de las tinas. Cuando levantó su farol, no pudo menos que retroceder, pues había en ella un cadáver sumergido en agua helada. Luego de mirarlo mejor, pudo saber que se trataba de un joven paciente, de humilde familia, que sufría horribles alucinaciones durante todo el día. Sus allegados lo habían abandonado entre esas paredes hacía varios meses ya, y nadie venía a verlo. No recordaba su nombre completo, pero lo llamaban Ulrich. Lo había visto aquella misma mañana, deambulando por los pasillos, y ahora estaba muerto en la oscuridad.

—¿Víctor no te explico nada? —dijo una voz detrás de ella, y la joven se sobresaltó.

—Me temo que no, ¿qué es todo esto, doctor?

—Hay que... recortar gastos, pequeña —explicó escuetamente el viejo médico—. Estos pacientes están muertos cerebralmente, pero su cuerpo sigue funcionando. Debemos mantener este estado comatoso hasta que terminen de congelarse, y así mantener su cuerpo en buena forma por un tiempo mientras seguimos cobrando sus contribuciones.

—¿Congelarse? ¡Esto es una locura! —exclamó Margaret aterrada.

El doctor no tardó en notar su incomodidad. Se acercó a ella y gentilmente apoyó dos manos regordetas sobre sus finos brazos.

—¿Recuerdas lo que prometiste aquella mañana en mi consultorio? —la interpeló con seriedad en su mirada.

—Sí.

—Haz entonces lo que te digo ahora —continuó Hermenoff—. Debes inyectar diez miligramos en la yugular de estos pacientes. Uno por uno. Cuando termines esta fila, seguirás nuevas instrucciones. Luego, volverás a tu habitación, donde podrás descansar. Mañana a la noche continuaremos con la labor, y así hasta que terminemos. Tenemos que encargarnos de más de setenta personas.

Margaret no respondía. Estaba horrorizada por las palabras que salían de la boca de Gustav, más aún por la ausencia de afecto alguno en ellas. Pero su mirada las acompañaba, y se hacía más y más penetrante a medida que ella tardaba en articular su respuesta. Eran esos los pacientes de la lista que el médico le había pedido confeccionar. Se sintió tan sucia como cómplice.

—Entendido —dijo por fin, y aquello pareció bastar para que Gustav se volviese menos amenazador.

—A trabajar, entonces —ordenó Hermenoff.

La enfermera sintió su corazón palpar con fuerza. Si quería salir de allí con vida tenía que hacer lo que Gustav le ordenase. ¿Cómo podría vivir consigo misma si comenzaba a formar parte de esta atrocidad? Era tarde para desentenderse de ello, pues había contribuido a edificar ese plan. Si quería hacer algo, ya habría tiempo de pensar en ello. Debía ahora ser la mascota de Gustav para que este no arremetiera contra ella. Y bien sabía que lo haría ante el más mínimo error. Su mirada se cruzó con la de Víctor, y este se la devolvió desde la distancia. Encontró

en sus ojos una invasión de confusión, de un no saber hacer que había decidido enmudecer bajo la más estricta imparcialidad. Mantuvieron el contacto visual durante unos segundos más, hasta que el expaciente se volteó para continuar con su labor.

Aquello no quedaría así, no podía hacerlo. Pero mantenerse con vida parecía ser lo único a lo que debía prestar exclusiva atención. Sabía que era un cabo suelto para Gustav, lo sabía muy bien.



# GUSTAV

## LA CUARTA EPÍSTOLA

Se habían hecho algo usual las salidas del hospital para Gustav. Y es que había adquirido la costumbre de visitar a las familias de sus pacientes —a un grupo selecto de ellas— en pos de conseguir nuevas recaudaciones para el asilo. Se sentía un mendigo, un vendedor callejero, pero por mucho que lo odiara, había tenido buena respuesta hasta aquel momento. Sabía que su imperio quedaba a cargo de Margaret quien, ayudada por Víctor Hansen, se había convertido en su delegada por excelencia. Era extraño cómo un expaciente y una enfermera suscitaban más confianza en él que los otros médicos. Además, tan poco poder tenían que el escenario temblaría bajo sus pies si se atrevían a contradecirlo o traicionarlo. No, eso no sucedería. Víctor lo adoraba como a un dios, y la enfermera le tenía un temor enorme.

Gustav llegó a la residencia Fleming a las diez de la mañana. Ya estaba un poco cansado de sentir frío a todas horas del día, y lo peor era que debería de aguantar un poco más aquel clima, pues había escuchado que ese año la primavera llegaría un poco más tarde de lo habitual. Hasta aquel momento no había tenido el honor de conocer la morada del acaudalado Alexander Fleming, y el efecto de la visita ya influía fuertemente en él, que estaba en la búsqueda de ampliar los fondos que la esposa del exitoso escritor otorgaba al hospital. Si con algo estaba de acuerdo, era con la idea de que el escritor sabía cómo presentarse. El lugar era simplemente hermoso. ¡Gustav se hubiese animado a decir que competía con el jardín del hospital! La casa estaba posicionada al borde de una súbita depresión en el terreno, lo que facilitaba una vista majestuosa del verde océano que se perdía en el horizonte. El tejado de ripia

lucía pinceladas de azabache tenor, conformando un clásico techo a dos aguas interrumpido solo por una torrecita mirador que ascendía con moderado orgullo. Las paredes, de un blanco casi inmaculado, estaban invadidas por el serpenteante verdor de las enredaderas, y las ventanas se ocultaban tras unos aleros que se extendían hasta poco más de un metro sobre el suelo. Gustav esperaba no ser una molestia por presentarse sin recibir la confirmación de la esposa, con quien había intentado mantener en vano una fluida correspondencia. Hacía ya casi dos semanas que se había contactado con ella, y no había oído noticias. No pensó que fuese tan malo aparecer sin avisar, siendo que venía a tratar importantes temas de conversación. Cuando el carruaje se detuvo, el médico bajó rápidamente y se dirigió hacia el pórtico. Mientras subía los peldaños, pensó que se encontraba feliz, muy optimista y de buen humor. Poco le había costado convencer a Danielle Bellerose de Fleming la primera vez, dudaba que fuese un problema hacerlo nuevamente. Por ello, esa visita no era más que una excusa para pasar por una bebida caliente y un rato frente a la lumbre. Además, bien le habrían sentado unos aperitivos para combatir el frío.

Tocó la puerta con suaves golpecitos y esperó a que lo atendieran. Durante los minutos consiguientes estuvo allí parado, sonriendo como idiota, mientras nadie acudía a su llamado. Intentó una vez más y, viendo la escena repetirse, se asomó por la ventana. Poco podía ver adentro. Cuando la puerta de entrada se abrió, Hermenoff dio un respingo y perdió el equilibrio, aunque sin caer. Al estabilizarse, se disculpó con la señorita que lo había atendido. Su imagen le llamó mucho su atención, pues sus pupilas eran del color de la ceniza y su cabello totalmente blanco. Parecía un espectro, allí parada con su palidez, mirándolo con profundos ojos. Gustav la observó muy bien y pudo inferir que la joven criada había estado llorando. ¿La habían reprendido, tal vez?

—Buenos días, jovencita, mi nombre es Gustav Hermenoff —dijo introduciéndose—. Vengo a ver a la señora Bellerose de Fleming.

—Ella no se encuentra aquí —respondió la criada, sin expresión en su rostro. Su voz sonaba neutra, libre de toda emoción o énfasis.

—¿Ha salido, acaso? —preguntó el doctor un tanto extrañado. La criada no le respondió—. ¿Puedo esperarla dentro, entonces? He viajado mucho y me estoy helando.

Sin interés, la joven se hizo a un lado, dejando pasar al grueso hombre, agobiado por el frío de la mañana. Él la observó, una vez dentro. Quería

tomar algo caliente, pero la criada parecía hacer caso omiso a su estado. Casi desinteresadamente, frotó sus manos e hizo un escalofrío recorrer su espalda. Esto bastó para que la menuda sirvienta advirtiera su deseo.

—Puede tomar asiento aquí, frente a la lumbre, ¿se le ofrece un té?

Mejor tarde que nunca.

—Si es usted tan amable —le respondió a la criada sarcásticamente, no sin dejar de sonreír y resaltar su cortesía.

La joven cruzó la sala de estar y se dirigió hacia la cocina. Gustav fue testigo del trayecto que trazó, pues todas las puertas estaban abiertas. Era eso algo extraño. ¿Acaso funcionaban las cosas así en aquella casa? Las habitaciones estaban dispuestas de tal modo que, al abrir todas las puertas, uno tenía una vista directa hacia la cocina desde la sala de estar. Visto y considerando que podía ver cómo la criada llenaba una pava con agua, preparaba la tetera y limpiaba rápidamente una bandeja de plata para servir todo, Gustav se permitió salir de los formalismos y matar el tiempo.

—¿Le molesta si recorro un poco la casa? —preguntó en voz alta, mirando hacia la cocina. La criada clavó su mirada en la de él, casi como si su voz le molestara, pero finalmente negó con la cabeza antes de seguir con su labor.

Gustav ya estaba de pie. Dio vuelta a la habitación en la que se encontraba. Para ser una mansión, aquel caserón parecía bastante más pequeño que las mansiones que regularmente él solía ver. Si bien el lujo no podía negarse bajo ningún concepto, parecía más bien la casa de verano de una persona de alta sociedad. No escatimaban los instrumentos musicales, pues en un rincón descansaba un arpa brillante, recién pulida, además de un violín apoyado descuidadamente sobre la chimenea y, por último, un violoncello postrado entre dos de las ventanas. ¿Dónde estaría el piano?

Las cortinas eran muy suaves y su color de un blanco impecable. Todo estaba en composé con el resto de los objetos decorativos de la habitación, y aun así esta se mostraba sobria y modesta. Gustav caminó nuevamente hacia el vestíbulo y observó las escaleras. Trepaban, en una curva, hacia el primer piso de la cara este del edificio. El doctor Hermenoff no se animaba a subir, tal vez la criada podía estar observándolo. Se moría de ganas de saber si Danielle Bellerose estaba en casa. Desde el primer momento sospechó que la joven no quería atenderlo, y por eso mismo su sirvienta se comportaba tan extrañamente. Podía comprender esto,

pero aquella mocosa no se salvaría de pagar su cuota después de todas las molestias que le había causado su marido. Aquella, la residencia del escritor, estaba ahora al tope de su lista de intereses.

Casi sin importarle lo que la criada pudiese decir, Gustav subió al primer piso. Se encontró de cara a un pasillo un tanto corto, con al menos tres habitaciones a cada lado. Puerta por puerta, el doctor husmeó en cada cuarto, intentando encontrar a la dueña de casa. No tuvo suerte en ninguno, solo se había topado con dos habitaciones de huéspedes, un baño y lo que parecía una sala de lectura, además de un cuarto cerrado con llave. No fue hasta que llegó a la última puerta que encontró el dormitorio matrimonial.

El sol se colaba por entre las cortinas, mientras Hermenoff se decepcionaba por encontrar la pieza vacía. Estaba muy bien cuidada, aunque parecía como si nadie hubiese entrado en días. Un sonido repentino lo hizo voltearse violentamente, y se encontró con que estaba solo. Había sido una especie de chillido, tal como si una madera se hubiese quebrado o astillado. Mirando sus pies, descubrió que el piso del cuarto era de madera en su totalidad. Se sintió mejor luego de este descubrimiento, pues aquel ruido no parecía haber traído consigo el peligro de ser descubierto. Se adentró un poco más en el cuarto, pero su atención fue captada en su totalidad casi instantáneamente por una nota que había sobre la almohada. Guiado por su curiosidad, se acercó y la tomó entre sus dedos.

*Aún sigo sin palabras ante lo que viví anoche. Tu mirada jamás me hirió de aquella manera, pues tus ojos daban heladas dentelladas de desamor.*

*Sé también que estás sufriendo. No puedo darme ni la más remota idea del dolor que debe reptar en tu interior, amor mío. Pero aquí estaré, pues mi determinación no flaquea ni mis ojos se secan.*

Gustav dejó el papel donde lo había encontrado. Se sintió algo confundido por la naturaleza de la carta. ¿Acaso sería para Fleming? Tal vez, su esposa se la había escrito, pero ¿para qué? De todos modos, debía de ser vieja, pues el escritor hacía meses que se encontraba bajo sus cuidados. Quizá Danielle Bellerose tenía sus razones para mantenerla allí.

De nuevo una madera rechinó. El doctor Hermenoff se dirigió hacia el pasillo y cerró la puerta tras de él. Si alguien venía, tal vez podía decir que había estado buscando el baño. Pero si la criada se estaba acercando, hacía un pésimo trabajo en ello. Lo mejor era ir hacia la sala de estar nuevamente. Bajó las escaleras muy tranquilamente, con su coartada lista para ser desplegada, pero no encontró a nadie en la planta baja. Al pasar por el vestíbulo, algo más llamó su atención: una puerta cerrada.

Visto y considerando que la servidumbre parecía estar lo suficientemente relajada como para no guardar las apariencias frente a las visitas, aquella puerta le generó una curiosidad acuciante. Estaba solo a unos pasos de distancia, y no perdía nada con acercarse, pues la criada le había dado su bendición. Y así lo hizo. Cuando giró el picaporte y la estructura cedió, se encontró con el estudio de Alexander Fleming. Casi instantáneamente, se enamoró de aquel lugar, tan pulcro y acogedor como su propia oficina. Con que aquel era el lugar en el que el escritor desarrollaba su magia... y él tenía el privilegio de observarlo por sí mismo. Era una lástima que se hubiese perdido en los mares de la locura, y más aún que para traerle de regreso hubiera que convertirlo en un autómatas.

Se paseó por el cuarto admirando cada detalle, y paró en seco al pasar por el ventanal. Lo que vio fue maravilloso. Frente a él, una acentuada ladera se poblaba eternamente de pinos, que se perdían por las montañas y lo que parecía un lago no muy lejano. El sol de la mañana ya se encontraba en lo alto, y su luz acariciaba a cada conífera por igual. Gustav quedó extasiado por la vista y, por primera vez, sintió algo de simpatía por uno de sus pacientes. Es que, por lo que había podido colegir, él y Fleming eran más parecidos de lo que había pensado. Ambos trabajadores en su arte, conocedores de la belleza con la que la naturaleza y el paisaje suelen apuntalar la labor. Apasionados. Le hubiese encantado no tener que sacrificar aquella mente hermosa.

Lo siguiente en su lista de intereses era la estantería repleta de libros. Tomó uno al azar, y lo que encontró lo hizo fruncir el ceño. Las páginas estaban vacías. Era una colección de hojas en blanco. Al mirar la tapa, leyó: "Woodheart". Alexander Fleming. ¿Tal vez un error de edición? Dejó el tomo donde lo había encontrado y agarró otro. Este leía "El estigma" en la portada, y también pertenecía al escritor. Nuevamente, su suerte fue nula, pues no había nada impreso entre sus páginas.

Extrañado y confundido, Hermenoff abandonó la idea de husmear en la biblioteca del escritor.

Salió del estudio con cierta sensación de desasosiego. Tal vez debería volver al hospital, Danielle Bellerose claramente no estaba en casa. Caminó hacia el vestíbulo y algo llamó su atención. En una mesita circular, adornada por un florero vacío, había un sobre. Lo extraño era que no recordaba haberlo visto antes. Gustav levantó la mirada y cuidó que nadie lo viera. Al tomar la carta, leyó, al dorso:

*“Para: Alexander,  
de Albine”*

Era la primera vez que escuchaba —más bien leía— un nombre semejante. Sonrió al pensar que era un bello nombre para la criada, pues parecía hecho para ella. Tal vez, hubiese sido una simple coincidencia. Se abrió paso hacia la sala de estar y tomó su sombrero en el camino. Ya se hacía tarde, debía de volver a trabajar. No fue hasta que llegó al umbral de la puerta que sintió nuevamente el sonido que lo había perseguido durante toda la mañana. Solo que esta vez supo que provenía de la cocina. Frente a la chimenea, había una bandeja plateada, y sobre ella una taza de té ya frío. Gustav no dudó en ir hacia la cocina, y al cruzar la puerta, encontró la fuente del ruido.

Los crujidos provenían de una viga de madera. La criada había atado una cuerda alrededor de ella, y había hecho un lazo en uno de los extremos. Había, además, pasado el lazo por su cabeza y saltado de la mesa. Fallando en su intento de muerte instantánea, aún se movía levemente, haciendo rechinar la madera cuando se mecía. Solo duró unos cuantos segundos más, pues Gustav la observó hasta que dejara de moverse. Un instante antes, en un momento que duró tan solo un destello, sus miradas se cruzaron. Gustav no lo había notado, pero la criada era muy bonita, y era por ende una lástima que hubiese decidido acabar así con su vida. La sirvienta lo miró con anhelo, apretando la cuerda que presionaba su garganta. En su mano derecha tenía aún la pluma que había usado para escribirle a su amo. El doctor, por su parte, supo instantáneamente cuál era su último deseo.

—Le daré la carta tu amo —dijo con voz calmada. Luego de escuchar estas palabras, la joven dio su último gemido ahogado y se abandonó por completo. Había sido un suspiro agónico, un lamento casi tan inaudible

como conclusivo. Albine murió a las 10:47 a.m., luego de haber servido por última vez, conmovida por una fuerza silenciosa y enigmática. Sus pies descalzos pendían a menos de un metro del suelo, mientras su mirada se perdía en un lejano horizonte. O eso pensó Hermenoff. Lo cierto era que la menuda criada vio su panorama apagarse mientras sus pupilas acariciaban, a lo lejos, una copia de la obra que había llevado a su estimado amo al éxito. Su último pensamiento consistió en darse cuenta de cuánto comprendía ahora al triste escritor.

Gustav abandonó la residencia con un extraño sabor en su boca. En su viaje de regreso, abrió el sobre y leyó el contenido que guardaba en su interior. Se encontró pronto destruyendo el papel en decenas de pedacitos, a los que dejó volar fuera del carruaje. Tenía entonces algo por seguro: Fleming jamás volvería a su hogar.





# MARGARET

## EL JARDÍN DE LOS LOBOS

La noche del jueves era una noche como todas las demás. Margaret se preparaba para otro turno nocturno. El vestíbulo era un lugar lo suficientemente acogedor y terrorífico en aquellas noches de tormenta. La enfermera ya se había acostumbrado a pasar largas horas mirando la lluvia caer en el jardín, y es que sus compañeras ya casi ni le hablaban. Había escalado posiciones con sorprendente facilidad y rapidez, era ahora la mascota del doctor Hermenoff. Ni siquiera Agnethe se tomaba un tiempo para cruzar una palabras con ella. Lo sabía bien, le tenían miedo.

Se reclinó sobre la recepción y bostezó. No entendía por qué tenía que haber un turno de recepcionista en horas en las que claramente no había visitas. Le parecía estúpido, simplemente innecesario. Su compañera todavía no llegaba, por lo que tomó el libro de asistencia y revisó el calendario. Esa noche Mary—Lou debía acompañarla, pero algo la estaba retrasando. Si Hermenoff se enteraba, podría haber problemas, pues era muy quisquilloso en lo referente a cumplimentar horarios. Además, la pobre niña había comenzado a trabajar hacía tan solo unos días. Margaret todavía se sentía mal por su terrible comportamiento frente a ella. Tal vez, esa noche podrían hablar, y podría disculparse por haberla golpeado. Pensaba en sus primeros días en el hospital y odiaba la idea de que alguien más viviese lo que ella había vivido. Quizá, la niña estaba durmiendo. La tabla indicaba que le habían sido asignadas muchas de las tareas del sector del día: 7:00 Lavar sábanas. 9:00 Limpiar habitaciones. 12:00 Higienización de enfermos. 14:00 Atención en recepción. 18:00 Turno de noche.

Margaret cerró el libro. Tal vez, si era rápida, podía ir hasta las habitaciones y ver si la encontraba. Al menos podía ayudarla a no tener problemas con el doctor, quizá podía redimirse de aquella manera. Con pasos ligeros, bordeó el mostrador y se escabulló por el oscuro pasillo hacia la escalera, pero chocó de frente contra algo. O alguien.

Lanzando un grito, agitó sus puños en el aire, pero una mano la tomó por la muñeca.

—¡Soy yo, Margaret! —dijo una gruesa voz, y la enfermera supo que se trataba de Gustav.

—Oh, doctor, cuánto lo siento —se disculpó algo agitada—. Solo me asusté.

El doctor la soltó y se alejó un poco.

—Sí..., tenemos que reparar muchas de las luces que ya no funcionan... Tal vez cuando el hospital reciba nuevas contribuciones, estoy trabajando en ello —reconoció con algo de simpatía—. ¿A dónde ibas tan apurada?

—Em... al baño, señor —mintió la joven.

Ambos se habían acercado a la luz, y ahí pudo verlo. Llevaba un traje negro y estaba cubierto por un piloto y un sombrero. En su mano, asía un maletín oscuro.

—Bueno, siento molestarte, venía a darte noticias.

—¿Qué noticias?

—Tendré que salir por unas horas.

Ante la mirada penetrante del hombre, la enfermera agachó la cabeza. A veces, la intimidaba demasiado, aun queriendo ser simpático o amable.

—¿Quiere el doctor que le avise al cochero? —preguntó rompiendo el hielo.

—No. No te hagas problema alguno. Quería notificarte que quedas a cargo mientras yo no esté. Volveré por la mañana.

Eso sí era una novedad.

—Doctor...

—Confío en ti, Margaret, eres como mi mano derecha —le aseguró él con algo de dulzura, una extraña y melosa dulzura—. No hay nadie más a quien pueda darle semejante responsabilidad.

—¿Y los demás doctores?

—No hay nadie aquí, están todos fuera, yo mismo los autoricé. He hablado con el concejo, y mientras las obras en el segundo piso se lleven

a cabo, tenemos que entrar en un estado de... estasis —explicó—. Solo tendremos un cuerpo de enfermeras rotativo, y los doctores estarán aquí de lunes a jueves.

—Como usted diga, entonces.

—En otras noticias, envié a Mary—Lou a hacer una diligencia en el pueblo, pero aún no ha podido volver. La tormenta inundó los caminos y esta varada allí hasta nuevo aviso. Prácticamente, tú y Víctor son las únicas personas en el hospital. La tormenta debe haber retrasado al resto del personal

—Ya comenzaba a preocuparme que la joven no acudiera a su puesto —dijo Margaret sintiendo algo de alivio.

—Así me gusta, pequeña, estás comenzando a razonar como una persona en tu posición lo haría.

Por primera vez, Margaret sonrió ante el doctor.

—Como la tormenta ruge con fuerza esta noche, ¿cómo viajará usted?

—No te preocupes por mí —respondió él, algo seco—. Toma, ten esto. Hurgó en su bolsillo y le tendió un manojo de llaves.

—Son para mi oficina y mi habitación —explicó—. Como dije, estás a cargo. Si llegase a tardar en volver, debes tomar mi puesto. Si algún enfermo tiene un brote, no te metas en su habitación. Si alguno —por alguna extraña razón— logra salir, cierra el ala completa. Si se corta la luz, cierra todas las puertas que estén abiertas y quédate en tu habitación. Cuando las enfermeras de tu sector lleguen, asegúrate de que hagan sus tareas y mantente atenta a los telegramas que puedan llegar desde el pueblo. A todos debes darle la noticia de mi partida, te responderán a ti en mi lugar. Asegúrate de que todo funcione, Margaret.

—Sí, doctor.

—De veras no puedo creer que no haya más personal. Quédate por aquí hasta que la tormenta se apacigüe... Yo necesito irme urgentemente, hay algo que necesito del pueblo.

—Claro, doctor, tendré cuidado.

Un silencio extraño se apoderó de los dos. Él quería saludarla, pero no sabía cómo. Ella no veía la hora de verlo cruzar la puerta. Un estruendo les llegó desde la distancia, haciendo vibrar los vidrios y parpadear las luces.

—Será mejor que me vaya, entonces, detesto viajar con este clima.

—Tenga usted cuidado.

—Lo último —carraspeó el doctor, como si hubiese recordado algo—, no vayas a la oficina subterránea, estoy a mitad de algo allí.

Hermenoff hizo una leve reverencia con la cabeza y salió dando largas zancadas por la puerta principal. Margaret no cabía en su júbilo, pues aquella era la oportunidad que estaba esperando hacía semanas. Por fin, podría poner a salvo a Alex, aunque todavía no supiera cómo sacarlo del asilo. Ya tendría tiempo de ver aquello, por el momento debía apurarse. Corrió hacia la puerta de entrada e intentó distinguir algo en el patio. Era imposible saber cómo y cuándo se había marchado Hermenoff, por lo que debería esperar un poco para evitar que el doctor volviera para encontrarla in fraganti. Pero aquello sonaba más simple de lo que verdaderamente era, pues la ansiedad terminaba por devorarla.

Volvió hacia el mostrador y lo cruzó para dirigirse a la sala de enfermeras. Era un lugar lo suficientemente acogedor para aquellas noches solitarias o en mala compañía. Si bien Gustav era severo con todas ellas, las había visto provistas de un espacio en el que descansar, prepararse un té o leer el periódico. Margaret entró y llenó una pava con agua antes de ponerla al fuego. Sintió el aire cálido sobre ella y quiso nunca despegarse del fuego. Aquel gigante edificio solía ser tan frío que la joven tenía miedo de enfermarse y no poder cumplir con sus tareas. No podía darse el lujo de pasarse días sin hacer nada, corría el riesgo de pensar demasiado. Era este, pues, el mayor de sus miedos.

Una noche, durante el fin de semana que había pasado en su hogar, se encontró tomando un baño caliente a tardías horas. No esperaba que le preguntaran por qué, pues sabía que sus hermanas dormían plácidamente, y su madre encontraba cada vez más dificultades en mantenerse conciente. Aquella velada la transcurrió quién sabe cómo, puesto que hubiese jurado no recordar sumergirse en el agua casi hirviendo y estar allí durante horas, hasta que esta hubo estado casi helada. Solo tenía este recuerdo confuso, esta sensación de necesitar purgarse de alguna manera. Y el agua caliente no lo había hecho. En su lugar, había causado ardores y quemaduras leves. Pero a ella le costaba sentir dolor, y aquello pasó a formar parte de una serie de lesiones a las que poco prestaba atención. El recuerdo conciente fue más tardío. Estaba ella fuera de la tina en aquel momento, inclinada sobre el lavatorio, y su mirada clavada en el espejo empañado. Le gustaba verlo así, pues la imagen que le devolvía era la de una forma difusa y amorfa. Así prefería verse en aquel entonces. Había decidido —no sabía cómo— que era aquella la última

imagen que quería ver de sí misma, y casi sin notararlo, se encontró con una navaja de afeitar en su mano. Un hermoso recuerdo de su padre, tal vez el instrumento perfecto para acabar con aquella locura a la que se había volcado su vida. Había apoyado la navaja contra su cuello, pues sabía bien dónde cortar, y no fue hasta que volvió a alzar la vista que abandonó sus intenciones. En el espejo, el vapor se había condensado, cayendo en tímidas gotas que se deslizaban sobre el espejo, y ahora le devolvía una imagen sombría. Se miró y se vio triste, amargada e indefensa. ¿Qué podía hacer ella? No había forma de luchar contra aquellas fuerzas que la impulsaban a la catástrofe. Entonces, ¿por qué no acababa con todo aquello de una vez y por todas?

Apretó, aquella noche, fuertemente el filo contra su tersa y suave piel, pero sus fuerzas se volvieron asintóticas. Su labio inferior comenzó a temblar y de sus ojos brotaron amargas lágrimas de frustración. Por fin, tiró por los aires la navaja con un desdichado sollozo y se odió por no haber hecho lo que sabía deseaba con el alma entera. Pensó nuevamente en su familia y sintió una acuciante responsabilidad para con ellos. Aquella había sido la excusa perfecta, la que encontró esa noche para seguir adelante, aunque bien sabía que había otras fuerzas que la impulsaban a vivir. Las fuerzas de la cobardía. Todo aquello parecía ahora —gracias a Dios— una memoria difusa. Tal vez, era mejor no pensar nunca más en ello, aunque cierta parte de sí misma no se permitiese olvidar.

La pava la volvió a la realidad con un chillido agudo. Se encontró llenando la tetera con hebras de té, unas briznas cuyo aroma poblaban el aire a su alrededor y la adormecían con sus notas tan dulces como aledañas al licor. Cuando vertió el agua, el vapor le devolvió un poco del sosiego que había perdido mientras pensaba en el pasado. Margaret bebió un sorbo y un escalofrío recorrió su espina dorsal. Por más cómoda que se sintiera, era hora.

Salió hacia el vestíbulo nuevamente y tomó el manojito de llaves que Hermenoff le había tendido. El doctor debía de haberse ido ya. ¿Qué cuestiones lo habrían hecho marcharse? Poco podría llegar a saber la joven sobre aquello, y tampoco le importaba mucho. Su ausencia era lo único que atesoraba en aquel momento. Se dirigió directo al ala norte, y no hizo mucha mella en ver por dónde iba, pues conocía el camino hacia la celda de Alexander a la perfección. aunque fuera cuestión de minutos el llegar, los pasillos no dejaban de ser los escenarios más lúgubres de

toda la edificación. Se había acostumbrado a caminarlos con el tiempo, y ya no era usual que tuviese miedo o los ruidos la sorprendieran.

El plan era simple: sacar al escritor de allí lo antes posible. Sabía muy bien cuáles eran las intenciones del doctor, pues las había hablado con Víctor. Eso sí la había sorprendido, el inexpresivo hombre le había hecho saber que una vez que Hermenoff operara al escritor, este se convertiría en su ayudante, así como lo era él ahora. “Una mano izquierda de fuerza bruta, y una derecha de inteligencia”, le había explicado Gustav a Víctor, refiriéndose a los papeles que él y Fleming cumplirían a su lado. Así, el doctor contaría dos hombres de confianza.

¿Pero dónde quedaba la joven enfermera?

Temía, entonces, que el doctor decidiese arremeter contra ella. No entendía claramente por qué, pues había trabajado incansablemente para él. Aunque reconocía que debía de haberlo sabido de antemano —y de hecho lo sabía—, no podía arriesgarse a confiar en los impulsos de Gustav. No le convenían, lo sabía bien. Entonces, ¿qué mejor manera de escapar de aquella situación que traicionando su confianza cuando estuviese de espaldas? No debía de ser muy difícil, pues, por más inteligente que su jefe fuera, otro tanto más descuidado se volvía progresivamente. Con el tiempo Margaret había podido observar esto. Y era en aquellos momentos en los que lo económico del asilo lo invadía, que se convertía en un niño asustado. Por más extraño que fuese. Jamás había visto la enfermera que su pulso temblara ante decisiones o problemas, siempre y cuando no fuesen de índole monetario. Durante aquel duro mes, se había vuelto más indiferente que nunca a lo que a su alrededor sucedía. Tan solo se limitaba a pasear por los pasillos, acompañado del expaciente, o fuera del asilo, haciendo Dios sabe qué.

Tanto se había perdido Margaret en sus pensamientos, que se sorprendió al notar que estaba ya frente a la puerta de la habitación de Fleming. Hermenoff lo había echado a un agujero húmedo y oscuro luego de su episodio al borde de la fuente. Al abrir la puerta, la invadió violentamente una oleada de un hedor desagradable. Lo que vio dentro la dejó sin palabras. El escritor estaba atado a la cama, con su mirada perdida en algún lugar del techo. Sus manos y pies habían sido amarrados con fuerza, y aun así, él se había movido tanto que la piel se le había destrozado e infectado, tiñendo de rojo las cuerdas que asían sus muñecas y tobillos a la cama. Más todavía, había apretado sus dedos con vehemencia contra el respaldo y había terminado por arrancarse varias de sus

uñas. Margaret no podía calcular el dolor que aquello podría significar, pero la tétrica imagen de la que era testigo le causaba escalofríos. Sintió tanta lástima por el maltrecho y flaco paciente que no lo pensó dos veces: se acercó y deshizo todas las amarras. Lo sacaría de allí en el acto.

—Alexander —le dijo al oído luego de sentarse al borde de la cama, pero no obtuvo respuesta. El escritor, al sentir sus manos y pies liberados, se acurrucó sobre sí mismo, tal como si tuviese frío. Pero su temperatura era altísima, sus labios estaban agrietados y su piel reseca. Si Margaret quería sacarlo de allí, no sería por las buenas. Debía olvidarse de contar con su ayuda, pues era notorio que no la recibiría. Intentó llamarlo nuevamente, la la respuesta nunca llegó. La enfermera se incorporó y se abandonó a su pensamiento. Debía encontrar alguna manera de poder cargarlo.

Una presión súbita, externa e invasiva se apoderó de su cuello. Y no era que le hubiese impedido respirar, sino que era punto de agarre para arrastrarla por el suelo, fuera de la habitación y estrellarla contra la pared. Cayó la joven Margaret, confundida aún. Su vista estaba nublada por el shock, pero pudo distinguir la figura de Gustav Hermenoff a su lado. Casi instantáneamente, una mano enorme la tomó de la cara, constriñéndola contra la fría pared, dejándola sin salida.

—¿Así que aún tienes la osadía de traicionarme? —le susurró el doctor al oído.

Estaba aprisionada, Hermenoff no dudaría en matarla, y bien lo sabía. Buscó a tientas en el suelo algo con qué defenderse, pero nada pudo encontrar, y esta vez el aire sí escaseaba. Es que el otro, mucho más corpulento que ella, no solo estaba ahora apretando su cara, sino también su cuello. Si seguía así, muy probable era que destrozara su cabeza por completo.

Pero algo más sabía Margaret. Por el simple hecho de pertenecer al género masculino, el doctor tenía una debilidad, y en ella concentró la enfermera todas sus fuerzas. Cayó rodando entre alaridos el doctor, quien había recibido un fuerte rodillazo entre sus piernas, y aún confundida y mareada, la joven se puso de pie y corrió entre bamboleos. El ajedrezado del suelo se movía entre sus piernas, la hacía tambalear. Su punto de apoyo era encontrado en las paredes, pero el andar con cuidado le restaba velocidad, y Gustav no tardaría en buscar revancha. Aunque sentía su cabeza estallar, la enfermera continuó su camino y dobló por la esquina del pasillo lo más rápido que pudo, pero chocó contra

alguien que la tomó por los brazos, inmovilizándola nuevamente. Tan oscuro estaba todo, que no hizo más que gritar e intentar liberarse, pero en vano. Sentía, además, los pasos de Hermenoff —pues bien los conocía— acercándose por el corredor. Lo cierto era que no se había alejado tanto de él, pero ahora su esfuerzo y sus esperanzas de salvar su vida se desvanecían junto con sus últimas fuerzas.

—Te lo dije, Margaret —bramó el doctor cuando apareció por el pasillo—, te advertí que no dudaría en eliminarte si te cruzabas en mi camino.

Gustav era una robusta sombra bajo una de las lámparas, cuya escueta luz apenas alcanzaba para trazar su contorno. Su cara estaba envuelta en tinieblas, y un destello de malicia cruzó su mirada cuando, al levantar su cabeza, sus ojos se iluminaron.

—Buen trabajo, Víctor —dijo por fin, y la enfermera volteó su cabeza hacia aquella figura que la tenía asida fuertemente.

—Víctor... —exhaló casi sin aire, dejando escapar una pena tan profunda como desilusionada.

El doctor Hermenoff se acercó. Cada paso retumbaba en la cabeza de Margaret. Eran una pequeña explosión. El derrumbe de cada uno de los esfuerzos que hacía para mantener la calma, para no caer en la desesperación y la desidia. Todo había sido tan irreal hasta ese momento, tan poco creíble, tan solamente ideico, que las defensas de la joven enfermera trastabillaron en un segundo, y se vio sumida de repente en el pánico y el terror de saber qué era lo que le esperaba. Se encontró gritando por su vida, rogando clemencia, aprisionada cada vez más por aquellos brazos que la colmaban en su indefensión. Gustav Hermenoff parecía disfrutar enormemente todo aquello. Era para él un momento de diversión y placer, su expresión bien lo confirmaba. Margaret lo veía acercarse sonriente. Cada paso lo daba con lentitud, con aplomo, intentando suscitar en ella la mayor cantidad de angustia posible. Víctor, por su parte, la tenía asida fuerte y silenciosamente.

— Traela, Víctor —ordenó Hermenoff con malicia ardiendo en sus ojos—. Si tanto quiere a su paciente favorito, dejémos que se quede con él... quizá también debemos darle el mismo tratamiento.

No habría sabido explicar cómo, pero en aquel instante, Margaret sintió la terrible aguja abriéndose paso a través de su lagrimal. Sintió también las amarras. Sintió las memorias desvaneciéndose. Sintió la desesperanza de los locos. Y por fin comprendió que desde un principio



había jugado un juego peligroso, que no tenía ninguna posibilidad de ganar. Tan solo se abandonó a su inminente destino y se dejó arrastrar hasta la habitación.

Una vez que hubieran llegado al umbral, el doctor tomó la posta de su custodia y la arrojó hacia el interior de la celda. Ella cayó de bruces y golpeó el suelo con fuerza. Con perceptible lascivia, Hermenoff musitó unas palabras inteligibles mientras se relamía desagradablemente, y descubrió una jeringa y una ampolla que usualmente guardaba en su bolsillo. Víctor guardaba silencio mientras veía a la joven arrastrarse por el suelo, ya vencida, humillada y presa de un pánico silencioso. El expaciente no había reparado en aquel que yacía sobre la cama, y cuando lo hizo sintió un desagrado profundo. El olor que despedían las heridas putrefactas ya era de por sí alarmante y, junto con el aspecto demacrado de Alexander Fleming, fue más que suficiente para hacer germinar una duda en el asistente. El lánguido hombre dedicó una mirada a su amo y, justo antes de que este pudiera acucillarse sobre la enfermera, lo tomó del cuello de la bata y lo alejó con violencia.

—¿Qué haces? —quiso saber Gustav con un grito furioso. Había cortado su momento de goce súbitamente, causando una ira instantánea.

—¿Así trata a sus pacientes, doctor? —le preguntó confundido— este hombre necesita ayuda, no una cirugía.

Gustav se encolerizó. Dio un paso decidido contra su asistente y le dijo:

—Tu, estúpido y torpe retrasado, no sabes nada sobre lo que esta gente necesita.

—Aléjese —le pidió el espigado hombre—. No le hará ningún daño. A ninguno de los dos.

Hermenoff maldijo. Luego, dio otro paso en dirección a Víctor en señal de desafío.

—¡Gigantón idiota! Vas a hacer lo que yo diga que hagas —bramó con el fuego ardiendo en su mirada.

—No —respondió Hansen, con toda calma. Con el mismo brazo con el que antes había inmovilizado a la joven enfermera, ahora la ayudó a ponerse de pie y acarició su hombro, en señal de protección—. Nos llevaremos a Alexander, y usted tendrá que vérselas con las autoridades.

Gustav no podía creerlo. Y si algo no le faltaba, era la habilidad de ser expresivo. Retrocedió unos pasos, sin quitar la vista de su expaciente y la enfermera.

—¿Las autoridades? ¡Yo soy la autoridad aquí!

—No, doctor —afirmó Margaret, quien parecía tener dificultades para hablar con claridad—. Ya he notificado a la policía, y estarán aquí por la mañana.

El médico pareció dudar.

—¿Qué crees que puede hacer la policía? El concejo cuida mi espalda ahora, todo se puede arreglar, pequeña idiota.

—Lo siento, Gustav... También envié un telegrama al doctor Remington contándole todo —explicó la enfermera con sus ojos empapados—. Él fue quien me pidió que notifique a la policía.

De repente, la soberbia que había invadido los ojos del médico se desvaneció. Parecía tener problemas con aceptar aquella otra realidad que se le había presentado, aquella en la que él no era ya quien controlaba la situación. ¿Podría verdaderamente el concejo haberlo abandonado?

—Usted aún puede resarcirse, doctor —le pidió Margaret liberándose del brazo de Víctor—, puede reconocer sus errores, pagar por ellos.

La niña se había acercado a quien, hasta hacía solo segundos, había intentado matarla. En sus ojos brillaba la inocencia y la ilusión. Lo cierto era que quería salvarlo de sí mismo a toda costa. Pero Gustav había perdido la capacidad de responder y comenzó a dar pasos hacia atrás. Negaba con la cabeza, su respiración se aceleraba por momentos y el sudor brillaba en su frente.

—Aléjate —le pidió a la enfermera—, aléjense...

—Doctor...

—Todo lo que construí...

—Aquí está, pero lo ha construido sobre el cadáver de quienes han sido sus víctimas —dijo Víctor—. De quienes lo hemos sido.

El doctor lo miró incrédulo.

—¡Te devolví tu sanidad! —bramó furioso.

—A costa de mi vida, de mi felicidad —respondió el lánguido hombre sin siquiera pestañear.

Gustav Hermenoff retrocedió aún más.

—No me atraparán —dijo por fin—. No con vida. Estoy perdiendo el tiempo aquí.

—¡Doctor! —se opuso Margaret—. No cometa una locura, por favor.

—Ustedes deciden..., pueden salvar a Fleming o perseguirme. —Hermenoff era astuto. Sabía que el motivo de todo aquello era el escritor y no se detendría a dejarse agarrar con vida—. Su estado indica que no

le queda mucho tiempo, si no lo sacan de aquí y buscan ayuda, la fiebre terminará por llevárselo.

Dicho esto, se largó a correr por el pasillo. Víctor fue a perseguirlo, pero Margaret lo frenó.

—Lo has escuchado —le dijo mirándolo a los ojos—, yo misma pude sentirlo. Alex necesita ayuda, y no es en este hospital que la encontrará.

—Hermenoff se escapará.

—Ya no es nuestro problema, debes ayudarme con Alex —replicó la enfermera aún agitada en angustia. Hansen asintió—. Ve a buscar un coche, yo me encargaré de llevarlo afuera.



# ALEXANDER

## PÁGINAS OXIDADAS V

—Vamos, ¡hace mucho frío! —exclamó Justine tiritando mientras intentaba mantener su cabello a resguardo del viento súbito que los había envuelto. Era, para Alex, sumamente gracioso verla apoyar sus manos sobre su cabeza e intentar en vano evitar que las finas hebras volaran alborotadas por los aires. Su expresión no podía menos que causarle al muchacho una ternura infinita.

—No puedo encontrar la maldita llave —dijo el joven entre risotadas mientras hurgaba en su vestimenta. Debía buscar tan solo en los bolsillos de su pantalón y de su abrigo, pero el viejo y oxidado artefacto parecía escapársele una y otra vez. ¿Habría perdido la pequeña llave?

La joven, si bien tenía muchas virtudes, no podía contar la de la paciencia entre ellas. Su cara perdió el brillo con sorprendente rapidez, y la sonrisa se transformó instantáneamente en un gesto de hastío. A veces, era demasiado delicada, pensó Alex, más preocupada por su aspecto que por el resto de las cosas que la rodeaban.

—Voy a volver al hotel, Alex —amenazó Justine, ahora sí algo molesta.

—Espera solo un poco más, ya la encontraré.

El joven buscó en el saco y luego en el bolsillo de su camisa. Con una exclamación de victoria dio con el preciado objeto y le mostró a su amada. La muchacha luchó contra ello, pero finalmente recuperó la sonrisa. Una sonrisa hermosa, digna solamente de ella.

—¡Aquí esta!

—¡Apúrate! Estoy temblando...

Ambos entraron tiritando. Afuera comenzaba lentamente a llover. La tormenta se había arremolinado en torno a la costa, y se sintieron felices

de que fuera poco probable que el guardián del faro volviese aquella noche. Él había sido el que proveyera de la llave al joven enamorado, con la promesa de que encendiera la linterna al caer la noche. Le había advertido, no obstante, que si se presentaba algún problema o alguna embarcación emitía una señal de auxilio, él estaría allí al segundo, por lo que inevitablemente los interrumpiría. Alex no le había dicho esto a Justine, claro. Jamás la habría convencido de pasar con él su última noche, en el faro. La joven no estaba nada contenta, pero dejó ir su falso enojo cuando su amado se acercó a ella y la tomó en sus brazos.

La base del faro era bastante más espaciosa de lo que dejaba colegir desde el exterior. Constaba de una mesita lo suficientemente grande para dos personas, sillones acolchados, una cocina completa, agua corriente y una hoguera en el centro. A través de las generaciones, la familia de los vigías habían decidido conservar esta última, pues era una reliquia de la historia que atravesaba aquella torre. Era una bella y acogedora lumbre ante la cual acurrucarse durante las frías y duras noches de invierno, aquellas en las que hasta el aliento se congelaba en el aire y los músculos no dejaban de tiritar. Encenderla fue lo primero que hizo Alex, mientras oían la lluvia caer pesadamente sobre la costa. Había empezado a hacer frío, y bien sabían ambos que los vientos helados de fin de primavera debían tomarse tan en serio como los de invierno. Luego de unos largos minutos, ambos estuvieron sentados frente al fuego, desplegados sobre el acogedor sillón, desasidos del mundo exterior y ajenos a lo que allí pudiera suceder.

El silencio era exquisito. Era algo que los dos sabían disfrutar juntos. Aquella atmósfera de paz en la tranquilidad y el sosiego de ambos se expresaba no en sonidos, sino en caricias y miradas de complicidad.

—Es el primer verano que no pasaremos juntos —le dijo Justine al oído mientras apoyaba su cabeza en el hombro del joven. Había roto el trance, discontinuado la pureza del aire que los rodeaba. Pero Alex sabía que no era sino por una buena razón.

—Es eso lo que te ha tenido preocupada, ¿no? —le preguntó mientras fusionaba su mirada con la de ella. La joven asintió lentamente, dejando escapar una pequeña y modesta lágrima—. ¡Oye! No llores, son solo unos meses —exclamó luego de limpiar aquella pequeña gota de su tero rostro.

—Eres un idiota —le reprochó ella, desviando su mirada.

Alex iba a responderle, pero cambió de parecer en una milésima de segundo. De veras estaba molesta. Buscó enlazar su mano con la de ella, pero no la encontró. Justine se había encogido sobre sí misma para demostrar su enojo y desaprobación.

—Sabes que lo hago por nosotros.

—¿Cómo es eso posible?

—Bueno, debo ser alguien digno de ti, ¿por qué piensas que tu padre me aceptó si no es por mi dinero?

—Eso es tan superficial... —le recriminó la joven sin poder creer lo que él le decía.

—Pero nuestra realidad así es. No sé cómo continuar con el negocio de mi tía, debo encontrar mi propio camino.

—Tu camino está conmigo.

—¿Qué clase de hombre puedo ser si no te proveo de lo que necesites? De aquello que nos hace algo frente a la sociedad, frente a los demás.

—No me importan los demás, Alexander.

—Bueno..., a mí tampoco, pero es lo que debemos hacer, ¿no? —se defendió el joven, ¿qué más podía querer Justine?—. Si queremos continuar con nuestro estilo de vida, debo forjarme para ser el hombre que mereces.

—No quiero merecerte, quiero quererte —zanjó ella—. No te reconozco, ¿dónde quedó el Alexander soñador? Sabes bien que no soy como esas otras chicas estúpidas y superficiales.

—Alexander quiere ser lo mejor para ti.

—Ya lo eres, idiota.

Ambos callaron. Era una de las pocas veces en las que de verdad discutían. ¿Sería siempre así? No querían imaginar que sí. Difícil era saber qué debían hacer en aquel momento. Tal vez, la joven enamorada no lo veía claramente, pero a él se le imponían aquellas ideas en las que algo lo impulsaba a creer que no era apto para estar con ella. Y lo cierto era que nada más quería en el mundo que serlo.

—No tendremos que esperar al próximo verano para volver a vernos —le dijo acercándose un poco y buscando su mirada nuevamente. Ella no quiso dársela pero, ante su insistencia, finalmente le regaló un vistazo. Era todo lo que Alex necesitaba—. Sé que hemos hablado de esto como si estuviese lejos de consumarse, pero... —buscó algo más en su saco y reveló una pequeña cajita aterciopelada— ...quiero que nos casemos cuando regreses.

Justine se congeló en su sitio. Miraba aquel anillo, brillante y modesto, sumido en su almohadilla, inerte y frío. Otra Justine se reflejaba en la dorada superficie, le devolvía una mirada confusa y temerosa. Sin decir palabra alguna, acercó sus dedos hacia él. No pudo menos que acariciar la suave textura mientras una lágrima se encontraba, mejilla abajo, con una sonrisa tan tímida como sincera.

—No sé... no... sé —balbuceó sin mirar a Alex. —...No sé qué decir.

—Si no dices que sí, voy a amargarme mucho —le respondió el joven aterrado, pero luciendo una sonrisa de convicción.

Los ojos de la joven se clavaron en él. Tenían el destello de la miel y la dureza de las castañas. Pero eran transparentes, casi como si se pudiese ver a través de ellos con tan solo un vistazo. Ella se acercó y lo abrazó.

—Claro que sí quiero casarme contigo —le dijo al oído.

La claridad llegaría en no más de una hora, y la lumbre devoraba leña ávidamente. El faro estaba helado por aquellas horas de la madrugada, pero los enamorados se habían escondido bajo una montaña de frazadas y acolchados de pluma. El calor de sus cuerpos era lo único que necesitaban para mantenerse a resguardo del frío matinal.

—Debería irme —dijo Justine rompiendo el silencio—. Mis padres despertarán pronto, y debo prepararme para embarcar mañana.

—Desearía que este momento durara por siempre —le respondió Alex. A veces, sentía que dejaba de ser él mismo cuando estaba con ella. No podía despegarse de ese sí mismo deseoso de su amada a toda hora. Obnubilaba su juicio, lo despojaba de una parte de sí. Pero él bien sabía que le devolvía otra, mucho más cálida y madura.

—No falta mucho para eso.

—Yo también volveré a casa.

—¿No vas a despedirme?

—Estaré aquí mañana por la mañana..., quiero darte algo para tu despedida, pero aún debo terminarlo.

—Algo me dice que estaré en la primer página de un libro.

Alex sonrió.

—Lo estarás.

—Puedes dejarlo para mi regreso, no quisiera que no estés aquí para despedirme.

—¿No confías en mí?



—Sí que confío —se explicó Justine—; no obstante, quiero que estés aquí... conmigo.

El joven Alex le regaló una sonrisa nuevamente y la besó con suavidad. Le encantaba acariciar su pelo y mirar sus lindos ojos mientras le hablaba.

—Lo estaré, lo prometo.



# MARGARET

## ANESTESIA

Las gotas recorrían la frente de la joven enfermera mientras arrastraba a Alex por el jardín de los lobos. Las pequeñas piedras resbalaban entre sus zapatos y se sentía hundirse mientras rodeaba la fuente cargando al delgado, pero corpulento, escritor sobre su hombro.

El cruzar los desiertos pasillos del hospital no había sido tan duro como bajar por las escaleras, tan resbaladizas que cualquiera podría haberse roto la espalda o el cuello con tan solo dar un paso en falso. Allí, en la entrada, Margaret había contemplado el trecho que le faltaba recorrer aún. El camino hasta la reja le parecía mucho más largo de lo que era. Pero la enfermera tenía no solo la urgencia, sino también la determinación de salir de allí cuanto antes.

En el aire había cierto olor a humedad. No por la lluvia, sino más bien ese olor tan peculiar que los líquenes desprenden cuando están aferrados con fuerza a la corteza de los árboles. Decoraban cada tronco con tonos pálidamente azulados o verdosos, se arrastraban por cada piedra, y hasta abrazaban los barrotes de la reja de entrada. Esta estaba semiabierta, custodiada por una persona que vigilaba atentamente desde las sombras de una capucha.

Margaret no sabía cómo podía apretar el paso. Luego de desembolsar, durante el trayecto, una fuerza que no le era característica, la enfermera llegó por fin a la reja, donde su guardia esperaba ansiosamente. Reveló su agotamiento no bien aterrizó de bruces en la arenilla, pero un brazo fornido le devolvió el equilibrio casi al instante.

—Gracias..., aunque podrías haberme ayudado a cargarlo —agradeció la enfermera, mostrando cierta reticencia a hacerlo.

—Lo siento, solo quería asegurarme de que no hubiese nadie alrededor —respondió Víctor cubriéndola con su capa.

La tormenta rugió. Hacía ya bastante tiempo que Margaret no veía semejante movimiento en las copas de los árboles, iluminadas ocasionalmente por una impresionante cantidad de relámpagos que caían en todas direcciones. El cielo centelleaba a diestra y siniestra, y lo único que se podía escuchar era el silbido del viento entre las ramas, disfrazando los relinchos del animal que se encontraba al otro lado del muro.

Entre ambos condujeron a Alexander hacia un coche estacionado a unos metros del portón. La bestia que esperaba con el carro coceaba furiosa de miedo, pero había de estar muy bien entrenada, pues no se había movido de su puesto a pesar de que su naturaleza le impulsara a escapar de allí a toda costa. Los tres llegaron ante el coche, y el expaciente abrió la puerta rápidamente. El escritor estaba ahora tendido sobre el asiento, tiritando y empapado.

— ...Tengo frío —se le escuchó murmurar, y Margaret le tendió una cobija que había en el otro asiento. La sola visión de su demacrado rostro le partía el corazón, así como las ropas viejas y sucias que llevaba, manchadas de barro, arcilla y sangre.

—Por favor... ve que tenga ropa limpia y seca.

—No bien lleguemos al pueblo, me haré cargo de ello.

—Gracias, Víctor —le dijo ella quebrando la voz y abrazando al enorme hombre. No sabía por qué, pero lloraba. Tanto lloraba que ni la lluvia bastaba para disfrazar aquel sabor salado que tienen las lágrimas al llegar a los labios. Él devolvió el abrazo, claro, pero era ella quien lo estrechaba con fuerza. Una vez que se hubo calmado y lo hubo soltado, el inexpresivo músico hizo una mueca, tal como si acabara de acordarse de algo que se había esforzado por no olvidar.

—¿Tú no vienes? —preguntó como un niño confundido.

—No..., debo quedarme un poco más, no podría perdonármelo a mí misma si no lo hago.

—Necesitas ayuda, entonces.

—Sí..., ayúdame a poner a salvo a Alex.

Víctor le dedicó una profunda y dolorosa mirada. Sus inexpresivos ojos hervían con indecisión, pero finalmente asintió.

—Ten cuidado, entonces, volveré por la mañana —dijo finalmente y volteó hacia el carro.

Margaret observó al lánguido y corpulento hombre acariciar al caballo, que golpeaba el suelo inquieto, y luego subirse al asiento del conductor. Con un latiguelo leve de las correas, el corcel pareció aliviado de ponerse en marcha y desapareció a la brevedad por el camino del bosque.

Ahora, ella sabía a lo que se enfrentaba. Dio media vuelta y contempló el hospital. Estaba más oscuro que nunca, y tan solo podía columbrar su contorno cada vez que un rayo iluminaba el firmamento brevemente. No valía la pena apurarse, tenía una corazonada, una vaga idea de lo que encontraría allí dentro, pero por alguna extraña razón, sus piernas no la obedecían. No, querían correr, llegar rápido hacia un destino que temían y ansiaban con simultaneidad. Y lo hacía, estaba corriendo. Se deslizaba por sobre las resbalosas piedritas blancas del camino, rogando por no toparse con aquello que temía.

Pero lo que encontraría sería peor.

Cruzó el vestíbulo con pasos rápidos, congelada y empapada hasta la médula, cuidando de levantar su vestido para no tropezar con él. El asilo estaba desolado, así como el resto de los pasillos, y los enfermos guardaban en sus habitaciones el más completo silencio.

—¿Gustav? —llamó tímidamente asomada por la puerta del ala norte.  
—¡Doctor! ¿Está aquí? —Pero el doctor Hermenoff no le respondió.

Se dirigió ágilmente hasta la sala de enfermeras y agradeció al cielo el haber encontrado las llaves de toda el ala. Pero cuando fue a cruzar la puerta hacia el vestíbulo nuevamente, sucedieron tres cosas a la misma vez: Un haz de luz cruzó el cielo a cientos de kilómetros por segundo, una explosión súbita la ensordeció por completo, y todo el edificio quedó a oscuras.

La sangre hervía en su cerebro, intentando estabilizar su mente luego de la fuerte caída. Estaba en el suelo, abrazada a una argolla repleta de llaves de rugosa textura. Su cuerpo entero bañado en agua helada. El barro en sus zapatos. Y el aire que se había llenado de un olor horrible. Combustible y hierro quemado. El estallido debía de haber sido del generador eléctrico destrozado por la tormenta. Tardó unos segundos en recapitular todo lo que había sucedido hacía escasos minutos atrás, pero cuando finalmente lo hizo, una sola cosa se escapaba a su cognición. ¿De dónde había salido el farol? La esbelta sombra de la enfermera se proyectaba en la pared del vestíbulo, y el calor de una farola a su lado era lo único que la impulsaba a ponerse en pie. La tomó con celeridad

y no perdió tiempo en dirigirse hacia la reja norte. El frío la estaba venciendo, a su cuerpo menudo le costaba mantener el calor entre ropas tan mojadas. Pero ella no se detenía a pensar en eso, tan solo quería llegar al estudio. ¿O tal vez no quería?

Paró en seco. Seguramente el doctor estaría en su laboratorio subterráneo. Sabía ella que él pasaba mucho tiempo allí, y aunque no conocía el método que utilizaba para llegar ahí, estaba segura de que no era el mismo que ella había descubierto meses atrás. Su cuerpo simplemente no podía caber en la cueva. Entonces, era mejor pasar desapercibida, no gritar su nombre, no impulsarlo a cometer una locura. Con todas estas cuestiones en mente, volvió sobre sus pasos y se metió nuevamente en la sala de enfermeras. De allí salió con una jeringa y la escondió en su escote. Si las cosas se ponían complicadas, esa sería su única arma.

Volvió a cruzar la reja hacia el ala norte, esta vez decidida hacia dónde ir, pero el corredor había sido engullido por la oscuridad. Sin las luces, por más dispersas y pálidas que fuesen, el camino era verdaderamente aterrador. Hasta pensó que extrañaba los gritos de los internos, los susurros, los monólogos. Extrañaba no sentirse sola en aquella inmensidad, aquellas paredes frías y grises, que parecían replegarse sobre sí mismas. Hasta le hubiese servido tener la compañía de la molesta voz de Agnethe.

Dobló a la derecha en el primer pasillo, luego a la izquierda y a la derecha nuevamente. Pasaban a su lado las ventanas que daban al patio, y supo de repente que tenía la entrada a la cueva frente a sí. Una vez más, se vio preparada para bajar por aquella boca de lobo. Recordó al mimo también y anheló su presencia. Apelando a la exactitud de su memoria, intentó rememorar dónde debía buscar la baldosa falsa. No le llevó sino minutos encontrar la única que sobresalía tan solo un poco, tan sutil y discreta que le extrañaba haberla identificado sin dificultad. Solo hacía falta una barreta con la que abrirla, pero bajo el marco de la ventana, solo encontró polvillo. Se sintió, naturalmente, desdichada. No sabía cuánto más aguantaría el farol, y la oscuridad no podía pillarla a mitad de camino.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas —las que le quedaban—, apoyó el farol en el suelo y se acuclilló sobre la baldosa. Posicionando sus dedos sobre los costados, clavó sus uñas en el oscuro granito y tiró con todas sus fuerzas. El cuadrado mosaico no se movió.

—¡Vamos! —gritó la enfermera enojada y volvió a intentarlo. Para su sorpresa, esta vez sintió cómo la pesada piedra cedía tal vez uno o dos milímetros. Feliz por su pequeño éxito, siguió tirando de la baldosa con todas las fuerzas que su cuerpo podía otorgarle. Una punzada de dolor atravesó su mano izquierda y le llegó hasta el cerebro. Soltando la piedra, fue a caerse hacia atrás, solo para ver su dedo bañado en sangre, y la uña partida casi en su totalidad, aferrada a la carne por tan solo una pequeña porción de sí. Al romperse, se había incrustado dolorosamente en la falange. Chilló agudamente al ver la morbosa escena, pero nada podía hacer por su dedo, por lo que optó por arrancarse la uña completa.

La sangre brillaba perlada a la luz del farol, pero Margaret sabía que no podía perder más tiempo. Los ojos le escocían y de sus lagrimales brotaba la poca agua que le quedaba en el cuerpo. Aun así, se volvió a agachar sobre la baldosa y, repitiendo el acto anterior, se aferró a ella y tiró hasta moverla lentamente. No paraba de sollozar a medida que hacía más y más fuerza. La baldosa cedía de a poco, y otra uña sufrió el mismo destino que la anterior. Ella gimió azotada por el dolor. Se sentía fatigada por ello, deseosa de que todo fuese un sueño más, pero con un último esfuerzo terminó por remover la piedra de su lugar. Por fin, estaba arrodillada al borde del agujero, sonriendo adolorida.

Sus ojos envueltos en lágrimas, pero henchidos de orgullo. Se los secó con la manga, sin darse cuenta de que su mano sangraba demasiado. Sin decoro alguno, tironeó de su falda para conseguir algo de tela. Se ayudó con los dientes y, con gran dificultad, el vestido terminó luciendo un burdo desgarró a la altura de la rodilla. Con su mano vendada en su totalidad supo que debía tener extremo cuidado al bajar por la escalinata, pues la humedad en el aire se había adherido a cuanta superficie hubiera encontrado a su paso. Aferrada al filo de una de las baldosas adyacentes, se dejó caer y resbaló no bien aterrizó. Preparada para ello, se mantuvo firmemente asida al borde, y lo dejó ir una vez que sus pies hubiesen encontrado el balance.

Suave como un lince, se inclinó levemente y comenzó a bajar por el empinado suelo de la cueva. Apoyaba primero la punta del pie, luego el talón. Había inclinado su cuerpo hacia atrás, esto para no caerse hacia adelante, pues era mejor aterrizar sobre sus nalgas y no con su nariz. La enfermera recorría los incontables metros de la cueva, rodeada por el ambiente húmedo y también por el olor de los líquenes, que parecían

haber invadido todo el bosque con su esencia dulzona, pero ácida a la vez. Era muy invasivo, casi intolerable. Aunque el calor del farol ayudara a quemar aquel perfume abrasivo, no era suficiente para permitirle respirar con mayor holgura.

La cueva goteaba. Margaret no podía entender cómo, pues, ¿cómo podía el agua filtrarse con el asilo de por medio? Había mucho que la enfermera ignoraba, por ejemplo, cómo el aire húmedo condensaba pequeñas gotas contra una superficie fría. O que el olor que desprendían los líquenes eran en verdad millones de esporas que se esparcían, intentando colonizar la mayor cantidad de superficies posible. O también que, mientras ella se adentraba en la cueva, Alex caminaba solo y desorientado por el bosque, azotado por la mayor tormenta que jamás se hubiera visto en la zona.

Margaret comenzaba a desesperarse. El camino no parecía conducirla a ningún lugar, y sentía que ya debería haber llegado a su destino para ese entonces. Por suerte, la piedra resbaladiza se había convertido pronto en gravilla, y encontró una mejor tracción para la lisa suela de sus zapatos. El camino se hacía mucho más llevadero de este modo y le permitía agilizar el paso.

En verdad, tenía miedo de que Gustav Hermenoff hubiese acabado con su vida. Su corazón palpitaba con la sola idea. Aunque fuese un déspota, un villano, un hombre insensible, no soportaba que no se le diera otra oportunidad. Había cometido tantos errores, pero solo en pos de cumplir lo que tanto añoraba. ¿Eran él y Alex tan diferentes? ¿Eran él y Danielle tan diferentes también? Margaret tenía un don que pocos tienen, aquella virtud que hubiese llenado al mundo de bondad, de entendimiento. No distinguía buenos de malos. En su cabeza todos eran presa de sus añoranzas, unas personas tristes que cometían errores, potenciadas por alguna pulsión egoísta.

Su gracia era la empatía.

Quería salvarlo. No podía permitirse el llegar demasiado tarde, o con las manos vacías. En su escote descansaba la jeringa, que usaría para aplicar un calmante al doctor si debía hacerlo. Había mucho en lo que no había pensado, a saber, cómo cargar semejante bestia de nuevo hacia la superficie. O cómo reaccionar si él la atacaba nuevamente. Como se dijo antes, ignoraba mucho la enfermera.



Llegó por fin ante la pared que marcaba el final del camino y, buscando a un costado, encontró la hendidura por la que se había escurrido la primera vez que había entrado a la cueva.

Extrañaba lo suficiente al mimo como para añorar su compañía silenciosa y sombría. Había aprendido tanto... Los locos ya no le parecían locos, y las autoridades y médicos se convertían en niños ante sus ojos. Niños que negaban realidades paralelas, pequeños que alaban a un Dios caprichoso que tenía el poder de decidir qué era real y qué no. Ella se sentía una loca, ¡claro que lo era! Había sido testigo de cuanta locura había mencionado aquel paciente de largos, enmarañados y sedosos cabellos. Cada vez que su pluma había besado el papel, cientos de palabras se habían vuelto realidad en su pupila, y ella había recorrido un largo camino hasta aceptarlo. Por ello no le importaba lo que dijeran los catedráticos, los profesionales. Era real, eso le bastaba.

Se deslizó con dificultad por la grieta, y esta vez encontró el pasadizo abandonado y oscuro. Las antorchas estaban frías, y la luz de la farola apenas podía iluminar la pared y el borde del precipicio al mismo tiempo. Cada paso que la enfermera daba la compelia más y más a andar con cautela. Estaba interpelada por la proeza que llevaba a cabo, y a metros de la puerta, sintió inconmensurables deseos de dar la vuelta y nunca volver. Pero estaba allí, debía continuar. Al acercarse pudo notar cómo la gruesa puerta estaba entreabierta, dejando escapar un hilillo de luz que moría a centímetros de ella. Era una luz débil, una luz inconsistente, así como la de una vela asediada por el aire húmedo y frío de una noche tormentosa.

—¿Doctor? —llamó débilmente, con voz quebrada, al mismo tiempo que se petrificaba a metros de la puerta. Nadie respondió. Aclarando su garganta, volvió a llamarlo, y esta vez recibió como respuesta un leve gemido, y la débil luz se extinguió súbitamente—. Doctor —llamó por última vez la enfermera—. Vamos, salga de allí, no cometa una locura.

Dentro de la oscura habitación no se escuchaba movimiento alguno. A la menuda enfermera no le quedaba más opción que entrar. Tenía miedo, claro que lo tenía. Estaba por entrar a un laboratorio de escasos metros cuadrados, a buscar a un hombre del que ya no sabía si contaba con todas sus facultades mentales. Dio el último paso y abrió la pesada puerta. El chirrido de la madera fue inevitable y terminó por hacer que un escalofrío reptara por toda su espina dorsal. Pero su mirada estaba

siempre al frente, al igual que el farol. Era tan pequeña la habitación que no necesitó acercarse mucho para ver la escena en su totalidad. Si pudiésemos analizar milisegundo por milisegundo todo lo que sus ojos pudieron captar, podríamos irnos preparando para aquello que el cerebro clasifica como perturbador y traumático, haciendo que pierda ambas cualidades y su efecto devastador.

Pero no.

En menos de un segundo, la habitación mutó de un agujero oscuro a la escena más triste y terrorífica que ella jamás hubiera visto. Hermenoff estaba arrodillado en el suelo, su mirada perdida en algún punto del techo. Sus pantalones nadaban en un charco de sangre, y frente a él había un cadáver. La enfermera, sin dejar de aferrarse al farol, llevó su mano vendada a la boca. Un río de lágrimas brotó de sus ojos. No lágrimas de terror, mucho menos de felicidad por verlo vivo. Estas eran lágrimas de tristeza. Una infinita tristeza y aflicción. El cadáver que Hermenoff tenía frente a sí era el de una niña, una niña pequeña cuya edad no superaría los ocho o nueve años.

El tiempo se congeló allí mismo. Nada importaba ya, pues los peores temores de la enfermera no podían compararse con aquello de lo que era testigo. La pequeña de dorados cabellos tenía los ojos bien abiertos, y su pupila brillaba en hermosas tonalidades de celeste con la luz del farol. Su expresión era de sorpresa, pero sus labios curvados, esbozando un tímida sonrisa, expresaban un débil dejo de satisfacción.

Gustav Hermenoff también lloraba, pero lo hacía silenciosamente. Por su lado, Margaret cayó al suelo, rendida ya. Las fuerzas la habían abandonado, así como las ganas de vivir. ¿De verdad existía la maldad en el mundo? Se negaba a creerlo, pero aquel hombre bañado en sangre no le dejaba otra opción. Sí. Él era el demonio, una herramienta del mal que profesaba. El cuerpo de la ambición, la insensibilidad y la perversión.

—Creí que lo lograría —le dijo él con voz débil, llena de amargura—. Creí que podía hacerlo, que podía liberarla de sus locuras.

Pronto, Margaret comprendió lo que había pasado. En su demencia, Hermenoff había intentado practicar su amada operación en la pequeña niña, pero embriagado de poder y egocentrismo, olvidó que la *alabarda* era demasiado larga y demasiado gruesa como para penetrar en el cráneo de un infante, más aún a la altura y la profundidad de los valores que él mismo había definido. Así, había traspasado el cráneo en su to-

talidad, introduciendo la filosa punta en una arteria grande y causando una hemorragia fatal.

—De veras pensé que lo lograría, enfermera —decía el viejo sonriendo tristemente—, de veras pensé que sabía lo que hacía...

¿De dónde había salido la niña? No recordaba tener pacientes tan pequeños en el hospital. La escena la había tomado completamente por sorpresa. No tan solo por el cadáver, sino también porque no comprendía el por qué. ¿Por qué Hermenoff había practicado esa cirugía? ¿Por qué lo había hecho en ese momento? Pero no pudo mantener aquellas dudas por mucho tiempo, pues a un lado del hombre había un expediente manchado en la sangre que brotaba del pequeño cuerpo. La solapa leía L. H. Era la carpeta que Hermenoff había buscado desesperadamente aquella última noche en la que se habían reunido a dialogar.

—¿Quién es ella, doctor? —preguntó Margaret intentando mantener su voz lo más clara posible a pesar de los sollozos que emitía involuntariamente. Pero Gustav no respondía, tan solo negaba en el aire, como si no quisiese creer lo que estaba sucediendo—. Doctor, dígame el nombre de esta niña... ahora mismo.

El hombre sonrió.

—Se llama Elizabeth, como su madre.

Lizzie Hermenoff.

Margaret no supo lo que hacía, pero había apoyado el farol en la mesa y ahora tenía un bisturí en su mano. El cuello del doctor estaba allí, a su alcance, a un salto certero de distancia. Sentía la sangre de sus dedos correr entre los vendajes mientras apretaba la herramienta de cirugía con fuerza y furia, pero sus intereses yacían ahora solamente en penetrar la vena yugular de Gustav Hermenoff. Pero el médico ya conocía los planes de la enfermera.

—Hazlo rápido, por favor —le pidió añorante de dejar aquel cuadro macabro detrás, de abandonar su cuerpo y aquella sangre sagrada que corría entre sus piernas y sus dedos.

Y eso hizo Margaret, se acercó con la decisión de acabar con la vida de aquel monstruo y devolverle al mundo un poco de su luz y belleza. Pero las cosas hermosas no pueden causar destrucción, ni siquiera de aquellas horribles. No está en lo propio de su ser, pues a centímetros de lograrlo, la joven enfermera sintió su ánimo titubear, y su templanza demostró no ser de hierro, sino más bien de oro.

—Tendrá que vivir con esto por el resto de su vida, doctor. La policía está en camino —mintió— ya saben dónde encontrarlo esta vez.

En una fracción de segundo, Gustav estaba sobre ella. La había tomado por el cuello y apretaba aquel conducto vital de la tierna joven, intentando acabar con el único testigo de la aberración en la que se había convertido. Lo apretaba con tantas ansias de matarla que hasta saboreaba la sangre que brotaba de sus encías a causa del golpe que se había dado contra la mesa al abalanzarse sobre la enfermera. Le parecía sabroso, o eso era lo que demostraba. La vida se le escapaba a Margaret segundo a segundo, y por fin se venció. Era imposible luchar contra semejante bestia, por lo que se abandonó a su merced en los últimos segundos, y procuró que el animal terminara con su empresa rápidamente.

Pero todavía no había cruzado por su cabeza una idea, aquella que había amasado antes de emprender la locura de ir a buscar a aquel hombre que había arremetido contra ella tantas veces. Lo cierto era que aquella bestia no dejaría ir de su pequeño cuello, y no había ninguna fuerza que pudiera ejercer ella para hacerlo. Era una mosca que había volado en buena fe hacia una tela de araña que desde el primer momento le había prometido la muerte. Entonces, echaría mano al único recurso que tenía para afrontar al corpulento doctor. Llevó así la mano a su escote y buscó en él. Gracias a la poca iluminación, Hermenoff jamás notó esto. Algún día, no tan lejano, Margaret se preguntaría qué habría sido de ella si las circunstancias hubieran sido diferentes, puesto que el médico habría aprovechado aquella situación para degradarla nuevamente, tal como lo había hecho ya una vez. Pero la oscuridad la apañó y, una vez que hubo encontrado la jeringa que tan celosamente había escondido, la clavó con vehemencia en la cadera derecha de Gustav Hermenoff. Este sintió el pinchazo y gritó de dolor, soltando el delicado cuello de la enfermera y poniéndose de pie en el acto. Pero el sedante ya había comenzado a actuar, y perdió la fortaleza que lo mantenía en equilibrio. El médico cayó de espaldas, dio su cabeza contra la camilla y el golpe hizo que quedara en silencio. Durante unos segundos, la muchacha tuvo que toser y frotar su garganta para recuperar el aliento, pero sintió que estaba a salvo por fin. No fue hasta que sintió la risita locada del doctor que supo que lejos estaba de ser esa la verdad.

—¿Te llamas enfermera, mocosa? Al parecer no puedes ni siquiera diferenciar entre un sedante y la anestesia local.

Margaret no lo pensó, intentó ponerse de pie y, aunque no sin terribles esfuerzos, logró recuperar el equilibrio con prontitud. Pero habría de haber sido muy lenta porque no bien quiso escapar, una idea cruzó su cabeza, el otro pensamiento que hizo virar su destino aquella noche: la niña, no podía dejarla allí. Haciendo mella de que la tenue luz que el farol emitía indicaba el poco tiempo del que disponía, procuró rodear la camilla para hacerse con el cuerpo de la pequeña. Pero Gustav aún estaba lúcido y no lo permitiría.

—Ni se te ocurra tocarla —le espetó con furia. En su voz había tanto amenaza como súplica.

—No voy a dejar a su hija aquí —respondió Margaret vigilando de cerca los movimientos de su atacante—. Usted no merece más que la muerte..., usted es un monstruo, doctor...

Hermenoff liberó una sonora carcajada. Junto con aquel sonido, la enfermera lo sintió arrastrarse por el suelo. Al dar la vuelta a la camilla, se encontró con su cara desquiciada y pudo atisbar la *alabarda* sangrienta que sostenía en su mano.

—Anda —la instó con ojos inyectados en veneno—, acércate. Cuando te atrape, voy a atarte a esta camilla.

Margaret se sintió perdida. No tenía nada a mano con lo que pudiera defenderse, y la luz del farol menguaba segundo a segundo. Estaba desesperada, quería escapar de allí. Claramente, podría hacerlo, podía irse de allí y nunca más volver, pero la niña... La pequeña se había despegado de la vida asida a la última sonrisa que le quedaba. Su padre ni siquiera había tenido el decoro de cerrar sus párpados, aún semblantes de una expresión sincera y confiada. La mera visión de esta escena desgarraba a la enfermera en su interior, pero el horror que le causaba la persona del médico acaparaba casi la totalidad de su atención. El desenlace se produjo, pues, cuando la habitación quedó a oscuras. Margaret no perdió un segundo, y en instantes, se aferró a la pequeña mientras esquivaba un ataque de Hermenoff que se había sentido como un zarpazo. Aunque el médico había apuntado hacia la yugular, dio su golpe en la clavícula, y tal fue el impacto de este que logró fisurarla. Claro está, la enfermera no lo sintió hasta pasadas unas horas. En aquel momento, cuando sintió el abrazo de ese cuerpo inmaculado y aún tibio, supo que Gustav Hermenoff debía desaparecer de la faz de la tierra.

Con la niña en sus brazos, tanteó la oscuridad entre jadeos apagados en busca de la puerta. El médico se debatía por el suelo también, arrastrándose sobre la sangre de su propia hija. Por fin, se asió a una pierna y se sintió dichoso de tener a la enfermera bajo su poder. No dejaba de reír como un desquiciado mientras tiraba de aquella extremidad intentando doblarla a la muchacha y ponerse en pie. Pero no recibió la angustia que tanto esperaba de la otra, sino un golpe violento en su cara que lo hizo caer confundido al suelo nuevamente. Sorprendido y extrañado, se preocupó por el silencio de la enfermera, y su súbito cambio de actitud. ¿Acaso lo mataría ahora que tenía el cuerpo de su hija?

—Vete, pequeña idiota —la echó—. No puedes matarme, no eres capaz de semejante cosa.

Pero la respuesta nunca llegó. Y una serie de pasos apagados a través del laboratorio lo hicieron sentir algo inquieto. Detestaba la idea de que aquella muchacha estúpida quisiera atacarlo nuevamente. Él no lo permitiría. Se arrastró hacia la camilla y usó esta última para retomar el equilibrio. No contaba con poder usar sus piernas con soltura por el momento, puesto que la anestesia duraba algunas horas. Pero sí sabía dónde encontrar algo con lo que acabar con aquella mocosa. La drogaría, la violaría nuevamente, la torturaría y luego le daría el peor final que una persona puede tener. Sí, eso haría, y no podía dejar de relamerse pensando en ello. El laboratorio se inundó de sonidos extraños, y Gustav los ignoró mientras buscaba el martillo con punta de caucho que tan celosamente había construido años atrás. Con tan solo un golpe, podía hacer perder el conocimiento a la enfermera, sin causarle contusión alguna, preservando su salud para cuando despertara y pasara por las incontables torturas que Hermenoff planeaba practicarle.

—Deberías haber corrido cuando pudiste —rumió el doctor mientras golpeaba los muebles con la herramienta, intentando causar el mayor terror posible—. Ahora... ¿dónde estás?, ¿debo buscarte?

Se había posicionado frente a la puerta, de tal manera que la muchacha no podría escapar si no era pasando sobre él... y ambos sabían que eso no sería posible. Fue entonces que Hermenoff dio un paso, y luego otro en dirección a la enfermera. Paso a paso juraba sentir su terror, saborear su inocencia. Aquella niña no sería capaz de hacerle daño, pero estaría tan segura de querer vengarse que poco podría hacer cuando él la atrapara. Gustav caminaba asíéndose a lo que encontraba, dejando

escapar una risita diabólica que daba cuenta del placer que le generaba aquella situación. Él era el depredador una vez más.

Pero tal vez se había confiado demasiado, había pensado mal las cosas. Lo cierto era que el médico no se había percatado completamente de la densidad de la oscuridad que los rodeaba, y por eso fue una gran sorpresa el ser testigo del fulgor repentino que lo encegueció por segundos. Un frasco de vidrio estalló en pedazos, y una llamarada se devoró la totalidad de la escena de la que Hermenoff había creído ser parte. Su instinto lo llevó a protegerse inmediatamente la cara, pues había en la habitación incontables gotas ácidas ardiendo llamas y volando a la misma vez. Se sintió dichoso de no haber sido alcanzado por ninguna, pero no bien descubrió su rostro fue testigo del horror. Un individuo extrañamente vestido lo observaba desde el lugar en el que —él habría jurado— estaba la enfermera. Lo terrorífico de él no estaba en su forma o vestimenta, pues no parecía más que un artista callejero. Pero su cara estaba rodeada de vendas mugrientas, y sobre ella dos ojos en forma de estrella escrutaban a la persona del médico en su totalidad. Había algo completamente horroroso en él, algo diabólico y malvado. Sostenía divertido otro frasco de la peligrosa sustancia que hasta hacía unas horas había sido para Gustav su escalera al éxito, y jugueteaba con ella de una manera inquietante.

El médico se quedó sin palabras y volteó desesperadamente para abandonar el lugar. En su apuro tropezó y perdió su lábil equilibrio, desplomándose contra la puerta. Al intentar abrirla, el picaporte danzó inútilmente en su mano, y la sensación de terror ahondó profundamente en él. Lentamente, se dejó caer y comenzó a llorar como un niño perdido, mientras luchaba contra los alaridos que brotaban de su garganta mientras el mimo se le acercaba. Le pidió que por favor no le hiciera nada, que lo dejara en paz, que le perdonara la vida. Había tanta madera que el laboratorio subterráneo no tardó en convertirse en una bola de fuego y humo negro. El doctor gritaba y deseaba poder correr a salvo, pero su cuerpo inferior estaba completamente paralizado por la anestesia. No pudo hacer más que mirar a su atacante, y al ver su perverso contorno abrazado por las llamas, supo que él traía la justicia que le era enviada desde el infierno mismo.

Por algún extraño capricho del destino, la puerta cedió y el corpulento hombre cayó de espaldas. No sintió sino un dolor terrible cuando aterri-

zó, sino que también experimentó con impotencia la paralización completa de su cuerpo. El mimo estaba ahora a su lado y, sin emitir sonido alguno, desenroscaba el frasco lentamente, y cuando hubo terminado, no hizo más que verter el contenido sobre la cara del médico.

Gustav tan solo sentía un ardor inconmensurable. Nada importaba más en el mundo en aquel instante. No podía escuchar ni sus propios gritos desesperados. Si pudiese haberlo hecho, habría sentido, además, el sonido de decenas de frascos de vidrio estrellándose contra el suelo y las paredes. Pero jamás volvería a sentir algo. Era una bola de fuego rodando cuesta abajo por el desfiladero subterráneo. Un instante antes de tocar el suelo, si hubiese podido hablar de ello, habría jurado cómo más de una decena de brazos y ojos vacíos, aquellos de los cadáveres que él mismo había ultrajado, se alzaban ansiosos esperando su llegada al fondo de la grieta.



# ALEXANDER

## EL ÚLTIMO FARO I

La neblina había ido consumiendo su visión, centímetro a centímetro. Si bien la tormenta aún rugía, perdida en el horizonte, lo hacía en algún lugar lejano, distante de alcanzarlo. No porque no pudiese, sino porque había ciertas fuerzas que no le permitían hacerlo. Por suerte, con la llegada de la bruma, el calor se había dispersado y, en su lugar, un frío húmedo y súbito había invadido cada ápice del mundo que Alex tenía frente a sus ojos. Estaba seguro de que estaba cerca de aquello que sabía que debía alcanzar, y aun así, también tenía la idea de que algo había cambiado en el exterior. Sus muñecas y tobillos ya no dolían, y las marcas de las amarras que obstaculizaban el flujo sanguíneo hasta sus falanges se habían ido disipando con el tiempo. El escritor, que había estado caminando con sus últimas fuerzas, valiéndose solo de los últimos suspiros, había sentido de repente una sensación de calidez que hacía tiempo no experimentaba. Una caricia, una voz. Era la misma que hasta aquel momento atizaba el destello que marcaba el camino a lo lejos. Aquello lo había visto provisto de renovadas energías para continuar, y ya no temía —pues hasta ese momento se había balanceado entre hacerlo y no— morir en aquel lugar inhóspito y silencioso.

Pero se sentía más solo que nunca. Ahora el mimo había perdido sus pasos, se había esfumado entre la bruma en un segundo, y Alex no lo había visto nuevamente desde aquel entonces. De alguna manera, aquello era un alivio, pero de otra, sentía como si su única compañía se hubiese desmaterializado a sus espaldas. Y era que no sabía cómo explicarse, pero había experimentado ambos sentimientos en paralelo, tanto la añoranza de su compañía como el desdén de su presencia. ¿Por

qué lo estimaba tanto?, ¿acaso le costaba dejarlo ir a él también? Algo no le permitía odiar a aquel amigo imaginario que tanto tiempo había pasado a su lado. Tal vez, solo eso quería; tal vez solo deseaba recuperar su lugar. Aquel ser que había estado con él en el momento en el que más lo había necesitado. Un vestigio vivo de una infancia en la que todo era más simple, en la que residía un *memento*, una esfera cálida de seguridad, una fijación en algún punto de su historia que iluminaba, como un faro, el camino hacia el sosiego y el resguardo. O al menos eso había podido teorizar el cansado escritor. Pero si tal fuese el caso, ¿qué tanto lo era el mimo?, ¿era hacia aquel faro hacia el que se dirigía? Bien sentía que aquel sería el último, lo había escrito antes de que pudiese suceder. Ya no habría más momentos de perdición, no más paseos en la niebla. El camino que recorría lo llevaba al último faro que jamás necesitaría. Fuera cual fuera el desenlace.

Alex inspiró. El aire húmedo reptó por sus pulmones y, por primera vez, lo prefirió al sabor amargo del tabaco. Sabía hacia dónde ir, pero la luz, que había brillado intensamente hasta hacía poco, se perdía ahora entre la espesura de la neblina. Quizá, la noche era un poco más oscura justo antes del amanecer.

A su alrededor, comenzaron a aparecer pequeñas gotitas suspendidas en el aire. Era como si el tiempo se hubiese detenido mientras llovía. Su ropa, manchada de sudor, barro, tinta y sangre, se vio empapada pronto. Venía el escritor examinando su estado harapiento cuando algo más llamó su atención. El suelo también mostraba cambios, pues entre los granos de arena, se filtraban pequeños trozos de verde. Alex se acuclilló y barrió con sus dedos una pequeña porción del terreno, despojándola de toda la arena. El pasto crecía tímidamente, en pequeños y delicados brotes aislados. Una sonrisa se apoderó del rostro del cansado hombre, y comenzó a corretear por la nueva y descubierta pradera. A medida que avanzaba, las áreas secas se volvían discontinuas, y más uniformes y numerosas aquellas que rebosaban de vida. Había pequeños brotes, dientes de león y alisos blancos desperdigados por doquier. Pero la bruma no se disiparía.

Aun así, nada podría frenar a Alexander, quien había visto un terrible desierto convertirse en pradera ante sus ojos. Había estado envuelto por las más oscuras tinieblas. Había cruzado los parajes más tenebrosos. Había visto sus memorias cruelmente expuestas y destruidas por

el mimo. También había salvado a Margaret de correr su misma suerte. Viniera lo que viniera, sabía que estaba preparado, pues tenía una idea de qué podía estar velado detrás de esa cortina nubosa.

El camino se hizo más ligero; el aire, menos espeso, y las gotas suspendidas, más grandes. Cada vez, su campo de visión se alargaba más, permitiéndole ver un poco más allá de su propia nariz. El terreno se volvía algo escarpado, difícil de subir sin trastabillar. Y él no se vencía, no se doblaba. Su deseo estaba allí en donde la luz espectral hacía su aparición repentina y se esfumaba sin más. En el suelo, nuevas señales comenzaron a aparecer. Se intercalaban los pétalos negros y las páginas en blanco. Los reconoció al instante y supo qué encontraría adelante.

Y la bruma se disipó por fin. Había llegado al final del camino. Frente a él, “El último faro” estaba postrado sobre el acantilado, a metros y metros de caída del nivel del agua. Allí terminaba el mapa para el escritor. Volteó y sintió la tormenta aún rugiendo en la distancia, y supo que nada más había por hacer. Él había llegado, nadie podía negarlo, ¿pero para qué?, ¿acaso aquel era el propósito?, ¿morir allí, esperando el momento bajo una vieja y despintada torre? Poco se dignaba a abrazar aquel destino. Paso a paso, se acercó a la antigua edificación e intentó abrir la puerta. Estaba cerrada, y recordó el escritor la llave que Storm le había provisto. Tenía tanto que agradecerle..., si tan solo supiera quién era.

El interior estaba tan viejo y húmedo como lo recordaba. Pero aún en aquella humedad, reconocía bien las huellas de agua que marcaban el camino escaleras arriba. Alguien más estaba allí. No se detuvo a pensar, pues actuaba ya como si estuviera guiado por una inercia superior a toda razón. Se sentía un niño escalando aquellos peldaños que se arremolinaban hacia la cima. Estaba guiado ciegamente por la voz de Justine, quien lo había llamado tan dulcemente desde la distancia.

Por fin, trepó por el último escalón y llegó al pequeño cuarto de servicio. Recordaba haber pasado noches enteras allí con su amada. ¿Cuánto tiempo había pasado ya?, ¿diez años tal vez? Quizás más. Se encontró con que el lugar estaba casi vacío en su totalidad. Solo había un escritorio y un cesto de basura. Sobre la madera, descansaban solo una hoja de papel en blanco y un tintero. La pluma había caído de su recipiente, y Alexander pudo tocar lo seca que estaba la tinta cuando se acercó y pasó una mano sobre ella. Estaba muerta.

Conectado al cuarto de servicio, a una pequeña escalinata de distancia, se encontraba la habitación de los vigilantes. Era aquel su lugar predilecto. Contaba con varias ventanitas que otorgaban una visión periférica de todo lo que rodeaba a la torre. Era en aquel lugar en el que tantas veces había amado a su extraviada prometida. Las huellas seguían su camino escaleras arriba, pero Alex necesitó un momento un poco más largo para salir de su ensoñación. Se había aferrado a la barandilla y su mente había tomado vuelo, perdiéndose entre memorias que creía prohibidas.

—Lo siento tanto, amor mío —susurró acariciando aquellos aposentos con la mirada.

El silencio ya hacía tiempo que lo envolvía, salvo por el constante murmullo de la tormenta lejana. Pero este último se había vuelto parte del mundo, de tal manera que no le costó mucho a Alexander hacer caso omiso de él. Por ello, cuando una voz le habló, ese mundo dejó de existir por segundos. Luego de la recámara del vigilante, la escalinata llevaba hacia la última habitación: la cúpula. Estaba esta rodeada por ventanales de grueso vidrio y una puerta que daba hacia el balcón. El llamado venía de allí arriba, por lo que el escritor retomó su camino y, con pasos largos y atropellados, llegó por fin a la fría cima.

La linterna estaba vieja y oxidada, y por su aspecto, había dejado de funcionar hacía años. ¿Pero cómo podía ser posible?, ¿no lo había guiado hasta allí? Alexander podría haberse hecho miles de preguntas más sobre aquel detalle que había logrado pesquisar, pero al mirar hacia afuera de la cabina, su mente quedó en blanco. En el exterior, la niebla aún era todo lo que el ojo podía ver, pero en el balcón, apoyada sobre la barandilla de metal, una joven le devolvía la mirada. Y él podía verla bien, pues era como si la bruma no se atreviese a cubrirla. El escritor la reconoció al instante.

—Justine —dijo en un susurro mientras sus ojos se humedecían.

—Hola, Alex —lo saludó la bella señorita mientras sus ojos se iluminaban—. Qué bueno que hayas llegado.

Alexander no lo dudó. Quería eliminar la distancia que los separaba, tenerla en sus brazos y jamás dejarla ir nuevamente. Quería estar ya mismo con ella, a su lado, pues los segundos que los separaban le molestaban enormemente. Cruzó a grandes zancadas el espacio que había entre ellos, y sin hacer mella en las señales que la joven le hacía, rodeó por fin su cintura con sus manos, y se sumió en un beso que esperó fuese eterno.

Pero las historias son crueles, y los planes de los vivos jamás se encuentran con los de los que ya no están, pues Alex abrió sus ojos de repente y se encontró en la misma posición en la que había estado hacía tan solo unos instantes, justo antes de que se acercara a su prometida. El escritor, confundido y mareado, miró a su alrededor y luego nuevamente a su amada. En sus ojos había anhelo y desconcierto.

—¿Por qué? —le preguntó furioso—. ¿Por qué me alejas de ti?

La joven, a quien hasta aquel momento no había tenido la claridad mental para observar detenidamente, le devolvió un vistazo triste.

—No puedes alejarme —continuó Alex, desesperado, y comenzó a caminar hacia ella. Cada paso que daba lo acercaba indudablemente más, pero cuando apoyaba su pie en el suelo, se encontraba nuevamente al pie de las escaleras. El resultado era devastador, tanto física como emocionalmente. Su cuerpo temblaba y se agitaba peligrosamente, y su corazón se destrozaba al verla tan cerca y tan lejana a la vez.

—¡Basta! —gritó la joven desde su lugar, y dejó escapar un sollozo punzante—. Ya basta, por favor.

Alex frenó su marcha letánica. Cayó de rodillas sobre las viejas maderas y le dedicó una mirada de desaprobación.

—Solo quiero estar contigo, Justine —le declaró.

—No puedes —le respondió ella. El color de sus ojos era de un blanco espectral, y su piel había perdido la calidez por completo. Envuelta en azules telas, la joven exhibía un color no muy diferente en todo su cuerpo. Estaba pálida, deshabitada de vida. Sus labios también se habían visto abandonados de sangre, y por ello lucían tonos violáceos y abisales—, no es la razón por la que estas aquí.

Alex apoyó un pie en el suelo.

—Ya no quiero vivir —le replicó—, solo quiero pasar una eternidad a tu lado.

—No, Alex —zanjó.

—¿Cómo que no? —quiso saber él, ya nuevamente de pie y dispuesto a vivir el mismo segundo por siempre otra vez.

—No es la razón por la que estás aquí —repitió ella abandonada de emoción.

—Pero tú fuiste la que me llamó.

—Sí, amor mío —afirmó ella, sonriendo esta vez. Interceptó una lágrima que recorría su mejilla, y Alex deseó haber sido él quien lo hiciera—. Pero no fue para que vinieras conmigo.

—¿Por qué, entonces? —Nada tenía sentido, se sentía morir a cada segundo que ella no le permitía acercársele—, ¿por qué me llamaste si ibas a abandonarme?

—¿Dé qué otra manera habrías salido de tu caparazón si no era con mi voz? —explicó ella mientras sus cabellos comenzaban a revolotear. Una ventisca los hacía danzar a voluntad de alguna corriente de aire caprichosa. En aquel momento, desvió su mirada. En el cielo, una luna llena de pleno día se dibujó con dificultad. Sobre ella, las manecillas de un reloj giraban al compás de un tiempo impredecible—. Se me hace tarde, debo irme.

—¡No! —gritó el escritor caminando nuevamente hacia ella. Esta vez, avanzó sin problemas, sin volver atrás o suscitar la angustia de la muchacha muerta. La joven Justine lo miró con ansia, y una vez que estuvo a centímetros de ella, repitió las acciones que había llevado a cabo la primera vez, pero ahora, habiéndola tomado de la cintura, la atrajo hacia sí mismo y la estrechó entre sus brazos—. No me abandones.

Alexander había cerrado sus ojos. No quería ver nada más. Quería que aquella sensación de calor durara por siempre. Aquel calor que el cuerpo de Justine sabía emanar. Por escasos segundos, todo estuvo bien, todo había valido la pena.

—Nos volveremos a ver, escritor. —le dijo ella al oído mientras sumaba sus fuerzas a las de él, y disfrutaba de los amables brazos de Alexander. Había apoyado su mejilla contra el hombro del que alguna vez había sido su amado— ...pero, hasta aquel entonces, estarás en buenas manos.

Es difícil saber qué se sentiría tener algo profundamente aferrado a uno y luego sentir que esto se vuelve aire. La piel de la joven ahogada recobró su calidez y su gracia, y sus ojos se inundaron nuevamente del color que una vez los había poblado. Aquel tostado de las castañas en primavera. Justine se fue. Se convirtió en polvo. Pero no era un polvo cualquiera, este brillaba a la luz de un sol que luchaba por hacerse un lugar entre las nubes tormentosas que se apelotonaban en el cielo. Algunos de estos rayos habían encontrado su camino a través de ellas y, ayudados por una nueva ventisca, elevaron a la nueva Justine por los aires. El escritor poco pudo hacer ante esto, pues se encontró estirando sus brazos al cielo, como esperando tomar, aunque fuera, un poco de ella. Pero nada había que él pudiese alcanzar. Todo había vuelto a su lugar. A sus respectivos grises. A su desamparo. El tiempo se reanudó y la lluvia caía ahora pesadamente. Las nubes oscurecían el cielo nuevamente. Desde el

balcón, Alex observó el océano. Aquel era el fin. Se encontró volviendo hacia el interior de la cúpula para resguardarse del temporal. Tiritaba de frío, pero poco le importaba ahora. Las energías que había adquirido al llegar al faro se habían disipado junto a su amada. Nada le quedaba ahora más que esperar el momento en el que su memoria se desmenuzara y, por fin, su muerte se le hiciera inminente. Estaba abandonado, solo en aquella inmensidad, y cada segundo que pasaba era un insulto a su perseverancia y su dignidad. ¿Acaso no podía terminar todo?

A su lado, el mimo nuevamente.

—Siempre vuelves cuando Justine se va, ¿notaste eso? —le preguntó con un irónico y ácido humor. Poco quería saber de él en aquellos momentos—. Si viniste a verme perder, felicitaciones, lo has logrado.

Estaba furioso con él. Si sus fuerzas y su ánimo lo hubiesen permitido, se le habría echado encima. Habría descubierto su cara, ver qué tenía para esconder. Al menos podía haberlo mirado a los ojos antes de verse engullido por la nada. Pero se encontró con que el otro negaba con su cabeza. Más aún, apoyó una mano enguantada sobre su hombro. Todavía con la reacción refleja del escritor de alejarse, no se detuvo en su cometido y lo asió con fuerzas. Pero no eran estas aquellas usadas para lastimar, sino que constaban de aquella firmeza que solo el gesto de un amigo puede tener. Ante la mirada incrédula de Alex, el mimo apuntó hacia el océano.

—No hay nada allí, eso lo tengo por seguro —negó el escritor, pero el mimo siguió apuntando hacia allí, cada vez con más ímpetu—. Está bien, está bien, vamos afuera.

Juntos caminaron hacia el exterior. La tormenta eléctrica rugía con fuerza sobre sus cabezas, y al asomarse por la esquina del balcón, Alexander Fleming observó cómo la tormenta de arena había devorado todo lo visible en la distancia. La otra distancia. Pocos kilómetros la separaban del faro, y no tardaría en llegar.

—¿Qué hacemos aquí afuera? —quiso saber Alex. La única respuesta que obtuvo fue la misma que el extraño personaje le había dado adentro: el mar—. No puedo escaparme nadando, no duraría ni una hora.

El mimo comenzó a desesperarse. Hacía señas, gestos, así como si quisiera que lo escuchara.

—No puedo escucharte, no hablas —replicó Alexander, quien se estaba exasperando también.

El monocromático ser hizo un último ademán. Quería que el escritor mirara en dirección al océano. Y él lo hizo de buena gana. Una luz se abrió paso entre la niebla. No era el buque en el que Justine se había ido, sino un pequeño bote con una linterna en su proa.

—No —negó Alex con energía—, no volveré a eso, aunque sea la última salida. Prefiero morir.

Se preparó para volver adentro y buscar algo en la torre que lo mantuviese caliente. Pero su compañero tenía otros planes, pues cuando el escritor volteó, el mimo lo empujó levemente. El hombre trastabilló y perdió el equilibrio por completo. Lo último que pudo tocar fue la barandilla del balcón, pues dio contra ella de espaldas y su cuerpo la bordeó por encima. Así, Alexander Fleming cayó del faro y, una vez que hubiese tocado el agua, la marea revuelta lo engulló por completo.



# MARGARET

## EL ÚLTIMO FARO II

Una sombra se deslizaba por entre los pasillos de St. Claire. Casi arras-trándose, armada solo con los últimos suspiros de aliento para correr, Margaret cruzaba los corredores con la máxima velocidad que sus cansadas piernas le permitían alcanzar. Llevaba en sus brazos a una niña de no más de nueve años que se aferraba a la vida incansablemente, aunque inconciente de ello. Si bien la había creído muerta en un principio, luchaba ahora por mantener la turgencia del fino hilo al que se aferraba su vida, aunque su estado fuese de una delicadeza peligrosa. El sangrado había cesado por suerte, pero aún no respondía cuando la enfermera le hablaba, y esto era lo que más preocupaba a la joven.

Casi sin aire, llegaron al vestíbulo y allí mismo Margaret la apoyó sobre el mostrador. No perdió el tiempo para adentrarse en la sala de enfermeras y rogó poder conseguir lo que necesitaba de la farmacia. En la pequeña habitación la luz era nula, y la joven maldijo a la tormenta o la humedad por ello. No importaba, debía apurarse. Buscó a tientas y volvió triunfalmente sobre sus pasos con gasas, vendas y alcohol. No contaba con más que la tenue luz del alba para hacerlo, pero limpió la sangre de la cara y la cabeza, y vendó como pudo las heridas de la pequeña una vez que hubieran estado desinfectadas. Mucho tiempo le llevó, pero finalmente pareció estar fuera de peligro. Al menos de desangrarse. Era de verdad, un milagro, pues respiraba y parecía estar sumida en un agradable sueño.

Nuevamente, la tomó consigo y se dirigió hacia afuera con pasos rápidos. La claridad ya acariciaba el horizonte, y Margaret esperaba que Víctor pudiese volver por ella pronto. No quería quedarse bajo la lluvia,

más aún con la niña seca y a salvo de la tormenta, pero detestaba la idea de pasar en el asilo un minuto más. Temía que Hermenoff apareciera, no tardaría en perder el efecto de la anestesia. Lo cierto es que nada le importaba más que mantener a aquella criatura lejos de todo peligro. Lamentablemente, Alex había quedado en segundo plano para ella. En sus manos yacía otra vida que salvar. Una vida más preciosa, una vida que jamás había tocado pecado alguno. Una niña que había tenido la mala suerte de tener un padre desquiciado. Margaret lo observó mientras salía por la puerta. Sus pequeños ojos estaban cerrados aún, pero dormían plácidamente, con la promesa de despertar cuando ya hubiesen saciado su sueño y el trauma su hubiese disipado. La enfermera acarició su cabeza suavemente, mientras la lluvia las cubría a ambas y lavaba el resto de la sangre que se había aferrado a los rubios cabellos de la pequeña. Con un cuidado infinito, caminó hacia la reja de entrada y se refugió en la cabina del guardia de seguridad. Naturalmente, nadie había allí, por lo que dejó a la niñita apoyada sobre una silla y se asomó para vigilar el camino.

Lo que vio la llenó de desconcierto y la enfrentó ante una terrible situación. Las huellas del carruaje que se había marchado hacía tan solo unas horas se perdían en la distancia, pero había otras, pasos sobre el barro, que brotaban de las primeras y se perdían en el bosque. Margaret lo supo al instante, esas huellas eran de Alexander. ¿Acaso se había salido por la otra puerta mientras la enfermera se despedía de Víctor? Volvió hacia la cabina y observó a la pequeña. Lejos estaba de despertarse. Debía tomar una decisión urgentemente. No podía dejarla sola, pero tampoco podía abandonar a Alexander, dejarlo morir solo en el bosque. Pero corría también el riesgo de que Hermenoff volviese. Pensaba que no tardaría en recuperar su movilidad y volver para vengarse. Se despojó, entonces, de su saco y envolvió a la niña en él. Nada había en la cabina que pudiese cumplir mejor aquella función, así que tuvo que conformarse con aquello. Entre sus manos, tomó la cabeza de la pequeña y plantó un beso en su frente.

—Perdóname, volveré lo antes posible —le susurró mientras la estrechaba fuertemente contra sí. Y por fin, la dejó allí, envuelta en telas, durmiendo contra el respaldo de una silla.

Margaret corrió por el bosque. La claridad la ayudaba a encontrar el camino, pero aun así estaba todo muy oscuro. La lluvia caía como una

pesada cortina, obnubilando la vista y entorpeciendo el paso. Pero ella se movía como una gacela, tal como si estuviese soñando nuevamente. Y pronto supo que no era esta la primera vez que lo hacía. Todas esas imágenes que alguna vez se le hubieron presentado, retornaron. ¿Acaso la estaban preparando para este momento? No lo sabía a ciencia cierta. Una vez adentradas en el bosque, las huellas de Alex se habían vuelto casi imperceptibles, y el rastro se perdía entre hojas y ramas húmedas. Pero la enfermera no cesaba en su carrera, algo la impulsaba a continuar.

Entre la copa de los árboles, una luz brilló tenuemente, y Margaret frenó en seco. Sí, la estaban llamando. Aquel resplandor le indicaba la ruta, y ella había aprendido a confiar. Nuevamente, hacía su aparición intermitente, asomándose entre las hojas como timidez. La enfermera retomó su camino, esta vez con mayor agilidad y determinación. A medida que avanzaba, la señal se hacía más grande, más presente. Esporádicamente, se mostraba para desaparecer luego, una y otra vez. Pero la joven ya sabía a dónde debía de ir. Una nueva imagen cruzó por su cabeza mientras bajaba por un sector del terreno escarpado. Era ella, quien tantas veces se le había presentado. Debía apurarse, tenía miedo de que Alex acabara con su vida.

Casi al mismo instante en que llegaba al final de la arboleda, sintió campanadas a lo lejos. Estaba a orillas del lago, y sobre la montaña se erguía un imponente faro, aquel que hasta hacía segundos le estaba mostrando el camino, pero no tardó en desvanecerse en el aire cuando lo miró, tal como un espejismo o una alucinación. La enfermera solo pudo reparar en ello escasos segundos, pues con un paso en falso resbaló en la cornisa y cayó rodando torpemente hacia el borde del cuerpo de agua. En el camino, su cabeza fue a chocar contra una enorme raíz y perdió el conocimiento en el acto.

Despertó rodeada por una luz que la enceguecía. Todo era tan blanco allí que costaba diferenciar el suelo del horizonte, o ver las paredes o el techo. ¿Había techo? Poco podía decir sobre ello, pues el blanco estaba por doquier. Ella misma se sintió blanca. Tenía la certeza de que una no pigmentación purísima se había apoderado de su alma, y que ahora la convertía poco a poco en un lienzo vacío, una tela que no necesitaba de su escarapate para encarar la primer pincelada. Pero ¿por qué quería una pincelada? Le costaba, por momentos, pensar con claridad. Con sus manos, tomó su cabeza e intentó ordenar sus ideas. Pero se le presenta-

ban en crudo, mezcladas, *au naturel*. Todo tenía que ver con todo, y ella estaba en cada punto de aquella inmensidad al mismo tiempo. Era una, era todas, era y no era. Detestó aquel blanco, pero no había otro color, no había más que blanco.

Pero no bastaba más que una pequeña sensación, una caricia a los sentidos, un susurro. Poco bastaba para manchar la desesperante y monótona pureza. La primer gota de lluvia que cayó sobre la cara de la joven enfermera desencadenó una serie de temblores, vibraciones y sensaciones nuevas que distaban largamente del blanco. En ese momento, ese instante en el que esa gota impactaba contra su piel, todas las demás dejaban de importar. Tal seriedad conllevaba esto, que efectivamente perdieron su importancia. Murieron en aquel instante, se congelaron en la eternidad y jamás tocaron su frágil cuerpo manchado de arena, barro y sangre. Pero ella no veía esto. No. Ella veía aún el asediante blanco. Una asfixia nívea, una frontera pálida que tan solo se resquebrajó cuando a lo lejos, muy a lo lejos, un punto negro se dibujó. De tal manera se dibujó que el blanco se hizo aún más blanco. Intentaba combatir esa mancha horriblemente invasiva que se hacía más y más grande a medida que pasaba el tiempo. Y Margaret la observaba inmóvil. Se acercó a toda velocidad, la gota azabache, hasta que impactó por fin en su mejilla. La enfermera recordó que tenía un brazo. También eso le trajo consigo la idea de que contaba con una mano, y que esa mano tenía dedos. Se llevó uno hacia su cara y tocó la gota de tinta que había impactado contra ella.

Un dolor punzante fue lo que sintió en su cabeza. La piel se había desgarrado en el impacto con la raíz, y ahora brotaba sangre a borbotones. La lluvia la había lavado bastante, pero aun así no lo suficiente. Cuando observó su dedo y lo vio manchado de azul, Margaret se encontró experimentando un mareo que no podía explicar. De pronto sentía mucho miedo, sentía el desgarro de la realidad en carne propia, pues este se manifestaba en cada ápice de su conmovido cuerpo. Pero no era momento de vomitar. Si todo aquello tenía su origen en Alexander Fleming, debía encontrarlo antes de volverse loca.

Empapada, con frío y aún confundida por la caída, la enfermera escudriñó la costa intentando ubicar al escritor. Pero no había rastro de él. Las huellas, si es que había habido, se habían disipado con el diluvio, y aunque lo llamara incesantemente, no había respuesta que esperar. ¿Había llegado demasiado tarde? Comenzó, entonces, a vigilar la super-

ficie del lago. Era casi imposible vislumbrar algo a través de la espesa cortina de agua que se precipitaba sobre el agua. Las ondas jamás cesaban de recorrerlo. A lo ancho y a lo largo, la masa acuosa se revolvía violentamente a causa del oleaje que la tormenta había creado. Margaret comenzaba a quedarse sin opciones. Rodeó la superficie del lago y, luego de varios metros, llegó hasta un pequeño muelle abandonado. Casi ni recordaba haberlo visto aquella vez en la que, sin conocer al escritor, había participado de su búsqueda. De hecho, el muelle estaba tan cercano al lugar en el que lo habían encontrado que la joven acuñó la idea de que tal vez hubiese simplemente aparecido. Y es que le costaba desconfiar de cualquier idea disparatada que se le ocurriera, luego de todo aquello que le había tocado vivir, todo lo que se había visto obligada a aceptar y a percibir para no perderse en los océanos de la locura.

Pero poco tiempo tenía para hacerse semejantes preguntas, pues ya estaba sobre la vieja construcción para cuando las alejó de su conciencia. La madera crujía y amenazaba con ceder, y cada paso que Margaret daba venía aparejado del bamboleo de la estructura en su totalidad. Allí, a un costado, alcanzó a vislumbrar un bulto que sobresalía del agua, y pronto descubrió que era una vieja embarcación. Tal vez estuviera maltrucha, pero era lo único con lo que contaba para adentrarse en el lago. Los problemas y los obstáculos no dejaban de presentarse, pues cuando se inclinó sobre la barca para ponerla a flote, poco pudieron hacer sus débiles brazos, y el envión propio de su fuerza la hizo zambullirse violentamente en el agua.

Al sacar su cabeza por la superficie, se odió por ser tan torpe, pero una nueva idea germinó dentro de sí. Se sumergió nuevamente y buscó a tientas el fondo, allí donde la barca estaba enterrada o atrapada en las piedras. En efecto, era un poco de ambas. No sin cierta dificultad, logró mover una pesada roca que, apoyada entre la aleta de estribor y la popa, había trancado la barca contra un banco de arena. Luego, solo le restó liberarla del resto de las piedritas y la arcilla que, aparentemente, se habían depositado con el tiempo. Estaba ya libre el bote, y tan solo restó empujarlo un poco para que saliese a flote. Margaret no perdió el tiempo, trepó a él rápidamente y comenzó a remar con sus manos lago adentro.

Poco veía la enfermera y no dejaba de llamar y llamar al escritor. Pensaba que no podía haberse ido muy lejos, pues el estado en el que

estaba no debía de habérselo permitido. Si bien ella se había desviado bastante de la zona en la que las huellas se perdían, no debería de tardar tanto en volver ahora que tenía la barca consigo. El oleaje dificultaba en gran medida su marcha, pues la embarcación no dejaba de moverse como un péndulo, tal como si estuviese por voltearse en cualquier momento. Pero ella no se doblaría. Avanzó un poco más, y por fin pudo reconocer la zona de la costa por la que había rodado y el lugar exacto en el que se había despertado luego de perder la conciencia. Abrió muy bien los ojos, pues solo de ellos podía valerse, y recorrió la extensión del lago hasta donde le permitían.

Pasaron minutos eternos, y ya estaba por darse por vencida, Alex no aparecía por ningún lado. Estaba teniendo estas ideas, preparándose para abandonar la desesperada búsqueda, pero por fin fijó su mirada en algo que brotaba de la superficie. Al principio, le pareció solo una rama, pero pronto supo que era una mano que buscaba oxígeno con desesperación. El escritor apareció desde las profundidades y dio una bocanada de aire antes de desaparecer nuevamente. Allí mismo fue donde Margaret pudo ver su cara: su mirada estaba perdida, sus ojos no tenían el brillo de la conciencia y se habían clavado inamovibles en la ladera en la que la enfermera había podido atisbar el faro.

—¡Alex! —gritó ella con energía, intentando virar la embarcación para dirigirse a su encuentro, pero Alexander Fleming desapareció nuevamente bajo el oleaje.

Intermitentemente, el escritor se aferraba a la vida bocanada a bocanada, pero cada una llevaba un esfuerzo cada vez mayor, y Margaret temió no llegar a tiempo. Pero el movimiento del agua no solo frustraba sus esfuerzos para manejar la barca a su gusto, sino que también la llevaba violentamente hacia donde las ondas lo dispusieran. La enfermera vio su oportunidad: el bote viró súbitamente y fue a parar contra la zona en la que Alex había desaparecido por última vez. La joven se preparó y concentró todos sus sentidos en la superficie. Todo sucedió muy rápido, pero los reflejos de Margaret pudieron más. En el envión, la enfermera atisbó nuevamente la mano del escritor a menos de un metro de estribor, y se lanzó contra el borde, asiéndola fuertemente.

Le llevó esfuerzos sobrehumanos. Se vio moverse abruptamente sobre el bote, y por poco salir disparada de él. Pero habiendo previsto este desenlace, había trabado uno de sus zapatos en el espacio que había entre

el suelo del bote y una de las bancadas, traccionando su cuerpo, aunque dolorosamente. Así, había logrado que el escritor pudiese aferrarse a ella y, por fin, asirse a estribor. La enfermera tiraba del cuerpo de Alex con todas sus fuerzas, intentando conducirlo hacia el interior de la barca, pero él solo tiritaba y mantenía su mirada perdida. Poco importaban los gritos de la enfermera, mucho menos sus esfuerzos, pues el hombre era macizo y todo su ímpetu estaba concentrado en asirse firmemente a aquel trozo de madera curvada.

Margaret calló por fin. No sería aquella la manera en la que todo acabaría. Estaba cansada de correr, cansada del filo, la cornisa y el riesgo. En aquel instante, que duró muchos otros, acarició los enmarañados cabellos del escritor y, con un cariño infinito que se permitía olvidar todo lo que había vivido aquella noche, se limitó tan solo a besar su mejilla. La respiración de Alex era entrecortada, escasa y abrupta; y pareció permanecer así durante largos minutos. Pero aquello no duraría. La enfermera dejaba escapar lágrimas de extenuación, pero ya no tiraba de él, ni le pedía que reaccionara a gritos. En su lugar, se había agazapado contra el costado de la embarcación, y acariciaba sutilmente el rostro del agobiado escritor, mientras su mirada se perdía allí entre el oleaje y la cortina de agua que pesadamente caía sobre la superficie.

No fue ella la que abandonó aquel trance. En un susurró, una voz le habló dulcemente.

—Viniste por mí.

Casi un murmullo de agradecimiento, las palabras más sinceras que jamás había escuchado. Margaret lo observó, y él le devolvió la mirada. Esta ya no estaba nublada, confusa ni perdida. En su lugar, el verdadero Alexander la inundaba con una gratitud infinita.





# DANIELLE

## CARBONILLA

Danielle llegó a casa dando sonoras carcajadas y trastabillados pasos. Había sido una hermosa tarde en el Jockey Club, donde la sociedad instruida se permitía danzar entre las copas desde temprano, pues era sábado y no había obligaciones que cumplir al día siguiente. La señora Bellerose cruzó la puerta principal pendiendo del fornido cuello de su marido. Jamás se había sentido tan acompañada, feliz y divertida; él sabía cómo hacerla reír, cómo tratarla como a una señorita. Y cuando el licor fluía entre ambos, aquella relación llegaba a su mayor punto de éxtasis. Solían pasar mucho tiempo juntos, casi todo el que no estaba destinado al trabajo de su esposo. A él le encantaba llegar a casa temprano, sorprenderla llevando a cabo alguna actividad ociosa y acarrearla escaleras arriba para hacerla suya una vez más. Y ella no opondría resistencia, pues sentía aquella como su tarea más importante: el complacerlo.

Pero nada tenía Danielle de lo que renegar, pues él la había acogido en su seno familiar con tanto cariño y devoción que ella jamás volvió a sentirse sola en la vida. La había conocido a escasos días de la muerte de su madre y había tomado todos los recaudos de los que podía valerse para acercarse a ella con cuidado, pues su estado era el de una delicada flor a punto de desfallecer. Los primeros meses habían sido catastróficos, Danielle sufría de terrores nocturnos y despertaba a horas de la madrugada entre llantos y alaridos. A veces, le relataría qué había soñado, otras se mostraría reticente a ello. Pero su esposo jamás había tirado de alguna cuerda que pudiera cortarse con facilidad, y gradualmente se había convertido, más que en un marido, en un confidente. Un compañero de vida. Él jamás la juzgaría o violentaría su

voluntad, mucho menos abandonarla o caer en las garras de la locura. Ella de veras le debía mucho.

Pero luego de unos meses, Danielle comenzó a sentir que su mundo trastabillaba. No era que se sintiera insegura o indefensa, mucho menos dubitativa sobre el amor que su esposo le profesaba a diario. El problema radicaba en la monotonía que rodeaba a aquel sujeto. Él era aburrido. Entre sus muchas cualidades, el ser interesante se encontraba completamente ausente. Era aquello que en él escaseaba, que extrañaba de Alexander: su mística, su profundidad y su misterio. El hombre que amanecía cada día a su lado no podía mantener una conversación cuya temática trascendiera su obtusa concepción de la realidad, pues se quedaría atónito, sin palabras, titubeante y confundido. Y Danielle había visto cosas que jamás había podido comprender, que sobrepasaban aquellas paredes que la sociedad tan finamente le había impuesto. No era, pues, su marido alguien con quien pudiese compartirlas.

Si algo no había variado en su vida, era la enorme cantidad de tiempo libre con el que contaba cada jornada. A veces, ayudaría a las criadas con las tareas, y aunque estas se horrorizaran con ello, ella tenía la carta ganadora, la del ama. Había adquirido, además, la costumbre de llenar lienzos con imágenes cuyos significados poco podía colegir. Es que se le presentaban a menudo durante sus episodios nocturnos, y sentiría un vacío en el pecho hasta que no las descargase sobre la tela. Poco frecuentemente sabría con seguridad qué querría decir aquello, pero las imágenes, que eran enigmáticas y misteriosas, no dejaban de apelotonarse en su cabeza y, consecuentemente, en su estudio.

Con el tiempo fue mejorando su técnica hasta alcanzar imágenes muy realistas y naturales. Aunque tan solo podía percibir las distintas tonalidades de grises, combinaba los colores con asombrosa habilidad, trazando siluetas y creando profundidad con desenvoltura y fluidez. Y es que había aprendido a reconocer los tonos por su graduación de luz, y ningún pigmento se escapaba a su intelección. Eran para ella segundos del día que duraban horas, hasta que su marido hacía su entrada brusca y la tomaba entre sus manos.

Una mañana se encontró frente a un lienzo que no supo cómo llenar. Por alguna extraña razón, no había preparado color alguno o trazado en carbonilla las siluetas que protagonizarían la escena. Tan solo había destapado un frasco, una tonalidad: el negro. El pincel casi se había sumergido solo en el tinte, casi como si obedeciera a fuerzas de las que

poco sabía la joven pintora. Pero nadie se oponía al trayecto que este quisiese hacer, por lo que Danielle dejó que su mano se moviera al ritmo de su deseo interior. Danzó sobre la tela por unos instantes, y por fin dio a luz a un risueño personaje del que no sabía nada hacía años. Un divertido mimo apareció sobre el lienzo, tan monocromático como irreal. Estaba sentado sobre los adoquines de una calle húmeda y oscura, iluminado solo por un pintoresco farol callejero. La ya no tan joven Bellerose lo miró con un cariño infinito. Extrañó su infancia en París, caminar por aquellas calles cargadas de recuerdos, admirar a aquellos extraños y tristes personajes callejeros, siempre dispuestos a entretener. El mimo se encontraba tan abandonado en aquella inmensa oscuridad que su creadora sintió también una pena desgarradora. Casi sin notarlo, aunque concientemente esta vez, tomó el frasco de tinte roja y dibujó una bella flor en su mano. Confluyeron así el desamparo y la belleza en el mismo ser.

Desde aquella mañana, nada fue lo mismo. Ya casi ni dormía, el apetito la había abandonado y un vacío en su pecho la colmaba de angustia. Solo podía pensar en aquella pintura que había irrumpido en su subjetividad, dando un alto a su producción gráfica. Desde que había trazado aquella silueta vegetal, todo deseo de pintar la había abandonado. Pasaba largas horas frente al lienzo virginal, haciendo danzar el pincel en su mano. Luego llegaría el momento en el que buscaba inspiración mirando sus trabajos anteriores, pero al pasar sus ojos sobre el mimo, quedaba cautivada por su belleza y las otras escenas carecían de valor.

Una tarde decidió que no podía perder más tiempo frente a la tela inmaculada y pensó que sería propicio dar un paseo. Pronto había aparecido su marido recordándole sobre la reunión en el Jockey Club, desencadenando su felicidad y su entusiasmo. No tardó en elegir un bello vestido de seda de color natural para lucir frente a sus amigas. Había encontrado, gracias a la visita de numerosos sastres y diseñadores, la manera de resaltar su modesto busto y ensanchar sus caderas, y luego de muchos diseños, cortes y costuras, halló por fin cierto tipo de vestimenta con la que se sentía más bella que nunca. No era un suplicio ahora dar largas caminatas y paseos bajo el sol, había logrado la imagen de una dama, la figura que siempre había buscado. El sombrero de ala ancha negro terminaba por darle a su atuendo el broche de oro que la hacía irresistible y envidiable a los ojos de otras mujeres, según ella, más simples.

Estaba a punto de abandonar la habitación cuando llamaron a la puerta. Era una criada que traía correspondencia a su nombre. La joven cruzó la puerta cuando Danielle la invitó a pasar y le tendió a su ama un paquete que tenía adherida una carta en el dorso. Muy ocupada en su peinado, la señora Bellerose le pidió que lo dejase sobre la mesa de luz. Tal vez, se ocuparía de ello al regresar.

Habían pasado una bella tarde entre margaritas y whisky escocés. Los recuerdos confusos se sumaban a su estado de exaltación y jocosidad, y Danielle solo podía pensar en entregarse una vez más a su marido. Pero este parecía tener otros planes, pues a la vuelta, no bien entraron a la casa, se deshizo de su abrazo con gentileza y cariño, y se desplomó sobre el sillón. Su esposa se acercó a él, intentando reanimarlo, pero la única respuesta que recibió fue un largo ronquido. Frustrada y lejos de tener sueño, Danielle se dirigió hacia su habitación. En el camino poco le molestó soportar las miradas curiosas de los criados y los susurros casi inaudibles que le dedicaban. No debía de agradecerles, claro que no, pues claramente no lo hacía, pero tampoco ponía esfuerzo en ello. Había trazado un abismo entre ella y la servidumbre, que la acompañaría hasta el final de su vida. Entró a la habitación matrimonial y deshizo su peinado. Encontró, también, que desprender su corsé le otorgaba una extraña sensación de alivio. Ya comenzaba a perder su hermosa silueta.

Se sentó frente a la cómoda, cepillo en mano, y comenzó a acariciar su cabello mientras las hebras del peine lo recorrían. Quedó cautivada enormemente por la imagen que el espejo le devolvió aquella noche, pues su tersa piel comenzaba a perder elasticidad y sus ojos escatimaban el brillo de juventud que una vez habían tenido. ¿Cuánto había pasado ya? Comenzó a ver a su madre en sí misma, lentamente, día tras día. La sonrisa que se autoprocureaba tenía indiscutiblemente el sello de aquella mujer. Aquella hermosa mujer a la que jamás igualaría. ¿Y por qué sería aquello?

Sentía otra vez la falla. Hacía tiempo se había percatado de que no podía tener hijos. Y los días no dejaban de pasar. ¿Por qué lo harían? El tiempo es cruel cuando encontramos una piedra en el camino, pues se empecina en correr mientras observamos el obstáculo y no nos percatamos de su avance inminente. Aquella sensación placentera, la de sentir la caricia del cepillo sobre su pelo, también solía engañar al tiempo. Danielle cerraba sus párpados y tan solo procuraba abandonarse a

ello, aunque también se engañase a sí misma, pues podía cancelar su mirada, pero no su pensamiento. Por dentro lloraba a lágrima tendida. Últimamente, lo único que le devolvía algo de sosiego era su mimo. Su tierno mimo, con su cara de tristeza iluminada por tonos rojizos. Solo quería ser él, transmutarse al lienzo y vivir por siempre bella y triste. La realidad poco tenía para darle. Danielle dejó el cepillo a un lado y llevó una mano hacia su mejilla. La acarició con un amor infinito, pero la sintió un tanto áspera y seca. Algunas personas hacen de la tristeza su carta más fina, pero pronto encuentran que el tiempo es un dictador cruel, aún más triste y gris.

Algo más captó su atención. Por el espejo, pudo ver el paquete de aquella tarde, todavía sobre la mesa al costado de la cama. En pocos segundos, lo tuvo en sus manos, y al inspeccionarlo, lo dejó caer al suelo. El remitente era Alexander Fleming.

La señora Bellerose se alejó del bulto como si fuese este una especie de bomba. Mientras retrocedía, trastabilló con su propio vestido y cayó al suelo. No podía creer aquello, ¿cómo la había encontrado? Hubiese jurado que Alexander estaba igual que muerto. Tardó unos minutos en terminar de procurar que no quería saber de qué se trataba, y por fin se acercó lentamente. Con el sobre en sus manos, se debatió entre abrir el paquete o no, y decidió por fin que quería saber qué decía la nota. Con una pulcritud casi inalcanzable y una letra hermosa, Alexander le había redactado una carta ni muy corta ni muy larga. Danielle se acercó a la lumbre y, aún en el suelo, leyó:

*“Estimada Danielle:*

*Han pasado largos años desde la última vez que te vi, pues ya tu cara parece una memoria difusa y lejana, aunque no menos hermosa de lo que ha sido siempre.*

*Perdóname, pequeña soñadora, por haber arruinado lo que podrían haber sido los mejores años de tu vida. Te obligué a encontrarte desamparada y asustada, aunque prometí que jamás volverías a ser víctima de aquellos sentimientos. Perdóname, pues, por haber descuidado mi presente para ir a renegar por mi pasado. Perdóname por no haberte amado como de verdad lo merecías.*

*Hoy visité la tumba de Albine, lo he hecho casi todos los días desde que volví a casa, pues encuentro una gran felicidad en ello, aunque sea tan solo unos minutos. Casi siempre llevo flores, en tu nombre y el mío.*

*Fue una persona especial, sé que tanto para mí como para ti, y espero que su memoria llene tus días como lo hace con los míos.*

*Junto con mi carta, te envió un paquete que contiene algo que me es muy preciado. No hay persona que merezca tenerlo más que tú.*

*Si quieres deshacerte de él, lee, al menos, el primer capítulo.*

*No puedo más que desearte todo lo mejor y hacerte saber que jamás me olvidaré de ti.*

*Tuyo,*

*Alexander Fleming”*

En su mano, el paquete yacía aún sin abrir. Danielle sintió tanta furia que lo arrojó al fuego. Se encontró llorando en el suelo nuevamente, presa de una angustia que la invadió por completo. Albine... ¿Por qué habías tenido que mencionar a Albine, Alexander? La culpa se adueñó de su humor, y la señora Bellerose no supo qué hacer. Apretó sus uñas fuertemente contra su brazo y lanzó un gemido de dolor cuando sintió que penetraban en la carne. La criada había muerto, y no dejaba de sentirse responsable de ello. De solo pensarlo enloquecía. Para colmo, él le enviaba un libro. Un libro escrito por Alexander Fleming era lo último que quería volver a ver. Pero al observar la chimenea, se sintió más desdichada que nunca, pues el papel que envolvía el tomo era lo único que el fuego había devorado. Danielle tomó el atizador y, no sin dificultades, retiró el libro de las llamas. Estaba frío.

No se había tomado la molestia siquiera de leer el título. Tal como en su momento lo había hecho con “El último faro”, lo tomó entre sus manos y leyó en voz alta “El jardín de los lobos”. Abrió brevemente la portada y se encontró con una página casi vacía, a excepción de la siguiente frase:

*“A Danielle, a quien dañé irreparablemente  
para escribir estas páginas.”*

¿Sería tan malo leer un poco? Danielle se sintió nuevamente como una niña. Quiso que aquellas páginas, que su anterior esposo le había dedicado, estuviesen repletas de palabras que la hicieran sonreír. ¿Qué era sino el pedazo de él que siempre había añorado? Se debatió en ello más tiempo del que hubiese creído posible. Aterrada ante el libro que no ardía, pero perdida en su propia curiosidad y anhelo, miró la hora. Era lo suficientemente temprano, pues todavía no había terminado de anoecer. Se acomodó contra la lumbre y comenzó a recorrer las hojas del tomo.

La torre del reloj decía que no más de veinte minutos habían pasado desde las cinco de la mañana. Frente a la laguna del parque St. James, una mujer de aproximadamente treinta años se encontraba sentada en un banco. Iluminada solo por la luz de un farol, leía la última página de un libro que tenía en el regazo. Extrañamente, no quería que se terminara, pues si le hubiesen preguntado, ella habría dicho que deseaba que aquel momento durara por siempre. De vez en cuando, levantaba su mirada y vigilaba la torre, pues era la única luz que sobresalía entre las copas de los árboles. Era el Ojo de Londres, que la cuidaba mientras ella disfrutaba de su lectura.

Danielle terminó de leer el último párrafo y cerró el tomo sobre su falda. Se quedó allí inmóvil por un rato más, observando la laguna mientras el sol se asomaba por el horizonte. Sintió su caricia matinal y supo que era hora de volver a su hogar.

Cuando estuvo nuevamente en su habitación, se encontró allí con su esposo vencido por el sueño. La lumbre todavía ardía ávidamente. Echó allí el libro y por fin lo vio arder. Su mirada se clavó en el papel mientras se retorcía, dando sus últimas bocanadas de vida, y no lo abandonó hasta que todas las páginas se hubieron convertido en cenizas.





# EPÍLOGO

## ELIZABETH

Las cortinas danzaban cada mañana al son de las notas que el viento les regalaba. Era aquella una conclusión a la que había llegado, una deducción cuasicientífica que demostraba que, aun siendo tan pequeña, contaba con una inteligencia excepcional. ¡Cómo se quería a sí misma ella! Podía recapitular momentos en los que se había odiado, en los que los espejos habían sido los únicos que guardaban la verdad del mundo, pues, ¿qué más había sido ella que el reflejo de aquello que había en el espejo? La señorita Margaret le había enseñado que no debía ser así, reflejo o no, ella estaba viva y era un ser único. Por ello, ya no temía mirar por la ventana, acercarse a las cortinas, dado que el bello mundo exterior ya no le devolvía su imagen del otro lado. No. Ella aprendió que la Elizabeth que se reflejaba en el vidrio no disfrutaba de aquel paisaje porque miraba en dirección opuesta.

El carruaje se movía torpemente y el sol le acariciaba los ojos. Solía disfrutarlo, sabiendo que aquella caricia significaba “buen día, Elizabeth”. La señorita Margaret se había encargado de enseñarle aquello también. ¡Si tan solo la hubiese conocido antes! No recordaba cuánto tiempo había estado en la habitación de los sueños, como solía llamarla su padre, y aunque había disfrutado aquellos tiempos, los habría cambiado por estos nuevos. Ahora podía correr por el bosque felizmente, sentir las hojas crujir bajo sus pies y jugar con la señorita Margaret.

Ya nadie le hablaba en su cabeza, y aunque le doliera a veces detrás, había aprendido a cuidar aquella zona que, según la señorita, había sufrido un golpe luego de una caída mientras dormía. ¡Qué torpe era! Pero se sentía extrañamente bien, casi como si aquella caída hubiese

acomodado sus ideas. No estaba segura de si aquello era posible, aunque sí lo estaba de estar conciente en todo momento. Pues había aprendido también que todos días duran lo mismo, que ya no debía sentir aquella angustia de enfrentarse a un imprevisto paso del tiempo. Aquel agujero tenía un puente por el que caminar a salvo. Y la señorita Margaret había tenido razón, pues se acostumbraba ahora a despertarse a la mañana, recibir la caricia del sol, transcurrir la tarde jugando y dormir cuando el cielo oscurecía. Al otro día, lo repetiría, y al otro, y al otro.

Pero si le costaba adecuarse a aquel mundo nuevo, tampoco había problema alguno. La señorita jamás la dejaba sola con sus pensamientos, a menos que ella se lo pidiese. También podía elegir qué hacer: ni las voces, ni la señorita, ni nadie la obligaban a nada. Aquel vacío que había sentido durante tanto tiempo, y al que se había acostumbrado con gusto, estaba lleno ahora de momentos felices, del rocío matinal, de colores variados, del abrazo del sol, del cantar del bosque, de paseos en bote, de sabores nuevos y ricos, de historias también, de palabras hermosas que pintaban un paisaje en su ocurrente cabeza y abrían las alas de su imaginación.

—Buen día, señor sol —dijo con felicidad mirando por la ventana, viendo los arboles pasar y oyendo el suave cantar de los ruiseñores.

—Buen día, pequeña —la saludó a ella una amigable voz a su lado.

—Buen día, señor Alexander —respondió la niña volteando su cabeza para mostrarle una radiante sonrisa al escritor.

Alex le estampó un beso en la frente, y la niña dejó escapar una risita.

—Margaret sigue durmiendo —le dijo él—. ¿Deberíamos hacerle alguna maldad?

—¿Algo como qué? —preguntó ella sin dejar de sonreír, pues en su voz había un dejo de travesura.

—Tengo esta pluma, podríamos dibujar su rostro —le respondió él en un susurro.

—Tan pronto como apoyes eso en mi cara, te tiraré del carruaje en movimiento —respondió Margaret desde el asiento opuesto, lejos de estar dormida.

Alex rió acompañado las carcajadas de Eli.

—Buen día, Alex —le dijo la joven refregándose los ojos con pereza.

—Las señoritas no se despiertan así —le replicó el escritor con una dulzura infinita.

—Te he dicho mil veces que no soy una señorita —le respondió ella.

—Buen día, amor —dijo él y se inclinó para besarla—. Creo que estamos por llegar.

En efecto, el carruaje dio una vuelta y el viejo hospital St. Claire apareció sobre la copa de los árboles. Habían pasado ya unos años desde que se prendiera fuego misteriosamente. Los diarios habían impreso más ejemplares que nunca, cuando la extraña historia del asilo cruzó el país entero como un rayo. Mas que el país, se extendió a toda Europa, y no dejaba de ser un tema de conversación recurrente. La historia de cómo el renombrado Gustav Hermenoff había conducido experimentos peligrosos en sus pacientes no dejaba de escucharse en más de una mesa de café o reunión de ocio. Se le daba rienda suelta a la imaginación. Hermenoff había sido tanto un científico loco como un operario de artes oscuras. Su control mental lo había hecho escapar de la policía para refugiarse en su santuario secreto, donde cada nuevo experimento habría sido un sacrificio a algún dios prohibido. Habría invocado a semejante bestia, y esta, disgustada por aquello, se lo habría llevado al infierno y habría hecho arder el edificio en su totalidad.

Margaret sabía que todo aquello, por más fantástico que fuese, no estaba muy alejado de lo que en verdad había sucedido. Le había contado a Alex todo lo acontecido aquella noche tormentosa, y él no había sentido más que lástima y tristeza por aquel viejo loco y todos los que habían perecido envueltos en las llamas.

—¿Volver? —le había preguntado ella el día en que él le reveló su intención.

—Sí, creo que debo volver a echar un último vistazo.

—¿Luego de todo lo que pasó?

—Sí, Margaret, debo hacerlo.

Ella le había hablado con angustia y miedo de perderlo en las manos de la locura nuevamente, pero él, conciente de qué era lo que le molestaba, la había calmado.

—Es un capítulo cerrado, Margaret —le explicó él ese día—, pero necesita un epílogo.

Ella no había estado segura, pero él se hacía acercado y había apoyado sus manos en su cintura. Como habían aprendido a hacer, esa tarde el escritor besó su mejilla y ella se reclinó sobre su cuerpo fornido.

—Siempre serás mi bella enfermera.

Dejando escapar una risita, ella se volteó y cerró sus brazos alrededor del cuello de su amado.

—Entonces, déjame acompañarte.

Y así lo había hecho.

El cochero paró el carro frente a la entrada y Alex abrió la puerta.

—No tardaremos demasiado, Víctor, pero puedes descansar si quieres —lo despachó Alex con una sonrisa.

—Gracias, señor Fleming —respondió el lánguido hombre—. Buen día para ustedes, señoritas.

—Buen día, Víctor, ¿seguro de que no quieres acompañarnos? —lo saludó Margaret, invitándolo a ir con ellos.

—Lo siento, prefiero no volver allí —rechazó él muy cortésmente—. Estaré aquí para cuando regresen.

Eli, de la mano de Margaret, tarareaba una melodía mientras cruzaba la entrada dando pequeños saltitos. Tanto Alex como su prometida quedaron estupefactos al ver que el jardín se encontraba intacto. Cada árbol, cada liana, cada estanque con sus pequeños animalejos, todo estaba en su lugar. Si bien los arbustos no estaban podados y la madera de las sillas se había podrido con el paso del tiempo, la vida parecía no haber dejado de florecer ni un segundo en el jardín de los lobos. Cruzaron el camino lentamente, mientras Eli se soltaba y corría por el caminito empedrado.

—La estatua está intacta —dijo Alex cuando llegaron frente a ella. Rodeándola, pudieron observar frente a frente al lobo rabioso—. Él perdió el brillo que solía haber en su mirada.

—Por más vivo que esté el jardín, el hospital está muerto Alex.

—Lo sé, pero no puedo dejar de pensar en que algo se perdió.

—¿De qué hablas, amor?

Alex volteó y su mirada se clavó en la muchacha.

—Tú misma fuiste testigo de la magia que rondó en estos pasillos, Margaret —le dijo con cierta tristeza en su voz—, ya no puedo sentirla ahí.

—No eran los pasillos, eras tú.

—Entonces, ya no tengo aquello que me hacía especial —dijo él sentándose a orillas de la fuente—. ¿Cómo puedo terminar mi libro? ¿Cómo puedo poner en él un poco de esa locura que lo haría tan peculiar? Él también me abandonó.

—Escucha... me tienes a mí —le replicó ella pasando una mano por sus enmarañados cabellos—, pero aún más importante, la tienes a ella.

—Alex miró a Elizabeth. Ella era la prueba viviente de la belleza que había visto nacer en aquel lugar tan hostil y sombrío—. Ella es ese pequeño ápice de inocencia que necesita todo cierre, todo final. Ahí tienes tu epílogo.

En efecto, la pequeña era hermosa. Compartían tanto con Alex que si había una persona que podía dar testimonio de lo que él había sentido, esa era ella. Pero a diferencia del escritor, su cabecita no estaba repleta de fantasmas contra los que luchar día a día. No. En su mente había sueños, nada más que sueños. Alex sonrió de repente y supo que había mucho que le quedaba todavía por aprender. Margaret notó esto y tomó de la mano a la niña, que se acercaba en ese mismo momento con una amapola de tonos carmesí en la mano.

—Vamos a dar un paseo, pequeña, te encantará el bosque de abedules que hay detrás del edificio —le dijo, no sin recibir risas y alegría de parte de la niña.

—¿El señor Alexander no vendrá? —le pregunto ella volteando súbitamente. Alex, sentado aún a orillas de la fuente, miraba hacia el asilo pensativo.

—Será mejor que lo dejemos un rato, ya sabes lo mucho que le gusta pensar en soledad.

Ambas caminaron alrededor del edificio, cantando al unísono. El sol no dejaba de brillar mientras la mañana se volvía mediodía y el bosque las acompañaba en su canto.

Transitaban un caminito de piedras coloridas. Margaret no podía apartar su mirada de la maltrecha y quemada mampostería de las paredes del hospital. Parecía como si la vida se distanciase de estas puesto que, a diferencia del muro que lo separaba del bosque, no crecía ninguna enredadera sobre ellas. La enfermera pensó que entre aquellos humeantes pasillos habían muerto cientos sin razón, esos pacientes que la policía y los bomberos no habían alcanzado a salvar. Recordaba la pesada lluvia caer con violencia sobre el techo, que luchaba al rojo vivo por mantenerse ardiendo. Y había ganado. El cielo se había abierto de repente, casi como si diera su bendición y triste veredicto frente al infierno que reptaba por los corredores de St. Claire. Las llamas habían invadido cada rincón, pero los gritos jamás habían encontrado respuesta. Las cenizas eran el único testigo.

Al voltear por la esquina, las dos se encontraron una puerta en el paredón. Una puerta de acero que llevaba hacia el bosque en la parte trasera

del asilo. Eli corrió y quiso abrirla, pero se decepcionó al enterarse de que estaba cerrada.

—No tan rápido —le dijo Margaret a unos metros de distancia, y reveló una llave que llevaba en su bolsillo. La felicidad de la niña fue enorme cuando vio la puerta ceder y el bosque aparecer detrás de ella.

Un desfile de arboles blancos con negras grietas se extendía indefinidamente. Las copas, altas por naturaleza, teñían de naranja el cielo, un naranja que era techo y suelo, pues el otoño se había encargado de disponerlo así.

—¡Es hermoso! —exclamó la pequeña Eli saltando contenta—. ¿Podemos jugar a algo?

—¿En serio? —preguntó Margaret sintiéndose invadida por la fatiga de la somnolencia que aún la aquejaba—. ¿A qué quieres jugar?

—¡Quiero esconderme! Tú deberás encontrarme.

—Bueno, pero no te alejes demasiado.

—No lo haré —respondió ella—. Debes taparte los ojos y contar hasta cien.

—Está bien —dijo Margaret y se tapó la cara—, empezaré ahora, así que apúrate.

Eli corrió libremente. En un bosque con árboles tan delgados no encontraba un buen lugar para esconderse. No había ningún hueco o arbusto. Pero no le importaba tanto, era hermoso aquel sitio al que la señorita Margaret la había llevado. Acarreada por su juvenil espontaneidad, se deslizaba hacia donde el viento se lo indicaba. Pues, si todo lugar era bello, ¿por qué ser quisquillosa? Sus delgadas piernas se movían al son del canto de los árboles, y no les hacía mella el piso sobre el que se apoyaban, pues el terreno jamás había sido más ligero y uniforme.

Un leve zumbido no dejaba de llamar su atención. Se encontró dirigiéndose en dirección a él, esta vez sin correr, con la precaución y la curiosidad devorando su mirada. En aquella dirección, el suelo se volvía un tanto más blando y las anaranjadas hojas se pegaban a sus zapatos. Pronto descubrió que había un pequeño arroyo que corría entre las rocas. No cabiendo en su felicidad, se acercó entre carcajadas, solo para ser testigo de cerca de una docena de pájaros que abandonaban el lugar al verla llegar. La niña se sentó a la orilla de aquel torrente y sumergió sus manos en él. Quería tomar un poco, pero pronto cambió de idea al encontrar que el agua que había juntado estaba bastante sucia. Eli miró a sus espaldas. No había rastros de la señorita Margaret, por lo que se secó

sus manos en la falda de su vestido. Sabía que estaba mal, pero no podía dejar de sentir el deseo de hacer todo aquello que le prohibían.

Algo se movió a su lado, y la niña pegó un grito. Acto seguido, un cuerpo regordete se alejó trotando. ¡Menuda felicidad acaeció a la niña cuando vio al conejo color café que ahora la observaba desde lejos! Sus grandes ojos hablaban del temor que ella le había producido con su agudo chillido, pero también de una curiosidad infinita. Risueña, Eli hundió sus manos nuevamente en el arroyo, y se las tendió al animalejo en son de paz. Le llevó unos minutos de espera, pero finalmente el pequeño dio un paso inseguro. Al ver que nada malo le sucedía, dio otro, y otro más. Sus menudas patas eran bolas de pelo, parecía él mismo ser una nube de hebras que iba flotando por el suelo. El conejo se fue acercando, centímetro a centímetro, hasta que llegó a estar sentado sobre sus patas traseras frente a la niña.

—Anda, ¿no quieres un poco de agua? —le preguntó.

El animalejo estiró su cuello e investigó las manos de la niña. Pronto se halló bebiendo el agua que esta le tendía, mientras ella reía por las cosquillas que él le producía. No pasó mucho tiempo hasta que Eli comenzó a acariciar su cabeza, y presa de la curiosidad que le causaba aquel ser extraño, el animal dejó que lo hiciera. La niña sonreía y sus manos recorrían todo el lomo, las orejas y la cabeza. El conejo, si bien alerta, disfrutaba de aquello más de lo que pudiese haber augurado, y pronto se olvidó de su instinto de autopreservación, abandonándose a las caricias cada vez más atrevidas de la niña.

Eli recordó pronto que debía encontrar un lugar en el que esconderse, y se puso de pie, llevando al animal consigo. El conejo estaba inmóvil en sus brazos, parecía no importarle el hecho de que ahora Eli se moviera. Cruzaron juntos un pequeño claro, buscando un escondite. La señorita Margaret debía estar buscándola ya, así que debía apurarse. Pero era aquel un bosque transparente; los árboles de tronco delgado, la falta de arbustos, el suelo uniforme. Pero a veces solo debemos seguir buscando, pues cuando estaba por abandonar sus esperanzas, vio una enorme roca que sobresalía del suelo. Era el escondite perfecto, por lo que la rodeó y se sentó del otro lado. Ahora solo quedaba esperar. No le molestaba hacerlo, pues el cantar de los ruiseñores la acompañaba.

Sus manos danzaban ya por su cuenta sobre la cabeza del relajado animalejo que descansaba en sus brazos, tan confiado, que amenazaba con cerrar sus ojos y tomar una larga siesta.

El tiempo pasaba y la señorita Margaret todavía no la encontraba. Es más, ni siquiera sentía sus pasos o su llamado. ¿Se había metido en problemas? Esperaba que no fuese así, jamás lo había hecho y esperaba que jamás sucediera. La amapola en su mano desprendía un aroma exquisito, y se dedicó a olerla para pasar el rato. También, miraba la pared de la enorme roca, tenía algunas grietas poco profundas, por lo que se alejó un poco de ella. No quería que ningún insecto se le trepara, le causaban mucho asco. Pero otra cosa llamó su atención: una gota negra reptaba por la pared de piedra, lenta y pausada, dejando mucho de sí a su paso. Al igual que esa, aparecieron otras, y por fin la niña quiso satisfacer su curiosidad y ver de dónde provenían. Súbitamente, el conejo alzó sus mullidas orejas y se congeló durante unos segundos. Acto seguido, saltó de los brazos de la niña y huyó por el bosque, perdiéndose rápidamente entre los árboles.

Poniéndose de pie, presa de una curiosidad que la colmaba, Eli se alejó de su escondite para ver por encima de la roca, y otro ser le devolvió la mirada. Un extraño personaje estaba allí sentado. De su cuerpo brotaba aquel líquido extraño, y Eli se preguntó cómo sus pantalones no se manchaban con él. Pronto descubrió que era una tonta, pues los pantalones eran negros, ¡Las manchas no se notarían en él! El hombre era de lo más extraño, y aunque le habían enseñado a no hablar con extraños, sintió cierta necesidad de saludar a este.

—¡Hola! —lo saludó—. Me llamo Elizabeth, ¿cómo te llamas tú?

El otro no le respondió. Le causaba cierta gracia que tuviera su cara cubierta, ¿cómo podía respirar?

—Me gusta su camiseta rayada, combina muy bien con su pantalón y su boina —le dijo en un soliloquio amistoso—. ¿Le gusta mi vestido? Es verde como las manzanas ácidas, la señorita Margaret dice que luce hermoso en contraste con mi cabello.

El personaje se movió un poco y con pereza bajó de la piedra. Tocó el suelo con un seco *plaf* y enseguida se acercó a ella con pasos lentos. Eli pudo ver cómo, con cada paso, la hierba anaranjada en el suelo se volvía gris alrededor de sus zapatos.

—¿Por qué tienes tu cabeza cubierta? —le preguntó ella, casi sin reaccionar a las acciones de su interlocutor—. Deberías destaparte los ojos y ver el bosque, es hermoso.



El mimo frenó frente a ella. Había dejado a su paso una estela gris de vegetación que, ya seca, se deshacía en cenizas lentamente.

—¿Sabes que combina con el negro y el blanco? —le preguntó Eli—. Casi cualquier color, pero el rojo tiene una belleza especial —y le alcanzó la amapola que tenía en su mano—. Toma, es para ti.

La roja flor estaba suspendida en el aire, asida por la niña, y tardó unos segundos en ser tomada por el extraño hombre.

—Puedes quedártela, es hermosa y huele muy bien —le dijo ella con una sonrisa.

El otro pareció abstraerse de la situación durante algunos escasos segundos, pero finalmente respondió al regalo que había recibido. Una mano vestida con un guante blanco se apoyó suavemente en la cabeza de la niña, y el mimo asintió levemente mientras la acariciaba con dulzura. Ella sabía muy bien lo que eso significaba. *Gracias*. Luego, a paso desganado, el individuo se perdió entre los árboles al mismo tiempo que la pequeña lo saludaba desde la distancia.



## AGRADECIMIENTOS

Agradezco especialmente a las personas que me apoyaron cuando esto aún estaba en pañales. Esas personas son Rocío Bobbio (*mi sujeto de prueba y crítica literaria, acompañante incondicional durante todo el proceso*), Florencia Convertino (*quien también utilizó tiempo de su día a día en leer extractos y capítulos inconexos, y aun así no dudó ni un minuto en darme ánimos para seguir. Aún lo hace, y no dejo de apreciarlo ni un solo día*), Carolina<sup>1</sup> Medus (*también decidida a leerme a toda costa y sorprenderme con un interés que no esperaba y que hoy agradezco enormemente*) y Carolina<sup>2</sup> Enrico (*quien jamás leyó nada, pero tampoco dudó en regalarme el entusiasmo que necesitaba para sentirme seguro de lo que hacía*).

También quisiera agradecer a esas personas que hicieron posible, la edición y publicación de este libro. Esas dos personas son mi abuela, Gladys Santoro, y mi madre, Alejandra Risso. Aunque se enteraron tarde, no dudaron tampoco ni por un segundo sobre la importancia que tenía este pequeño proyecto para mí.

Por último a Autores de Argentina por su simpatía y transparencia hacia nosotros, los que tenemos un manuscrito entre las manos y que no sabemos qué hacer con él. También quiero hacer una mención de una persona a la que llegué en búsqueda de ayuda y desinteresadamente hizo el espacio para responderme con claridad y paciencia: Ivana Suarez de Olivera (Autora de *Padecimientos Universitarios*).

LIBRO EDITADO POR



EDITORIAL AUTORES DE ARGENTINA